Jean-Luc Bannalec

DOS MUERTES EN BELLE-ÎLE

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN

Grijalbo

JEAN-LUC BANNALEC

Dos muertes en Belle-Île

El décimo caso del comisario Dupin

Traducción de
Marta Mabres Vicens

Grijalbo

a L.

Y en recuerdo de mi amigo Uwe Rosenfeld,
bretón de corazón

Neb a fell dezhañ ober fall,
A gav un digarez pe un all.

Quien quiere hacer el mal
halla siempre una excusa.

Dicho bretón

El primer día

El comisario Georges Dupin tenía un nuevo amigo.

La primera vez que se vieron, Dupin había nadado hasta muy lejos, como ese mismo día. Al comisario le encantaba estar completamente solo en el mar. Allí reinaba una atmósfera muy especial, un silencio maravillosamente sordo. Sobre todo, le gustaba disfrutar de una perspectiva surrealista: con los ojos apenas encima del agua, el cielo y el océano parecían infinitos. De una vastedad sin fin. Y de un azul inagotable, en tonalidades distintas según se encontrara arriba o abajo. Aquel día, la franja de cielo era algo más clara. A veces ocurría al revés. En la Bretaña, el cielo y el mar competían entre sí al juego interminable de robarse la escala de azules. Había días en que adoptaban exactamente el mismo tono, desdibujando así la línea del horizonte, y días en los que se diluían en armonía el uno en el otro, provocando el delirio entre la gente. En esas ocasiones solo se veía un mar de cielo, un solo cielo de mar, y resultaba imposible distinguir dónde acababa uno y empezaba el otro.

Dos semanas atrás, mientras nadaba, algo de color gris asomó ante a él. Primero fue un hocico, un morro de tamaño considerable, a todas luces peludo, con unos pocos pelos largos y blancos a cada lado. El hocico se hundió muy despacio, inclinándose hasta mostrar un par de ojos oscuros y brillantes y una cabeza puntiaguda.

Una foca.

Más concretamente, una foca gris, *un phoque gris*, según le explicarían luego Le Ber y Nolwenn, su primer inspector y su inigualable secretaria, que trascendía cualquier definición de ese cargo. Afirmar que Dupin tuvo miedo en aquel primer encuentro sería mucho decir, pero, desde luego, sí sintió un gran respeto. Al principio se inquietó, claro. Al fin y al cabo, eran animales imponentes, enormes y a la vez muy rápidos, unos acróbatas marinos, bonitos de ver, sí, y adorables como un bebé, pero en esencia no dejaban de ser depredadores. Por otra parte, debía tener en cuenta la posibilidad de que en el mar también existiera una especie de rabia; en cualquier

caso, aquel ejemplar apenas demostró temor alguno, lo cual, como todo el mundo sabía, resultaba muy inquietante en animales salvajes.

Dupin permaneció durante un rato lo más inmóvil posible; sin perder de vista a la foca, se había limitado a mantenerse a flote con movimientos suaves. Por fortuna, las aguas estaban muy tranquilas, como una sábana tirante, sin nada de oleaje. El mar llevaba varios días así, desde que la gran ola de calor, la *canicule*, se había apoderado de toda Europa occidental y, excepcionalmente, también de la Bretaña, una región que no acostumbraba a sufrirlas. *Ce n'est pas normal*, esto no es normal. La indignación general se percibía en todas partes: en el supermercado, en la peluquería, en la panadería, en la bodega, en la cafetería y en los encuentros casuales en la calle. Aquel día, Rennes había alcanzado un espantoso récord: 40,1 grados. En Concarneau habían sido 34,7 grados, que ya era mucho. Todo el mundo coincidía en que no se había visto nunca cosa igual.

La foca se había mantenido en posición vertical; de hecho, ambos habían permanecido el uno frente al otro en medio de las aguas cristalinas. El animal parecía curioso, tal vez desconcertado, como si se preguntara quién nadaba en su elemento. Durante un rato se habían mirado el uno al otro, hasta que Dupin decidió que lo mejor era nadar de vuelta a la orilla con tranquilidad y sin gestos nerviosos. Acompañado, según pudo comprobar, de la foca, que lo siguió hasta la playa manteniendo una distancia educada. Aquello había impresionado mucho a Dupin, que se había quedado un buen rato de pie junto a la línea del agua.

Esto había ocurrido dos jueves atrás. Desde entonces, todas las mañanas a las ocho en punto, cuando él, siguiendo un estricto ritual de verano, salía de su casa para bañarse en la playa de enfrente antes de ir al trabajo, la foca lo esperaba y lo acompañaba en el mar. Nadaba contenta sobre su vientre, sobre su espalda, se sumergía por debajo y en torno a él, cruzando las aguas de un lado a otro sin alejarse nunca. Cuando él salía del agua y abandonaba la playa, ella lo perseguía con la mirada durante un rato para luego alejarse con gesto decidido y dedicarse a otros menesteres hasta el día siguiente. De vez en cuando, mientras nadaban juntos, ella dejaba oír un chasquido

penetrante, y cuando se despedían, emitía también una especie de silbido cantarín, que podía convertirse en un bramido grave, cuyo significado él aún no había comprendido.

También ese día, 7 de agosto, miércoles, la foca lo había esperado para nadar a su lado. El comisario admiraba su paciencia; para ella, él seguramente avanzaba a la velocidad de un caracol marino. Por alguna razón, tal vez un cambio en la corriente, el Atlántico se había enfriado durante la noche. Eso ocurría a veces, incluso cuando hacía mucho calor, y ahora mismo esa bajada de temperatura era muy bienvenida. A veintitrés grados, la bahía de Concarneau resultaba inusualmente cálida. Dupin regresaba ya de su baño cuando vio a alguien en la playa gesticulando con nerviosismo. Tardó un poco en reconocer la silueta. Le Ber.

—¡Jefe! ¡Jefe!

Dupin miró la hora. Las ocho y veinte. ¿Cuál era el problema? Habían quedado a las nueve menos cuarto, y la comisaría no estaba lejos. De hecho, incluso tenía tiempo aún de tomar un café rápido en el Amiral. Nolwenn y Le Ber querían hablar «de forma urgente y definitiva» de «la gran fiesta», la celebración de los diez años de servicio de Dupin. Aún faltaban dos días, sería el viernes por la noche. De forma excepcional, esta vez el convite no sería en el Amiral; tras semanas de deliberaciones, la elección había recaído en el Ty Mad de Douarnenez.

¿Acaso Nolwenn había enviado al inspector para asegurarse de que asistiría? «Me temo que no vamos a tener mucho tiempo», le había advertido ella el día anterior al ver que a las once y media Dupin tenía una reunión con el jefe de bomberos. De hecho, al comisario ese alboroto no le hacía mucha gracia; las discusiones se habían prolongado durante semanas y, al final, en algún momento, se había resignado y había aceptado celebrar la fiesta. No tenía ni la más remota idea sobre qué se suponía que debían hablar ese día durante tanto tiempo. Nolwenn exageraba. Y, además, mucho.

En la orilla, Le Ber agitaba los brazos cada vez con más desesperación. La foca también había reparado en el inspector. Se había detenido y parecía mirar hacia la playa con expresión

claramente escéptica.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Un cadáver!

Por un momento, Dupin no supo si le había oído bien.

—¿Cómo dice?

—¡Un cadáver! ¡Jefe, tenemos un muerto!

Las palabras resonaron en toda la bahía. No había duda.

¡Un cadáver!

Por suerte, a esa hora estaba todo tranquilo. Solo la vecina de Dupin, la anciana señora Claudel, andaba por el paseo marítimo con una baguete bajo el brazo. Como no podía ser de otro modo, se había detenido llena de curiosidad para observar la escena.

—Voy para allá, Le Ber.

Dupin empezó a nadar tan rápido como pudo. La foca, al parecer, notó que ocurría algo raro, miró a su alrededor alarmada y luego escoltó solícita a Dupin hasta la playa.

–¿Dónde? ¿De quién se trata?

El comisario echó a correr estando aún en el agua y se precipitó hacia el inspector.

—El cadáver de un hombre, en el mar. En el puerto de Doëlan. Aún no sabemos quién es. Lo ha encontrado un pescador.

—¿Y no lo conoce?

—No.

Dupin pasó por delante de Le Ber sin aminorar la marcha en dirección a su ropa, que tenía más arriba en la playa. Le Ber lo siguió.

—¿Algún indicio de que se trate de un crimen?

—Todavía no.

—Si el pescador no lo conoce, entonces no es de allí.

Doëlan era un pueblo minúsculo perteneciente al pequeño municipio de Clohars-Carnoët.

El comisario había llegado hasta sus cosas: toalla, vaqueros, polo, zapatos.

—Probablemente no. No.

—¿Hay algún desaparecido?

—No. Dos gendarmes de Quimperlé están de camino, llegarán a Doëlan en breve. El forense también se dirige hacia allí.

—Bien.

No había tiempo para secarse. Ni siquiera para quitarse el bañador. Se tuvo que poner los vaqueros encima.

—¡Iremos en mi coche!

Dupin salió corriendo.

—Niebla marina, jefe, *brume de mer*.

Tras diez años en la Bretaña, Dupin estaba familiarizado con ese fenómeno, pero contemplarlo era siempre un espectáculo. La niebla había surgido como de la nada. Durante todo el trayecto, el cielo bretón había hecho gala de su impecable azul atlántico, pero en cuanto bajaron al puerto apareció la niebla: una extraña bruma blanca y brillante que se cernía sobre el mar. Dupin calculó una visibilidad de unos diez metros; más allá solo era posible distinguir siluetas y contornos, barcos, botes, rocas, boyas. Luego, todo se desvanecía en la niebla. El límite estaba claro: donde terminaba el mar, terminaba también la niebla. Como un muro invisible. Solo estaba por encima del mar. Resultaba fantasmal.

Labat, el segundo inspector de Dupin, había llegado minutos antes con Le Menn y Nevou, las dos mujeres policía por las que Nolwenn había luchado el año anterior para reforzar, por fin, el equipo. Habían llegado en bote hasta el cadáver, que seguía en el agua. Inmersos en la niebla, no se veía ni rastro de ellos.

—Estratos marítimos, jefe.

Entretanto, también Le Ber y Dupin se habían hecho con un bote, uno que al comisario le pareció peligrosamente minúsculo, pintado de blanco y azul y equipado con dos simples remos de madera.

—Si somos estrictos, no es niebla sino nubes de verdad. Se forman sobre el mar cuando las masas de aire caliente del interior llegan a la costa y se enfrían de forma brusca.

Era un momento del todo inapropiado para disquisiciones sobre los misterios de la meteorología. Además, a Dupin le traía sin cuidado qué era exactamente lo que les impedía ver.

Sin embargo, un instante después Le Ber recuperó el asunto que les ocupaba:

—Uno de los gendarmes está revisando los coches del puerto para comprobar si alguno es de fuera. Por su parte, el capitán del puerto se está encargando de controlar las embarcaciones.

—De algún sitio tiene que haber salido —refunfuñó Dupin.

—Tenemos que ir con mucho cuidado, jefe. La marea casi ha alcanzado su punto más bajo. El coeficiente actual es considerable, es decir, falta mucha más agua de lo habitual. Las rocas puntiagudas acechan a estribor y babor en todo el trayecto navegable.

La enclenque embarcación se balanceaba y oscilaba de forma preocupante a pesar de que no había oleaje.

—Además, las últimas masas de agua que salen de la ría causan unas corrientes muy intensas —añadió Le Ber—, lo que no facilita las maniobras.

Aunque a Dupin le encantaba nadar, odiaba las travesías en cualquier tipo de embarcación. Le Ber remaba a estribor y el comisario a babor. El inspector se levantaba cada poco rato para intentar avistar a los demás, lo que hacía que la situación fuera aún más precaria.

—¡Aquí delante! ¡Aquí!

El estilo militar y seco de Labat. Una de sus varias cualidades desagradables que, por desgracia, llamaban la atención de inmediato. En cambio, hacía falta mucho tiempo para descubrir su cara agradable; a Dupin le había llevado años.

Labat había sonado muy cerca y, a la vez, muy lejos, sin duda un efecto de la niebla marina. Ni con la mejor voluntad Dupin habría podido decir dónde estaba su inspector.

—De acuerdo —confirmó Le Ber.

Se dieron cuenta de que habían remado demasiado; Dupin dio unas cuantas paladas potentes y el bote giró. Entre la bruma surgió, enorme y espectral, la silueta del muro del muelle que se extendía desde la orilla hasta adentrarse en el mar.

—¡Un poco más! ¡Aquí!

La voz fuerte y profunda de Nevou los guio. Al cabo de un instante vislumbraron el bote de los colegas. Además de Labat y Nevou, Dupin reconoció la alta figura de Le Menn con su trenza y a uno de los gendarmes de Quimperlé. Labat y Le Menn estaban arrodillados en la

proa, con el cuerpo muy inclinado por encima de la estrecha barandilla de la embarcación: Nevou y el gendarme los sujetaban por las piernas. La imagen resultaba algo grotesca.

—*Bonjour*, señor comisario.

La voz cohibida era la del gendarme.

—¿No tienen ni idea de quién podría ser el muerto?

Las palabras de Dupin sonaron bruscas, pese a que no había sido su intención.

—Nunca lo había visto por aquí. —El gendarme parecía ahora aún más intimidado—. Podría ser también algún forastero; en esta temporada el lugar está repleto de turistas.

Así era siempre a principios de agosto. La mayoría de los franceses se iban de vacaciones en las cuatro semanas posteriores a la fiesta nacional del 14 de julio. A ello había que sumar los turistas procedentes de otros países.

Le Ber y Dupin estaban aún a dos o tres metros de la embarcación de sus colegas; poco a poco, la escena se fue haciendo más visible. Distinguieron un cabo tendido entre dos grandes boyas blancas al cual habían atado otros cabos para amarrar embarcaciones. El cadáver estaba enredado en ellas, y la corriente lo apretaba contra una de las boyas. Labat y Le Menn estaban intentando desenredar el cuerpo.

—Ya casi estamos —resopló Le Menn, con su larga trenza colgando sobre el agua—. Solo será un momentito.

La mirada de Dupin se clavó en el fallecido.

Le Ber había conducido el bote al otro lado de la boya con unas cuantas paladas potentes y diestras, y ahora se hallaban junto al cuerpo. El comisario se arrodilló en la proa, ajeno al violento balanceo que había provocado con ese movimiento.

El muerto era de complexión delgada y ni muy alto, ni muy bajo. Flotaba de espaldas, y la corriente le hundía la cabeza en el agua de manera regular para luego hacerla reaparecer de repente. Era un espectáculo sumamente macabro. El cuerpo no paraba de moverse. Con todo, lo más siniestro eran los ojos, unas ranuras estrechas y rígidas a través de las cuales las pupilas húmedas y vidriosas parecían mirar fijamente. Tenía los párpados hinchados. El hombre aparentaba

unos sesenta años, llevaba el pelo corto, tenía un rostro recio y un tono rosado poco natural.

—No lleva mucho tiempo en el agua —afirmó Le Menn, que seguía trasteando con los cabos—. Eso está claro.

—Unas horas como máximo —sentenció Labat con tono grave.

El hombre llevaba un pantalón de tela negro y una camisa verde de manga corta; la corriente había dejado al descubierto la mitad de su vientre.

—¿Dónde está el doctor Lafond?

Dupin iba a sentarse otra vez, pero de pronto se detuvo.

—Acaba de llamar —le informó Le Menn—, dice que ahora mismo viene hacia el puerto. Él ha…

—Le Ber —la interrumpió Dupin, arrodillándose de nuevo—, ¿puede acercar más el bote?

El comisario se inclinó mucho sobre la borda; el bote se inclinó.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Qué ha visto?

—¡Más cerca, Le Ber!

El inspector lo hacía muy bien; era impresionante cómo era capaz de controlar el bote con un solo remo, de pie. Dupin estaba a punto de tocar el cuerpo del muerto cuando la embarcación viró bruscamente.

—Menuda mierda —se le escapó a Dupin.

—Es la corriente, jefe. Imposible.

Parecía inútil repetir la maniobra de nuevo.

—Señor comisario, si pudiera decirnos qué pretende… —comentó Labat con tono receloso mientras sostenía la pierna derecha del muerto.

—Yo…

Dupin se interrumpió. Sin más preámbulos, se encaramó a la popa tras pasar junto a Le Ber, dejó ahí su arma y, más importante aún, su preciado cuaderno, avisó a su inspector con un breve «¡Cuidado!» y saltó al agua. Se sumergió un instante y luego dio un par de brazadas en dirección a la boya.

—¿Va todo bien, jefe? —Le Ber sabía que no servía de nada preguntar cuando a Dupin se le metía algo entre ceja y ceja.

—Todo bien.

Dupin había visto algo en el cuello del fallecido. Al menos creía haberlo visto. El comisario se sujetó al cabo que había entre las grandes boyas para situarse justo al lado del muerto. Asió el cuello de la camisa y lo apartó. Estaba claro. Dupin no se había equivocado. El cuello presentaba unas lesiones claras. Y muy concretas. Señales de estrangulamiento. El hombre de la boya había sido asesinado.

Habían llevado el cadáver frente a las oficinas del puerto. Ahora yacía en el asfalto en medio del aparcamiento, que estaba ampliamente acordonado. La niebla marina parecía haberse espesado aún más, pero seguía ciñéndose a ese límite enigmático: en el interior, el cielo estaba despejado y azul; también allí, en el aparcamiento.

El fallecido se encontraba a pleno sol, el cual, a pesar de que pasaban unos minutos de las nueve, ya no tenía nada de sol de primera hora y quemaba con fuerza. El forense, el doctor Lafond, había llegado acompañado de otros dos colegas y echó un primer vistazo al cadáver. También la policía científica se encontraba en el lugar de los hechos y examinaba el puerto minuciosamente.

A pesar de su notoria aversión a las declaraciones precipitadas, Lafond se había permitido afirmar que se trataba de una «posible estrangulación, con una cuerda o un paño, probablemente cometida entre una y tres horas antes. Más cerca de tres horas antes. Como mucho a las seis de la mañana, era reciente». Luego, con tono apagado, había añadido: «Una muerte brutal». Eran prueba escalofriante de ello las heridas, los moratones, las ronchas y, sobre todo, los hematomas en el cuello, los cuales ahora, ya sin el frío del Atlántico, resaltaban de un modo más pavoroso. A Lafond no le cabía duda de que el hombre ya estaba muerto cuando cayó o fue arrojado al mar. Eso era un punto de partida, con eso se podía empezar a trabajar.

Dupin, Le Menn y Le Ber habían hablado brevemente con el pescador que encontró el cadáver al entrar en el puerto. Afirmó que había partido poco antes de medianoche, igual que otros dos pescadores de bajura que seguían en el mar. Le habían vuelto a mostrar el cadáver, pero incluso entonces, examinado más de cerca, el

pescador aseguró que ese hombre no le resultaba familiar.

—En realidad, el asesino ha tenido mala suerte —murmuró de pronto Le Menn. Le Ber y Dupin la miraron sin entender—. Si el cuerpo no se hubiera quedado atrapado entre los cabos de las boyas, nunca lo habrían encontrado. Lo más probable es que se alejase cada vez más, hasta desaparecer para siempre. Se sospecharía que había sufrido un accidente —continuó—. Y el caso habría acabado con los cientos de expedientes de personas desaparecidas.

En efecto.

Ocurría cada dos por tres: la gente se perdía en el mar. Por motivos y en circunstancias que nunca se aclararían. Simplemente, desaparecían. Como se decía por allí, el mar se los llevaba. Era parte de la vida bretona.

—Le Menn tiene razón —corroboró Le Ber—. Ha sido una casualidad. Era muy poco probable que el muerto fuera descubierto.

—Pero alguien tiene que conocerlo.

Labat, Nevou y los dos gendarmes ya recorrían una por una las casas del pequeño pueblo con una foto del hombre.

—Ahora me gustaría llevármelo a Quimper.

El doctor Lafond se colocó junto al cadáver y se secó el sudor de la frente.

—Por mí, sin problemas.

Dupin se encogió de hombros. Seguía empapado.

Un hombre se les acercó con paso desenvuelto; las manos en los bolsillos del pantalón, una camiseta gris desgastada y repleta de manchas oscuras; ropa de trabajo. Enormes orejas de soplillo, unos cuarenta años.

—¿En qué le podemos ayudar, señor? —preguntó Dupin.

—Soy el capitán del puerto —anunció el hombre sin saludar.

Pasó junto al comisario, clavó apenas un instante la vista en él y se dirigió hacia el cadáver.

—Un inspector me ha dicho que le echara un vistazo.

Se detuvo en cuanto llegó ante el fallecido.

—¡Ah! Lo que me imaginaba. Provost. Patric Provost. Un bellilois.

Una afirmación parca, sin ninguna emoción. Las manos aún en los

bolsillos del pantalón.

—¿Conoce usted a este hombre?

Dupin se acercó a él con rapidez.

—Viene una vez al año. Del 6 al 7 de agosto. Solo esos días. Es el cumpleaños del viejo Provost, su tío, Jean Provost. La familia es de Belle-Île.

—¿Está seguro de que es él?

Un discreto asentimiento.

—¿Y es de Belle-Île?

De nuevo, apenas un asentimiento.

Dupin se volvió hacia Le Ber:

—¿Le dice algo el nombre de Provost?

Le Ber era prácticamente un bellilois. Su hermana, que se había mudado a la costa Este de Estados Unidos años atrás con su marido, nacido en Belle-Île, tenía una casa en la isla y desde entonces esta había pasado a ser la residencia de fin de semana y de veraneo de Le Ber. «Es el paraíso», solía decir. De Concarneau al ferry de Quiberon había una hora y media de camino, y la travesía duraba tres cuartos de hora. Le Ber estaba enamorado de Belle-Île, la más famosa y grande de las islas bretonas. Un mito.

—Poca cosa. Creo que es una familia muy arraigada.

El inspector negó con la cabeza.

Dupin esperó, pero no obtuvo más información. El propio Le Ber parecía decepcionado. Se frotaba las sienes haciendo un esfuerzo por pensar.

El comisario se volvió hacia el capitán del puerto.

—¿Tiene otros allegados? ¿Está casado?

—Ni idea. En cualquier caso, el viejo Provost no tiene esposa. Vive solo.

—¿Cómo llegó Patric Provost a Doëlan, señor? —intervino Le Menn.

—Como siempre, en su barco —respondió el capitán señalando hacia el interior—. Está ahí, al principio de la ría.

En Doëlan, la ría se adentraba en tierra al menos un kilómetro. El paisaje era genuinamente bretón: se caracterizaba por un valle inundado miles de años atrás por la crecida del nivel del mar y un

cauce de río anegado que se había convertido en una estrecha ensenada serpenteante, como un fiordo. En el norte de Bretaña, estas formaciones eran conocidas con el nombre de *abers*. A la derecha y a la izquierda de la orilla se extendían unas colinas planas con casas de pescadores hermosas y antiguas; una parte del pueblo bordeaba la ría por abajo y la otra parte estaba en la cuesta que quedaba en medio. En ese momento no podían ver la ría, oculta tras la densa niebla.

—Provost llegó ayer por la tarde, sobre las seis —siguió diciendo el capitán del puerto—. Quería regresar esta mañana. Tiene una enorme granja de ovejas. Un avaro obstinado, odiaba a la gente.

Una combinación de datos extravagante.

—¡Pues claro! ¡Las ovejas! —exclamó de repente Le Ber—. ¡Eso es! Por eso me sonaba el nombre de Provost.

Dupin había empezado a hacer anotaciones.

—Jefe, en la isla hay una famosa raza de ovejas muy especial. —Se acababa de activar la maquinaria enciclopédica—. Se llama igual. Igual que la isla, quiero decir. Ovejas de Belle-Île. Una historia de locos, jefe. Durante un tiempo se pensó que estaba extinguida, pero entonces un veterinario que estaba de vacaciones en la isla descubrió por casualidad que todavía quedaba una docena ahí y…

—¿En qué lugar de Doëlan vive el tío de Provost? —le interrumpió Le Menn, adelantándose a Dupin.

—En Impasse des Pêcheurs. No está muy lejos.

Nada estaba lejos en Doëlan.

—¿Habló usted con Patric Provost cuando llegó?

—Hablar, lo que se dice hablar, sería mucho decir. Era un tipo adusto. Antipático.

La compasión y el miramiento no eran los puntos fuertes del capitán del puerto. Pero no tenía mala intención tampoco. Dupin conocía a esa clase de personas.

—¿Ayer notó algo inusual en él?

Le Menn era famosa por su rapidez en preguntar.

—No. Era el de siempre.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando en el puerto ayer por la tarde?

—Hasta las diez y media. Había mucho que hacer.

—¿Notó algo inusual?

—No.

—¿Cuántos barcos de fuera han pasado la noche aquí?

En verano, los puertos de la costa eran como parcelas de camping para los que veraneaban en barco.

—Doce cuando me fui. Pero es posible que viniera alguien más después.

—Debe de tener una lista, me figuro.

—Están todos registrados.

—Lo primero será hablar con el tío —zanjó Dupin, impaciente. Luego se dio la vuelta para ir a la calle que conducía a la pequeña plaza mayor del pueblo, que conocía bien—. Le Menn, acompáñeme —ordenó—. Le Ber, llame a Labat y a Nevou, e inspeccione el barco de Provost. Luego Le Menn y yo nos reuniremos con ustedes.

Dupin sacó el móvil. Tenía pendiente la llamada más importante. Nolwenn y él aún no habían hablado. Le Ber la había puesto al día tras el rescate del cadáver. Eso era todo lo que sabía. Marcó el número.

—¡Hola!, señor comisario. ¿Alguna novedad?

—Sabemos quién es el fallecido, que era de Belle-Île y que ha sido un asesinato.

Dupin resumió de forma escueta lo que acababan de averiguar.

—Así pues, ¿Belle-Île? ¡Vaya! El territorio de Le Ber.

—Por desgracia, no sabe nada de Patric Provost. ¿Le dice algo a usted ese nombre?

—No, tampoco. Pero eso tiene fácil solución.

Dupin la oyó teclear.

—Aquí lo tenemos. Patric Provost. Su empresa se llama Moutons bretons. Ovejas bretonas. Un nombre no muy imaginativo que digamos. Un momentito…

Le Menn había adelantado a Dupin y se apresuraba por la calle en dirección hacia la plaza. También ella tenía el teléfono en la oreja.

—Ahora estoy en su web. —Una pausa—. Una página muy sencillita… Las famosas ovejas de Belle-Île. Una raza muy notable… Veo que es el vicepresidente del Denved ar Vro.

Nolwenn dijo aquello como si Dupin ya tuviera que saberlo.

—Es una asociación que se ocupa específicamente de la continuidad y la comercialización de esta raza tan especial. La carne de cordero se considera la mejor de todas. Está muy solicitada. *Agneau de pré salé*. Como la de Mont-Saint-Michel, solo que la etiqueta de Belle-Île tiene otro nombre: *Agneau du large*.

—Entiendo.

Ciertamente, no había cosa mejor. Era una delicia. Las ovejas pastaban en praderas junto al mar, ricas en sales y yodo y repletas de hierbas silvestres. «En cierto modo, mientras pastan se van sazonando», le había dicho un bretón en una ocasión. En el ranking culinario de Dupin, esa carne de cordero iba justo detrás del entrecot, lo que era muy significativo.

—Mire qué más puede encontrar sobre este hombre, Nolwenn. Ahora vamos a hablar con el tío.

—Dejemos una cosa clara, señor comisario. —El tono de voz de Nolwenn había adquirido de pronto un timbre ominosamente serio, casi dramático—: El viernes por la tarde este caso debe estar resuelto. ¡Tenemos una celebración! ¡Aunque el mundo se acabe! Y el próximo lunes usted tiene examen. ¡Y tampoco va a saltárselo, pase lo que pase! Supongo que lleva siempre consigo el librito. Así pues, ¡en marcha! *Ken emberr*.

Antes de que Dupin pudiera replicar algo, ella colgó.

Un curso de bretón para principiantes, con examen final y diploma, había sido el «regalo» de parte de todo el personal de la comisaría por su aniversario en el cuerpo. Era evidente de quién había sido la ocurrencia. Durante diez años, Le Ber y Nolwenn habían urgido al comisario para que aprendiera bretón, incluso desde el punto de vista puramente profesional: según ellos, sin nociones de esa antigua lengua celta no era posible resolver ningún crimen actual en la Bretaña. Unas doscientas cincuenta mil personas dominaban esa lengua, y eso contando solo la *Bretagne bretonnante*, es decir, la parte occidental de la Bretaña. El comisario se había pasado toda la tarde del lunes metido en el aula sofocante del Espace culturel, el centro que se encontraba encima del antiguo mercado de abastos de Concarneau. Por suerte, sus

siete compañeros de clase habían resultado ser extremadamente simpáticos. Dupin incluso había trabado amistad con un bombero jubilado que estaba a punto de casarse de nuevo con una bretona *pur beurre* que insistía en una celebración tradicional. El curso incluía un compacto librito que llevaba el programático título *Le Breton en 5 minutes par jour*, esto es, *El bretón en 5 minutos al día*. Estaba ordenado por temas o situaciones que describían la feliz existencia bretona: «Celebraciones con amigos», «La comida» (un capítulo muy completo), «La bebida» (un capítulo aún más completo), «Expresar la opinión», «Hablar del tiempo», «Estar de acuerdo y discrepar» (la virtud genuinamente bretona: rebelarse). Desde entonces, Nolwenn y Le Ber utilizaban aún más expresiones bretonas de lo habitual. *Ken emberr*. Hasta luego.

«Me parece una idea bonita», había comentado Claire. Y, de hecho, tenía razón. Dupin se centró ante todo en expresiones claves para sobrevivir: *Kafé am bo*, *mar plij*, «Un café, por favor», y *Gwelloc'h eo ganin ur banne gwin*, «Tomaré un vaso de vino». Dos frases que le permitían el dominio fundamental de una lengua.

Entretanto habían llegado ya a la plaza del pueblo.

—Por aquí —le indicó Le Menn, que parecía saber exactamente por dónde tenían que ir—. Es la casa número cinco. Allí delante, a la izquierda.

Entonces sonó el teléfono de Dupin.

Claire.

—¿Diga?

—¿Estás bien, Georges?

En su pregunta había una profunda inquietud.

—Sí, ¿por qué?

—La señora Claudel me acaba de llamar. Me ha dicho algo sobre un cadáver en Concarneau. En nuestra playa. Parece ser que tú lo has sacado del mar. Estaba muy preocupada. Sospecha que se trata de un asesinato. Ahora se ha encerrado en su casa porque cree que el culpable sigue suelto.

Dupin suspiró. Era evidente que la vecina había malinterpretado algo. Le explicó lo que había sucedido en realidad. Y también que, en

efecto, se trataba de un asesinato aunque no en su playa de Concarneau.

—Está bien, Georges. Ahora tengo una operación de urgencia.

Y colgó.

Dupin sacudió la cabeza.

Dos minutos más tarde, Le Menn y él llamaban al timbre de una vieja casa de piedra con techo de paja rodeada de exuberantes hortensias de color morado, rosa, azul y rojo. Por un instante, a Dupin se le pasó por la cabeza que, mojado como estaba, su aspecto debía de resultar extraño. Pero daba igual. De hecho, él nunca había tenido el aspecto de un comisario «de verdad».

Pasó un rato antes de que algo se moviera en la casa. Desde fuera oyeron unos ruidos raros.

La puerta se abrió muy despacio. Ante ellos asomó un hombre menudo y encorvado que se apoyaba tembloroso en un andador. Dupin calculó que debía de tener entre ochenta y cinco y noventa años.

—¿Qué hay?

Una voz clara y firme, que no revelaba para nada la fragilidad evidente. En todo caso, no había sonado amigable.

—¿Señor Provost? ¿Jean Provost? —preguntó Dupin para asegurarse.

—¿Y a quién espera encontrar aquí si no es a mí, señor? —La mano izquierda se le resbaló del mango del andador. Por un segundo, Dupin temió que Provost fuera a caerse, pero el hombre recuperó la compostura—. ¿Qué quieren?

Saltaba a la vista que Jean Provost quedaba descartado como posible autor del asesinato.

—Policía de Concarneau, ¿nos permite entrar?

La noticia que traían no era de las que podían darse en la puerta de entrada.

—¿Por qué?

—Es un asunto grave, señor. —Dupin puso énfasis en sus palabras, que surtieron efecto.

—De acuerdo.

Provost se dio la vuelta trabajosamente con el andador y avanzó en silencio y muy despacio por un vestíbulo desnudo hasta una habitación iluminada que parecía ser la sala de estar. Los tablones de madera del suelo estaban desgastados. Dupin reconoció el olor a detergente con aroma de limón que flotaba en el aire. Alguien había estado limpiando ahí hacía poco. El anciano se encaminó hacia un sofá estrecho junto al que había una única butaca tapizada con la misma tela verde oscura desgastada. Justo antes de llegar, Provost se detuvo bruscamente y se volvió hacia ellos. No hizo ningún ademán de sentarse ni de ofrecerles asiento.

—¿Y bien?

Su voz seguía sin parecer amigable.

—¿No sería mejor que se sentara? —preguntó Le Menn con expresión preocupada.

—Le traemos una noticia muy triste, caballero. —De pronto, pareció que las frases y su cruel contenido adquirían un tinte irreal—. Su sobrino, Patric Provost, ha fallecido. Todo indica que esta mañana ha sido víctima de un crimen violento en el puerto. —Se interrumpió un instante—. Nuestro más sincero pésame, señor.

El comisario tenía la mirada clavada en el rostro del anciano.

Al principio dio la impresión de que Jean Provost no había oído lo que le decían. O no lo había comprendido. Su cara no reflejaba ninguna emoción. Se quedó mirando fijamente al comisario.

—Señor Provost, ¿está usted bien?

Le Menn estaba inquieta.

Todavía no se había producido ninguna reacción.

A lo largo de su carrera, Dupin se había visto obligado a mantener muchas conversaciones de ese tipo, pero cada vez era igual de terrible. En esas ocasiones había sido testigo de las reacciones más diversas.

—Señor Provost, vamos a hacer todo lo posible para resolver este crimen cuanto antes y atrapar al autor. Tal vez usted pueda ayudarnos con ello.

Jean Provost había abierto los ojos de par en par.

—¿Cómo ha muerto? —Su voz no había cambiado. Seguía firme y clara.

—Le han estrangulado y, luego, lo han arrojado al mar. Su cuerpo ha quedado atrapado en los cabos de una boya del puerto, no muy lejos del muro del muelle. Un pescador lo ha encontrado.

Era tremendo, pero cierto. Y los familiares de los difuntos debían saber la verdad, siempre. Las fantasías que imaginaban eran peor que la realidad.

De nuevo, el anciano permaneció en silencio. Entretanto, los ojos de Dupin se habían acostumbrado a la penumbra.

—Tenemos entendido que su sobrino estuvo con usted ayer por la tarde, para celebrar su aniversario.

Dupin habló con voz suave.

Jean Provost dejó a un lado el andador, dio unos pasitos con cautela hacia el sofá y se sentó.

—Sí.

Volvió los ojos hacia la ventana, aunque en realidad no miraba nada.

—¿Pasaron la tarde juntos aquí? —quiso saber Le Menn.

—Siempre vamos al restaurante. Vino a recogerme. No está lejos.

—¿Qué restaurante? —insistió Le Menn—. ¿Les Trois Mâts?

Acababan de pasar por delante, se encontraba en la pequeña plaza. Dupin lo conocía. Era toda una institución. El anciano asintió con la cabeza. Resultaba difícil imaginar cómo había llegado hasta allí. Y también su regreso.

—¿Cuánto rato estuvieron en el restaurante?

—Hasta las nueve y media. Luego Patric me acompañó a casa y se fue. Siempre pasa la noche en su barco.

—¿Patric Provost conocía a otras personas además de usted en Doëlan, o por la zona?

—No. No que yo sepa. Él vive en su isla y rara vez sale de ella.

Entretanto su voz había ido perdiendo fuerza.

—¿No sabe de nadie con quien él hubiera podido citarse aquí? —insistió Le Menn.

—No.

—¿Le comentó alguna cosa que pudiera estar relacionada con el crimen?

—¿Qué quiere decir?

—¿Le habló de alguna disputa, un conflicto, una riña?

—Me habló de sus ovejas. Su granja. Un poco sobre Bonaparte. Nunca hablamos mucho.

—¿Bonaparte?

—Él adoraba a Napoleón. —Se interrumpió un momento—. Sabía muchas cosas de él. Era una manía.

—Así pues, ¿no le mencionó ningún altercado?

Negó con la cabeza con gesto decidido.

—¿De qué más hablaron?

—Del calor. De que es malo para las ovejas.

—¿Alguna otra cosa? —Jean Provost miró desconcertado a la joven agente—. ¿Notó en él algo desacostumbrado? ¿Estaba nervioso, ansioso, preocupado, distraído?

La perplejidad del hombre aumentó.

—Nada en absoluto.

—¿Le dijo a qué hora iba a regresar por la mañana?

—No. Pero él siempre zarpaba muy temprano.

—¿Tenía familia en Belle-Île? ¿Algún familiar?

Dupin debería contactar con ellos cuanto antes, visitarlos en persona antes de que la noticia les llegara por otros medios.

—Estaba solo.

—Entiendo. ¿Hermanos? ¿Los padres están vivos?

—No.

—Entonces, no tenía a nadie. De familia, quiero decir. Excepto usted.

Era triste decir aquello.

—Solo yo.

Jean Provost tenía la mirada perdida.

—¿Y amigos? ¿Conoce usted a algún amigo? —acabó de preguntar Le Menn.

Negación con la cabeza.

—¿Otros contactos sociales?

—No.

—¿Y usted? —La pregunta de Dupin era demasiado vaga—. Quiero

decir, ¿vive usted solo? —añadió.

En realidad, la respuesta saltaba a la vista.

Jean Provost asintió débilmente.

—¿Podemos hacer algo por usted, señor?

El anciano dirigió una mirada dudosa al comisario.

—Esta noticia debe de ser un golpe duro. ¿Tiene un médico de cabecera al que podamos llamar? —Le Menn salió al auxilio de Dupin.

—No necesito nada.

—¿Quién cuida de usted?

—Elise. Mi asistenta. Estará aquí a las once.

No faltaba mucho para esa hora.

—¿Qué sabe de la vida de su sobrino en Belle-Île?

Dupin volvió a las preguntas concretas.

—No mucho. Su vida era la granja de las ovejas. Además, era dueño de muchas tierras. Y casas.

—¿Cómo es eso?

—Somos *acadiens*, acadianos. Toda la familia. El padre de Patric era el hermano mayor y lo heredó todo. Y tras su muerte, todas las propiedades pasaron a Patric.

—¿Acadianos?

Dupin nunca había oído hablar de eso.

—Son las familias más antiguas de la isla.

—¿Su parte de la familia abandonó la isla?

—Mis padres. Antes de que yo naciera. Mi hermano, el padre de Patric, regresó luego a la isla.

—¿Qué sabe de la empresa de Patric?

—Creo que va bien.

—¿Se dedica a la propiedad inmobiliaria?

—No, para nada.

—¿Dónde vivía en la isla? —Le Menn volvió a tomar la palabra.

—En una aldea remota.

—¿Tiene casa allí?

—Sí.

Dupin se sintió inquieto. No iban a averiguar nada más de Jean Provost de momento. Además, tenían que avanzar; Le Ber y los demás

aguardaban en el barco.

—Solo una última pregunta. ¿Sabe qué pasará con la herencia de su sobrino? ¿La granja de ovejas, las tierras, las propiedades?

—No tengo ni idea.

—¿Nunca le habló de su testamento? ¿O que le tendría en cuenta en caso de fallecer?

—Nunca habría hecho tal cosa. Hablar de su testamento.

—De acuerdo.

Dupin se dijo que pediría a uno de los gendarmes de Quimperlé que se volviera a pasar por casa de Provost más tarde.

—En ese caso, le agradecemos la cooperación, señor. Si se le ocurre algo más que pueda ser de interés para nosotros, no dude en ponerse en contacto conmigo en cualquier momento. Le dejo una tarjeta aquí.

Le Menn se la dejó en la mesilla auxiliar que había junto al sofá.

—*Au revoir* —se despidió Dupin. Un hasta luego cargado de emoción.

La niebla, extrañamente uniforme y brillante bajo el sol, se deslizaba como una serpiente blanca demoniaca sobre el estrecho valle de la ría. Allí resultaba incluso más misteriosa que en mar abierto. A pesar de no tener los límites tan definidos como junto a la costa, también ahí seguía el curso del agua, engullendo todo cuanto encontraba a su paso: lanchas a motor, veleros, zódiacs y los pequeños botes de plástico de colores amarrados a boyas vacías; en suma, engullendo las embarcaciones que en verano se distribuían por toda la bahía como si formaran parte del decorado.

Le Menn había regresado a las oficinas del puerto para seguir trabajando desde allí. Uno de los gendarmes de Quimperlé acompañó a Dupin hasta donde estaba Labat, que los esperaba al otro lado del muelle de Kernabat en un bote auxiliar ridículamente pequeño de color verde neón. Aunque el trayecto fue muy corto, aquella ya era la segunda travesía sobre las aguas en ese caso. Una muy mala señal. Desde la orilla no habían podido divisar la embarcación de Patric Provost, ni siquiera la silueta; allí, la niebla parecía aún más impenetrable. No se oía tampoco ni una voz, ni la de Le Ber ni la de

Nevou.

Dupin llamó a Nolwenn por segunda vez mientras iba a encontrarse con Labat. Su secretaria había localizado el lugar de residencia exacto de Provost. Se trataba de Islonk, una aldea diminuta de siete casas situada al suroeste de la isla, e incluso había identificado a los vecinos. Quedaron en que le enviaría una lista. Por lo demás, no había mucho que averiguar sobre Patric Provost. Carecía de antecedentes y solo había un par de informaciones periodísticas de poca entidad que hacían mención a su granja de ovejas. Al parecer, su explotación era la más grande de la isla y tenía una oficina en el continente, cerca de Carnac, y otra en Hoëdic, una de las dos pequeñas islas situadas al este de Belle-Île. Sin embargo, los artículos no contenían ningún dato personal sobre Provost. La autopromoción no parecía ser lo suyo. Además, Nolwenn ya había hablado con la gendarmería de Le Palais, la capital de la isla, conocida como *Brigade territoriale autonome du Palais*. En concreto, con el mismísimo comandante. Era necesario tenerlo al corriente y, más importante aún, con su ayuda podrían obtener más información sobre Provost.

La prensa, representada por el viejo Donal y el enjuto Drollec, los dos redactores estrella de *Le Télégramme* y el *Ouest-France*, con los que Dupin mantenía en principio buenas relaciones, ya se había enterado del descubrimiento del cadáver. Incluso habían acudido al puerto. Aún no sabían que se trataba de un asesinato, pero era solo cuestión de tiempo. Una noticia así no podía mantenerse en secreto. Como era de esperar, los dos periodistas hablarían con el capitán del puerto, o él con ellos, y luego recabarían la confirmación de la policía, a lo cual no había ninguna objeción. A fin de cuentas, era a todas luces un homicidio, aunque no encajara con la imagen idílica de Doëlan ni con ese magnífico verano, ni mucho menos con la temporada alta de turismo.

—¡Hola, jefe!

La voz de Le Ber salió de la nada.

Dupin se giró bruscamente hacia un lado. Tuvo que orientarse, solo habían avanzado unos metros dentro de la niebla densa. Labat dio unas paladas fuertes. Entonces, de pronto, Dupin distinguió un barco,

tan cerca que era casi imposible evitar la colisión. Levantó el remo por instinto para protegerse y logró evitarla. Era una lancha motora de nueve o diez metros de eslora, un tamaño suficiente para albergar un camarote.

—Aquí no hay nada especial que ver, jefe. —Le Ber estaba de pie justo sobre ellos, apoyado en la borda—. Nada sospechoso ni que sugiera un acto violento. No hay señales de lucha. Todo normal.

Parecía decepcionado.

Labat y Dupin alcanzaron la popa. Allí, además del motor, había un escalón y una puerta de acceso en la borda.

—Tampoco hemos encontrado ningún cabo, ni cuerda, ni tela; nada con lo que se hubiera podido cometer el asesinato. Fuera cual fuese el arma empleada, el autor se la llevó o la hizo desaparecer.

Dupin se levantó con cuidado, aunque la embarcación se agitó como si hubiera dado un salto; se agarró a la barandilla y avanzó el pie con gesto resuelto hacia el escalón revestido de madera de la popa.

—No encontrará nada de interés —le dijo Nevou a modo de bienvenida—. Ni aquí arriba, ni abajo, en el camarote. Esto es trabajo para los forenses. A lo sumo, no hacemos más que contaminar la escena del crimen. Y eso si el asesinato se produjo en el barco.

Dupin asintió con actitud ausente.

Se encontraban en la cubierta trasera de la embarcación, justo al lado de la caseta del timón. Delante de la borda había un banco de plástico de color blanco sobre el que reposaban un sombrero desgastado y una botella de agua. Dupin abrió la puerta corredera de plexiglás de la caseta y entró. Como en todos los barcos de ese tipo, hacía también las veces de cocina, minicomedor y salón. A la izquierda vio un banco tapizado en azul marino y una mesa de madera clara; a la derecha había una cocina funcional y delante, en posición elevada, el asiento del piloto y el propio timón. Todo tenía una apariencia sorprendentemente espaciosa, aunque las ventanas panorámicas colaboraban a dar esta impresión. A diferencia de su amigo Henri y de todos los demás propietarios de barcos que Dupin conocía, en el camarote no había objetos esparcidos, como libros, gafas de lectura, periódicos, cremas de protección solar o jerséis. Todo

estaba tan ordenado que resultaba impersonal. Dos mapas plegados con sumo cuidado. Una chaqueta bien colgada en el asiento del piloto. Un solo vaso vacío en el pequeño fregadero.

Los dos inspectores y Nevou se quedaron fuera. Sabían que era mejor dejar que Dupin procediera a su modo.

El comisario abrió con cuidado la nevera: un botellín de cerveza 1664; una botella de vino rosado medio vacía. No más. Nada de excesos; por lo visto, Provost llevaba una vida austera. Dupin salió de la cabina de mando y bajó al camarote de la embarcación, que también parecía agradablemente espacioso. Había una cama en el centro de casi metro y medio de ancho; la almohada en el lado izquierdo; el cobertor estaba apartado a un lado, como si Provost se acabara de levantar y no hubiera tenido tiempo de hacer la cama, algo que, a juzgar por el estado del barco, seguro que habría hecho de haber podido. En el cabecero había una colcha doblada sobre un estante. En los armarios encontró un pantalón, algunas camisetas y ropa interior. Una puerta corredera daba a un práctico baño en miniatura: cepillo de dientes, pasta dentífrica, gel de ducha, toalla… Tal vez el asesino había subido a bordo a primera hora de la mañana y atacara a Provost sin más. Un escenario plausible, aunque totalmente especulativo por el momento.

Un minuto después, Dupin estaba de nuevo en cubierta, parado en la puerta corredera.

—Acabamos de saber por el servicio meteorológico que la niebla se ha formado sobre las cuatro o las cinco de la mañana —informó Labat —. De repente. Como en los últimos días. Si ocurrió en el barco, el asesino pudo actuar al amparo de la niebla.

Dupin ya había escrutado el entorno al llegar. Con esa niebla, los posibles barcos vecinos eran invisibles. Y el cadáver también podría haber ido a la deriva hacia el mar desde allí, sobre todo a esa hora tan temprana. La corriente de salida de la ría tenía una intensidad de entre ocho y diez kilómetros por hora.

Labat completó su informe:

—Nadie ha pasado la noche a bordo en la mayoría de las embarcaciones de alrededor. Son pequeñas, de gente de aquí. El barco

siguiente en el que ha dormido alguien se encuentra a unos cincuenta metros. Una familia con dos niños pequeños. Y no notaron nada sospechoso.

—La marea alcanzó su punto más alto a las tres y cinco de la madrugada —explicó Le Ber—, desde entonces el agua se ha ido retirando. Hace cinco minutos que la bajamar ha alcanzado el punto más bajo, y ahora poco a poco el Atlántico está regresando.

Todo encajaba.

—¿Cuándo se encargarán del barco los de la científica?

—En un instante, jefe.

—Volvamos a tierra firme.

Dupin se dirigió hacia la puerta de popa invadido por una repentina sensación de apremio. Labat lo siguió. Con el bote de color verde neón solo podría llevarlos de uno en uno.

En cuanto Labat y Dupin estuvieron sentados, y después de escapar por los pelos de otro accidente, sonó el móvil de Dupin.

Nolwenn.

—¿Sí?

Labat comenzó a remar.

—Acabo de hablar largo y tendido con dos de los gendarmes de la brigada de la isla, y de nuevo con el comandante Kir Cosqueric que, por supuesto, conoce a Provost. Uno de los gendarmes vive a dos aldeas de distancia. Todo indica que nuestra víctima era tremendamente impopular. Y no solo entre uno o dos de sus coetáneos, sino entre todos los que lo conocían. Al parecer, Provost era un mal bicho.

—¿Un mal bicho?

—Sí, un auténtico canalla. Según parece, Provost tenía a todo el mundo en contra. El gendarme me ha dicho que cualquiera en la isla podría ser el asesino. Los hay que lo odiaban de verdad.

Bueno, al menos era una novedad.

—Eso, si el asesino es de la isla —añadió Nolwenn.

—¿Cosqueric sospecha de alguien en particular?

Labat demostró su habilidad maniobrando cuando llegaron a la orilla.

—No, eso no. Pero sí sabe de todo tipo de conflictos que Provost tenía con personas de lo más variado, si bien no tiene noticias de si últimamente alguno en concreto se había agravado.

—¿Se sabe algo de la herencia?

—No. Pero ya sé quién era su notario. Está en Vannes. Me estoy ocupando de ello.

—Muy bien.

—En todo caso, aunque él fuera un mal bicho —afirmó Nolwenn con sequedad—, ha sido un asesinato.

—Desde luego —respondió Dupin en tono distraído. Estaba intentando salir del bote sin que este volcara en el último momento.

—¿Le envío a Goulch? ¿Quiere que él lo acompañe?

—¿Que me acompañe?

Hasta entonces Dupin había logrado esquivar la cuestión: necesitarían un barco para ir a Belle-Île. Por muchas vueltas que le diera, no encontraría ninguna «razón policial urgente» plausible para usar un helicóptero, que era lo que se necesitaba para justificar el empleo y el gasto de un vuelo así. Goulch era un capitán experto de la policía marítima de Concarneau. El comisario ya había navegado un par de veces en su barca motora, la magnífica Bir, que en bretón significaba «flecha». No se sentiría mejor saliendo al mar con Goulch; de hecho, seguía odiando la idea, aunque fuera en la Bir, pero si había que navegar, entonces mejor con Goulch.

—Lo pensaré, Nolwenn. Hasta luego. Ya la llamaré.

No era momento de precipitarse. Había que planearlo todo con calma.

—Una cosa más, señor comisario. Hay una gran conmoción en su barrio, en la Corniche; corre el rumor de que ha habido un asesinato. Cuentan que alguien murió ahogado y el asesino se encuentra a la fuga.

Dupin le aclaró el asunto con la señora Claudel.

—Hasta luego, Nolwenn.

—*Ken emberr*.

Dupin colgó.

—Labat, informe a todo el mundo. En cinco minutos en Les Trois

Mâts. Quiero hablar con alguien que estuviera trabajando ayer en el restaurante.

—Me encargo.

La terraza de Les Trois Mâts se encontraba en una pintoresca plazoleta rodeada de antiguas casas de piedra y, cuando la niebla no ocultaba el mar, ofrecía unas hermosas vistas del agua y de las casas de la ladera de enfrente. Además, se hallaba lo bastante cerca del puerto y del Atlántico como para poder olerlo, sentir la sal, el yodo, las algas y sus sonidos típicos. A Dupin le encantaba. El restaurante tenía una segunda terraza, casi más bonita, que daba a la parte de atrás, justo sobre un estrecho brazo de la ría. Las anticuadas contraventanas de madera del local, que relucían al sol, estaban pintadas de color petróleo. Sobre la puerta de entrada había un barco pintado en ese mismo tono, con las tres velas que daban nombre al restaurante, mientras que la puerta y las ventanas, del típico estilo bretón, estaban enmarcadas en piedra de granito claro. Ya en la terraza había grandes macetas con petunias muy floridas de un color rojo intenso, y bajo las ventanas del primer piso el mobiliario exterior combinaba el rojo, el morado y el amarillo. Por doquier destacaba un intenso juego de colores. El nombre del negocio volvía a reproducirse en los tres toldos en forma de vela de color azul atlántico situados en el borde del mirador. Una gran sombrilla de color antracita que cubría toda la terraza proporcionaba una sombra generosa.

—Muchas gracias.

El camarero, un joven larguirucho, acababa de servir a Dupin su tercer café solo, después de que se hubiera tomado seguidos los dos anteriores. Aquel día se había quedado sin su café de las ocho y media en el Amiral, el cual estaba convencido de que tenía un claro efecto sobre su capacidad de raciocinio. Otros, en cambio, creían que afectaba más que nada a su estado de ánimo.

El propietario de Les Trois Mâts aún no había aparecido, pero estaba al llegar. El joven y la mujer que trabajaban esa mañana habían librado la noche anterior.

Dupin había aprovechado esos pocos minutos para tomar algunas

anotaciones. Tenía su pequeña libreta Clairefontaine roja abierta junto a la taza de café. Había marcado con un signo de exclamación y otro de interrogación la expresión «mal bicho». Ahora su mirada vagaba de un lado a otro sin detenerse en ningún punto concreto. Doëlan era un pueblo bretón de libro, pintoresco al máximo; era la imagen perfecta para una postal, sobre todo los faros que vigilaban desde las colinas de ambos lados de la ría, uno con rayas en verde claro y blanco y el otro, en la orilla opuesta, en rojo y blanco.

En ese momento llegaron los compañeros de Dupin.

Nevou se acercó a la mesa de Dupin con Le Ber, Labat y Le Menn pisándole los talones, y se sentaron.

—Hemos hablado con los residentes de las casas más cercanas al barco de Patric Provost —dijo la agente—. Nada. Nadie ha escuchado ni ha visto nada esta mañana.

—En la aldea, la noticia ya hace rato que está en boca de todo el mundo —añadió Le Ber—. Si alguien hubiera reparado en algo inusual, probablemente ya lo sabríamos.

—Nadie de aquí parece tener contacto con Patric Provost, tal como dijo su tío.

Eso arruinaba de forma definitiva la débil esperanza de poder investigar en el continente.

—Deberíamos…

—*Bonjour*. —Un hombre de pelo corto y rubio se acercó a ellos—. Soy Matthieu. El propietario. ¿Querían verme?

—Tenemos unas preguntas para usted.

—Adelante.

El hombre cogió una silla de la mesa de al lado y tomó asiento.

—¿Sabe lo que ha ocurrido esta mañana?

—Sí. El fallecido estuvo aquí anoche.

Al grano, tal y como le gustaba a Dupin.

—¿Quién sirvió a Provost y a su tío?

—Yo mismo.

—¿Oyó algo de su conversación?

—Nada. Anoche había mucho trajín. Además, me pareció que no hablaban demasiado.

—¿Conoce personalmente a Jean Provost, el tío?

—Solo de vista.

—¿Y a la víctima, Patric Provost?

—También, solo de vista.

—Por lo visto, viene todos los años por el aniversario de su tío.

—Nunca he mantenido una conversación con ninguno de los dos. Tampoco anoche. Los saludé, pidieron la cena y eso fue todo.

—¿Hubo algo en ellos que le llamara la atención? —preguntó Labat con tono inquisitorio—. ¿O tal vez hubo alguien que, de alguna manera, se interesara por ellos, o por Patric Provost? ¿Tendencialmente?

La nueva palabra favorita de Labat. A Dupin lo sacaba de quicio.

—Todo normal. Y tampoco noté que nadie se interesara por ellos.

—¿Dónde se sentaron?

—Allí delante. —El dueño señaló una mesa para dos situada en el otro extremo de la terraza.

—¿Conoce usted…?

Un estruendo espeluznante interrumpió a Labat. De pronto, todos se incorporaron en sus asientos. La bocina de un barco. Pero no se veía ninguna embarcación, no había más que niebla. La bocina sonó por segunda vez. Luego se oyó el ruido de unos motores.

Le Ber se puso de pie.

—Creo que…

El teléfono del comisario le interrumpió.

—¿Diga?

—Dupin, estamos aquí. En el muelle, justo debajo de Les Trois Mâts. Nolwenn me ha dicho que viniera a recogerle.

—¿Abajo, en el muelle?

Era Goulch. Y la bocina era la de la Bir.

¿No le había dicho que antes tenía que reflexionar un poco? ¿Y cómo sabía Nolwenn dónde estaba?

—Así es —confirmó Goulch.

Dupin se quedó mirando la niebla, hacia donde suponía que estaba la embarcación.

—Vamos a atracar. ¿Va a bajar? Le llevaré directamente a la isla.

Con este oleaje podremos ir a la máxima velocidad.

Eso sonaba a pesadilla.

Talasofobia. Claire le había enseñado esa palabra. El nombre técnico con el que se conocía el miedo al mar, una fobia sumamente desafortunada cuando uno vivía en la Bretaña y que no tenía nada que ver con un vulgar mareo.

Cinco minutos después, la pesadilla se había vuelto realidad.

La Bir, la lancha rápida de la policía, con su característico color gris claro y las grandes bandas azules, blancas y rojas, salió disparada. En las aguas abiertas del Atlántico, durante las treinta millas náuticas que separaban Doëlan y Belle-Île, la niebla marina parecía aún más espesa que en la costa. Ojalá el radar y todos los demás sensores de aquella sofisticada máquina marina de alta tecnología detectaran de forma fiable cualquier tipo de materia: dura, blanda, clara, oscura… Y que el mar conservara su lisura tranquila y en calma.

Sin embargo, la travesía fue de todo menos tranquila: la proa del barco se alzaba con ímpetu por encima de las aguas como si quisiera despegar hacia el cielo, para luego desplomarse al cabo de unos pocos instantes con toda su tonelada de carga sobre la superficie, que a esa velocidad tenía la dureza del hormigón, provocando unos golpes tremendos y un estrépito ensordecedor que, por otra parte, quedaba ahogado por el ruido infernal de los motores a plena potencia. La situación era surrealista: se precipitaban, sordos por su propio estruendo, a través de una materia blanca y resplandeciente y sin poder ver nada. Era como un viaje psicodélico. Apenas a cien metros por encima de sus cabezas reinaban el cielo azul y un paisaje marino idílico bajo el sol del verano. El viento desbocado por la marcha oprimía literalmente la nariz, la boca y los pulmones, intensificando aún más el olor y el sabor del mar.

Dupin estaba de pie en la popa. Solo. Todos los demás estaban con Goulch en el puente de mando: Le Menn, Labat, Le Ber y otros dos colegas de Goulch. Nevou había regresado a Concarneau para prestar apoyo a Nolwenn e «intervenir» con ella desde comisaría. Los dos gendarmes de Quimperlé proseguían la investigación en Doëlan.

—Es fantástico, ¿verdad, jefe? Estas lanchas son auténticas maravillas tecnológicas.

Dupin no había visto venir a Le Ber y, de pronto, se lo encontró a su lado. El inspector tenía que hablar a gritos para que el comisario le entendiera.

—Figúrese, ahora mismo estamos yendo a casi treinta nudos…

—¿Cómo vamos a movernos por la isla?

Dupin nunca había estado en Belle-Île, pero sabía que la isla no era precisamente pequeña.

Primero visitarían la granja de ovejas de Provost, donde hablarían con uno de sus pastores. A continuación, harían una visita a la aldea donde vivía. Allí preguntarían al vecindario.

—Nolwenn nos ha conseguido una furgoneta, una de nueve plazas. Está en el puerto de Le Palais, y usted tendrá su propio coche. —Le Ber conocía bien al comisario—. Nolwenn ya lo ha alquilado.

—Perfecto.

Dupin detectó una extraña vergüenza en Le Ber al decir la última frase.

—No llegaremos muy lejos sin coche. La isla mide diecisiete kilómetros y medio de largo y nueve de ancho, en el punto más extenso.

Por el modo en que Le Ber había remarcado esas cifras, una cosa estaba clara: ese dato y esa precisión distinguían a un experto de Belle-Île; un turista habría hablado de veinte kilómetros, y un diletante, un pseudoexperto, se habría quedado en diecisiete.

—Contamos con ochenta y dos kilómetros y medio de senderos costeros, imagínese —siguió Le Ber, que acababa de utilizar de pronto el plural «nosotros». Le Ber era ya todo un bellilois—. La alternativa sería una bicicleta normal o eléctrica, ambas son extremadamente populares en la isla.

En condiciones meteorológicas normales, Dupin habría clavado la vista en el horizonte, pero allí no había horizonte, tan solo un muro blanco y uniforme a su alrededor.

—Hay algunas cosas que debería saber sobre Belle-Île, jefe.

Tendría que haberlo previsto. Era inevitable. La charla introductoria

de Le Ber. No iba a librarse de ella. En cualquier caso, le distraería un poco. Ojalá.

—Belle-Île es mucho más que una isla. Es un reino. Aunque, como decimos los isleños, apenas ocupe un par de hectáreas en el mar, en realidad es todo un continente.

Dupin asintió con tanto énfasis como su estado se lo permitía. Esas palabras sonaban como un saber secreto sin el cual era imposible desenvolverse en ese mundo nuevo.

—¡Un continente! —exclamó Le Ber—. Del noroeste al sureste, la isla está cubierta por una cresta de colinas cuyo punto más alto se encuentra a setenta y un metros sobre el nivel del mar. —En ese instante, la embarcación se encabritó con especial audacia; en un segundo se produciría un golpe de igual dimensión—. La isla está formada por unos valles profundos excavados en esta cresta central a lo largo de cientos de miles de años. Unos pequeños arroyos serpentean en esos valles desde el interior de la isla hasta la costa. —El barco se desplomó de nuevo contra el agua. Dupin apenas podía con su alma. Le Ber siguió hablando—: Y este continente tiene un número infinito de caras, jefe. En el sur, una sublime y romántica costa acantilada con bahías de aire mediterráneo. Aquí es donde se encuentran las rocas de fama mundial pintadas por Monet. Las «agujas», o puntas, de roca. Al norte, la costa es suave y de arenas finas. Playas blancas y extensas, colores caribeños. Más al oeste, el continente es más agreste, pero eso lo hace más mágico. El interior de la isla, casi deshabitado, se caracteriza por los brezales de un fascinante tono malva y retamas de intenso color amarillo. Campos, prados, bosquecillos encantados y aldeas antiguas. Una enorme riqueza botánica, miles de especies vegetales, entre ellas las más exóticas. Y por doquier, pinos marinos legendarios y álamos plateados. ¡Incluso hay un pantano! Y dunas movedizas.

Le Ber hablaba extasiado de una quimera, pues seguía sin poder verse nada. De hecho, bien podían estar dirigiéndose hacia Burdeos y no ser conscientes de ello. Por otra parte, no iban a la isla a pasar unas vacaciones, sino a investigar un asesinato.

—No encontrará en este planeta un par de hectáreas con mayor

diversidad natural, jefe. De hecho, es igual que en la Bretaña, pero como aquí la escala es menor, resulta infinitamente más llamativa, hasta adquirir una dimensión nueva. Por eso en Belle-Île uno tiene siempre la sensación de estar en otro lugar: Irlanda, Cornualles, la Costa Azul, una isla del Caribe, las islas del Canal, las Baleares, Normandía, o en la Champaña francesa más profunda. Su esencia está en esa sensación de *être ailleurs*, de estar en otra parte.

Aquello parecía un disparate: un lugar cuya particularidad era proporcionar la sensación de estar en un lugar distinto al que se estaba.

A estas alturas, Dupin ya tenía ganas de vomitar. Se apoyó en la barandilla para intentar recuperarse.

—Le Ber, ¿qué hay del pastor con el que nos encontraremos allí?

No le resultaba fácil formar frases completas.

—Se llama Tenom Burlot y en teoría vendría a ser algo así como el segundo jefe de la explotación de ovejas, aunque lo más probable es que no tuviera ni voz ni voto. Provost no lo habría permitido. Según el gendarme, que conocía un poco a Patric Provost, este dirigía la empresa como un patrón de la vieja escuela. Era muy autoritario, un tirano. Son sus propias palabras.

—¿Sabe qué son los acadianos?

Era un término que había surgido en relación con las familias con largo arraigo en la isla.

Le Ber dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Esa pregunta era muy de su gusto, ya que requería una respuesta detallada.

—Es una gran historia. Un capítulo dramático de la guerra de los Siete Años, que de hecho fue la primera guerra mundial de verdad. Ocurrió en 1761. Al comienzo de la guerra, los franceses arrebataron Menorca a los ingleses. Estos, por su parte, a pesar de su abrumadora superioridad militar en el mar, intentaron varias veces, sin éxito, conquistar Belle-Île. Finalmente la ocuparon durante dos años y los bretones originarios abandonaron la isla. Pero gracias al tratado de paz de 1763, Menorca fue intercambiada por Belle-Île, que volvió a ser bretona. —El casco de la nave volvió a chocar con fuerza contra las aguas—. Para el reasentamiento —siguió Le Ber como si nada— se

trajeron sesenta y ocho familias procedentes de Acadia, la colonia francesa situada en la costa noreste de América y que ese mismo tratado de paz había dejado sin patria. Aquí los acadianos crearon un nuevo mundo, una nueva sociedad, a pequeña escala, cierto, pero inspirada en la antigua y mítica Arcadia y su utopía sobre una edad de oro, el ideal de una vida pastoril y despreocupada en perfecta armonía con la naturaleza y la belleza de la isla. —La voz de Le Ber temblaba de emoción—. Una parte de los actuales habitantes de Belle-Île descienden de esas familias de colonos. Al parecer, también los Provost. Aquí existe aún una asociación de acadianos, muy activa, que agrupa a la mayoría de estas personas.

Dupin tenía la vista desesperadamente clavada en el muro de niebla, donde en teoría debería estar el horizonte.

—Entiendo.

Eso era cuanto necesitaba saber por el momento.

—Tiene usted mala cara, jefe. ¿Está bien?

Dupin asintió, resignado

—Sabe cómo se formó Belle-Île, ¿verdad? —Un tono de voz alegre —. Lo mejor será que le distraiga un poco.

El comisario estaba demasiado débil para objetar.

—Fue aquel fabuloso pueblo de hadas de Rhuys, las que crearon al golfo de Morbihan, ¿se acuerda de la historia? —El golfo quedaba justo delante de Belle-Île, al oeste de la lengua de tierra de Quiberon —. Cuando los humanos, en su nefasto egoísmo, talaron el bosque encantado de las hadas, aquellas criaturas misteriosas abandonaron su hogar. Las lágrimas saladas de su llanto infinito formaron un mar, que es el actual golfo. Las coronas que lucían en el pelo se convirtieron en las numerosas islas. —Le Ber hizo una pausa anunciando el momento culminante—. Sin embargo, la de la reina de las hadas, que era de una belleza extraordinaria, se aventuró más allá de esas aguas y se convirtió en un reino mágico: Belle-Île. La isla más bella sobre la faz de la tierra. En bretón se llama *Enez ar Gerveur* que, entre otras cosas, significa «la ciudad del mar», si bien *Gerveur* también se puede interpretar como *Guez*, hermoso.

Le Ber estaba completamente cautivado.

—Pero ahora, jefe, me centraré en lo fundamental. —¿Acaso hasta ahora todo había sido irrelevante?—. Belle-Île no es de este mundo. Se escapa del espacio y el tiempo ordinarios, de la física común. Es como si se encontrara en otra dimensión, en otra esfera. Durante el viaje la atravesamos y nos adentramos en ella. —Eso sonaba francamente siniestro—. Hay quien opina que la diversidad y la sensación de encontrarse siempre en otro lugar se debe a que, de hecho, la isla se desplaza como por arte de magia, materializándose aquí y allá: a veces en los Mares del Sur, a veces frente a Biarritz, Irlanda o Sicilia. O bien…

—Está claro, Le Ber.

Ya era suficiente. Aquello estaba adquiriendo tintes demasiado fantásticos.

—De hecho, jefe, existe una razón que explica por qué ninguna otra isla ha atraído a tantos artistas: Monet, Rodin, Matisse, Sarah Bernhardt, Jacques Prévert, Gustave Flaubert… Está envuelta en un aura de liberalidad y espíritu artístico, de gran libertad y anarquía creativa.

Le Ber se interrumpió. Su rostro adoptó una expresión de asombro mayúsculo, de sobrecogimiento. A Dupin le pasó lo mismo.

Si esa niebla espesa ya tenía algo de irreal, lo que acababa de ocurrir era aún más fabuloso: la niebla se había desvanecido de pronto. Con un gesto audaz, la embarcación había salido expulsada de aquella bruma para penetrar en un ópalo luminoso que abarcaba todo el firmamento. El Atlántico, en cambio, refulgía en su color petróleo. En él se distinguían unos pequeños triángulos blancos: unos veleros probando fortuna. El aire era nítido, puro; el mundo era cristalino. La vista estaba despejada. En un instante, la niebla pareció no haber sido más que un hechizo lejano en el tiempo. Dupin se giró. Ahí seguía. Engullendo toda la costa. Un muro peculiar separaba ambos mundos, la isla y el continente, y le sobrevino la impresión inquietante de que el regreso era de todo menos cierto.

—Ahí… ahí está. —Le Ber parecía haber visto un fantasma.

En efecto: de repente, en el horizonte se vislumbró una silueta vaga y plana emergiendo sobre el mar. Verde, marrón, gris claro. Una línea

larga.

Una aparición.

En cuanto hubieron rodeado por estribor un último promontorio escarpado a una velocidad ligeramente menor, y atravesado un par de pequeñas calas arenosas con pinares al fondo, atisbaron las primeras casas blancas y relucientes de Le Palais. A continuación, se dirigieron hacia la legendaria ciudadela que se alzaba sobre la capital de la isla. El color petróleo de las aguas hacía rato que había adquirido unos brillantes tonos azules y turquesas.

Lo que tranquilizaba a Dupin era que, a diferencia de todas las islas bretonas que había pisado hasta el momento, aquella parecía de una solidez impresionante. Ni las olas más poderosas lograrían vencerla, ninguna tormenta se haría con ella ni la arrastraría. No a Belle-Île. Además, la isla era la imagen perfecta de la calma y la despreocupación veraniegas, una alegoría de la tranquilidad. Y, en efecto, de la belleza consumada. Parecía querer demostrar de manera rotunda que tenía bien merecido el nombre. Puede que fuera por el discurso anterior de Le Ber, pero se percibía una atmósfera especial. De repente estaba dispuesto a creer en la felicidad y en una vida idílica, en cualquier utopía.

Sin embargo: estaban ahí por un asesinato.

Al poco rato, la embarcación entraba en el pintoresco puerto resguardado por los elevados muros del muelle. Dupin respiró profundamente. A derecha e izquierda recibió la bienvenida de unos faros bien cuidados. Se veían barcos de todo tipo, así como el ajetreo propio de un puerto. Aquel era el reino marítimo de la ociosidad. *La douceur de vivre* o, como decían los bretones, *La vie en Roz*. Allí todo parecía seguir una cadencia propia.

La capital de la isla también estaba en una ría; se veía el brazo de mar penetrando hacia el interior de la tierra. La pequeña ciudad —calles estrechas, hermosas casas antiguas pintadas de colores pastel, rosa, azul claro, verde claro, amarillo— se extendía a ambos lados de la ría, junto a las aguas. Parecía el telón de fondo de una película. Cafés, bares, restaurantes, tiendas, una animación pausada, sin prisas

ni nervios. Y, además, la vista impresionante de la poderosa ciudadela. Todo combinaba a la perfección.

Goulch se aproximó al muelle donde atracaban los ferris. Con una hábil maniobra, viró la embarcación y atracó. Instantes después desembarcaron; Goulch y la Bir aguardarían en Le Palais, dispuestos para zarpar en cualquier momento.

Durante los primeros metros Dupin anduvo con paso algo vacilante, pero la impaciencia por investigar se impuso. Al menos, el viento en contra y el sol le habían secado por completo la ropa. El comisario subió la rampa de hormigón y se dirigió hacia la delegación de la gendarmería de la isla.

—Comandante Kir Cosqueric. *Bonjour*.

Parco, correcto, pero amable. A su lado, dos gendarmes de la isla asentían con simpatía.

—*Bonjour*. —Dupin saludó en nombre de todo el equipo. Se secó el sudor de la frente; allí el sol quemaba más que en el continente, y además no corría ni la menor brisa, algo bastante inusual en la isla.

—¿Alguna novedad?

—No gran cosa. —Cosqueric, un hombre con un contorno de cintura considerable, pelo corto, cara de buena persona y ojos despiertos, fue al grano sin entretenerse en florituras—. No tiene pinta de ser nada fácil. Patric Provost llevaba una vida bastante retirada, casi de ermitaño. Carecía de parientes y amigos. Apenas tenía contactos sociales. Sin embargo, era miembro de varias asociaciones; en la isla hay unas ciento cuarenta.

Dejó oír una especie de suspiro.

Es decir, que en realidad no sabían casi nada del hombre y que no iba a ser fácil averiguar alguna cosa. No, al menos, del modo habitual.

—Provost era tremendamente impopular en todas las asociaciones a las que pertenecía. Es increíble. —Esa cualidad se iba acentuando por momentos—. Todo el mundo dice lo mismo. Todos tenían que bailar a su son. Sin embargo, ante él la mayoría se mordía la lengua. Era muy rico. En otros tiempos había patrocinado algún proyecto, pero hace mucho que dejó de hacerlo. Era una persona extremadamente tacaña.

—¿De qué proyectos se trataba? —Le Menn se abrió paso hacia el

frente.

—Solían ser infraestructuras para la isla. En una o dos ocasiones, también alguna iniciativa ecológica. Pero, lo dicho, eso fue hace mucho tiempo, hará unos diez años o más.

—¿Su patrimonio se limita a la granja de ovejas y las propiedades? —quiso saber Le Menn.

—Tenía unos buenos ahorros. En dos cuentas. Depósitos fijos. Sin riesgo, muy conservador. Ni acciones, ni bonos, ni otras inversiones. Su patrimonio consta sobre todo de terrenos aquí, en la isla. En parte edificados, tenía catorce casas en distintos lugares destinadas al alquiler, y en parte terreno rústico, esto es, campos, prados, donde además se crían las ovejas. Algunas parcelas suyas son las últimas urbanizables que quedan en la isla, así que son muy valiosas.

Parecía que habían investigado todo cuanto se podía investigar.

—Por cierto, ahí delante tienen sus vehículos. —Cosqueric señaló a lo largo del muelle y empezó a andar—. Deberíamos ponernos en marcha, Tenom Burlot está esperando. Seguro que tendremos más ocasiones para charlar.

En la pared de una reluciente casa blanca situada junto al muelle había un cartel escrito en grandes letras de color azul claro que anunciaba la oficina de alquiler de vehículos: LOCATOURISLE: LOCATION DE VOITURES. Dupin vio entonces la furgoneta anunciada. Una Peugeot 807 verde rana. Por lo demás, solo había un viejo Citroën Méhari de un alegre color naranja, todo un clásico, que venía a ser algo así como la versión descapotable del modelo Dyane, también legendario. Era un vehículo anguloso, modificado de forma extraña, con la característica chapa ondulada de la carrocería, que más bien era una caja sin techo, y los típicos neumáticos estrechos. El jefe de la gendarmería se dio cuenta de que Dupin buscaba su coche con la vista.

—Aquí está. —Señaló el Méhari—. Es este Citroën de aquí. Usted quería un coche propio, ¿no?

Dupin intentó disimular su alegría infantil.

—Nolwenn tuvo que aceptar lo que quedaba, jefe —se apresuró a intervenir Le Ber—. Los excursionistas vienen con los primeros barcos a pasar el día. Este era el último coche libre. Pero, por supuesto,

también puede acompañarnos en la furgoneta y…

—Está bien, Le Ber.

—Las empresas de alquiler de la isla están especializadas en coches antiguos legendarios y en modelos divertidos como los Renault 4 o los Citroën dos caballos, ese tipo de coches —explicó el comandante sin más—. Pero, sobre todo, en los Méhari. Algunos ya son eléctricos, aunque este no.

—Nuestra isla se esfuerza por convertirse en la primera *Smart Island*, isla inteligente, de Europa, jefe —añadió Le Ber con el pecho henchido de orgullo—. Un proyecto gigantesco. La idea es simple: ¡cero emisiones! Se pretende que la isla sea neutra en emisiones de CO_2, turismo incluido. Esto implica el autoabastecimiento con energía verde mediante paneles solares, que se instalarán en todos los edificios públicos, y pronto también mediante turbinas eólicas flotantes. De este modo se generará también la corriente para abastecer los vehículos eléctricos de la isla y…

—Ya vale, Le Ber.

Dupin se dirigió con paso decidido hacia el Méhari. Era el mismo modelo que tuvo de juguete cuando era pequeño, uno de los coches más peculiares y maravillosos jamás construidos.

—Treinta caballos, motor bóxer bicilíndrico refrigerado por aire y tracción a las cuatro ruedas. —Estaba claro que Cosqueric intentaba animar a Dupin—. Solo se fabricaron mil doscientas unidades.

—Indestructible, con carrocería de plástico, algo totalmente futurista para 1968 —añadió Le Ber con igual entusiasmo—. Debe el nombre al dromedario de carreras africano.

—La llave ya está en el contacto. Y encontrará una gorra y un tubo de crema solar en el asiento del copiloto. —Cosqueric señaló la cabeza de Dupin—. Parece que a alguien se le ha olvidado. Aquí en el sur, el sol es particularmente intenso. Y este vehículo es descapotable. Le aconsejo que se lo tome en serio.

Dupin asintió y se metió en el coche, que a falta de puertas presentaba solo unos huecos redondeados en la carrocería, aunque sí tenía una especie de cinturón de seguridad. Su mirada se posó en la gorra de color rojo intenso con la palabra «Tahití» escrita en grandes

letras negras. Debajo de las letras se veía una palmera azul. Una gorra era una cosa, pero ¿protector solar? Él no estaba ahí para pasar unas vacaciones junto al mar. Además, odiaba ese tipo de cremas.

Le Ber notó la actitud escéptica de Dupin.

—Jefe, en la isla puede llegar a hacer mucho calor. Además, resulta más sofocante de lo que uno se espera. A treinta grados se tiene la sensación de estar a cuarenta.

Por una vez, Le Ber no exageraba. Aquel día la temperatura debía de rondar los treinta grados y en realidad parecían cuarenta.

—Es como si la isla estuviera sobre una barbacoa, jefe.

—Oh, por cierto. —Cosqueric recordó otra cosa—. Los medios ya han preguntado por usted. Quieren una declaración. Son la prensa de la isla y dos periodistas de Vannes, que ya han llegado. De *Le Télégramme* y del *Ouest-France*. Les he dicho que, por el momento, no puede atenderles.

—Perfecto —respondió Dupin. Lo más importante era que los dejaran tranquilos—. Vamos a la granja de ovejas.

Agarró la larga palanca de cambios que sobresalía junto al volante; el coche por dentro también era de color naranja.

—Le Ber, acompáñeme a ver al pastor. Cosqueric, vaya delante. Labat y Le Menn, acompañen a los dos gendarmes a la casa de Provost. Luego nos reuniremos con ustedes.

Tenían que dividirse para acelerar la investigación.

Una sonrisa asomó en el rostro de Dupin cuando tiró del estárter y arrancó el motor. Desde su caja naranja contempló al grupo con ademán imperioso. Al instante, todos se dirigieron a sus coches. Esperó a que el comandante le adelantara con su Peugeot de la policía y lo siguió de inmediato.

Poco después dejaron atrás la zona habitada. Subieron un tramo cuesta arriba. Cosqueric iba a buen ritmo, Dupin se puso la gorra y se la caló sobre la frente. El trayecto atravesaba por centenares de tonos de verde, intensos, estridentes, intercalados con el púrpura de los brezos y el amarillo brillante de la retama. El camino subía y bajaba, en un trazado armoniosamente integrado en el paisaje de colinas. A ambos lados de la calzada había pequeños pinares espesos y a veces la

carretera los atravesaba. A la izquierda, una y otra vez, el Atlántico permitía atisbar unas vistas espectaculares. Contrastes disparatados, el verde y luego el azul intenso. La isla estaba mucho menos poblada de lo que Dupin había creído, y también era mucho más rústica; por todas partes se veían densos matorrales, arbustos y depresiones por las que fluían arroyos. Las flores de los prados bordeaban el camino, y aquí y allá asomaba una roca. Dupin notó el aroma a tomillo, a romero, a pinos, y a todo lo que estaba en flor. Había decenas de olores mezclados entre sí. Y además, estaba también el olor a mar.

La pequeña caravana de vehículos debía de ser un espectáculo curioso. Cosqueric al frente, detrás Dupin en el Méhari, en cuya parte trasera se podía leer, escrito en letras grandes, Louez-moi, alquíleme, y, por último, Le Ber conduciendo él solo una furgoneta verde rana.

—Buscamos al señor Burlot.

Cosqueric, con Dupin y Le Ber a la zaga, se encaminó hacia una mujer joven y un hombre alto de unos cuarenta años, ambos con el pelo de igual longitud y recogido en una trenza. Llevaban pantalón de trabajo de color caqui y botas altas de goma negras; la mujer iba con una blusa oscura y el hombre, con una camiseta holgada en verde desteñido. Alrededor de ambos había dos collies retozando alegremente.

Cosqueric dejó oír un lacónico *bonjour* al pasar que quedó extrañamente suspendido en el aire.

Los dos habían asomado de uno de los barracones de chapa ondulada que había en la pradera, que se elevaba suavemente justo detrás del extremo oriental de la playa Des Grands Sables.

Dupin, Le Ber y Cosqueric habían tenido que buscar un poco. El pequeño camino de tierra los había conducido hasta una pequeña granja antigua situada al otro lado de las dunas, donde habían aparcado. Ambos edificios, el alargado cobertizo y la modesta vivienda, estaban construidos con piedra de un agradable color gris claro. La casa estaba rodeada de unos gigantescos arbustos de romero y lavanda. Delante, las vistas daban a la playa, al mar y a tres poderosas higueras que se alzaban muy juntas entre sí.

En ningún lugar había un cartel que señalara una granja o identificara a su propietario; sí había, en cambio, un número impresionante de advertencias escritas en grandes letras prohibiendo el acceso a los terrenos. Detrás de la casa se veía el prado y las ovejas. Habían oído los balidos desde lejos. Era un gran rebaño.

—Soy yo mismo —confirmó el hombre recio con un tono de voz amable. Tenía una expresión grave.

—Entonces, hemos hablado antes por teléfono. Soy el comandante Cosqueric. Le presento al comisario Dupin, que está a cargo de la investigación.

—Señora, señor, *bonjour* —saludó Dupin.

Los dos collies mostraron un marcado interés por Dupin: uno empezó a olisquearle la pierna izquierda y el otro, las manos. La mujer joven se retiró al cobertizo:

—Te veo luego, Tenom.

—¿En qué puedo ayudarles?

Burlot empleó un tono aún más amable que antes.

—Diciéndonos lo que piensa del asesinato. ¿Quién querría matar a Patric Provost?

Burlot bajó la cabeza y se llevó la mano derecha a la nuca.

—La verdad es que yo no tenía muy buen trato con el señor Provost. Bueno, nadie lo tenía. Pero tampoco creo que nadie fuera capaz de matarlo. Es decir, nadie que yo conozca y que tuviera, digamos, diferencias con él.

—¿Hay muchas personas de esas?

Burlot vaciló un instante.

—Vivo en la misma aldea que Provost. En Islonk, al sur. La casa donde vivo es suya. El alojamiento gratuito es parte de mi salario, que es muy modesto —añadió tras vacilar de nuevo—. En Islonk, todo el mundo andaba a la greña con él.

—¿Cuánta gente vive en Islonk?

—Son siete casas, contando la de Provost.

—¿Y usted conoce bien a todos los que viven allí?

—Sí, claro que sí.

—La isla entera no tiene más de cinco mil trescientos habitantes —

intervino Le Ber—. Hay cuatro pueblos pequeños: la capital, Le Palais; Sauzon, al noroeste; Locmaria, al suroeste, y Bangor, en el interior. El resto de los isleños viven en aldeas como Islonk, de las que hay más de un centenar. Jefe, imagíneselo como si hubiera pequeñas islas dentro de la isla. Aparte de Semana Santa y la temporada de verano, en Belle-Île nunca pasa nada, estamos solos.

Esas palabras de Le Ber resultaban más inquietantes que idílicas.

—Islonk, por cierto, significa algo así como abismo, o barranco —aclaró el comandante de la isla.

Eso resultaba bastante más apropiado.

—Cerca de Islonk están las famosas agujas de Monet —añadió Le Ber.

—Señor Burlot, ¿alguna de esas personas estaba especialmente enemistada con el señor Provost? —preguntó Dupin, reconduciendo el interrogatorio.

El pastor los miró con atención. Había en él algo juvenil. Dupin no le veía ni siquiera un atisbo de barba.

—No sabría decirle. Es difícil. Cada cual tenía su propio problema con él. Pero lo dicho —añadió tratando de adoptar un tono decidido —, estoy bastante seguro de que ninguno de nosotros sería capaz de cometer un asesinato.

—Según dice usted, motivos había de sobra —prosiguió Le Ber—, todos tenían alguno, incluso para matarlo. En cambio, usted no ve a nadie capaz de hacerlo.

—No. —Por un instante, Burlot pareció confundido—. Lo que quiero decir es que, desde luego, no creo que nadie sea capaz de cometer un asesinato y que, claro está, ninguno de estos problemas era razón suficiente para matar.

—¿Y qué hay de sus problemas con Provost? ¿En qué consistían? —continuó Dupin.

—En realidad, ya no tenía ninguno.

—¿Qué quiere decir con eso?

Los collies seguían olisqueando a Dupin y lamiéndole las manos. Tal vez fuera la sal que llevaba en la piel tras nadar a primera hora de la mañana.

—Decidí dejar el trabajo y establecerme por mi cuenta. Con mi propia granja. En el continente.

—¿Provost lo sabía?

—Desde hace un mes. Me habría gustado quedarme aquí, pero con más libertad, con más responsabilidad. En teoría, y de hecho también sobre el papel, yo llevo la empresa. Es una explotación bastante grande, pero a la hora de la verdad él no me dejaba decidir nada. Discutíamos a diario.

Dupin no podía imaginarse a ese amable pastor discutiendo.

—¿Habló usted con franqueza con el señor Provost, dándole a escoger? —insistió Dupin.

Se había olvidado la gorra en el coche. Un error. El sol picaba sin piedad. El sudor le recorría la frente desde hacía rato. Daba la impresión de que ya habían superado los cuarenta grados.

—Incluso le di un ultimátum. Hasta finales de mayo. En marzo hablé por primera vez en serio con él y le pedí que me dijera si a partir de entonces me dejaría a trabajar aquí por mi cuenta. Estaba harto.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando para él?

—Casi dos años.

—¿De qué iban las discusiones diarias que ha mencionado? —intervino el comandante de la isla.

—De cualquier cosa. Con Provost todo era una riña, porque solo se podían hacer las cosas como él quería. Por principio. Por pura obcecación. Por absurdas que fueran.

—¿Puede darnos algún ejemplo?

A Dupin, esa información le parecía demasiado abstracta.

De repente, un grupo considerable de ovejas se interesó por los humanos de su prado y se acercó a ellos a toda velocidad. Los dos collies salieron disparados ladrando con furia.

—Necesitamos un equipo informático nuevo y profesional. Nuestro hardware y software tienen doce años de antigüedad. Eso da muchísimo trabajo. —Burlot miró hacia el cobertizo en el que la joven había desaparecido—. Un trabajo que luego nosotros, y no Provost, tenemos que hacer. Él se limitaba a decir que mientras la máquina

funcionase, la usaríamos. Era de una tacañería enfermiza. —Luego, por primera vez, su modo amable cambió y se percibió en él una emoción, un ligero enfado—. Además, me parece que disfrutaba sacándonos de nuestras casillas.

Dupin tomó unas notas.

—De todos modos, los temas más importantes eran cuestiones estratégicas de la granja.

—¿Qué quiere decir con eso exactamente?

Las ovejas habían empezado a rodearlos. Entre ellas había algunos ejemplares de color negro azabache.

El pastor fue al grano:

—A mí me gustaría introducir una tercera raza, una oveja finlandesa. Tiene una rentabilidad que supera incluso la de nuestras dos especies. Mayor fertilidad, madurez sexual más temprana… Además —añadió—, no está debilitada por una cría excesiva. Es una especie muy antigua, probablemente la más cercana a la oveja salvaje. Su carne es excelente y da una lana de calidad superior, muy suave, ligera y espesa. Por lo demás, no tiene cuernos y su esqueleto es robusto; es un animal resistente, muy tranquilo, con poco instinto gregario, acepta bien los suelos pobres como el de los acantilados de aquí, cerca del mar… Es ideal para nosotros.

Burlot ensalzaba las características de esa oveja como si se tratase de las prestaciones técnicas de un coche.

—Provost quería continuar solo con las dos razas que criamos. Yo no quería prescindir de ellas, me habría gustado intentar cruzarlas.

Le Ber vio su oportunidad:

—Me imagino que su segunda raza es la Landas de Bretaña. —Se volvió hacia Dupin—: Esta especie también es originaria del sur de la Bretaña.

Dupin recordó su conversación telefónica con Nolwenn.

—Así es. Estas de aquí son casi todas Landas de Bretaña. —Burlot señaló con la cabeza las ovejas, que los rodeaban cada vez más cerca, algo que al parecer no inquietaba en absoluto a los dos perros pastores, que habían regresado junto a Dupin—. También es una gran raza. Muy sociable, muy resistente, de carne firme y delicada. Tiene

una leche salada y sabrosa que aquí en la isla se emplea para hacer queso. En él se percibe todo: el mar, el yodo, la hierba aromática, las hierbas silvestres…

Dupin sintió cierta agitación, la boca se le hizo agua.

—Estas de aquí—Le Ber señaló tres animales que se les habían acercado tanto que Dupin ya temía que también fueran a lamerle de un momento a otro— son ovejas Belle-Île. Se reconocen por su aspecto característico.

A pesar de tenerlas muy cerca, Dupin no apreció nada especial; para él eran simples ovejas. Con aspecto de oveja.

—Ya sean de piel blanca, gris, marrón o negra —prosiguió el pastor —, se caracterizan por las orejas y las patas largas; tienen poca lana en la cabeza y carecen de cuernos, ni siquiera los carneros.

—Seguro que a estas alturas, jefe, usted ya conoce esa historia disparatada: estuvieron a punto de extinguirse. Hoy en día vuelve a haber unas mil, entre ellas un centenar de carneros; siguen sin ser muchas, pero aun así…

—Me gustaría… —Dupin no dejó continuar a Le Ber, pero acto seguido su móvil le interrumpió a él. Sin hacer ningún comentario, se abrió paso entre los animales y subió un poco por el prado. Los fieles collies le siguieron.

Era Claire.

—¿Sí?

—Acabo de terminar la operación. Un colega me ha dicho que estás en Belle-Île. Lo ha oído por la radio.

—Estaba a punto de llamarte.

—¿Podrás pasarte por Fluïd?

—¿Perdón?

—Es ese fantástico vidrio soplado. El de los cien colores. Tenemos dos vasos suyos. Me gustaría tener algunos más. Su tienda está justo en Le Palais.

—Yo…

—Te envío un SMS. Ahora tengo que entrar en la UCI, Georges. Nos vemos.

Y, de nuevo, desapareció.

Dupin sabía a qué vasos se refería, pero no era consciente de que procedieran de allí. De todos modos, se lo habría podido imaginar, ya que había sido Le Ber quien se los había regalado. Mientras regresaba junto a sus compañeros y el pastor, sus ojos se posaron en la playa. Era de ensueño. Enmarcada entre dos promontorios, en uno de los cuales se encontraba él en ese momento, se extendía durante al menos dos kilómetros junto al brillante mar de color turquesa, que solo adoptaba sus tonalidades azules características más adentro. Era como si adquiriera profundidad de forma gradual. La playa era amplia y despejada, y estaba casi desierta a pesar del buen tiempo.

Dupin se reincorporó a la conversación sin más.

—Me han dicho que Provost era el presidente de la asociación de criadores de ovejas Belle-Île. —Hojeó su cuaderno—. La Denved ar Vro.

Tenom Burlot asintió.

—¿Sabe de algún conflicto que se hubiera producido en la asociación?

El pastor echó una mirada crítica a Dupin.

—Usted aún no se ha hecho una idea real de cómo era Patric Provost. —De nuevo, la consumada amabilidad en la voz—. Tenía conflictos con todo el mundo, todo el tiempo. —Una pausa deliberada —. ¿Entiende lo que quiero decir?

—¿Y cuál era el problema ahí?

—Por ejemplo, ellos querían destinar más dinero a tareas de comunicación, y era preciso aumentar las aportaciones. Él aplicó su veto estricto. Como él, por su parte, ya tenía unas relaciones comerciales excelentes con los explotadores, la restauración y los fabricantes textiles, no tenía ningún interés en intensificar la labor de relaciones públicas. Su granja domina el mercado.

—¿Cuántos miembros tiene la asociación?

—Ocho.

—¿Y cuántos pastores, o empleados, tiene la granja de Provost aquí? —preguntó Le Ber.

Los dos perros seguían junto a Dupin, que poco a poco se iba acostumbrando. El más pequeño se había tumbado a su lado.

—En Belle-Île somos cinco empleados; en total somos diez. Pero nadie se queda mucho tiempo.

Estaba de más preguntar acerca del motivo.

—¿Cuándo vio por última vez a Provost, señor? —Cosqueric se adelantó a Dupin con esa pregunta.

—Ayer al mediodía. Estuvo aquí un rato.

—¿Por qué?

—Era una de sus visitas de inspección aleatorias.

En algún momento de aquella tarde, Provost había partido hacia Doëlan.

—¿No tenía nada que hacer aquí?

—De hecho, nunca tenía nada que hacer aquí. Funciona igual sin él.

—¿Qué hora era?

—Las doce pasadas.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Diez minutos.

—¿Dónde?

—En la casa. Yo estuve por aquí fuera.

—Por lo tanto, usted no vio lo que hizo, ¿no?

—No. Supongo que comprobó las ventas y los cobros. El ordenador de la empresa está ahí, en la oficina. Aunque hay que decir que tenía acceso a bastantes cosas desde su casa en Islonk. Hace años que se hizo instalar el sistema.

—¿Dónde estuvo usted anoche, señor Burlot?

Dupin clavó la mirada en el pastor, que no pareció incomodarse con esa pregunta directa.

—Anoche estuve aquí mucho rato, hasta las diez por lo menos. Luego, en Islonk. Tomé una copa con Byn y Margot. Son los propietarios del Goulou, una de las dos destilerías de whisky de la isla, y tienen un bar. —Su mirada adoptó un aire pensativo—. Detrás de su casa hay un banco legendario con unas vistas fantásticas sobre la bahía. Margot se dedica a hacer productos de vidrio y cerámica, y Byn, al whisky.

Sonrió.

Dupin tenía que admitir que eso sonaba a gloria. Pronto los

conocería a ambos. Con suerte, podría tomarse un café en el Goulou.

—¿Algún otro vecino de Islonk se tomó allí una copa anoche? —quiso saber Cosqueric.

—Micheline también estaba. Micheline Corbel es una maestra jubilada. Vive justo al lado de mi casa. Es una ferviente admiradora de Sarah Bernhardt y trabaja de guía turística.

—¿Dónde estaba usted esta mañana, entre las cinco y las ocho, señor Burlot? —preguntó el comandante de la isla.

—En casa. Hasta las nueve. Antes, solo he ido a Le Palais, a la panadería. Le Fournil. A las siete y diez he salido a comprar baguetes para varios vecinos. Lo hago a menudo. A veces también van otros.

—¿Nos lo podrán confirmar en la panadería?

—Me ha atendido Yvonne en persona, la propietaria.

—En ese caso, no habrá problema. ¿Cómo…?

Una llamada fuerte y estridente interrumpió a Cosqueric. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su móvil.

—¿Diga?

Escuchó durante un rato.

—¿Cómo? —Su voz parecía alarmada—. ¿Varias? ¿Varias cartas?

Entonces fue el móvil de Dupin el que sonó. Y, un instante después, el de Le Ber. Ambos intentaron alejarse unos pasos, lo cual no era sencillo con tantas ovejas alrededor: las llamadas y los pasos apresurados las estaban poniendo nerviosas. El balido era ensordecedor.

Dupin vio el nombre de Labat en la pantalla.

—¿Qué ocurre?

—¿Es usted, señor comisario?

Una de las muchas manías de Labat. Sin embargo, esta vez se le podía perdonar, ya que posiblemente las ovejas habían ahogado la voz de Dupin.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos inspeccionado la casa de Patric Provost.

Una pausa innecesaria.

—¿Y bien?

—Provost estaba siendo amenazado. Le chantajeaban. ¿Qué ruido es

ese? Casi no le oigo, señor comisario.

—¿Le chantajeaban?

Un grupo considerable de ovejas seguía al comisario. Sin darse cuenta, se encaminaba hacia un comedero y ellas lo miraban expectantes.

—Le exigían dinero. Un anónimo. —Labat gritaba por el móvil—. Un millón de euros. Si no, lo matarían. Tres cartas, tres advertencias. La primera es de hace tres semanas. Del 20 de julio.

Dupin se quedó un rato en silencio. Las ovejas, no.

—¿Me ha oído, señor comisario? Petición de dinero. Querían…

—Voy ahora mismo, Labat.

La situación se estaba poniendo interesante. Dupin colgó e hizo una señal a Le Ber y a Cosqueric, que también habían terminado sus llamadas, para que fueran a sus vehículos.

Dupin empezaba a entender lo que Le Ber había querido decir con eso de «pequeñas islas dentro de la isla». Unas aldeas muy dispersas, grupos de casas en medio de la nada. Cuanto más se acercaban a la costa sur, más solitarios eran. Borzose y Le Vazen, las aldeas anteriores a Islonk, conservaban aún una buena docena de casas. Sin embargo, tras dejarlas atrás, la civilización retrocedía. A su vez, la vegetación también empezaba a escasear. Era, en efecto, un mundo completamente distinto. El sur de la isla era una planicie enorme surcada por pequeños valles o bahías solitarias. Tras abandonar la D25, la angosta carretera principal que recorría toda la cresta de la isla uniendo Sauzon, al noroeste, con Locmaria, al sureste, circularon junto a pequeños bosques densos y helechos de un metro de altura que, al poco rato, pasaron a ser pinos marítimos azotados por el viento, hasta que al final también estos dejaron de mostrarse. La zona, expuesta a los fuertes vientos del sur y el oeste, así como a la espuma del mar abierto, no dejaba crecer más que matorrales, arbustos bajos, helechos enanos, hierbas y musgo, de los cuales, por el contrario, parecía haber una cantidad innumerable de especies.

Al final, la carretera descendía con suavidad para adentrarse en uno de los valles y terminar de forma abrupta en Islonk. Un pequeño

arroyo, ayudado sin duda por innumerables mareas altas, llevaba miles de años abriéndose camino laboriosamente por la planicie. Como si de un embudo se tratase, el valle conducía a una playa espectacular, trescientos metros de arena fina, suave y rosada. La cala de Vazen. Tenía la forma de un dedo alargado. Un dedo de arena. A derecha e izquierda se elevaban unos peñascos macizos y armoniosamente redondeados; las rocas eran de color gris claro, pero iban adquiriendo un tono más oscuro cuanto más cerca se encontraban del agua; las situadas junto al mar eran de color negro azabache. La parte superior de las rocas presentaba un intenso color verde, salpicado de tonalidades amarillas y anaranjadas.

Tras la carretera asfaltada se desplegaban en forma de estrella unos caminos cortos de grava que conducían a las siete casas, que se encontraban relativamente juntas entre ellas. Daba la impresión de que esos edificios se hubieran aproximado entre sí para protegerse, formando casi un círculo, como si de un parapeto de carros se tratase. La protección era necesaria. Un veraneante no se lo podía imaginar en un día como aquel, pero cuando en invierno llegaban las grandes tormentas, allí se desataba el infierno. Entonces, todos los elementos sin excepción se agitaban con violencia: vientos huracanados; embravecidas aguas de color plomizo; olas descomunales, altas como casas y con su espuma extendiéndose por toda la isla. Unas mareas gigantescas; nubarrones rotundos y sombríos ocupando el cielo hasta hacer que incluso de día reinara la oscuridad. Entonces era imposible ver más allá de un metro. Días en los que la gente solía decir que el mar rugía.

> Es la última advertencia. Si no nos entrega el millón que exigimos, lo pagará con su vida. Su última oportunidad es hasta la medianoche de mañana. Cuando esté dispuesto, coloque un punto rojo claramente visible en la ventana de proa de su embarcación. Si contacta con la policía, lo sabremos.

La fecha y la hora se indicaban justificadas a la izquierda en el borde inferior de la hoja: «4.8., 11 h.».

—Arial. La fuente más utilizada —constató Le Menn—. Impresora

de chorro de tinta normal y corriente, papel de impresora ordinario.

Dupin tenía la hoja en la mano por tercera vez. Aunque los odiaba, llevaba puestos unos guantes finísimos especiales. También había escrutado varias veces los dos mensajes anteriores. Como había dicho Labat, el primero estaba fechado el 20 de julio. También en ese caso se indicaba la hora: «10 h.». Era raro.

A la atención de Patric Provost:

Por la presente, le exigimos un millón de euros en efectivo. Si no satisface esta demanda, morirá. Y también si se pone en contacto con la policía. Tiene una semana para conseguir el dinero. Cuando esté preparado, coloque un punto rojo claramente visible en la ventana de proa de su embarcación.

A continuación recibirá más instrucciones.

Una línea en blanco y luego:

Esto va en serio.

El segundo mensaje solo consistía en dos frases:

Para demostrarle que vamos en serio, nos hemos llevado a su perro. El siguiente será usted. Tiene una semana.

28.7, 10 h.

La carta estaba fechada al día siguiente de la expiración del primer ultimátum.

Le Ber ya había hablado por teléfono con Burlot. Provost también tenía un collie, aunque hasta el momento nadie lo había mencionado. Entre otras cosas, el perro se encargaba del pequeño rebaño de ovejas que Provost tenía en un prado detrás de la aldea. Veinte animales, ovejas Belle-Île. Tenom Burlot llevaba tiempo sin verlo pero, según él, Provost pocas veces lo llevaba consigo.

El animal no estaba en la casa ni en el jardín; Labat y los dos gendarmes de la isla lo habían registrado todo: un poco más arriba, en el prado grande, habían visto a las ovejas, pero no al perro. A Le Menn

se le ocurrió preguntar por él al tío de Provost en Doëlan. El hombre sabía de la existencia del animal, se llamaba Louis, aunque Patric Provost nunca lo traía consigo. En cualquier caso, él no le había dicho a su tío ni que el perro hubiera desaparecido, ni que le hubiera pasado nada. Tampoco el tío de Provost encontraba explicación al chantaje a su sobrino.

Entretanto, el comandante de la brigada de la isla había averiguado que en las últimas semanas Provost no se había puesto en contacto con su banco para retirar una suma importante. Tan solo había sacado, como cada mes, cuatrocientos euros del cajero automático de Le Palais. Por lo demás, solía pagar con tarjeta de crédito, aunque incluso así se trataba siempre de cantidades pequeñas. Vivía de un modo muy frugal.

—Tendencialmente, al menos, es como ese caso de Nantes de hace tres años.

—¿Cómo dice?

El comisario se giró con brusquedad.

—El chantaje que nunca se resolvió, ese del millonario que…

—Lo sé.

Dupin lo había olvidado por completo. Todos, al parecer. Excepto Labat. Un multimillonario, un industrial soltero y anciano, había sido víctima de un chantaje. El asunto se había prolongado durante casi un mes entero. Al final, el hombre terminó pagando. Solo entonces acudió a la policía y el caso se hizo público por una indiscreción. Durante más de medio año se llevó a cabo una investigación febril. Fue en vano. La policía —y Nantes tenía buenos efectivos— no consiguió hallar una sola pista seria. Los indicios recogidos eran tan escasos que incluso resultaba misterioso.

—Labat, siga ese asunto. Llame a Nantes y hable con el compañero al cargo de la investigación.

A primera vista parecía inverosímil, aquel chantaje había ocurrido hacía tres años, ¿por qué ahora el autor iba a atacar de repente en Belle-Île? ¿A Provost? Aun así…

Labat abandonó muy ufano la estancia.

Se encontraban en la primera planta de la casa, en el despacho de

Provost. Tenía una única ventana con voladizo que se abría en el tejado de pizarra; junto a la ventana había un escritorio grande con un anticuado ordenador encima. Era un mueble de madera sencillo y funcional, tal vez de los años sesenta. Delante tenía una silla de escritorio de plástico de color gris con tapizado de tela, también un modelo antiguo. La vista era excepcional; la casa de Provost se encontraba al final de la prolongación de la extensa bahía.

Sobre la mesa había tres carpetas de cartón verde oscuro: una contenía la correspondencia entrante; otra, la saliente, copias, impresos. La última, facturas. Labat había encontrado las amenazas en la carpeta de correo entrante, un gesto macabro, pero coherente.

Por lo demás, no habían hallado nada llamativo en la casa. De hecho, confirmaba la impresión que les habían dado ya el barco y todas observaciones sobre el estilo de vida de Provost: a pesar de su considerable fortuna, el hombre parecía llevar una vida muy modesta. Su única pasión había sido, en efecto, Napoleón Bonaparte. Tanto allí, en su despacho, como en la planta baja, se podían admirar pinturas y grabados de aquel revolucionario, general, primer cónsul, emperador y, finalmente, dictador. Sobre el escritorio colgaba enmarcado un artículo periodístico del año anterior. Dupin se acordó del titular, que había dado mucho que hablar en toda la Bretaña: «Napoleón, ¿bretón?». No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que Napoleón fue sin duda uno de los personajes más destacados de la reciente historia mundial y que en cierto modo seguía influyendo en Europa. De hecho, incluso en vida de él, ya se había especulado sobre su posible origen bretón; Napoleón creía haber nacido en 1771 en Finistère, no lejos de Morlaix, y no en Córcega. Unos estudios históricos recientes sugerían precisamente esta posibilidad. El vínculo íntimo de Bonaparte con la región quedó patente al regalar a la Bretaña un territorio de trescientos sesenta y cuatro kilómetros: el canal que unía Nantes y Brest, una gigantesca obra de infraestructura.

—Por cierto, jefe, esta es una antigua casa de piloto. —Le Ber se acercó a Dupin—. De finales del siglo XIX. En la isla hay bastantes. Los pilotos, la mayoría procedentes de los clanes acadianos, eran la aristocracia de la isla. Eran personas muy respetadas y ricas, igual que

los notarios o los capitanes de barco. La casa era el símbolo de su estatus. Igual que la palmera de delante. En general, en esa época las palmeras eran toda una rareza.

Era una casa muy bonita, pintoresca, pero de dimensiones modestas; distaba mucho de ser una mansión. Muros de piedra gruesos, enlucidos y encalados. Lo más llamativo era la puerta de entrada: de madera y, al igual que los marcos de las ventanas y las contraventanas, pintada de azul celeste, con una ventana incrustada en la parte superior con un marco de madera labrada. A la izquierda y a la derecha de la puerta había otras dos ventanas. Por la parte trasera, en dirección a la bahía, una puerta se abría al jardín justo debajo de la ventana por la que miraba Dupin. Era un jardín estrecho y musgoso, bordeado por un murete de piedra, del que partía un camino hacia el prado que había sobre la aldea y en el que pastaban las ovejas. En el jardín había una mesa de piedra redonda desgastada y una sola silla. Al lado, una escudilla para perros vacía.

—Las casas de los pilotos son todas más o menos parecidas —siguió Le Ber—, y el estilo marca la diferencia con las casas de los campesinos, y también con las de los pescadores. Todas las casas de pilotos están junto al mar, y tienen un techo inclinado y voladizo, como aquí. Era por motivos profesionales: así podían observar el mar en todo momento. Esto era el despacho.

—¿Pilotos?

Dupin cayó entonces en la cuenta de que no sabía a qué se estaba refiriendo Le Ber. De camino hacia allí habían pasado junto a la pista solitaria de un minúsculo aeropuerto.

—Eran maestros navegantes que ofrecían sus servicios a los barcos, sobre todo a los mercantes. Las corrientes en torno a Belle-Île son un auténtico infierno. Hacen falta expertos de confianza.

—Entiendo.

—Y yo entiendo lo que el pastor quería decir con un sistema informático anticuado.

Le Menn estaba inclinada sobre el escritorio y movía el cursor por la pantalla. El ordenador no estaba protegido por ninguna contraseña, algo que Dupin nunca había visto. Después de que por fin arrancara,

Le Menn, la más hábil en «cosas de informática», lo había podido examinar todo y ahora se dedicaba a analizar el disco duro: los correos electrónicos, el procesador de textos, el navegador y el programa de contabilidad. Sin embargo, hasta entonces no había encontrado nada de interés.

—Por si fuera poco, los archivos no siguen ningún orden. Es muy confuso, yo me volvería loca —se lamentó Le Menn. Hizo un par de clics con el ratón—. Por supuesto, sin contraseña, cualquiera podría borrar lo que quisiera. Aunque a primera vista nada me hace sospechar eso. Pero incluso un usuario de PC con un poco de experiencia sabría cómo hacerlo sin dejar un rastro llamativo.

El responsable de la gendarmería de la isla subió la escalera y se unió al pequeño grupo frente al voladizo.

—Hemos hablado con los vecinos. En principio, a nadie se le ocurre nada sobre este asunto, pero seguramente luego querrá usted hablar de nuevo con todos ellos.

Ese era el plan de Dupin. Reunirse con ellos. Con todos.

—¿Sabía que Provost estuvo casado? —siguió diciendo Cosqueric—. Nosotros no lo hemos sabido hasta ahora.

—¿Patric Provost? —El comisario enarcó una ceja.

Eso era una auténtica sorpresa. Tampoco nadie había mencionado ese detalle con anterioridad.

—Sí. Y hay más aún. Su exmujer también vive aquí, en la aldea. Agnès Griffon. Es experta en electrónica y, entre otras cosas, se encarga del abastecimiento de agua potable de la isla.

—¿Aquí?

—Vive en una de las casas de él. Tiene cincuenta y tres años y llevan veintiuno divorciados. Tiene otra pareja desde hace años. Un hombre de Vannes. No parece que Provost y ella tuvieran ningún vínculo.

—Pero vivían puerta con puerta.

—No del todo. Ella vive en la primera casa a la derecha según se entra en la aldea.

Eso eran unos cincuenta metros de distancia. A lo sumo.

—Todas las casas de aquí son de Provost. Excepto la del capitán,

Albert Zinc. También es una casa de piloto, pero es suya.

—¿Todas las demás son de Provost?

—Así es. Todos los residentes eran inquilinos de Provost.

—Se trataría entonces de… —Dupin consultó su pequeño cuaderno —: el pastor, el hombre del whisky y su esposa, la maestra jubilada y admiradora de Sarah Bernhardt, y la exesposa.

—Albert Zinc es uno de los capitanes de la Compagnie Océane, la empresa de ferris que conecta las islas de Belle-Île, Houat y Hoëdic con el continente —explicó Cosqueric—. Es un hombre muy respetado. Bien entrado en los cincuenta, un soltero empedernido. No estará presente cuando usted se reúna con los vecinos porque no regresará hasta primera hora de la tarde. Todo el suministro de alimentos de la isla depende de los ferris. Los dos más grandes, el Vindilis y el Bangor, suelen traer unos cuantos coches.

—¿Son estos los otros cinco moradores de la aldea?

—Así es, jefe. Un grupo muy heterogéneo. Los belliloises son espíritus libres. Artistas de la vida. —Dupin se dio cuenta de que Le Ber no dejaba de mirarle la cabeza; entonces cayó en la cuenta de por qué: aún llevaba la gorra roja de Tahití, que se había puesto al salir del coche—. El matrimonio Fidelin vive en una casa. En total son siete edificios.

Dupin se quitó la gorra y se dirigió de nuevo a Cosqueric.

—¿Qué sabemos de la séptima?

—Al parecer no está en buen estado. Necesita una renovación urgente. La calefacción no va bien, el techo tiene goteras. Pero Provost creía que los inquilinos exageraban; para él, la casa estaba intacta. Lleva unos dos años desocupada, de vez en cuando la alquila por temporadas.

—¿Y ahora?

—La tiene alquilada a un estudioso de los menhires.

Dupin lo miró sin comprender.

—Al parecer, el hombre está escribiendo un libro sobre Carnac y sus alrededores. Ya sabe, Carnac, el Stonehenge de la Bretaña, allí donde…

—Lo sé.

Quién no conocía esos megalitos de fama mundial de siete mil años de antigüedad, dispuestos en hileras asombrosamente uniformes y que se extendían a lo largo de casi cuatro kilómetros. Ya solo los dos yacimientos más importantes sumaban un total de tres mil menhires. El llamado Gigante de Manio, el mayor, medía unos seis metros.

—En la isla también hay dos menhires famosos —aclaró el comandante de la brigada de la isla.

La intervención de Le Ber era inevitable.

—Hay investigadores que incluso afirman que los menhires de la zona en torno a Carnac, incluidos los de la isla, que hasta hace apenas seis mil años no lo era, están misteriosamente relacionados entre sí. Se trataría de una especie de superestructura megalítica, por así decirlo, la más grande del mundo. Tiene un aura y una energía únicas. Y estamos hablando de física, que quede claro, no de esoterismo, de unos campos geomagnéticos muy intensos, documentados desde hace mucho tiempo, cartografiados de manera precisa por las hileras de piedras. Se trata de fenómenos tangibles y probados por la ciencia que, por supuesto, también ejercen un impacto en las personas.

Le Ber era de por sí un fenómeno, una y otra vez: un instante era un racionalista admirable, un técnico, un pragmático con los pies en la tierra, y al siguiente, un narrador místico. Sin embargo, Dupin había aprendido que en la Bretaña ambas cosas van a la par de un modo natural. En todo caso, para la sensibilidad bretona esa cuestión no entrañaba contradicción alguna. Tal vez porque, al final, todas las cosas, y especialmente lo fundamental, el hombre y el mundo, no eran sino simples narraciones que podían ser vistas de una u otra manera. Como mitos o como ciencia.

—Vamos a tener que hablar también con ese estudioso de los menhires —suspiró Dupin.

Se dirigió hacia la escalera. Cosqueric y Le Ber lo siguieron; Le Menn se quedó con el ordenador. Dupin descendió por los empinados escalones, que crujían.

—Cosqueric, ¿se le ocurre a usted alguien de la isla con un afán criminal como ese? Un chantaje, un asesinato.

Dupin llegó a la gran sala de estar, que, como la superior, estaba

parcamente amueblada.

—Se lo habría dicho.

Por supuesto.

—El chantajista no tenía por qué conocer a Provost. Cualquiera que supiera que tenía una fortuna considerable pudo ser el autor. Aquí en la isla o en el continente.

Dupin se encaminó hacia la puerta principal.

—Nos vemos en la destilería en quince minutos.

Ahí, con suerte, también habría café.

Dupin necesitaba un momento para sí mismo. Y para hacer una llamada telefónica.

Salió al calor opresivo del exterior.

El mar de la bahía no brillaba, resplandecía. Tanto que casi era exagerado. En diferentes colores, en función del fondo y la profundidad. Tonos cian, turquesa, aguamarina, jade, verde laguna, verde mar claro y, por supuesto, también en varios tonos de azul: celeste, acero, polvo, y un intenso azul aciano. Ya en mar abierto: azul regio, azul marino.

Antes, en la vida parisina de Dupin, no había habido tantos colores. Allí, en la Bretaña, había docenas, no había otra cosa, eran imprescindibles para describir el paisaje. A ello había que sumarle la debilidad de Claire por los colores. Y por sus nombres. Manejaba con habilidad algunos que Dupin nunca antes había oído decir: verde primavera, verde lima, verde *chartreuse*, verde periquito… Este último lo había empleado para describir el verde intenso y sobrenatural de las algas. Según había descubierto, el verde alga también era un color conocido, pero resultaba demasiado mate en comparación. Ella también utilizaba con soltura el término único y mítico de un color que solo se daba en la Bretaña: el *glaz*. No había palabra equivalente en francés para nombrar ese color natural entre el azul, el verde y el gris que se daba en el Atlántico.

En realidad, aunque parecía del todo imposible, en esa isla alucinante la luz y los colores parecían aún más intensos que en cualquier otro lugar de la Bretaña. Era fácil comprender por qué

Monet, Rodin o Matisse se enamoraron de Belle-Île. Era un mundo bañado en luz.

El comisario tomó un camino estrecho y empinado a la izquierda hasta un promontorio, siguió hasta el final de la bahía y continuó a lo largo de la costa. Era un acantilado sublime, majestuoso, salvajemente escarpado hasta donde alcanzaba la vista. Una y otra vez Dupin detenía la marcha sin darse cuenta. Estar en lo alto de esos peñascos sobre el mar era como encontrarse en un palco magnífico ante el cual se ofrecían infinitos vertiginosos. El ambiente era solemne y sobrecogedor, pero no daba miedo.

El paisaje era a todas luces propio del norte del Atlántico, con un aire a Cornualles o el sur de Irlanda; sin embargo, la atmósfera parecía mediterránea, algo debido sin duda al sol intenso, que allí, en el promontorio, picaba de un modo más despiadado aún y también a esa sequedad polvorienta, a la ausencia total de viento, a la calma del mar y a la austera aridez del paisaje. Para los estándares bretones estaban, evidentemente, muy al sur, casi a la misma altura de las islas de Noirmoutier y de Ré. ¿Qué había dicho Le Ber? La característica esencial de la isla era que ahí uno tenía siempre la sensación de estar en otro sitio. De *être ailleurs*. Sin querer, Dupin pensó que estaba en una isla que se desplazaba por el espacio, apareciendo algunas veces allí, otras allá…

Sacó el móvil.

—Señor comisario, Le Ber acaba de ponerme al día —le dijo Nolwenn a modo de saludo.

—Perfecto.

Mejor. Dupin odiaba hacer resúmenes de la situación.

—Nevou y yo hemos hablado con todo tipo de gente, también con la policía de Carnac y con dos gendarmes de la isla Hoëdic, donde se encuentran las sucursales de la granja de ovejas de Provost. Y, por cierto, también con los pastores que él tenía en la zona. Nada. —Nolwenn pareció tomar aire—. Por lo demás, pronto tendremos una lista detallada de los bienes de Provost. Nevou está hablando con su banco, con las oficinas de Le Palais y de Vannes. No se explican lo ocurrido, pero han dejado entrever que era un cliente muy difícil. —

Una percepción de su carácter que parecía unánime—. Justo ahora acaban de llegar los registros de llamadas de su móvil. De junio, julio y agosto. Se los enviaré en un momento. No es gran cosa. Ya se sabe, la tacañería. Tanto el fijo como el móvil eran de Orange; el móvil, a cuenta de la empresa. Solo tenía contratada la tarifa básica.

La tacañería era una cualidad que Nolwenn no soportaba. Y la verdad, Dupin tampoco.

Desde luego, su secretaria y Nevou habían demostrado ser muy eficientes.

—Nolwenn, repase por favor con Nevou las llamadas.

Dupin había seguido andando sin rumbo fijo. Delante de la costa escabrosa, por encima de las aguas se elevaban unos peñascos extraños de formas extravagantes, casi tan altos como el promontorio al cual habían pertenecido en otro tiempo, hasta que el mar, las mareas, las tempestades y las tormentas apocalípticas habían erosionado sus bordes. Un destino que un día, era inevitable, alcanzaría también a la cornisa donde se encontraba Dupin, así como a todo el promontorio rocoso y, de hecho, a todo ese pequeño «continente». En torno a los peñascos se veían brillantes bandas de espuma de intenso color blanco; como no se advertía ninguna ola, debían de estar causadas por las corrientes. Parecían signos enigmáticos escritos en el mar. También los peñascos elevados, esos menhires marinos, parecían unos símbolos crípticos.

—Nevou ya está en ello.

—¿De cuándo son las últimas llamadas?

—Un momento.

Se oyó el chasquido del teclado.

—Aquí las tenemos.

Dupin se detuvo. Le había parecido ver a alguien a lo lejos. ¿O solo había sido una sombra? Pero ¿de qué?

—Ayer a las cinco y media de la tarde. Un fijo. Podría ser de Doëlan. Tal vez el tío. Ya se verá. Por la mañana, a un móvil. Dos veces con cinco minutos de diferencia. A las diez y cinco y a las diez y diez. Y sobre las nueve y media, a tres números de teléfono fijo del continente. Ya lo averiguaremos todo.

Poco a poco iban descubriendo lo que Provost había estado haciendo en su último día de vida, si bien aún quedaban varias lagunas. Si arribó al puerto de Doëlan en torno a las seis de la tarde, debía de haber partido de la isla sobre las cuatro, ya que su barco era mucho más lento que la Bir.

—¿Se sabe dónde tenía Provost amarrado el barco?

—En Sauzon. Al noroeste. Donde Le Ber tiene la casa.

—Entiendo.

—Son diez minutos en coche desde Islonk.

Calculando unos veinte minutos entre aparcar el vehículo y soltar el ancla, Provost tenía que haber salido de Islonk sobre las tres y media como máximo. Por la mañana y hasta el mediodía, suponiendo que Provost hubiera estado en casa, habría salido de Islonk sobre las doce menos cuarto para realizar una «visita de control» a su granja de ovejas, con lo que regresaría a la aldea en torno a las doce y media, a menos que hubiera hecho alguna otra cosa entretanto. Obviamente, también era posible que hubiera estado en otro sitio hasta el mediodía.

—¿Y qué hay del perro? Pobre animal.

Hasta el momento, Nolwenn no había emitido ningún comentario tan compasivo, ni sobre el caso ni sobre Provost.

—Todavía no hay rastro de él. Pero ahora hablaré con los vecinos.

—Un *amezeg*, un vecino. *Saludin un amezeg*! Saludar amablemente a un vecino. —No se lo podía creer, incluso ahora Nolwenn le salía con el curso bretón—. Provost debió de darse cuenta de que la amenaza iba en serio en el momento en que se llevaron el perro. Pero, ¿por qué no acudió a la policía? —Nolwenn estaba realmente molesta—. Hay aún dos cosas más, señor comisario.

Parecía algo muy serio.

—Es esa experta en Sarah Bernhardt que está a punto de conocer.

—¿Sí?

—No deje que le deslumbre. Sarah Bernhardt era una persona horrible. Independientemente de lo que consiguiera y de lo sorprendente que hubiera sido para su época. Era del todo inaceptable. No sucumba ante ella, ¿me oye?

Aquel rechazo parecía ser una cuestión muy personal.

—¡Era una criminal! —prosiguió Nolwenn, empezando a indignarse —. A la señora Bernhardt, los animales exóticos le parecían de lo más chic. La actriz más famosa del mundo. ¡Sandeces! En Belle-Île vivía como en un zoo: con una pantera, leones, monos, una boa, un caimán, un cocodrilo… Cuando salía, llevaba siempre un camaleón al hombro e iba acompañada de varios fox terriers. Imagínese, a finales del siglo XIX, cuando la mayoría de la gente, como los pescadores o los campesinos, a duras penas se ganaban la vida. Y entonces llega la Bernhardt con su zoológico y sus amigos extravagantes, reyes, princesas o lo que fuera.

—No se preocupe, Nolwenn, me mantendré firme.

—¿Conoce la historia del cocodrilo? Un día el animal se comió a su fox terrier favorito. Ella entonces sacó el revólver y le disparó. — Cuando se trataba de animales, Nolwenn no tenía miramientos—. Pero no se quedó ahí. Luego mandó embalsamar la cabeza del cocodrilo y la colgó en la pared de su salón. Cuando tenía invitados, ella les decía: «Mirad, la sepultura de mi perro».

—¿Y la otra cosa?

Era urgente poner fin a todo eso.

—Sí, el asunto de la Corniche. Su vecina está convencida de que la policía encubre el asesinato de la playa para que no cunda el pánico en medio de la temporada. Y que usted y el alcalde han sido los autores intelectuales de dicho encubrimiento. Según afirma, eso de Belle-Île no es más que una maniobra de distracción. —A Dupin le pareció oír por teléfono cómo ella negaba con la cabeza—. El mundo se ha vuelto loco, señor comisario. Pero ya basta, me ocuparé de ello.

Nolwenn no tenía ningún problema en ir a contracorriente del mundo.

—Quiero volver a hablar con Labat por teléfono. Y los vecinos de Islonk ya están esperando.

En efecto, así era. Se habían terminado los quince minutos.

—Hasta luego, Nolwenn.

Dijo antes de colgar.

Los peñascos en el mar parecían ahora esculturas fantásticas. Obras

de Giacometti, Dalí o Max Ernst. Figuras surrealistas de forma alargada, de hasta treinta o cuarenta metros de altura, puntiagudas y afiladas. Algunas muy juntas, como dispuestas en grupos. Otras, solitarias como faros. Parecían personajes de leyendas, sagas, cuentos, sueños, pesadillas. De color claro en la parte superior, un gris pizarra, en cierto modo radiante, en el que se mezclaban de modo inexplicable tonos amarillos, naranjas, marrones y algo de rojo; luego, más hacia abajo, el gris se iba oscureciendo hasta adquirir un negro intenso, al cual le seguía de nuevo, como pintada, una franja muy clara. Mientras las aguas del mar ofrecían antes todos los colores de que disponían, ahora mostraban una tonalidad uniforme, un azul intenso y homogéneo.

No se veía a nadie. Debía de ser por el calor. La gente estaría buscando alivio dentro del agua. O dormitando en la sombra de las cafeterías. Nadie en su sano juicio se aventuraba a subir allí a esas horas del día. Todo estaba infinitamente tranquilo. Solo se oían las gaviotas.

Dupin levantó la cabeza y miró a su alrededor. De nuevo, durante una fracción de segundo, tuvo la impresión de vislumbrar una figura por el rabillo del ojo. Una figura alta, cerca del precipicio. A unos doscientos metros. ¿Acaso era un espejismo?

Entretanto había llegado junto a un tablero explicativo montado sobre una elaborada estructura de aluminio que parecía haber salido de la nada. Una de sus incontables manías era leer todo lo que veía escrito: carteles, notas, paneles… Tenía que leerlo todo, era algo que hacía desde niño. Era capaz de cualquier cosa, como cruzar temerariamente carreteras muy transitadas o tomar desvíos absurdos, con el único fin de saber lo que ponía en el cartel de la puerta de una pequeña barbería.

El panel representaba exactamente lo que se veía desde allí al levantar la cabeza: unos peñascos de formas caprichosas, que tanto en el cuadro como en vivo tenían un aspecto fantástico. Con todo, lo más asombroso era que en torno a las rocas vagaban como fantasmas unas señales extrañas. Las bandas de espuma. Debajo de la reproducción de la pintura se leía: «*Les Pyramides de Port-Coton, mer sauvage*. Las

pirámides de Port-Coton, mar salvaje. 1886. Claude Monet». Claro. Eso era. Le Ber ya se lo había dicho: Monet había pintado por esa zona. Todo indicaba que justo en ese lugar. *Les Aiguilles de Port-Coton*. Las agujas. Así se llamaban las rocas que Monet había plasmado en innumerables cuadros.

Dupin aún tenía el móvil en la mano para llamar a Labat cuando su tono penetrante interrumpió ese silencio sublime.

Un número desconocido.

Dupin contestó la llamada. Acto seguido se dio la vuelta y emprendió el regreso por el camino.

—¿Sí?

Se dio cuenta de que su tono había sonado brusco. A pesar de la gorra, le dolía la cabeza.

—Le habla Monette Megret, la alcaldesa de Bangor. ¡Estoy indignada! Uno de mis novecientos noventa y nueve ciudadanos ha sido asesinado.

—¿La alcaldesa de Bangor?

Dupin habló sin pensar. Se arrepintió de inmediato. Por supuesto, todos los municipios de Francia tenían alcalde. En cambio, había dado por sentado que la diminuta localidad de Bangor formaba parte de Le Palais.

—¡Por supuesto! —Estaba muy enfadada—. En la isla hay cuatro municipios. Y, por lo tanto, cuatro alcaldes. Desde la Revolución. Bangor tiene alcalde desde 1791. Yo soy la vigesimocuarta. En 1866 llegamos a ser mil ochocientos sesenta y ocho habitantes —añadió tras una pequeña pausa.

—Señora alcaldesa, yo…

—Ayer vi a Provost. A Patric Provost. Estuve con él. Por la mañana, a las diez y media. Durante media hora.

Hablaba con tono enérgico, sin interrupción.

—Ah, ¿sí?

—Supongo que querrá usted hablar conmigo, señor comisario. Adelante.

La alcaldesa parecía haber hecho una pausa, y Dupin reaccionó al instante:

—¿De qué trató su visita? ¿De qué hablaron?

Si no le engañaba la vista, había un sendero que atravesaba el promontorio y conducía directamente a Islonk. Por lo tanto, no tenía que tomar otra vez el camino junto a la costa que acababa de recorrer.

—Varios temas. Entre otras cosas, soy la presidenta de la Association des Acadiens, que es una asociación de antiguas familias acadianas de la isla que…

—Estoy informado al respecto.

Aquello de «antiguas familias acadianas» y «Association» evocaba en Dupin sociedades secretas, logias, masones. De hecho, la asociación se había originado precisamente durante el apogeo de los masones.

—¿En concreto?

—Preferiría mantener esta conversación cara a cara.

Dupin pensó un instante:

—¿En una hora?

—Digamos que a las cuatro menos cuarto. Le esperaré en casa.

Cómo no. La alcaldesa recibía en casa. A Dupin le pareció bien; prefería conocer a la gente en su propio entorno. Esto, además, le daba casi una hora y media de tiempo.

—Hasta luego, señora alcaldesa.

—*Au revoir*, señor comisario.

Ella colgó.

Dupin sentía curiosidad por oír lo que la alcaldesa tenía que contarle.

Había acertado: al final de la larga bahía vio las casas de Islonk. Marcó a toda prisa el número de Labat. Quería saber si el inspector ya había hablado con los colegas de Nantes sobre el caso de chantaje de tres años atrás.

Sin embargo, Labat tenía la línea ocupada. Luego lo volvería a intentar. De momento, los vecinos esperaban.

La casa que Byn y Margot Fidelin tenían alquilada a Provost era una granja antigua y estrecha de piedra desnuda en tonos cálidos. Tenía un anexo alargado y aún más estrecho, hecho con la misma piedra y que probablemente en otros tiempos había albergado los establos.

Ambos edificios estaban en un estado impecable, con los tejados revestidos de pizarra natural y los marcos de las ventanas, los postigos y las puertas pintados en verde jade, el cual también se podía admirar en las aguas frente al largo dedo de arena. Las ventanas eran aún más pequeñas que las de la casa de Provost.

Frente a la vivienda y el anexo había unas macetas grandes con flores, situadas muy juntas entre ellas; eran más de una docena y estaban repletas de plantas. Todo estaba florido hasta el exceso, aunque se notaba también que el calor les estaba pasando factura.

En línea recta debía de haber unos ciento cincuenta metros hasta la casa de Patric Provost. Esas dos viviendas constituían la exclusiva primera línea. Entre ellas había un prado asilvestrado, unos arbustos bajos y la calle de acceso. Vistas desde la bahía, las otras cinco casas quedaban atrás, un poco elevadas. Y además estaban mucho más juntas entre sí. En el anexo colgaba un letrero sencillo de madera en el que se leía GOULOU escrito en letras negras. Ahí debía de estar la destilería. Y: *Le Bar*.

Dupin entró. Sombra, por fin. Eso le aliviaría el dolor de cabeza. Al instante se encontró en una estancia muy acogedora, casi fresca, de gruesas paredes de piedra que mantenían el calor a raya. Calculó que medía unos diez metros de largo por cinco de ancho. Al otro lado de la entrada había una chimenea abierta. Unas cuantas mesitas de madera de distintos tamaños y las correspondientes sillas también de madera, sin pretensiones. De arriba abajo, en las paredes colgaban fotografías antiguas en blanco y negro que mostraban paisajes, el mar, embarcaciones, celebraciones familiares, retratos del primer día de escuela, vacaciones estivales y siempre Belle-Île. Algunas parecían haber sido tomadas en aquella misma estancia. Y también desde un banco. El comisario reconoció de inmediato el paisaje: la bahía detrás de Islonk, el largo dedo de arena. Ese tenía que ser el famoso banco del Goulou que Tenom Burlot había mencionado; Dupin miró por la puerta abierta que daba al jardín.

—*Bonjour*, ¿en qué puedo ayudarle?

Detrás de la barra había un hombre de unos sesenta años. Dupin supuso que sería Byn Fidelin. Un hombre con clara tendencia a

engordar y un principio, también evidente, de calvicie, con escasos pelos negros cortos y un bigote tupido. Un hombre rechoncho, pero de apariencia simpática. Dupin no pudo menos que esbozar una sonrisa al ver detrás de la barra un aparador sobre el que se alzaba una impresionante máquina de café.

—Soy el comisario Georges Dupin. *Bonjour*.

El hombre le dedicó una sonrisa.

Con la gorra, el pelo revuelto —que además llevaba un poco más largo y que estaba aún más enmarañado de lo habitual por culpa del agua salada—, el polo, los vaqueros desgastados y la cara enrojecida por el sol, Dupin no daba precisamente la imagen típica de un comisario.

—De la comisaría de policía de Concarneau —añadió Dupin por prudencia. Y, como para demostrarlo, se quitó la gorra.

—Entiendo. Están todos fuera —dijo indicando la puerta con la cabeza y sin dejar de sonreír de forma amistosa—. Iba a llevar un par de cafés a sus compañeros.

—Yo también tomaré dos.

Una mirada interrogante.

—Los dos para mí.

El hombre asintió con gesto de complicidad.

—Yo también tomo más café del que debería. No puedo evitarlo.

No había modo más rápido de establecer un vínculo con Dupin.

—A mí…

—¡Señor comisario!

Sus palabras quedaron interrumpidas de forma brusca.

Labat entró precipitadamente en la sala. Una entrada en escena magnífica.

—Le necesito, jefe. Es importante.

Con Labat, todo siempre era importante, sobre todo porque él, Labat, se estaba ocupando de algo. El inspector volvió a la puerta de entrada que acababa de atravesar y Dupin lo siguió.

En cuanto salió al exterior, Labat adoptó el tono solemne de cuando informaba de algo.

—Ya he hablado con varios colegas de Nantes, y también con los de

Rennes. Primero, por supuesto, con el comisario de Nantes al frente de la investigación. En su momento, todas las pistas apuntaban a Nantes y alrededores. Pero entones, como se sabe, se perdieron. En la actualidad, la policía aún no tiene ni idea de quién pudo haber sido el autor o los autores.

—¿Eso es todo?

Dupin se detuvo en la puerta.

—Por supuesto, esto no significa nada. Pero aun así podría tratarse del mismo autor.

Lo cual, a su vez, significaba que sabían lo mismo que antes.

—Yo sigo creyendo que esta posibilidad no se puede descartar —prosiguió Labat—. Tendencialmente, el redactado de las cartas de amenaza es similar.

—¿Las ha visto?

—Pedí que me las leyeran.

—Quiero ver esas cartas.

—Entendido. También me informaré de si en su momento se publicaron.

Eso estaba bien pensado. Las cartas solo se podían imitar si se conocían.

Acto seguido, el inspector volvió a desaparecer.

Dupin entró por segunda vez al bar para salir por el otro lado. En esta ocasión no vio a nadie detrás de la barra. Se detuvo al instante.

Era impresionante: el paisaje, el panorama, la vista sobre la bahía. El encanto de esa pequeña terraza con su suelo gastado de hormigón; detrás, la fachada de piedra del anexo; a la izquierda, el edificio principal. Al estar ambas edificaciones desplazadas se creaba un rincón perfectamente resguardado. Y, sobre todo, un ambiente único. Si Dupin pudiera dibujar un bar —el edificio, la ubicación, el ambiente, el encanto—, sería más o menos como el Goulou.

Una gran sombrilla, de un amarillo tan intenso como el propio sol, proporcionaba una sombra muy agradable. En aquella terraza posterior había las mismas macetas grandes que a la entrada, esta vez repletas de hierbas aromáticas y de lavanda con sus flores de color violeta. En torno a los cientos de flores se oía el zumbido de infinidad

de abejas y abejorros. La lavanda acusaba claramente la larga temporada de sequía con bastantes tallos mustios. La salvia, el romero, el tomillo y la menta también parecían necesitar agua. Con todo, su olor se percibía, sobre todo entonces, cuando no corría el aire, y los perfumes se mezclaban de forma embriagadora. Frente a la terraza se desplegaba un pequeño prado; a un lado, detrás de dos macetas especialmente grandes, un hermoso barco de madera pintado de azul claro, con motor fueraborda, reposaba sobre un remolque.

—Hola, jefe.

Le Ber sostenía una taza de café, al igual que Cosqueric. Ambos estaban sentados de lado; Le Menn se encontraba un poco apartada de ellos.

Así que aquel era el banco legendario. En realidad, se trataba de dos bancos, pintados con el mismo tono verde jade de los postigos y colocados en la esquina, contra los muros de los edificios, permitiendo así un apoyo cómodo para el cuerpo. El hombre que antes estaba detrás de la barra dirigió una sonrisa a Dupin desde uno de ellos. A su lado estaba sentada una mujer bastante más joven, posiblemente la propietaria, Margot Fidelin, junto a la cual había también otra mujer. Dupin le calculó unos sesenta y cinco años bien cumplidos; debía de ser la maestra jubilada. Al final del banco vio a una cuarta persona, una mujer de unos cincuenta años que, si a Dupin la intuición no le fallaba, era la exesposa de Patric Provost.

—Señoras, caballero —saludó Dupin, añadiendo un movimiento de cabeza—. Gracias por dedicarnos su tiempo. Necesitamos su ayuda de forma urgente. Ya les habrá llegado la noticia del asesinato de su vecino, Patric Provost; bien, pues acabamos de saber que estaba siendo chantajeado. El delincuente le exigía un millón de euros; si no, según la amenaza, lo mataría. Esa es la situación.

Habían dejado el extremo derecho del banco desocupado para Dupin. Por si no fuera suficiente, el lugar estaba indicado además por la presencia de dos cafés. Todo el mundo estaba sentado de manera que quedara espacio para un vaso o una taza de café, ya fuera al lado o entre ellos. Así era como allí se disfrutaba del final del día; en función de la hora, con un vaso de whisky. A Dupin una cosa le quedó

clara de inmediato: era perfecto. Absolutamente. Aquel era su lugar. *Ar baradoz*, el paraíso. Una palabra fácil de recordar, incluso en bretón. Mejor imposible. Aquellos eran los sitios que adoraba. Informales, castizos, arraigados. Tenía un aire privado, como si estuviera en casa de alguien. Entre amigos. Para la investigación en curso, esto significaba que, en la medida de lo posible, las pesquisas se organizarían desde ahí.

—Me llamo Micheline Corbel, soy maestra. Jubilada desde el año pasado. Experta internacional en Sarah Bernhardt.

Dupin había acertado. Era la mujer contra la que Nolwenn le había prevenido.

De inmediato, la maestra jubilada tomó la batuta de la conversación:

—Y estas personas —dijo señalando a su alrededor— son los demás vecinos del difunto…

—… de la víctima —la interrumpió Le Menn con brusquedad.

—El señor y la señora Byn —siguió ella, pasando por alto la observación de Le Menn como si no la hubiera oído—, y la señora Griffon. El señor Zinc, el capitán, no está. Y ya conoce al señor Burlot, el pastor.

Aquella enérgica señora tenía un cutis de aspecto saludable, los ojos brillantes y la apariencia de una persona joven y dinámica. Llevaba recogido el pelo negro y rizado, con algunos mechones rebeldes que le caían por delante de la cara. Lucía un vestido de flores muy colorido y de aspecto anticuado, no muy agradable a la vista. La imagen que transmitía evocaba cierta antigüedad, un lirismo que, sin embargo, no se correspondía en absoluto con su prosaica apariencia. De hecho, le habría quedado mejor un estilo de institutriz; para la señora Corbel, dirigir era algo consustancial. Se le notaba además cierta arrogancia, su desagrado por esa conversación forzada que claramente, en su opinión, estaba de más, y sus ganas de acabar cuanto antes.

Al parecer, la señora Corbel no tenía la intención de dejar hablar a nadie más.

—¿Pretende usted entrevistarnos a todos a la vez? A mí eso me parece un despropósito, pero, en fin, es usted quien dirige la

investigación. Bien, pues para no andar perdiendo el tiempo: a ninguno de nosotros se nos ocurre quién podría haber chantajeado y asesinado al señor Provost. ¡Es absurdo! Y tampoco ninguno de nosotros notó nada sospechoso. Ni ayer, ni anteayer, ni la semana pasada, ni nunca. Como se puede imaginar, ya lo hemos hablado entre nosotros. Evidentemente, es usted libre de escuchar esto mismo de manera individual. En lo que a mí concierne, dejemos una cosa clara desde el principio: sí, tenía desacuerdos con el señor Provost. Para ser franca, hasta el punto de que lo habría matado sin dudarlo de no ser porque eso me habría llevado a la cárcel. —Se esforzaba por mantenerse sentada con la espalda lo más erguida posible. A su lado tenía una taza de café vacía—. En mi caso, por cierto, no se trataba de una cuestión personal, sino de un asunto general de la mayor trascendencia. Era sobre Sarah Bernhardt, la actriz más grande de todos los tiempos. Vino aquí en 1894, con cincuenta años, y en esta isla encontró lo que ella llamó su «paraíso», el «lugar más hermoso de la tierra». Y aquí se quedó hasta 1922, en la punta Des Poulains. ¡Y, sí! —Casi había empezado a declamar—. ¡Por supuesto que era excéntrica! ¡Y obstinada, irascible y colérica! ¡Una bohemia de los pies a la cabeza! Una estrella mundial. Y, al mismo tiempo, una persona tremendamente adorable.

A Dupin le habría gustado verla en algún momento intercambiar opiniones con Nolwenn. Por su parte, había aprovechado el discurso de la señora Corbel para tomar su primer y excelente café.

—A pesar de su fama —siguió la señora Corbel—, era una persona sumamente empática. Sarah se desvivía por los demás. Durante la Primera Guerra Mundial, visitó a los soldados franceses en el frente, a pesar de tener una pierna amputada. Más adelante, Marilyn Monroe la imitaría. En 1915 viajó a Estados Unidos para convencer a su presidente de que entrara en la guerra.

Corbel seguía con su propia historiografía.

—Esos desacuerdos que ha mencionado, señora —la cortó Dupin para llegar por fin al único punto que le interesaba—, ¿a qué se refiere exactamente?

—Para nosotros, los belliloises, ella era la *Bonne Dame de Penhoët*.

Financió una panadería cooperativa y trajo a la isla plantas exquisitas. Atrajo además a muchas celebridades ilustres de la época, como el rey Eduardo VII, que, como tantos cientos de personas, asistió también a sus fiestas legendarias. El mundo entero acudió invitado a Belle-Île. Ellos…

—Señora, los desacuerdos.

Dupin se había hartado. Solo la había dejado hablar para poder tomarse su segundo café. Lo necesitaba con urgencia, ese calor le estaba afectando. Tenía la frente perlada de sudor.

La señora Corbel le dirigió una mirada penetrante.

—Está bien. Entre otras cosas, yo me encargo de la casa donde vivió Sarah Bernhardt, ahora convertida en museo y que en otros tiempos fue un fuerte militar. Nos gustaría construir un gran centro dedicado a ella en el terreno que queda detrás del fuerte, que es demasiado pequeño, ridículo; francamente, una vergüenza. En ese centro se ha previsto alojar también un instituto de investigación y un archivo. Pero, por desgracia, el terreno era de Provost y no quería cederlo. Nosotros estábamos dispuestos a obligarle a ello; el Estado puede hacer eso en casos excepcionales, cuando se trata del bien común. Y este es un caso claro. *Et voilà*! Estos eran mis desacuerdos con ese patán primitivo.

En sus palabras se percibía un desprecio sincero.

—Este proyecto lleva debatiéndose desde hace algún tiempo —explicó Le Ber en la pausa que se produjo—. No sabía que Provost estuviera involucrado.

Era como si el inspector se sintiera personalmente responsable de desconocer algo de lo que ocurría en Belle-Île.

—¿Habían iniciado un proceso contra él? —quiso saber Dupin.

—Lo estábamos preparando. A fin de cuentas, hay una razón casi imperiosa para la expropiación: el bien común. ¡Se hace lo mismo al construir carreteras o ferrocarriles! ¡No accedía ni siquiera a alquilar o arrendar el terreno! —gritó exaltada—. ¿Y sabe qué? —Dibujó una sonrisa diabólica—: No tenía ningún motivo concreto para no cedernos el prado. ¡Las estúpidas ovejas! ¡Menuda ridiculez! Era sadismo puro. Con él todo era siempre así. Disfrutaba destruyendo los

planes y los sueños de los demás, impidiendo cosas importantes para otros. En este caso: para toda la humanidad. ¡Ese era su único motivo! ¡Nada más! Pero, bueno, ahora eso ha terminado.

—¿Sabe quién heredará los bienes de Provost, incluido ese prado?

—¿Cómo voy a saberlo? De todos modos, quienquiera que sea comprenderá al instante nuestra demanda. Creo que pronto empezaremos a construir.

—Señora, no solo lo asesinaron, sino que se le reclamaba una fuerte suma de dinero. El señor Provost estaba siendo chantajeado. ¿Tiene alguna idea al respecto?

Ella miró a Dupin consternada.

—A ver, ¿a qué viene esa pregunta? ¿Por qué precisamente yo debería saber de qué asunto se trataba? ¿Qué se ha creído, joven?

—¿Dónde estuvo anoche y esta mañana? —Un buen contraataque por parte de Le Menn—. Digamos hasta las nueve o las diez.

Dupin se preparó para una reacción histérica, pero Corbel les sorprendió al responder de forma contenida:

—Ayer estuve en el museo hasta las siete de la tarde. Me pidieron que me encargara de dos visitas guiadas. Al terminar, tenía que hacer unos recados en Sauzon, que me pilla de camino. Luego estuve en casa y por fin regresé aquí para tomar una copa. Tal vez hasta la medianoche. Esta mañana tenía mi primera visita guiada a las once, y he salido de casa a menos cuarto. Por cierto —se levantó y se quedó frente al banco—, debo marcharme ya. Tengo una cita con Sarah a las tres y media.

—¿Hay alguien que pueda corroborar todo esto, en particular lo que respecta a esta mañana? —prosiguió Le Menn, impasible.

Entretanto, Dupin había calculado aproximadamente el tiempo que se necesitaba para ir de Belle-Île a Doëlan en una lancha normal y cometer el asesinato. La travesía rondaría las dos horas, y para el crimen en sí se necesitaría una media hora. Si el asesino había partido de Belle-Île y luego había regresado, y había cometido el asesinato entre las seis y las siete de la mañana, entonces debería haber zarpado de Belle-Île entre las tres y media y las cuatro y media de la madrugada. Y como muy pronto —si el crimen se había producido en

torno a las seis—, habría regresado a la isla poco después de las ocho de la mañana. En función de dónde tuviera su embarcación y el lugar al que se dirigiera, por ejemplo, ahí mismo, a Islonk, habría necesitado otros quince minutos más para regresar. Esto es, a las ocho y cuarto.

—¿Bromea? —bufó ella con desprecio; el asomo de continencia anterior era agua pasada—. Vivo sola.

Alzó la cabeza con orgullo; se le soltaron algunos mechones más que le cayeron sobre la cara.

—¿Hubo alguna llamada telefónica, a ser posible desde el teléfono fijo, que pueda corroborarlo?

—Rotundamente, no.

Hacía rato que a Dupin le costaba imaginarse a la señora Corbel como maestra. Pobres criaturas, se dijo. Por suerte, ya estaba jubilada. La mujer se dispuso a marcharse.

—Si me disculpan… Ya saben cómo localizarme.

Dupin miró a Le Ber, que asintió con la cabeza.

—Le enviaré la lista con todos los números, jefe.

A Dupin no le molestaba que la señora Corbel se marchara; así podría hablar con los demás vecinos.

—Nos pondremos en contacto con usted, señora. Solo una última pregunta. —A Dupin se le acababa de ocurrir. La señora Corbel se giró de nuevo, sin disimular su contrariedad—. Una pregunta para todos ustedes, en realidad. —Los miró uno a uno—. ¿Cuándo vieron por última vez a Louis, el perro de Patric Provost?

—Pues hace bastante que no lo veo y, la verdad, me alegro —se apresuró a responder la señora Corbel—. Ladra demasiado.

—¿Qué quiere decir con «hace bastante»? —insistió Le Menn.

—No he contado los días. Pero una semana seguro que sí. ¿Vosotros?

Miró alrededor.

—Nosotros tampoco —corroboró Margot Fidelin.

—No había reparado en ello —comentó la señora Griffon, la exesposa de Provost, que aún no había dicho ni una palabra—, pero es cierto. Yo tampoco lo he visto desde hace algún tiempo.

—Una semana, sí —confirmó Margot Fidelin—. Hará más o menos eso.

—¿Lo ve? Lo que yo decía. Y ahora me marcho. —Micheline Corbel se despidió con un gesto teatral.

Dupin esperó un momento y luego se dirigió a la señora Griffon.

—Señora, me gustaría saber…

De repente, Le Ber se levantó.

—Acaba de ocurrírseme algo, jefe, lo siento. Vuelvo enseguida.

Se dirigió hacia el prado de delante de la terraza con el móvil pegado a la oreja.

—Lo siento, yo también voy a tener que marcharme pronto, señor comisario.

Tras la partida de Micheline Corbel, Agnès Griffon se había deslizado en el asiento hasta sentarse junto a Byn y Margot Fidelin. Hablaba con voz clara y tranquila. Era una mujer menuda, de rasgos suaves, iba muy poco maquillada y tenía una melena de color rubio oscuro que le llegaba hasta la barbilla. Llevaba un pantalón de trabajo azul marino y un polo a juego con el lema «Équipe Téchnique – Belle-Île».

—Por desgracia, hoy tenemos mucho que hacer. He salido disparada cuando su compañero ha llamado.

No había ningún reproche en sus palabras.

—No tardaré mucho, señora. ¿Tiene alguna idea de lo que ha podido ocurrir? ¿Quién podría haber chantajeado y asesinado a su exmarido?

Ella dirigió una mirada muy seria hacia Dupin.

—Es espantoso. —De repente parecía muy alterada e inspiró profundamente—. Nosotros tuvimos nuestras historias y, sí, no acabamos bien. Eso fue hace mucho tiempo. La verdad, Patric era una persona terrible en muchos aspectos. Sin embargo, claro está, no le desearía esto. No se lo desearía a nadie.

—¿Quién podría hacerle algo así, señora? —preguntó Dupin.

—No lo sé. No tengo ni idea. La gente de la isla que le conocía sabe que era rico, pero no hasta qué punto. Me parece que nadie era consciente del alcance de su fortuna, y menos todavía dado el valor

actual de las propiedades. Lo más seguro es que solo lo supieran en el banco. —Dupin hizo una anotación—. Y en el continente le conocía muy poca gente. Incluso aquí, en la isla, siempre se ha mantenido en un segundo plano.

—¿Cómo era la relación entre usted y el señor Provost en los últimos años? ¿Y en la actualidad? —Le Menn, que se había estado removiendo inquieta en el banco, preguntó con su habitual estilo directo— ¿Tenían conflictos? ¿Cuestiones de dinero? ¿Sobre la casa donde vive?

—Yo… —La señora Griffon se interrumpió.

Margot Fidelin reaccionó al instante y se levantó.

—Será mejor que les dejemos a solas. De hecho, tengo que hacer una llamada urgente.

Hizo una señal a su marido, que también se levantó. Agnès Griffon no dijo nada. Al parecer, no tenía inconveniente. Dupin estuvo de acuerdo.

—Estaremos aquí al lado —añadió Margot Fidelin—, en la destilería.

Ambos desaparecieron al instante por la puerta del bar y se quedaron a solas con la exmujer de Provost.

—Bien, entonces…—empezó Dupin muy atento.

—¡Jefe! —le interrumpió Le Ber, que llegó resoplando y se detuvo junto a Dupin—. He hablado por teléfono con el pastor, Tenom Burlot. Esta mañana ha ido a comprar baguetes a Le Palais.

Todas las miradas miraron al inspector con curiosidad.

—¿Y bien? —Dupin no tenía ni idea de a dónde quería llegar Le Ber.

—Burlot afirma que también ha comprado baguetes para algunos vecinos. Le he preguntado para quién. Hoy ha sido para los Fidelin y para la señora Corbel. Como siempre, se las ha llevado directamente. A eso de las ocho menos cuarto. Se las ha entregado en persona a la señora Corbel y a los Fidelin. Así pues, resulta que hay un testigo que corrobora el testimonio de la señora Corbel. Ella estaba en casa a las ocho menos cuarto. Y los Fidelin también. Burlot los vio a los dos.

—Muy bien. —Dupin dirigió un gesto de asentimiento a Le Ber, que

volvió a sentarse en el banco.

Eso aclaraba algunas cosas. Y les quitaba trabajo de encima.

—Yo a esa hora estaba de camino hacia uno de nuestros embalses —informó la señora Griffon sin más—. A las ocho ya estaba allí, y me he encontrado con dos colegas. Pueden comprobarlo cuando deseen.

—El suministro de agua potable de la isla está asegurado gracias a unos pequeños embalses —explicó Le Ber a Dupin.

—Me ha parecido que quería contarnos algo más, algo personal. —Dupin retomó el hilo anterior; sin duda, a Agnès Griffon no le incomodaba hablar de su coartada, que era muy sólida—. Todo quedará entre nosotros.

La señora Griffon fue al grano:

—Sobre el papel, Patric y yo todavía estábamos casados, a pesar de que llevábamos veinte años separados y ya no teníamos nada que ver el uno con el otro. Yo quería poner punto final a eso y en enero le había pedido el divorcio.

Dupin sabía que, aunque una separación fuera definitiva, eso ocurría con bastante frecuencia. Con todo… Esa era la segunda gran sorpresa respecto a la vida de Provost. Y, de nuevo, nadie había dicho nada, aunque lo más seguro fuera que nadie estuviera al tanto.

—Llevo tres años de relación con un hombre de Vannes y hemos decidido casarnos. Queremos vivir juntos aquí, en la isla. —Hablaba con tono tranquilo—. Yo nunca me marcharía de aquí.

Aquel era sin duda un mantra de los belliloises.

—¿Provost accedió al divorcio?

Cada vez surgían más constelaciones interesantes.

—Contrató a un abogado. Yo también. Desde entonces los abogados hablan entre ellos. —Explicaba la situación sin dejar asomar emoción alguna—. Como era de esperar, Patric no quiere, no quería, pagar nada. Eso ya me lo esperaba, muy propio de él. Pero era una cuestión que los abogados debían resolver. Nosotros solo hablamos una vez en persona. Fue cuando se lo anuncié. En enero. Fui a verle una tarde a su casa.

—¿Cómo reaccionó?

—Se encogió de hombros y dijo: «Vale». Eso fue todo.

—¿Había contrato matrimonial?

—No.

—Entonces, ¿qué negociaban los abogados? —quiso saber Le Ber—. ¿De qué se trata?

—Bueno, del importe. De lo que me iba a pagar.

—¿Usted le reclamaba una cantidad concreta? —preguntó Le Menn.

—Un millón. No era demasiado para él. Mi abogado y yo estimamos un patrimonio, sumando propiedades y activos, de entre quince y dieciocho millones. Hemos hecho un inventario. Esa cifra no sale de la nada.

—¿Y él cómo se lo tomó? —preguntó Le Menn.

—Su abogado ofreció quinientos mil.

—¿Qué va a hacer usted ahora, señora?

—¿Qué quiere decir? El asunto habría ido a los tribunales, es lo habitual en estos casos. Y los jueces habrían decidido. Mi abogado cree que me habrían dado más.

—¿Y ahora? ¿Va usted a heredar? Es posible que todo sea para usted. —Le Menn se limitó a decir en voz alta lo que había quedado en el aire—. Siendo aún la esposa…

Era evidente que Agnès Griffon tenía coartada, pero también podía contar con un cómplice.

—No. Él hizo testamento cuando nos separamos. Aunque me consta, no sé qué dispuso. Me dijo que me retiraría incluso la legítima, aunque eso no es posible. Mi abogado estaba seguro de que no podría salirse con la suya.

—¿Y usted no hizo nada para impedirlo? —quiso saber Le Ber.

—Cuando nos separamos me daba igual. Acordamos que me quedaría a vivir en esta casa de aquí, que entonces estaba vacía, y que recibiría mil quinientos euros al mes. Tres años después, él simplemente dejó de pagar. Sin embargo, para entonces yo ya tenía mis propios ingresos, lo cual era mucho mejor para mí.

—¿No le dijo nada más concreto sobre el testamento? ¿A quién legaba sus bienes?

—No. No sé nada de eso.

—La legítima asciende por lo menos a una cuarta parte de la

herencia, señora —intervino Le Menn—. En su caso, eso es una suma inmensa. Es consciente de ello, ¿verdad?

—Lo sé.

La señora Griffon no perdió la compostura.

—Aunque él en su testamento indicara de forma expresa su voluntad de excluirla a usted de la herencia —precisó Le Menn—, como cónyuge tiene derecho a la misma, y la ley suele modificar esta disposición a favor de la persona con derecho a la legítima. —Hizo una pausa—. A menos que él adujera razones de peso. Como que usted fuera declarada culpable de delitos o crímenes graves, por ejemplo, intento de asesinato del testador.

Dupin apenas pudo disimular la sonrisa de satisfacción. Una obra maestra de la retórica.

—Mi abogado me dijo algo parecido.

Durante unos momentos reinó el silencio.

Eso era todo cuanto Agnès Griffon tenía que decir al respecto.

—¿Por qué no quiso divorciarse antes?

—Lo cierto es que sí quería. Pero, a la vez, no deseaba tener nada que ver con todo eso. Con nada más, y mucho menos con él. No tenía ganas de discusiones, y con el paso del tiempo, aún menos. No sé si me entienden. De hecho, yo ya no tenía ninguna relación con él, a pesar de que ambos vivíamos aquí.

—En cualquier caso, la legítima será mucho mayor que el millón que usted le reclamaba —añadió Le Menn, de nuevo con tono frío.

La señora Griffon asintió. No parecía contrariada con la insistencia de Le Menn.

—Como les he dicho, debería marcharme. Lo siento, no hay más remedio. —Agnès Griffon se puso de pie—. Con el calor y la sequía, la situación del agua potable se está volviendo crítica en la isla.

—¿Podría darnos los datos de contacto de los compañeros de trabajo con los que se ha reunido hoy a las ocho de la mañana en el embalse?

—Por supuesto. Se los envío.

Ella dibujó una sonrisa amable.

—Solo una pregunta más, señora. —Dupin también se levantó—.

¿Conoce usted a ese estudioso de los menhires que ha alquilado la casa desocupada de Provost?

En realidad, a Dupin le habría gustado preguntar por él a los demás.

—No, aunque lo veo de vez en cuando. Es un tipo bastante reservado. Todavía no he cruzado ni una palabra con él.

Le Ber y Le Menn también se habían puesto de pie.

—¿Sabe cómo se llama?

—Manuel Trotter.

—¿Cuánto lleva aquí?

—Unas tres semanas, tal vez.

—¿Nunca viene aquí, al Goulou?

Dupin estaría ahí todas las noches al terminar el día.

—No. Me parece que aún no ha estado nunca. Pero pregúnteles a Byn y a Margot.

—Eso es todo. *Au revoir*, señora.

—*Au revoir*, señor comisario.

Agnès Griffon desapareció por la puerta del bar.

Le Menn, Le Ber, Cosqueric y Dupin se quedaron a solas.

De pronto, a Dupin se le ocurrió algo:

—Le Ber, ¿qué embarcación se necesitaría para recorrer la distancia entre Doëlan y Belle-Île en mucho menos de dos horas?

—Una lancha rápida de verdad. Con motores muy potentes. Algo como la Bir. Las embarcaciones normales de motor no tienen suficiente potencia. La mayoría de las de la costa son de tipo crucero y no difieren mucho en velocidades máximas.

—Preguntaré en los puertos. —El comandante de la isla, que había permanecido sorprendentemente silencioso, tomó la palabra—. A ver si hay alguna y, en caso afirmativo, cuántas lanchas de ese tipo están registradas en la isla. Los capitanes de puerto saben ese tipo de cosas.

—Hágalo. Por cierto, ¿a qué hora de la mañana llega el primer ferry desde el continente?

—El más temprano zarpa de Quiberon a las siete y cuarto y llega aquí a las ocho y cuarto.

—Bien. Entonces, los ferris quedan descartados. Le Ber, Le Menn, hablen de nuevo con Nolwenn sobre el testamento. Necesitamos saber

qué dice, a quién le corresponderá la herencia. Es urgente.

Probablemente era lo más importante en ese momento.

—Delo por hecho, jefe.

—Cuando lo tengamos, también necesitaremos a un experto que lo analice. Es por la legítima, debemos saber si es seguro que Agnès Griffon la vaya a obtener.

—Está claro.

—Por cierto, la alcaldesa de Bangor me ha llamado. Desea hablar conmigo. Dice que ayer estuvo con Provost, pero no ha querido decirme por teléfono de qué hablaron.

Ya no faltaba mucho para la cita. Debía apresurarse.

—Es la cuñada de mi hermana, jefe. Monette Megret, la alcaldesa de Bangor, es la cuñada de mi hermana.

Dupin se lo esperaba: acabaría tratando con la parentela y el extenso círculo de relaciones del clan de Le Ber en Belle-Île.

—Por supuesto, he llamado a mi hermana. Me ha dicho que Megret es una mujer íntegra y que está realizando una buena labor.

—¿Alguna otra cosa? ¿Le han comentado algo más su hermana o su cuñado?

Eso podría ser valioso.

—No, por desgracia no.

De nuevo fue evidente lo mucho que eso afligía a Le Ber. Parecía no sentirse a la altura de su condición de experto en la isla.

—Bien, pues voy a hablar con los Fidelin. —Mientras caminaba, se volvió hacia el comandante de la brigada de la isla—: Cosqueric, haga una lista de aquellos vecinos y personas de interés para la investigación que dispongan de una embarcación propia. Anote también el modelo y el lugar donde están amarradas.

No fue fácil para Dupin abandonar esa hermosa terraza, aunque el calor se había vuelto casi insoportable.

Una puerta muy estrecha conducía del bar a un extraño mundo hecho de cobre pulido brillante y aparatos extravagantes de formas fantásticas: depósitos redondos y altos como una pared con mirillas de cristal parecidas a unos ojos de buey; aquí y allá, monitores como los

de un panel de mando, con marcas, cifras y unidades desconocidas. Unas tuberías de cobre iban de un lado a otro entre los contenedores. Se veían varias palancas grandes, de color rojo y azul, y uniones roscadas amarillas. Dupin vio una tapa en un depósito, parecida a la escotilla de un submarino, fijada en el exterior con un torniquete de acero inoxidable. Con todo, lo más espectacular era una enorme bola de cobre colocada sobre un depósito elevado, una bola mágica. Delante, en el suelo, había varios cubos de acero inoxidable reluciente. En la pared, encima de todo el aparato, colgaba una estantería de madera con botellas similares a los frascos medicinales de las farmacias antiguas.

Ese laboratorio de alquimia ocupaba casi la mitad de la sala. En la otra mitad estaban los barriles, unas magníficas barricas de madera antiguas, apiladas hasta el techo, con los lados pintados de rojo brillante y mensajes crípticos escritos en ellas. «CH3 CH2 OA, 63 %, 2/7/13». Algunos de ellos resultaban perfectamente comprensibles: Oporto, Madeira, Bourbon, Jerez, Menetou-Salon. Saltaba a la vista que ahí se producía algo exquisito. Como mínimo, oro. Oro líquido. Un elixir maravilloso. Se palpaba en el aire, se podía respirar, oler, paladear. Dulce como la miel, acaramelado. Flores abiertas. Y malta. Y yodo también.

—¿Es usted uno de los nuestros? ¿Un amateur del whisky? ¿Un aficionado?

Byn Fidelin se había dado cuenta de la mirada de asombro de Dupin.

—Yo… —¿Qué podía decir?—. Absolutamente.

Era cierto, aunque Dupin no bebía whisky a menudo. De hecho, si no lo hacía más era por la simple y única razón de que había muchas otras bebidas deliciosas que probar. Embriagado por los aromas a miel y caramelo, se propuso cambiar eso de ahora en adelante. Byn Fidelin se le acercó con un andar pesado y lento. Margot Fidelin asomó entonces desde detrás de los barriles con una libreta en la mano. Dupin vio una puerta de madera que daba al jardín.

—A nosotros, los celtas, el whisky nos pertenece como el sol a la vida —musitó Fidelin—, y no solo en Escocia, sino en todos los

lugares en los que habitamos: Irlanda, Cornualles, Gales, la Isla de Man, la Bretaña. Las seis naciones celtas. —Los ojos le brillaban como a un niño feliz—. *Goulou* es una palabra celta, significa «luz». El poeta George Bernard Shaw llamó al whisky «luz solar líquida».

Dupin reparó entonces en que Byn Fidelin sostenía una copa de tallo largo que recordaba un poco a una copa de vino pequeña.

—*Les Six Reines de Belle-Île*. Esta luz solar que tiene aquí está recién fabricada. Pruébela.

—No, gracias. —Dupin lamentaba tener que rechazar la oferta.

La señora Fidelin dejó la libreta a un lado y se les unió.

—Y bien, ¿se les ocurre algo sobre el asunto?

Margot Fidelin, con el pelo corto de color rubio platino, ademán desenvuelto y vestido veraniego largo de lino azul marino, tomó la palabra:

—El autor debía saber lo rico que era Patric Provost. Eso limita el círculo de sospechosos, ¿no es así?

Tenía razón.

—Y ese círculo, ¿cuál sería?

—Nosotros. Quiero decir, la gente de Islonk, la alcaldesa de Bangor, los concejales, los pastores de Provost, sus asesores financieros, los acadianos… —Se interrumpió—. Mmm. Bueno, visto así, no son pocos —comentó corrigiendo su previsión optimista—. Y estos, a su vez, conocen a muchos otros…

—¿Tiene en mente a alguna persona en concreto de este círculo?

—No, para nada.

Parecía sincera.

—¿Y usted, señor Fidelin?

Byn seguía con el vaso en la mano y negó tranquilo con la cabeza.

—No.

—¿Ustedes dos también son acadianos?

—Mi familia sí; la de mi marido, no.

—Entonces, ¿usted también es miembro de la asociación?

—Soy miembro de la junta. Hay seis vicepresidentes.

—¿Alguien más de la aldea es miembro?

—Albert Zinc. Él pertenece a una antigua familia de capitanes y es

extremadamente rico. En su día, uno de sus antepasados trajo a los acadianos desde Canadá hasta aquí.

—¿Nadie más?

—No.

—Provost era el propietario de esta casa. ¿Cómo era su relación con él?

De nuevo el comisario se dirigía a ambos, y de nuevo fue la señora Fidelin quien contestó.

—No era buena. Antes era correcta dentro de lo que cabía esperar, aunque nunca fue cordial. Pero en los últimos años eso cambió. Nos habría gustado comprarle la casa. Pero él no quería. Además, tampoco nos dejaba reacondicionarla como queríamos. Nos gustaría ampliar el negocio, la destilería. Y yo querría tener mi taller aquí. Esa es otra razón por la que necesitamos más espacio.

—¿Su taller?

Margot Fidelin se mostró algo molesta por la pregunta.

—De cerámica. Y también trabajo el vidrio. Hago vasos de whisky. Pero también jarrones, por ejemplo. De momento, tengo alquilado un local en Le Palais, junto al Fluïd. Me resulta muy incómodo.

Maldita sea. Dupin no debía olvidarse del Fluïd. Los vasos de colores. Acababa de ver que Claire le había enviado un mensaje de texto indicándole de qué tonos los quería.

—¿Qué motivo les dio Provost para no permitirles la ampliación?

Aquello era el cuento de nunca acabar, todo el mundo había tenido su propia rencilla con él.

—Disfrutaba boicoteando cosas, o a personas.

Aquel caso era raro. Hasta ahora, todo en él era muy extraño. Por lo general, tras un asesinato todo el mundo solía asegurar que la víctima gozaba de la simpatía de todos y que no tenía enemigos ni problemas graves. Los posibles motivos, si se daban, eran escasos. Aquí, en cambio, todos tenían un motivo. Y nadie se molestaba en disimularlo. Patric Provost debía de haber saboteado los planes y los sueños de mucha gente.

—El problema era que no podíamos hacer nada. Dependíamos por completo de él, de su buena voluntad. Aunque él eso no sabía lo que era.

—¿Tienen una embarcación?

—Solo esa fueraborda azul del jardín. Byn pesca.

Ella miró a su marido.

—¿Y quién de Islonk tiene una embarcación más grande?

—El capitán. Y Agnès.

—¿La exesposa de Provost?

—Le encantan las máquinas: coches, barcos, aviones…

—¿Vuela?

—Avionetas deportivas. En la isla tenemos un aeroclub. Al venir hacia aquí ha tenido que pasar junto a él.

—¿Y qué tipo de barcos tienen el capitán y la señora Griffon? ¿Lanchas motoras?

—Sí. Las dos son de unos ocho o nueve metros de eslora. La de Agnès es bastante antigua. Antes había sido de Provost.

—¿Y la del capitán?

Dupin pensó que debía hablar cuanto antes con él.

—Esa es prácticamente nueva, apenas tiene dos años. También es un apasionado de la pesca y se adentra mucho. Incluso de noche.

—¿Tiene un motor potente?

La señora Fidelin miró a su marido.

—Creo que tiene dos motores de cien caballos —masculló Byn Fidelin.

Dupin tomó nota. Le Ber lo sabría valorar mejor que él, pero no le pareció que fueran motores extraordinarios, no como los de una lancha rápida.

—¿Dónde están amarradas las embarcaciones de la señora Griffon y del capitán Zinc?

—La de Agnès, en el puerto de Locmaria; la del capitán, en Sauzon. Ellos…

El móvil de Dupin les interrumpió.

Nolwenn.

—Un momento, ahora vuelvo.

Dupin se alejó.

—¿Diga?

Respondió la llamada antes incluso de cruzar la puerta de la destilería.

—¿*Petra nevez*, señor comisario?

—Nolwenn, no es el momento de…

—¡Pero si esa expresión la conoce desde hace tiempo! Significa: «¿Alguna novedad?». En fin, hay cosas más importantes que esto, señor comisario.

Como si hubiera empezado él.

—Ya sé a quién ha legado Provost toda su fortuna. ¡Adivine! —Una orden puramente retórica—. ¡A la isla!

—¿Y eso qué significa?

—Pues a Belle-Île. Dicho de otro modo, a la alcaldesa de Bangor.

—¿Cómo?

Dupin no entendía nada.

—Ella es la responsable de la iniciativa *Smart Island*. Un gran proyecto. ¡Cero emisiones!

Dupin recordó que Le Ber había hablado de eso.

—Yo misma soy miembro de esa asociación. Y creo que usted también debería serlo, señor comisario. Belle-Île es pionera en la Bretaña de la energía verde. Se…

—Conozco el proyecto.

Nolwenn era una ecologista convencida y miembro de decenas de iniciativas. Dupin simpatizaba con estas cuestiones y también con su enérgica convicción, pero ahora no era el momento.

—Entonces debe saber que está prevista la construcción de tres gigantescos aerogeneradores en el mar. Así las cosas, toda esa fortuna se invertirá en eso.

Dupin quiso asegurarse de que lo había entendido:

—¿Patric Provost legó todo lo que tenía a esta iniciativa, y la alcaldesa de Bangor, a la que estoy a punto de conocer, es la presidenta?

—Correcto.

Aquella noticia era muy remarcable. Al menos, por esta vez, Provost no encajaba en la imagen de persona desagradable con aversión a la gente.

—El notario de Provost me ha hecho llegar una copia del testamento, en la que también se insta a retirarle la legítima a su exmujer, es decir, la que todavía es su esposa. El propio notario

considera esta disposición insostenible. En su opinión, Agnès Griffon tendría derecho al menos al veinticinco por ciento, algo que, según afirma, le repitió a Provost en términos inequívocos y que él, sin embargo, desoyó. Provost se encargó en persona de redactar los párrafos pertinentes.

—Esto significa que probablemente Griffon también heredará.

—Con un valor patrimonial que el notario estima en unos diecinueve millones de euros, serían unos cuatro millones setecientos cincuenta mil euros. *Nèus ket da glemm*. Desde luego, no es poca cosa.

La fortuna parecía ser incluso mayor de lo que Agnès Griffon y su abogado habían calculado.

—¿Le dijo Provost al notario por qué quería apoyar de este modo el proyecto?

—Al parecer, tenía mucho interés en conseguir que la isla fuera lo más independiente posible del continente. Lo dijo explícitamente. Según el notario, no le importaba tanto la gente o el medio ambiente como la isla. Su isla. Pero Provost tampoco le dijo mucho más, solo hablaron al respecto una vez.

Era raro. Provost era muy peculiar, pero consecuente. En cierto modo, eso era propio de él. La gente no le importaba.

—¿La alcaldesa sabía lo que contenía el testamento?

—Sí. Desde hace dos años. Él lo dispuso poco antes.

—¿Alguien más?

Aquellas eran preguntas decisivas, tal vez las más decisivas.

—No. Provost no quería que nadie lo supiera mientras él estuviera vivo. Además, solo se lo dijo a la alcaldesa con la condición de que guardara la más estricta confidencialidad, e incluso eso formaba parte de la disposición en el testamento. Creo que en breve verá a la señora Megret.

En efecto. Iba a tener que abandonar ese paraíso; de hecho, había sopesado la posibilidad de tomarse otro café rápido en la terraza, pero era demasiado tarde. Tenía que marcharse de inmediato. Ahora mismo, la alcaldesa era la persona con la que más le interesaba hablar. Ella o, mejor dicho, su iniciativa, parecía ser la parte más beneficiada de este asesinato.

—¿La señora Corbel le ha contado ya la historia de la boa, señor comisario?

—¿La historia de la boa?

Nolwenn volvió a adoptar una actitud colérica:

—Otra anécdota espeluznante de la Bernhardt: al parecer, por la noche a la diva le gustaba sentarse en su sofá a leer mientras reposaba los pies sobre una enorme boa que tenía como mascota. ¡Menudos aires de grandeza! Un día, el animal se tragó uno de los cojines del sofá, que estaba hecho de la seda china más delicada. Ya puede figurarse lo que vino después: la Bernhardt mató al animal de un tiro.

Dupin no sabía qué podía responder.

—Solo por eso debería haber ido a la cárcel. ¿Qué me dice, señor comisario?

Era como si Dupin tuviera que arrestarla de manera retroactiva.

—Tiene usted toda la razón.

Lo mejor era posicionarse de manera inequívoca.

—¿Y sabe con qué solía alimentarla? ¿A la boa? —Nolwenn hizo una pausa dramática—. ¡Con lechones! Una vez a la semana le ofrecía un lechón, que comía y digería lentamente durante días.

—La alcaldesa, Nolwenn, yo…

—¿Y sabe quién la venera? ¿Quién prácticamente la adora? ¿A esa Bernhardt? —De nuevo, ella no esperó la respuesta—. ¡El prefecto! ¡Guenneugues! Aunque, bueno, tampoco es de extrañar. En fin, señor comisario, *ken emberr*.

Al instante siguiente, ella ya había colgado.

El prefecto. Dupin se había olvidado de él por completo. Y, además, por el mejor de los motivos posibles: en este caso no tenía que pensar en él en absoluto. Nadie tenía que hacerlo. En los últimos años, el prefecto, que al menos era un gastrónomo y un gourmet, había desarrollado graves problemas de salud por culpa de su gran sobrepeso. Eso, a su vez, había repercutido directamente en Dupin. El prefecto, que tenía un carácter colérico, padecía de hipertensión, que se agravaba al aumentar de peso, lo cual le volvía aún más colérico. Era un desafortunado círculo vicioso. Sobre todo, para las personas que lo rodeaban. Y, por supuesto, también para su mujer, que un día

decidió tomar cartas en el asunto y, viendo que todos los intentos de llevar una dieta ambulatoria eran en vano, le prescribió una dieta hospitalaria, una cura de adelgazamiento, lejos de su quehacer diario y de sus rutinas, tentaciones y rituales culinarios traicioneros. Guenneugues se encontraba, por lo tanto, realizando un «programa de adelgazamiento saludable» de dos semanas en un balneario hospitalario cerca de Rennes, en la campiña, en medio de la nada. Con mucho ejercicio, una calculadora de calorías y educación nutricional. Incluso la fecha de la celebración del aniversario de Dupin se debía a esta cura: Nolwenn no la fijó hasta asegurarse de que, por desgracia, al prefecto le fuera imposible asistir. Dupin le había expresado varias veces en persona su pesar.

Dupin había dejado atrás Islonk y se dirigía hacia Bangor; no eran más de tres o cuatro kilómetros. Al cabo de unos minutos ya tenía la impresión de estar atravesando el interior más profundo de la Bretaña, la verdadera *campagne*, el *argoat*, con campos a derecha e izquierda. Por doquier había grandes pacas de heno, que se podían ver y oler.

Se había despedido de los Fidelin solo de momento. Le habría gustado proseguir esa conversación, pero más adelante tendría oportunidad para ello. Tras hablar con la alcaldesa, tenía previsto regresar a Islonk. Le Ber estaba haciendo gestiones para concertar una reunión con el capitán y con Manuel Trotter, el estudioso de los menhires.

Llamó a la alcaldesa desde el coche.

—Voy con retraso, pero ya me encuentro de camino.

—He de salir en cinco minutos, señor comisario. Tengo una cita inaplazable.

Una información carente por completo de reproches, amistosa, pero también sin concesiones.

—¿Cuándo regresará?

Aunque Dupin era quien no había respetado la hora señalada, no podía aguardar mucho tiempo.

—Oh, en total serán tres o cuatro horas. Hasta las ocho, quizá. Esta cita fue concertada hace mucho. Y después tengo otra reunión. Sobre

las ocho y media de la tarde. La dirijo yo misma. Yo…

—¿Qué cita es esa a la que tiene que ir con tanta urgencia? ¿De qué se trata?

La pausa fue más prolongada. Parecía sopesar la conveniencia de darle o no esa información.

—En cierto modo —respondió con cierta altivez— tiene que ver con el señor Provost. Es acerca de un importante proyecto, señor comisario. Unos gigantescos autogeneradores flotantes. Es algo de lo que le quería hablar. Ocurre que el señor Provost…

—Ya conocemos el testamento.

—Ah, ¿sí?

—Tengo que hablar con usted antes de su cita. Estamos investigando un asesinato. Y me gustaría saber por qué el señor Provost legó toda su fortuna a su iniciativa.

Dupin salió de una curva, pisó el acelerador a fondo y el motor reaccionó produciendo un tremendo estruendo.

—Como quiera, señor comisario. En ese caso, nos vemos en cinco minutos en el campo de aviación. No está lejos de Bangor.

Colgó sin aguardar su respuesta.

El comisario frenó de golpe y se detuvo junto a la carretera. Acababa de pasar junto al aeródromo. ¿Cómo era posible?

Se dio la vuelta, contrariado.

Poco después vio el letrero: aérodrome bangor. El aeródromo. Dos edificios de piedra blanca. El más pequeño exhibía un cartel que decía aéro-club. El mayor se anunciaba como aéro-bar. Junto a estos dos edificios de piedra se veía un barracón de forma alargada, y detrás estaba la pista de aterrizaje y despegue, fácil de abarcar con la vista. Parecía como si todo se hubiera dispuesto al azar en una gran extensión de hierbas altas y flores silvestres, contigua a un campo segado y con algunas pacas de paja. En torno al aeródromo se apreciaba un cercado hecho de malla de alambre que había conocido tiempos mejores. Al lado de la pista distinguió una docena de avionetas blancas como la nieve, primorosamente aparcadas una junto a otra.

Entonces vio también la vía de acceso y, delante, a la derecha, un

aparcamiento con varios coches estacionados. Había un hombre y una mujer conversando junto a un elegante Renault. Dupin se dirigió a la plaza que había al lado. Reconoció al momento a Agnès Griffon. La exesposa de Provost. ¿Qué estaba haciendo allí?

No había apagado aún el motor cuando entró en el aparcamiento un Citroën todoterreno de color verde oscuro del que se apeó una mujer de unos cincuenta años, melena castaña hasta los hombros peinada hacia atrás, con rasgos delicados pero enérgicos y una dinámica forma de moverse. Tenía que ser ella, la alcaldesa. Monette Megret. Llevaba un traje entallado del color de su coche y unos zapatos de medio tacón.

Se dirigió de inmediato a la señora Griffon y al hombre desconocido. Dupin hizo lo mismo.

—Vaya, señor comisario —saludó a Dupin—. No estaba segura de que lo lograra. —Clavó la mirada sin disimulo en la gorra de Tahití—. Les presento rápidamente y nos ponemos en marcha. Aquí, Agnès Griffon, responsable de las infraestructuras de la isla, incluido el suministro de agua. Aunque creo que ya se conocen. La señora Griffon va a ser la directora del proyecto por parte de nuestra asociación. Por cierto, el proyecto del parque eólico flotante se llama FEBI, es decir, *Ferme éolienne flottante de Belle-Île*. Y, dicho sea de paso, también es prima mía —añadió con una sonrisa radiante—. Y este es el señor Dunie, de la empresa Eolfi, encargada de la ejecución del proyecto de los aerogeneradores flotantes con las turbinas danesas especialmente diseñadas para nuestra asociación.

¿Primas? Tampoco eso lo había mencionado nadie. La alcaldesa no solo era la cuñada de la hermana de Le Ber, sino también la prima de Agnès Griffon, la exesposa de la víctima. Dupin se dijo que tendría que hacerse un esquema; sin duda, eso solo era el principio.

—Le podría haber acompañado yo misma —dijo Agnès Griffon saludando a Dupin con un ademán de cabeza.

—Encantado, señor comisario —le saludó el hombre con una amabilidad excesiva.

Dupin aún no entendía por qué celebraban esa reunión de trabajo ahí, en el aeródromo.

La señora Megret prosiguió a toda velocidad:

—La primera cuestión son los tres generadores flotantes, cuya puesta en marcha está prevista para el próximo año. La semana pasada se instalaron los amarres en el fondo marino. Todo ha ido a la perfección. De momento, hemos instalado unas boyas. Ahora iremos a echarles un vistazo. Tengo muchas ganas.

Sin más explicaciones, se marchó con paso decidido. A Dupin le costaba seguirle el ritmo.

—¿Qué quiere decir con eso, señora?

Ella se encaminó hacia una de las avionetas blancas de mayor tamaño.

—Una Diamond Star DA40, justo para cuatro personas. Un fabuloso motor Lycoming-IO-360, solo se oye un zumbido delicado, a pesar de sus ciento ochenta caballos y de ir a doscientos sesenta kilómetros por hora. Siéntese conmigo delante y así podremos hablar.

—¿Qué significa esto?

—Si quiere hablar conmigo, súbase al avión. Si no, nos vemos mañana.

Dupin aún no estaba seguro de haberla entendido bien.

—¿Pretende que vuele con usted?

—Usted decide.

Tal vez no fuera tan mala idea. A fin de cuentas, se trataba del proyecto *Smart Island*, que de repente había adquirido un gran interés. Así tendrían la ocasión de hablar largo y tendido sobre el tema. Además, debía admitir que él era el responsable de esa situación por haber llegado tarde.

La alcaldesa se fue directa a la cabina. Hizo una señal a Dupin que venía a decir: «Vamos, no se lo piense más».

Todavía un poco indeciso, el comisario se dirigió al otro lado. Tres minutos después, la Diamond Star despegaba tras atravesar la pista a toda velocidad con energía y dando trompicones, con el comisario Georges Dupin, Monette Megret, Agnès Griffon y el señor Dunie a bordo. Dupin, entretanto, se había tenido que apresurar para atarse bien al asiento, colocarse unos auriculares imponentes y clavar la mirada en la pista de asfalto.

Era el avión más pequeño en el que Dupin había estado. Volar no le daba miedo, pero tampoco era una de sus actividades favoritas. En una ocasión, una azafata le dijo que él tenía una «conciencia de ubicación hipersensible», es decir, que notaba hasta el menor cambio que efectuara el avión en el aire.

Se encontraban ya a unos cientos de metros del suelo cuando la alcaldesa activó la radio interna.

—Bien, pues hablemos. He asignado una frecuencia propia para nosotros, así nadie nos molestará.

Agnès Griffon y el señor Dunie estaban sentados muy apretados detrás de ellos, pero en realidad no podrían oír nada de la conversación por el ruido ensordecedor y los auriculares que llevaban. Con todo, era curioso.

Volaban en línea recta hacia Le Palais. Vieron el valle, las calles, las carrocerías plateadas y brillantes de los coches, los hermosos edificios; a continuación, el puerto bullicioso con su multitud de barcos. A esa altura, todo parecía de juguete, incluso el fuerte sobre la ciudad, la línea audaz y afilada de las murallas recorriendo las rocas junto a la cuesta extrema frente al mar.

—No negaré que la muerte de Patric Provost ha sido un golpe de suerte en esta etapa del proyecto. —Hasta ese momento, la alcaldesa había permanecido sentada muy erguida y concentrada, pero entonces se reclinó en su asiento con actitud relajada, o al menos esa era la impresión—. Justo ahora el dinero nos viene muy bien. De hecho, la intención era construir cuatro aerogeneradores, pero tuvimos que conformarnos con tres por falta de medios. Sin embargo, ahora tendremos el cuarto y, además, antes de lo previsto, ya que vamos a ahorrarnos algunos trámites del préstamo.

De repente, la luz los deslumbró. Ya volaban sobre el mar, lo que significaba que estaban inmersos en un entorno plateado y reluciente. No solo el mar parecía de plata, también el cielo. Dupin tuvo que entrecerrar los ojos.

—Se acostumbrará en un momento, comisario. Durante unos instantes es imposible ver nada.

Una información bastante inquietante viniendo de una piloto.

—¿Qué llevó al señor Provost a legar todo su patrimonio a su asociación?

Fuera o no en avión, él estaba allí para investigar.

—Un día se presentó en el ayuntamiento sin avisar. Fue en junio de hace dos años. Me notificó que, en caso de fallecimiento, había dispuesto en su testamento legar toda su fortuna a la empresa que habíamos fundado para poner en práctica el suministro energético autosuficiente para Belle-Île. Esta es la idea central del concepto de *Smart Island*. La verdad es que a él le interesaba más la independencia total de la isla que la cuestión ecológica. Pero da igual. En la actualidad, la isla se abastece de electricidad gracias a un cable submarino procedente del continente.

—¿Nunca habían hablado antes del proyecto?

De pronto Dupin tuvo una impresión extraña. Sin previo aviso, Monette Megret había girado el mando casi noventa grados, cambiando el rumbo del aparato. En ese momento, el ala izquierda apuntaba hacia abajo de forma casi vertical. Lo había hecho con una calma absoluta, lo cual era sin duda una buena señal. Luego, dejó poco a poco que la Diamond Star recuperara la horizontalidad con rumbo oeste. Belle-Île quedó a la izquierda, una masa oscura y desfigurada en medio de un mar de plata.

—No. En absoluto. Nadie le manipuló. Supongo que es lo que ustedes sospechan.

—Sería negligente por nuestra parte no considerar esa posibilidad.

—Por supuesto. Pero nosotros ni siquiera sabíamos que Provost conocía la iniciativa. Había leído al respecto en el periódico. Francamente, no nos importaba gran cosa. A él solo le interesaba la idea.

—La independencia de la isla.

—Exacto. La independencia de la isla. Vamos a ser la segunda isla del mundo que pueda considerarse inteligente. Porto Santo fue la primera, una isla portuguesa, pero se encuentra frente a la costa africana, así que seremos los primeros en Europa.

La Bretaña siempre al frente. Cómo no. Pero así era.

—El suministro de energía mediante los aerogeneradores es solo un

elemento de todo el concepto. El otro es la movilidad. En los tejados de todos los edificios públicos van a instalarse paneles solares que irán conectados a un sistema de acumuladores locales, los cuales, a su vez, abastecerán a estaciones de autoservicio inteligentes de carga eléctrica situadas por toda la isla. FlexMobi'île es el nombre del programa que garantizará la movilidad eléctrica coherente. Y también está la cuestión de los residuos. Se trata de reducirlos y gestionarlos en la isla. Hasta ahora los trasladamos al continente en ferris.

Aquello parecía un discurso ensayado muchas veces.

—En todo caso —siguió con una verdadera emoción en su voz—, hoy va a ser testigo de un momento histórico para la isla, señor comisario. Está asistiendo, por así decirlo, a la colocación de la primera piedra del parque eólico.

«La isla». Los belliloises se referían a ella como si fuera un ser vivo.

—¿Y la cita de hoy estaba prevista desde hace tiempo?

No dejaba de ser extraño. La primera inspección del proyecto tenía lugar el mismo día del asesinato del hombre que había hecho posible todo aquello. Gracias, precisamente, a su muerte violenta.

—Desde hace varias semanas.

—¿Estaba previsto que Provost asistiera? ¿En calidad de benefactor generoso?

Pese a que los micrófonos y los auriculares permitían la comunicación, tenían que hablar a gritos. Dupin no quería ni imaginarse cuál debía de ser el nivel de ruido de un motor que no emitiera solo «un zumbido delicado».

—No. Estas cosas no le interesaban. Y antes de su muerte tampoco quería que se supiera…

—Disculpe un momento, señora Megret.

Era absurdo, pero a Dupin le había parecido oír el móvil. De forma muy sorda, como de fondo. Así era. Con dificultad, lo sacó del bolsillo del vaquero.

Nolwenn.

Todavía iban a volar un buen rato, así que debía responder. Se metió el móvil por la almohadilla derecha de los auriculares y se lo apretó con fuerza al oído. Aunque oía la voz de Nolwenn, no entendía

ni una sola palabra.

—Tiene que hablar más alto, Nolwenn —gritó a pleno pulmón—. ¡Mucho!

Entonces cayó en la cuenta de que nadie de su equipo sabía dónde estaba él en ese momento.

—¿Dónde está, señor comisario? —Nolwenn parecía estar gritando de verdad, pero a él le costaba entenderla—. ¿Qué es ese ruido? ¡No debería ir tan rápido en ese extraño descapotable que conduce!

—Nolwenn, estoy en un avión.

—Pues por el ruido, casi se podría decir.

—No. Estoy volando de verdad.

Aquella conversación era una de las más surrealistas de su vida. Pero no era el momento de entrar en explicaciones.

—Bueno, lo que sea. Labat lleva un rato intentando en vano contactar con usted. Ha escaneado las cartas de amenaza de Nantes. Además, entretanto hemos averiguado que la prensa las publicó tal y como fueron escritas. De hecho, hay similitudes en algunas frases. A él le parecen «muy significativas». Yo también las he leído. No sé qué decirle. Se podría…—Se interrumpió—. Señor comisario, ¿no podría detenerse en el arcén un momentito? El ruido del viento es tremendo.

—Yo a usted la entiendo perfectamente —afirmó Dupin, que seguía intentando evitar una explicación sobre lo que hacía en un avión.

—De todos modos, podría ser que el asesino actual hubiera hecho eso solo para crear una conexión falsa e inexistente. Una trampa, una distracción. Aunque tampoco se puede descartar que se trate del mismo autor.

—Que Labat me envíe esos escaneos —siguió gritando Dupin.

—Ya lo ha hecho. ¿Está usted de camino para hablar con la alcaldesa? Si es así, lleva cincuenta minutos de retraso. Claro, por eso corre de ese modo…

—La llamo luego, Nolwenn.

Dupin colgó.

—¡Ahí delante!

La voz de la alcaldesa tenía un tono alegre y entusiasta. Señaló a la

derecha, hacia un pequeño punto lejano cuyo tamaño fue en aumento poco a poco y ganando en color: el rojo. Tras él empezó a asomar también la isla de Groix.

Monette Megret sujetó el mando y el aparato empezó a bajar. De manera continuada, hasta que a Dupin le pareció que apenas había cien metros entre ellos y la superficie del mar.

—Señor comisario, acabo de conectar a Agnès y al señor Dunie.

—¡Ahí! Ahí están las otras dos boyas.

El entusiasmo en la voz del señor Dunie no era menor.

Dupin también las distinguía.

Se aproximaron a toda velocidad a la primera boya; en un instante la sobrevolarían. Agnès Griffon se inclinó hacia delante con una cámara equipada con un largo teleobjetivo.

—Así pues, instalaremos el cuarto detrás, con la misma separación —explicó con tono experto el señor Dunie. Al parecer, tanto él como Agnès Griffon ya estaban al corriente de la inesperada inyección de capital.

—Antes de despegar, he compartido la noticia con este círculo reducido —explicó la alcaldesa, que parecía haberle leído el pensamiento a Dupin—. Es preciso que ambos estén al corriente, ya que debemos instalar el cuarto anclaje muy deprisa, antes de que comience la siguiente fase de construcción. Por otra parte, ahora ya no hay razón para mantenerlo en secreto.

Solo le faltaba hacer un comentario más sobre la «suerte» que había sido el fallecimiento de Patric Provost. De hecho, a continuación Monette Megret intentó matizar lo último que había dicho.

—El señor Provost estaba de acuerdo en que tras su muerte se diera a conocer su generosidad.

Apenas habían pasado doce horas de la muerte de Provost. Y no se había tratado de una muerte natural, sino de un asesinato.

—Una generosidad que sorprenderá mucho a todo el mundo, ¿no?

Dupin tenía que recordarse una y otra vez que la exesposa de Patric Provost, de hecho, la que aún era su esposa, viajaba también en la avioneta.

—Sí, yo también lo creo —afirmó la alcaldesa.

—Estoy convencida de que a Patric no le preocupaba la gente ni el medioambiente —corroboró Agnès Griffon con su tono contenido, como correspondía a su modo de ser—. Odiaba a las personas. Consideraba que la isla era suya. Eso era. Y la quería fuerte e independiente. Se identificaba con ella.

Visto de ese modo, a Dupin la decisión de Provost le pareció razonable.

Habían sobrevolado la última boya. De pronto, el comisario se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Y ocurrió. Al instante. La alcaldesa realizó un giro brusco de ciento ochenta grados. De nuevo, el ala izquierda apuntaba en vertical hacia abajo, aunque esta vez a una altitud significativamente inferior. Durante unos segundos vieron un barco de pesca y a sus dos ocupantes, que levantaron la vista con curiosidad. Estaban tan cerca que Dupin logro distinguir incluso el cuchillo que uno de los hombres llevaba en la mano.

—Necesitamos unas cuantas fotos bonitas para el próximo boletín —explicó la alcaldesa pletórica—. Las boyas con nuestra isla al fondo.

Eso era justo lo que estaban viendo en ese instante. Dupin notó el teleobjetivo apoyado sobre sus hombros.

—Aerogeneradores V164-9,5 MW —declamó el señor Dunie—. Lo mejor de lo mejor. El 7 de octubre del año pasado firmamos los acuerdos en la sede de la Embajada de Dinamarca en París. Belle-Île dispondrá de la ingeniería y la tecnología más avanzadas del mundo. Una energía inagotable, generada por el Atlántico y sus vientos, y ni siquiera los huracanes serán un problema. El rendimiento duplica el obtenido en tierra. Son gigantescos, más altos que los faros más espectaculares de la Bretaña. ¡Ciento ochenta y cinco metros hasta el punto más alto de los rotores!

La alcaldesa tomó la palabra:

—Se trata además de unos gigantes muy estéticos, blancos por completo. Auténticas esculturas, monumentos enormes, visibles a muchos kilómetros, incluso desde tierra. Serán todo un hito, como la Torre Eiffel.

Dupin no la había creído capaz de un entusiasmo como aquel.

—Se montan en tierra y luego se transportan en unos grandes

remolcadores —añadió la señora Griffon—. Aquí el mar tiene una profundidad de setenta metros. Por eso se montan en unos pontones especiales flotantes y no fijos; para que lo fueran, el límite máximo sería una profundidad de cuarenta metros.

—¿De qué importe hablamos respecto a todo el proyecto? Es solo para hacerme una idea.

Dupin se acababa de plantear esa pregunta.

—Un total de casi doscientos treinta millones, de los cuales ochenta y tres son dinero público. Con todo, los quince millones como mínimo de Provost siguen siendo una gran contribución que no se debe subestimar.

A Dupin no se le ocurriría hacer tal cosa.

Todo indicaba que la alcaldesa no contaba con la legítima obligatoria para su prima Agnès Griffon, que reduciría sin duda el importe disponible para el proyecto. Y la señora Griffon no parecía querer añadir nada a eso. Ya durante la charla que había mantenido en el Goulou, de vez en cuando Dupin había tenido la impresión de que, en realidad, ella no quería más que el millón que pedía.

—En el mundo apenas hay unos pocos aerogeneradores flotantes de la categoría de multimegavatios —informó el señor Dunie—. Pero con ellos se podrían abastecer de manera sostenible todas las regiones costeras del planeta. Es el futuro.

—La gente puede ser infinitamente inteligente, pero suele comportarse de manera muy estúpida.

Una afirmación casi filosófica de la alcaldesa que Dupin suscribía por completo.

—Me gustaría saber dónde estuvo usted esta mañana entre las seis y las ocho, señora alcaldesa.

Por un momento, la conversación por radio quedó en silencio. La alcaldesa toqueteó unos botones.

—Un cambio brusco de tema, señor comisario. He vuelto a pasar nuestra conversación al modo privado. Pero, por supuesto, su pregunta está justificada. En este asunto yo soy la gran beneficiada.

Tras sobrevolar una segunda vez las tres boyas, la alcaldesa dejó que el avión ganara altura de nuevo y puso rumbo a Belle-Île.

—Estuve en casa. Todos los días me levanto a las seis; entre las siete y las ocho y media me preparo para los temas del día. Hoy he repasado la reunión que tendrá lugar justo después de este vuelo y la reunión con los acadianos. A las 8.35 salgo de casa y en cinco minutos estoy en el ayuntamiento. Es mi rutina matinal. Y hoy también ha sido así. Mi marido puede corroborarlo.

—¿Alguien más aparte de su marido?

—No hasta las 8.40. Luego, sí.

—¿Ha escrito algún correo electrónico entre las siete y las ocho y media de la mañana?

—No. Yo lo hago todo de modo analógico, uso cartas, archivos, papeles. A la antigua usanza.

—¿Ha llamado desde el fijo?

—Hoy no.

—¿Eso es inusual?

—No, en absoluto.

La avioneta empezó a sacudirse con fuerza. Había turbulencias.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted la presidenta de los acadianos?

—Quince años.

—Provost también era acadiano, y formaba parte de la asociación.

—Exacto.

—El capitán Zinc —un nombre fácil de recordar—, también. Y Margot Fidelin.

—Igual que otros ciento veinticuatro belliloises.

Dupin volvió a oír el móvil con claridad.

Labat.

De nuevo lo aprisionó bajo un auricular.

—Ya lo sé, Labat. He hablado con Nolwenn —gritó al aparato.

Labat respondió, pero Dupin no entendió ni una palabra.

—Tiene usted que hablar más alto, no le oigo muy bien, Labat.

—Usted… ¿una avioneta? ¿Hola? … aquí… ¿señor comisario?

¿Cómo podía saber Labat que estaba volando?

—Yo… le… apenas. Intento… vez más…

Colgó. Al momento, el móvil sonó de nuevo.

—Le llamo en unos minutos, Labat —voceó Dupin.

Acto seguido, colgó sin esperar respuesta.

La isla quedaba ahora a la izquierda. En un instante se prepararían para aterrizar.

—Dos minutos, señor comisario —oyó decir a la alcaldesa.

Dupin recobró la compostura.

—¿Los acadianos han tenido algún conflicto concreto con Provost últimamente, señora Megret?

—Como siempre, le parecía que los gastos de la asociación eran excesivos. Pero eso era motivo de discusión en todas las reuniones.

—¿Algún gasto en concreto?

—Un programa de intercambio de estudiantes. Con Quebec. La asociación prestaba apoyo económico.

—¿Y él estaba en contra?

—No, en principio no. Pero quería reducir mucho el número de estudiantes.

—¿Discutió él con alguna persona en particular sobre esta cuestión?

—No, con todos. Excepto él, todos votamos a favor de las veinte plazas previstas.

—¿Los acadianos tienen alguna relación con la iniciativa *Smart Island*?

—Los acadianos apoyamos el esfuerzo de transformación ecológica de la isla de forma incondicional, aunque no material. No brindamos apoyo financiero; de hecho, a diferencia de algunos de sus miembros, la asociación en sí carece de grandes recursos, tenemos un presupuesto normal para una entidad como esa.

—Entiendo.

De pronto, Megret inició un giro extremadamente brusco a la vez que empezaron a perder altura a gran velocidad. La conciencia de ubicación hipersensible de Dupin se puso en alerta. Se aproximaban a la pista desde el sur. El comisario vio la impresionante costa escarpada, el promontorio verde, las rocas. Y también la alargada y recortada bahía de Islonk.

—Ahora mismo estamos sobrevolando la casa de Provost —exclamó la alcaldesa.

Ya habían pasado Islonk. La Diamond Star seguía bajando. Prados,

campos y bosquecillos se alternaban a su paso. Todo se desplazaba a gran velocidad. A la izquierda, un pueblecito. Cincuenta metros hasta el suelo. Treinta. La pista de aterrizaje asomó. Los otros aviones, los dos edificios blancos, el aparcamiento e, inconfundibles, dos coches de policía con las luces azules intermitentes encendidas. Dupin vio también la furgoneta alquilada de color verde rana, el vehículo de su equipo. La avioneta tomó tierra con un buen salto, rebotó unas cuantas veces de forma alarmante y por fin se detuvo. La alcaldesa dibujó un giro de ciento ochenta grados para devolver el aparato a su emplazamiento habitual.

—¿Siempre que se ausenta un poco, su personal le recibe con esta ostentación, señor comisario?

Los tres, Labat, Le Ber y Le Menn, se precipitaron hacia la avioneta que acababa de detenerse. Dupin supo por su expresión que algo iba mal. Se apresuró a salir.

Labat fue el primero en llegar junto al comisario, que, de vuelta a tierra firme, aún estaba un poco mareado.

—Es el capitán, Albert Zinc. Lo han secuestrado, señor comisario. Su coche…

—¿Que ha sido qué? —preguntó Dupin, aunque lo había entendido —. ¿Zinc? ¿Secuestrado?

Aquello era un golpe inesperado.

—Su hermano, que vive en Burdeos, acaba de recibir una petición de rescate. ¡Adivine por qué importe! —Dupin sabía que Labat se tomaba muy serio sus conjeturas, pero entonces prosiguió—: Un millón. Como Provost, y también como en el caso de Nantes de hace tres años del millonario solitario.

—¿Cuándo ha sido visto por última vez?

Le Ber tomó la palabra:

—Tripulaba uno de los ferris, el Vindilis. Salió de Le Palais a las siete menos cuarto de la mañana y ha terminado el servicio a las dos y veinte. Entonces ha cedido el mando a otro capitán, que seguirá navegando hasta última hora del día. La tripulación da por hecho que, tal y como suele hacer, después del turno de mañana se ha marchado

directamente a su casa. Pero todo indica que no ha llegado ahí. El…

—¿Dónde y cómo ha ocurrido?

—Todavía no se sabe.

Seguían de pie delante de la avioneta.

—¿Cuándo ha recibido el hermano la petición de rescate?

—A las 16.52. Hace un cuarto de hora. Por teléfono. Una voz distorsionada. —Labat hablaba con su característico estilo entrecortado—. Que obtuviera el dinero. En dos días. Luego el secuestrador se pondría en contacto con él con las instrucciones para la entrega.

—¡Lo tenemos! —El responsable de la gendarmería de la isla se acercó a toda prisa hacia ellos con dos gendarmes a la zaga e interrumpió a Labat resollando—. ¡Hemos encontrado el coche de Zinc! Está en medio de un pequeño camino de tierra cerca de Le Skeul, al sureste de la isla.

—¿Qué estaría haciendo allí?

—Todavía no lo sabemos. Acabamos de recibir el mensaje. Dos compañeros ya están en camino. Es una zona apartada. Incluso en temporada alta, a lo sumo hay por allí un par de excursionistas. Aunque con este calor seguramente no haya ninguno.

—¿Quién ha encontrado el vehículo?

Dupin empezó a andar.

—Un apicultor que se dirigía a sus colmenas. Un Jaguar E-Pace azul oscuro, un modelo eléctrico.

El comisario se dirigió hacia su coche.

—¿Indicios de violencia?

—No a primera vista. La puerta del conductor está abierta. Es como si todo hubiera sucedido muy deprisa. En el coche no hay nada: ni objetos personales, ni móvil. Nada.

—Tiene que haber ido allí por una razón muy concreta. —Le Ber frunció el ceño—. Tal vez alguien lo llamó por teléfono. En el ferry, o después de llegar a Le Palais. Puede que alguien lo atrajera hasta ahí.

Dupin había llegado junto a su Méhari.

—Necesitamos disponer de la lista de llamadas de inmediato.

—Ya está pedida —repuso Cosqueric.

—¿Cuántos gendarmes hay disponibles en la isla?

—Ocho.

—Harán falta más.

—Hablaré con Quiberon, Auray y Vannes. Pero si está pensando en registrar todas las casas, la isla es demasiado grande para eso.

En efecto, Dupin estaba considerando una posibilidad en ese sentido.

—Además, el secuestrador podría haberlo sacado de la isla hace rato.

Cosqueric, por supuesto, tenía razón.

—Da igual. Quiero que examinemos todos los sitios de por aquí. Hablen con la gente, pregunten si han visto algo raro. Tal vez haya suerte.

No dejarían piedra sin remover. No importaba que la medida pareciera desesperada. No podían dejarlo pasar sin más.

—He enviado a dos agentes a la casa del capitán —añadió Cosqueric —. Quizá también había recibido amenazas, aunque el chantaje ahora recaiga en su hermano.

Le Menn se volvió hacia Labat.

—Un millón no es un importe extraordinario.

Labat respondió al comentario con una expresión desabrida.

Dupin se precipitó dentro del Méhari.

—¡Nos vemos allí! —Cogió automáticamente la gorra que tenía en el asiento del copiloto—. Donde el coche de Zinc.

Ya había girado la llave de contacto cuando cayó en la cuenta de que no sabía a dónde debía ir.

—Vaya usted delante —ordenó a Cosqueric.

El equipo de la gendarmería de la isla se dirigió de inmediato a sus coches patrulla Peugeot, y el de la comisaría de Concarneau, a su furgoneta de color verde rana. De nuevo, el camino discurría por la espina dorsal de la isla, la carretera D25 con su trazado prácticamente recto; de nuevo, avanzaban en convoy, atravesando prados, campos, bosquecillos, y colores y olores fabulosos. Cruzando aquel especial mosaico paisajístico, dejando atrás vacas, pacas de heno y ovejas, muchas ovejas. En el punto justo antes de entrar en Locmaria, donde a

mediodía habían doblado en dirección a la playa Des Grands Sables, giraron esta vez hacia la derecha. El paisaje allí era yermo e inhóspito. Más aún que en la planicie junto a Islonk, con una vegetación más escasa. Enseguida vio un indicador: le skeul. A Dupin le sonaba esa palabra. ¿No significaba «escalera»? ¿Acaso desde ahí se podía ascender al cielo? Sin duda, habría una leyenda al respecto. Luego asomó aquel pueblo diminuto. Pero, sobre todo, a ambos lados, el océano Atlántico en toda su majestuosa extensión. De nuevo con una apariencia distinta, en un azul diferente, un ultramar perfecto. El enorme saliente en el que se encontraban, una península fantástica, sobresalía un poco más que las agujas rocosas.

Pasada la población, el camino giraba a la derecha para desembocar en una estrecha pista de grava. Los dos coches patrulla que precedían a Dupin frenaron en seco y aparcaron junto al arcén. El comisario hizo lo mismo. Bajó del vehículo al instante, con la gorra calada en la frente. La luz era brutal; el calor, insufrible. El viento de cara durante el trayecto había sido una bendición.

Dupin vio entonces el E-Pace azul oscuro del capitán. Estaba en medio del pequeño camino, en una curva. Le recordaba a un anuncio de vehículos todoterreno: cualquier agencia de publicidad soñaría con un escenario como ese. Dupin rodeó el coche muy despacio. Le Ber se le acercó, seguido por Labat y Le Menn.

—Las dos cosas son posibles: que Zinc se detuviera aquí porque alguien o algo le impedía seguir la marcha por la carretera, o que lo hiciera por propia voluntad. Aunque, en ese caso, lo más probable es que se hubiera echado a un lado de la calzada. Como nosotros.

Dupin también creía que la primera hipótesis era la más plausible.

—Van a enviarnos doce agentes desde el continente. Vendrán en una lancha de la policía. En total seremos veinte. No está mal.

Cosqueric era rápido. Y eficaz. Una combinación maravillosa. Mientras lo escuchaba, Dupin observaba la hierba musgosa que había junto al camino polvoriento.

—Voy a reunirme con ellos en una hora —siguió Cosqueric— y trazaremos un plan de búsqueda. Además, habrá tres barcos de la policía patrullando el perímetro ampliado en torno a la isla. Todos los

capitanes de los puertos de la isla están informados. Están comprobando las embarcaciones que han zarpado desde las tres de la tarde. Las que zarpan ahora son sometidas a un control.

—Excelente.

Dupin no había pensado en los puertos.

—La policía científica está al llegar. Por cierto, no han encontrado nada de interés en el barco de Provost ni en su casa.

—Deberíamos buscar sobre todo indicios de la presencia de otro coche.

Dupin se dirigió a toda prisa al arcén opuesto.

—Y también de la llegada de alguna embarcación. —Le Ber señaló una bahía hacia la que serpenteaba el pequeño camino. Un tramo de playa con una arena de ensueño, enmarcado por unos poderosos peñascos puntiagudos—. También se lo podrían haber llevado en barco.

Dupin tenía que recordarse continuamente una cosa: allí los barcos eran más importantes que los coches. Eran el único modo de salir de la isla. Y también de ir de un punto a otro de la costa.

—La prensa ya se ha enterado de lo ocurrido. —Cosqueric señaló con la cabeza el coche de Zinc—. Era de esperar. Mientras veníamos hacia aquí he hablado por teléfono con dos periodistas. Creo que he logrado evitar que se acerquen por ahora.

—Muy bien.

Una vez más, Dupin se sintió profundamente impresionado por la autoridad de Cosqueric. Él no había visto ni a un solo periodista.

—Debo hablar con el hermano del capitán. ¿Alguien ha estado ya con él?

—Se llama Matthieu Zinc, es un neurólogo con una importante consulta privada. Primero lo visitó Cosqueric y luego, yo mismo —informó Le Ber.

Dupin se sentía extraño. No se trataba del leve mareo posterior al vuelo. Había empezado al mediodía, en las agujas de roca, donde había visto la supuesta silueta. El mundo se tambaleaba, le costaba respirar. Claire siempre decía que no bebía lo suficiente. Muy poca agua y mucho café, y por eso, sobre todo cuando hacía calor, tenía

pocos electrolitos y el sistema de refrigeración del cuerpo se sobrecargaba por completo. Además del mareo, también notó un ligero malestar y, de nuevo, una jaqueca sorda.

Se esforzó por seguir adelante:

—¿El hermano recuerda la conversación que mantuvo con el secuestrador?

—No se lo pregunté —masculló Cosqueric, frustrado—. El hombre estaba muy afectado.

Dupin se volvió de pronto hacia su inspector.

—Labat, léanos en voz alta las notas de chantaje de hace tres años.

El inspector necesitó unos instantes para situarse de modo que pudiera leer en la pantalla del móvil a pesar del reflejo del sol. Todos se agruparon en torno a él:

—«Tiene tres días para entregarnos un millón de euros. Si no satisface esta demanda, morirá. Correrá la misma suerte si contacta con la policía. Le comunicaremos dónde depositar el dinero».

Labat se interrumpió y abrió el siguiente mensaje electrónico.

—Menos de un día después llegó otra carta, enviada de nuevo desde el centro de Nantes.

—Por cierto, ¿dónde se franquearon las cartas de Provost?

Una pregunta que a Dupin ya se le había ocurrido antes.

—No se sabe. Solo encontramos las cartas, no los sobres —respondió Cosqueric.

—Continúe, Labat.

—«En cuanto disponga del dinero, llévelo en un maletín a la desembocadura del canal del Vair en el Loira. Hay un banco. Deje allí el maletín». Eso es todo. Por cierto, la mansión de ese industrial se encuentra prácticamente en el centro de Nantes.

—¿No había fecha ni hora? —quiso saber Dupin.

—Pues no.

—Por lo tanto, el autor estaría vigilándolo todo el tiempo. Sabía cuándo iría la víctima a la desembocadura con el maletín —concluyó Le Menn.

—La zona en torno a la desembocadura está desierta —añadió Cosqueric—. Es un lugar dejado de la mano de Dios. Además, para el

chantajista es fácil de abarcar con la vista.

—Y, además, podría haber ido en barco —reflexionó Le Ber—. El autor o autores.

—Lo importante es que los textos presentan similitudes sorprendentes —insistió Labat—. «Si no satisface esta demanda, morirá». Son las mismas palabras.

—Pero, a ver, ¿qué otra cosa se puede decir? —replicó Le Menn—. ¿Acaso estos textos no se parecen siempre? Por otra parte, los escritos se publicaron tal cual durante la investigación. Podría ser que ahora alguien los estuviera utilizando a propósito para despistarnos.

Eran unas objeciones muy razonables. Aun así, la aportación de Labat no se podía descartar de buenas a primeras; evidentemente, podía tratarse del mismo autor.

—Pero lo que acaba de ocurrir no encaja en el esquema. —Le Ber tampoco parecía convencido—. Un secuestro es una novedad; antes solo se trataba de chantajes, tanto en el caso del empresario de Nantes como en el de Provost. ¿Pero ahora?

—En esencia es lo mismo: el autor reclama dinero. Un millón. Puede que lo necesite con urgencia. —Labat justificó su teoría—. Como el chantaje con Provost no funcionó, ha cambiado un poco el enfoque. El procedimiento no es tan distinto. No ha pasado de repente a atracar bancos.

—Por cierto, ya se han activado los procedimientos habituales. —El jefe de la gendarmería de la isla procedía de forma sistemática—. La policía de Burdeos se ocupa de la llamada, la localización, el rastreo y demás. Un comisario de allí visitará al señor Zinc.

—Cosqueric, deme su número de teléfono.

Quería hablar con Zinc en persona.

—Se lo envío, y además le voy a traer una botella de agua. Debería beber un poco de vez en cuando. No estoy seguro de que esa erupción que tiene en la piel solo sea por el sol.

Dicho esto, Cosqueric se puso en movimiento.

—Jefe, ese tipo de erupciones son un síntoma de sobrecalentamiento grave. —Le Ber también estaba preocupado.

Aunque Dupin no había caído en la cuenta hasta entonces, también

tenía los brazos muy enrojecidos. Farfulló algo que ni él mismo comprendió. Al cabo de un minuto, descendía por el caminito que llevaba a la bahía con el móvil pegado a la oreja y una botella en la mano.

—Sí, ¿dígame?

—*Bonjour*, señor Zinc. Al habla el comisario Georges Dupin. Estamos investigando el secuestro de su hermano. Lo siento mucho. Le prometo que haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar y liberar a su hermano sano y salvo.

—Gracias.

Le temblaba la voz.

—Nos sería de gran ayuda si pudiera recordar las palabras literales que ha usado el secuestrador.

Quizá aquello no fuera de ninguna ayuda, aunque coincidiera con las cartas anteriores.

—No ha dicho gran cosa.

Dupin casi había llegado a la bahía. La arena se adentraba profundamente en ese mar de color turquesa.

—Por favor, intente recordar.

Matthieu Zinc guardó silencio un momento.

—«Escuche con atención», ha empezado así; «tenemos a su hermano. Entréguenos un millón de euros, o él morirá». Algo así.

Eso parecía un recuerdo bastante concreto.

—¿Alguna cosa más?

—«Consiga el dinero en los tres próximos días». Pagaré, señor comisario. De inmediato.

Desde luego, aparentaba estar fuera de sí.

También en Nantes habían sido tres días. Pero Le Menn tenía razón, por sí solo no significaba nada.

—¿Eso es todo?

—Sí. Luego ha colgado. ¿Cree usted que mi hermano sigue en la isla? De ser así, deberían buscar ahí.

Le costaba hablar.

—La búsqueda ya ha empezado, señor. Y contamos con apoyo del

continente. Hacemos cuanto podemos.

—Lo sé.

—¿No puede decime nada más sobre este asunto?

—En absoluto. Albert y yo nos tenemos mucho aprecio, pero por desgracia no nos vemos a menudo. Una o dos veces al año. Sé muy poco de su vida. Una lástima.

Dupin sabía qué quería decir.

—¿Hubo en el pasado algún otro intento de chantaje?

—No. Mañana por la mañana tendré el dinero, no será un problema. Y luego esperaré instrucciones. ¿Cree usted que si pago soltarán a mi hermano?

—Hace tres años se produjo un caso similar en Nantes. Entonces el autor o autores cooperaron tras el pago.

—Eso al menos resulta tranquilizador.

De hecho, el señor Zinc parecía algo más sereno.

Dupin había caminado hasta alcanzar la línea del agua.

—Mi compañero de Burdeos se pondrá en contacto con usted. Le pondrán bajo una discreta vigilancia, por supuesto, e intentaremos rastrear el número si el secuestrador establece contacto otra vez.

Todo el protocolo. Que casi nunca servía de nada.

—De acuerdo.

—Si se le ocurre alguna cosa más, póngase en contacto conmigo. Estoy a su disposición día y noche.

—Gracias, señor comisario.

—Bien, hasta pronto entonces, señor Zinc.

—*Au revoir*.

Qué extraño, hacia el sur le pareció vislumbrar tierra. Una tierra plana, apenas unos islotes. O tal vez fueran solo bancos de arena. Pero también había alguno con árboles. ¿Palmeras? Sin embargo, al sur de Belle-Île no había más tierra.

Dupin se estremeció.

Apenas unos centímetros separaban los zapatos de Dupin del agua. Sin embargo, no había peligro de mojarse, el mar estaba en calma. Ni el menor movimiento. El Atlántico indómito, capaz de embestidas letales

y asoladoras, era allí un lago tranquilo. Como si un gigante se hubiera tumbado para dar una cabezadita y ahora reposara tranquilo.

—¿Todo bien, jefe?

Le Ber apareció a su lado como salido de la nada.

—Todo bien.

—La pizarra tranquiliza, jefe. En lo más profundo del ser.

Le Ber advirtió la mirada perpleja de Dupin.

—¡Pizarra, jefe! No granito. En las islas vecinas de Houat y Hoëdic, así como en la península de Quiberon y en casi toda la Bretaña, todo es de granito. Excepto aquí. Belle-Île es un mundo hecho de pizarra de origen volcánico. Todo el macizo está hecho de pizarra descompuesta y desintegrada.

Le Ber dijo aquello como si fuera una revelación definitiva. A Dupin le sorprendió un poco, ya que su inspector solía cantar alabanzas del granito, la esencia de la Bretaña.

—La pizarra pone a prueba la solidez de las personas. Lo que no aguanta, se desprende. Es una roca que afianza, tranquiliza, restablece. A las personas a las que les gusta construir castillos en el aire les pone los pies en el suelo, las conecta con la realidad y les da ojo para lo evidente. La pizarra, por supuesto, también resulta práctica para resolver un caso complicado, jefe, sobre todo para usted.

Dupin estuvo a punto de preguntarle al respecto, pero Le Ber siguió hablando:

—Sin embargo, la pizarra también puede tranquilizar en exceso, lo cual puede ser muy peligroso. —Se interrumpió un instante—. Pero usted no me preocupa, jefe. Usted podría vivir en un planeta gigantesco hecho de la pizarra más pura y no correría peligro de volverse demasiado tranquilo.

—Le Ber…

El inspector esquivó la intervención de Dupin.

—Estamos intentando averiguar la situación financiera de las personas implicadas hasta el momento.

Se habían puesto en marcha y habían alcanzado el pedregoso camino de la costa, que ascendía empinado.

—Muy bien, ¿también la de la alcaldesa?

—Bueno, en ese caso el asunto es especialmente delicado, pero lo estamos intentando.

En ese momento era imposible lograrlo por la vía reglamentaria, ya que no había motivos suficientes de sospecha para solicitar esa información a los bancos. Sin embargo, por fortuna estaban las zonas grises, esenciales para las investigaciones.

De pronto, Le Ber se detuvo.

—Todo esto resulta muy extraño, ¿no le parece, jefe? Aquí hay algo que no encaja.

Por supuesto que había algo que no encajaba: un hombre había sido asesinado y otro secuestrado. Pero Dupin entendía lo que quería decir Le Ber.

Retomaron la marcha.

Caminar siempre le iba bien. Y también tomar un sorbo de agua de vez en cuando. Dupin había vaciado la botella de un solo trago. Al instante, empezó a sentirse algo mejor. Él nunca había sido un gran bebedor de agua; en ese sentido, era más como los bretones, uno de cuyos credos decía: *L'eau, c'est pour les vaches*. El agua, para las vacas.

Tuvo la impresión de que estaban recorriendo el borde de ese cabo dibujando una gran vuelta para luego regresar a la pequeña carretera de la que venían. A diferencia de las agujas rocosas de Monet, la costa aquí no se desplomaba de forma abrupta en el mar; el promontorio tenía una forma más o menos redondeada y se podía ver roca de pizarra desintegrada y descolorida. Allí ni siquiera crecía hierba o musgo.

Le Ber consultó la hora.

—Tiene una cita con el experto en menhires, Manuel Trotter. Treinta y tres años. Justo ahora, a las seis.

Dupin lo había olvidado por completo. Todo. La cita, al estudioso de los menhires, la hora.

—¿Quiere que lo posponga, jefe?

—Llámele y dígale que llevo retraso. Que me espere.

—Entendido.

Le Ber sacó el móvil.

—¿Hola? Al habla el inspector Le Ber, de la policía… Exacto. Solo

quería decirle que el comisario Dupin se retrasará un poco. A las siete, creo… Vale, sí… *Au revoir*.

Al instante Le Ber colgó.

—Ya está aclarado, jefe. Podrá ver a Jean y Jeanne. En concreto, a Jean. Trotter le esperará allí.

—¿Jean?

—Es el nombre de uno de los dos menhires que estudia Trotter. El otro es Jeanne. Hay una historia muy bonita sobre ambos que…

—¿Qué más sabemos sobre ese hombre, Le Ber?

Hasta ahora, Trotter era un personaje secundario.

—Ha escrito tres libros. Uno específico sobre Stonehenge, otro general sobre los monumentos megalíticos de esa época y otro sobre los yacimientos de Carnac. En mi opinión, algo que se encuentra a medio camino entre el disparate y la ciencia.

Sin duda, para Dupin aquello estaba más cerca del disparate que para Le Ber.

—De hecho, jefe —siguió el inspector—, Carnac también es una visión surrealista. Ese ejército de tres mil piedras dispuestas en alineamientos paralelos. Nadie sabe quién las erigió, ni cuándo, ni por qué. Todavía hoy es un misterio. Sin embargo, todo el mundo percibe su energía especial.

—¿Y qué escribe él sobre Carnac?

Dupin se quitó la gorra de Tahití. Desde luego, parecía como si la pizarra acumulara el calor.

—En esencia, expone una panorámica general de todas las teorías que hay sobre ese lugar.

—¿Y cuáles son?

Dupin se arrepintió al instante de haber formulado esa pregunta

—¡Mire, jefe! —Le Ber se detuvo en seco con la mirada clavada no en el mar ni en ese paisaje de ensueño, sino en las piedras desgastadas por el clima, el agua y el paso del tiempo—. ¡El encanto extático de los colores de la isla se debe en gran parte a los líquenes! De hecho, esos colores disparatados en las rocas que se aprecian en los cuadros de Monet o Matisse son absolutamente realistas. ¡Son líquenes! ¡Fíjese bien! Ellos son el secreto.

Le Ber señaló varios puntos. En efecto, allí estaban.

—Naranja, rojo, amarillo, blanco, azul y verde, en todos sus tonos. ¡Están todos! Y también el rosa palo. Una rareza entre los líquenes. Y luego, ¡mire los cuadros de Monet! Rosa palo, yo solo digo eso.

Los líquenes parecían manchas amorfas de pintura aplicadas al tuntún, como si llevaran un barniz con textura de costra, porosa. De todas las formas y tamaños. Dupin ya había reparado en ellos en Islonk. Era una especie de grafiti de la naturaleza.

—A los líquenes no se les valora lo suficiente, jefe. Se les subestima de manera sistemática. Surgen como una combinación única de mar y tierra, de algas y hongos. ¡Es una simbiosis perfecta! Y, por cierto, eso es justamente Belle-Île: una simbiosis perfecta de mar y de tierra. En la Bretaña existen más de dos mil especies de líquenes, más que en ningún otro lugar del mundo.

Dupin no esperaba otra cosa.

—Estos de aquí —Le Ber señaló una piedra suelta de color naranja — probablemente vieron pasar a Julio César y a su flota durante la batalla naval contra los galos. Los líquenes pueden llegar a vivir hasta cuatro mil setecientos años…

—¡Le Ber!

—Tiene razón, jefe, volviendo a las teorías del menhir, yo…

—Mejor será que me cuente algo más sobre la alcaldesa.

Ya había superado el nivel de fantasía que podía soportar.

—De acuerdo. Como he dicho, Monette Megret es una persona muy respetada. Es muy inteligente… y muy atractiva —añadió tras una pequeña pausa—. Está siempre en acción. Se encarga de muchísimas cosas. Incluso del futuro. —Una gran declaración, pero por lo que Dupin había descubierto hasta ahora, no era exagerada—. Más de un alcalde debería tomar ejemplo de ella, sobre todo los de las grandes ciudades. ¡Belle-Île les lleva ventaja a todas!

Le Ber, el orgulloso bellilois.

—Megret ha obtenido más de doscientos millones de euros para su proyecto —siguió el inspector—. Más los millones de Patric Provost.

Desde luego, era impresionante.

—Es uno de los proyectos energéticos más ambiciosos del mundo —

remató Le Ber.

—¿La señora Megret está casada?

—Con un profesor de la Universidad de Vannes.

—¿Hijos?

—No.

—¿De verdad cree usted que Provost le dejó todo su patrimonio por propia iniciativa?

Le Ber vaciló.

—¿Está insinuando que, de algún modo, ella le obligó?

Dupin se esperaba cualquier cosa.

—Considerando lo que hemos averiguado hasta el momento sobre él y su vida, y sobre todo lo que sabemos de su carácter, su decisión no me parece tan descabellada, jefe. Tiene sentido. No estaba dispuesto de ningún modo a dejarlo todo en manos de una persona, de un ser humano. Sin duda, la independencia absoluta era uno de sus principios vitales, como la avaricia. Y también —añadió Le Ber sin abandonar el plano objetivo— el placer de sabotear las vidas y los sueños de los demás. Además, era bellilois hasta la médula. No le gustaba el continente. Como a la mayoría de la gente de aquí.

Le Ber tenía razón.

—¿Monette Megret podría hacer carrera en otro lugar?

—Desde luego, pero ¿por qué iba a abandonar Belle-Île?

Sonó como si dijera: «¿A qué viene esa pregunta? ¿Cómo se le ocurre algo así?».

—Es de aquí. Su familia habita la isla desde 1772. Son acadianos.

—Ella es su presidenta.

—Veo que le da vueltas a ese tema, jefe. ¿Acaso sospecha algo sobre los acadianos? ¿Le parece que la asociación, o uno de ellos, juega un papel importante en todo esto?

—Provost, el capitán, la señora Fidelin, Megret… Todos forman parte de esa asociación.

—Igual que otros ciento veinticuatro belliloises.

Esa había sido exactamente la réplica de la alcaldesa.

—Es posible que los miembros del club tengan una idea aproximada del patrimonio de los demás. En una isla tan pequeña.

—Si quiere, hablaré un poco más detenidamente con mi vecino, jefe, él pertenece a la asociación. Es un hombre de lo más íntegro. Tal vez me cuente algo de interés.

Habían alcanzado al punto más extremo del cabo. Allí acababa el «continente», aquel era su punto más meridional y, a la vez, casi el más oriental.

—Hágalo, Le Ber.

Dupin dejó vagar la mirada sobre el mar, que entonces había adquirido un sublime tono azul tinta. A pesar del sol, que durante el día había evaporado millones y millones de litros de Atlántico, el ambiente estaba despejado. Si alguien salía al mar en barco y seguía el recorrido de la mirada de Dupin hacia el sur a través del golfo de Vizcaya, acabaría entrando en el puerto de Bilbao. Eso, siempre y cuando la isla no hubiera vuelto a dar un salto en el espacio, en cuyo caso bien podría ser el puerto de Saint-Tropez, Bastia, Cardiff, Donegal o Arrecife. Por su atmósfera, cualquiera de esos lugares encajaría a la perfección.

Había algo que intrigaba a Dupin todo el tiempo y que era difícil de explicar: el azul en la isla parecía tener una luz propia. Era como si emanara de miríadas de soles azules diminutos, suspendidos en el aire y etéreos, que llenaban la atmósfera de Belle-Île.

—Ahora que hablamos de mi vecino, jefe. Eso me lleva a la pregunta de cómo nos organizamos para esta noche.

—¿Esta noche?

—¿Dónde quiere dormir, jefe? Labat y Le Menn se quedarán en mi casa. Usted también tiene una habitación si lo desea. La casa es grande.

Dupin se detuvo sin querer. Aún no había pensado en esa cuestión.

—¿O acaso prefiere regresar a Concarneau por la noche y volver mañana por la mañana? Goulch puede ir a buscarle y traerle. Será difícil encontrar una habitación en un hotel con tan poca antelación y en temporada alta. A fin de cuentas, la capacidad turística de Belle-Île no es grande.

—De hecho, sí. Quiero decir que mi intención era regresar.

Lo había dado por sentado.

—Eso significará dos travesías más en barco, jefe.

—Mmm.

Dupin se quedó parado un instante.

¡Qué fastidio! En su interior se debatían dos grandes aversiones: dos travesías en barco realmente evitables, o una noche con los compañeros de trabajo en un alojamiento compartido, algo que Dupin detestaba y que no se debía a ninguna animadversión personal hacia ellos. ¿Qué era peor? La primera y última vez que pasaron la noche juntos fue ocho años atrás, en un caso en las islas Glénan. Entonces se había jurado que aquella sería la única vez. Aun así…

Reemprendió la marcha.

—Es cierto que hoy se nos puede hacer muy tarde. —Dupin trataba de encontrar un argumento—. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir durante un caso. Incluso de noche. Especialmente de noche. De ser así, yo no estaría ahí. Y la gendarmería va a proseguir con su actuación en la isla hasta entrada la noche, al menos hasta última hora del día.

—Así es, jefe. Goulch le podría recoger —repitió Le Ber—. Ya sabe lo rápida que es la Bir, el trayecto no dura mucho.

—Pues adelante, Le Ber. Quiero decir, que le agradezco mucho su oferta. La habitación.

Dupin suspiró de forma audible.

—Muy bien. —Le Ber estaba claramente satisfecho—. Y vamos a tener que pensar también en comer. Ninguno de nosotros ha comido nada desde el desayuno. No resistiremos mucho tiempo más así.

De hecho, el comisario ni siquiera había desayunado, no había podido ni comerse su cruasán en el Amiral.

—Me he tomado la libertad de reservar una mesa para las ocho y media. Hemos tenido mucha suerte de conseguir una en tan poco tiempo en temporada alta.

Le Ber casi hablaba como Nolwenn.

—A esa hora se supone que usted ya habrá terminado con Trotter. Luego cenaremos juntos y nos ponemos al día.

Desde luego, eran unas perspectivas magníficas.

—De acuerdo.

Hasta ahí, las cuestiones logísticas. Desde hacía un rato había una

cuestión que vagaba por la mente de Dupin:

—¿No le parece una coincidencia curiosa que Agnès Griffon estuviera en el vuelo?

—Las dos trabajan juntas. Y el proyecto forma parte del trabajo de la señora Griffon en la isla. Tenía que estar presente, jefe.

—Y además son primas.

La frase de Dupin quedó suspendida de forma imprecisa en el aire. Lo intentó de nuevo:

—Agnès Griffon, además de ser aún la esposa de Provost, es prima de la alcaldesa y una colaboradora suya. Y ambas son las únicas beneficiadas de la muerte de Provost. Las dos van a recibir grandes sumas de dinero. Y, si no me equivoco, el beneficio va más allá de lo económico: con el parque energético, las dos se harán un nombre.

—El proyecto se habría realizado de todos modos, aunque fuera solo con tres aerogeneradores. Además, ¿qué hay del secuestro del capitán? ¿Por qué harían tal cosa?

Siguió un silencio prolongado.

Dupin no se sentía en forma, y había empeorado desde que hablaron de comida.

—Ya sabe cómo es la Bretaña, jefe.

Dupin tenía que estar atento cuando Le Ber empezaba algo con esas palabras, porque podía significar también que estaba pasando por alto aspectos fundamentales del contexto bretón.

—Las relaciones interpersonales son estrechas y múltiples. Todo el mundo se conoce. Hay vínculos de amistad, o familiares, y se persiguen muchos intereses distintos. Es así.

Esa descripción podría aplicarse también a la Camorra.

—Por otra parte —siguió—, Griffon no es una colaboradora de la alcaldesa, es la responsable de las infraestructuras de suministros de la isla. No solo de Bangor. Piense además cuánta gente se beneficia de la muerte de Provost. No directamente gracias a la herencia, pero sí de forma tangible en sus respectivas vidas. Incluso de manera material. De hecho, visto así, todo el mundo. Incluso el capitán tenía un conflicto con Provost. Él quería ampliar su casa para poder alquilar una parte a los veraneantes. Aunque, ciertamente, en su caso no era

algo perentorio. La casa le pertenece, pero Provost sostenía que se trata de un edificio histórico protegido por la ley. Provost presentó una denuncia ante el ayuntamiento, por pura mala fe. Ahora ese asunto está siendo analizado en profundidad.

—¿La alcaldesa estuvo involucrada en eso?

—Supongo que sí.

Sin duda, Monette Megret no habría querido perder el favor de Provost.

—Jefe, yo solo digo que en este caso hay toda una serie de motivos candentes, muy personales y con una gran carga emocional. Por otra parte, no debemos descartar por completo que la autoría del crimen provenga del continente.

A Le Ber no parecía gustarle que las sospechas hasta ahora recayeran exclusivamente en un bellilois.

—Tiene razón.

Habían llegado al final de la pequeña ruta circular. Frente a ellos asomaron el camino de grava, el coche del capitán y los compañeros policías. El grupo había aumentado; supuso que se les había unido la policía científica.

—Me marcho, Le Ber.

—Le enviaré la dirección del restaurante.

—De acuerdo.

Dupin se caló la gorra en la frente y se encaminó hacia el Méhari.

Aquella era la sexta vez en ese día que Dupin circulaba por la carretera, larga y casi recta, que recorría la espina dorsal de la isla, en esta ocasión pasando junto a la salida del aeropuerto, así como de Islonk y en dirección hacia Kerlédan. A mitad de trayecto se topó con un control policial: unos gendarmes meticulosos escudriñaban a los conductores, les preguntaban su destino e inspeccionaban los vehículos, maleteros incluidos. Dupin solo logró convencer a sus colegas de que pertenecía al cuerpo de la policía cuando mostró su placa: el vehículo de recreo descapotable de color naranja y la gorra de un rojo intenso con el logo de Tahití no contribuían precisamente a transmitir autoridad. Luego tuvo que llamar a Le Ber por teléfono tres

veces para localizar los menhires, ya que había dado por hecho que estarían señalizados. Pero, como tantas veces, la Bretaña escondía sus atractivos de manera sistemática o, lo que es lo mismo, tenía un número tan grande de lugares de interés que no necesitaba destacar ninguno en particular. Además, al tratarse de dos menhires tan legendarios, Dupin contaba con encontrarse con un escenario espectacular o, en su defecto, místico.

Jean se alzaba a poco menos de tres metros de distancia del cruce de la D25, en un arcén de hierba recién cortada. Tras él se extendía un campo anodino; rastrojos segados, chamuscados y de color amarillo parduzco; pacas de paja, esos triviales y a la vez magníficos monumentos estivales, grandes coronas distribuidas en separaciones insondables. Si uno no sabía lo que eran, podía llegar a considerarlas señales de extraterrestres, equiparables casi a los círculos de cultivo conocidos como agroglifos. Por supuesto, vistas desde el cielo, en su disposición podrían adivinarse incluso secuencias misteriosas.

Pero, por banal que resultara el emplazamiento, Jean no lo era en absoluto.

Era descomunal. Dupin calculó que mediría unos cuatro metros de altura y su formidable presencia y aureola compensaba la falta de un telón de fondo apropiado. Era de una piedra de color claro erosionada por el clima, con una superficie semejante a la corteza de un árbol centenario. Daba la desconcertante impresión de brotar de la tierra. Algo que sin duda en Belle-Île podría ser posible. De lejos se podía confundir con un tocón desgastado y antiguo.

Dupin aparcó el vehículo junto a la carretera.

Manuel Trotter, el estudioso de los menhires, tenía la apariencia que Dupin había imaginado. Resultaba casi insólito hasta qué punto en este caso la fantasía, que, debía admitirlo, estaba fundamentada en tópicos, se correspondía con la realidad. Trotter era la viva imagen de un trampero: pelo fino hasta los hombros, raya en medio, barba poco crecida, camisa de lino suelta y descolorida, pantalones de tela oscuros y anchos y un calzado interesante, a caballo entre la sandalia y la zapatilla *outdoor* de alta tecnología. Lucía además una desgastada gorra de tela de color claro.

—*Bonjour*, señor Trotter.

Trotter se encontraba justo al lado del menhir. No llegaba ni a la mitad de la piedra, aunque Dupin le calculó por lo menos un metro ochenta y cinco de altura. En torno al menhir había instalado tres trípodes con unas grandes cámaras de aspecto profesional.

El experto no había reparado en la presencia de Dupin; la alineación exacta de una de las cámaras parecía exigir toda su atención. Volvió la cabeza hacia el comisario con gesto vacilante y sin moverse de su sitio.

—*Bonjour*.

Al momento volvía a estar ocupado ajustando la cámara.

—Tengo unas preguntas para usted. —Dupin hizo una breve pausa —. En primer lugar, ¿dónde estaba usted esta mañana entre las cinco y las ocho?

—Aquí. Con los menhires. El sol ha salido a las 6.57 y se pondrá las 21.37. —No apartó el ojo del visor—. Estos días los fotografío al amanecer y al atardecer. Desde una hora antes hasta una hora después. Por lo tanto, a las cinco y media ya estaba aquí. Mi intención es comprobar la alineación astronómica y astrológica exacta de los menhires.

—¿Ha estado solo?

—Sí. —Y en voz más baja añadió—: Como siempre.

—¿Alguien lo ha visto llegar o marcharse?

—No creo. Yo, por lo menos, no he visto a nadie. Tal vez algún conductor. Pero a esas horas no hay mucho movimiento.

—¿Alguien de Islonk lo vio a usted?

—Creo que no.

—¿Ha estado con los menhires todo el día?

—Entre la una y las cinco de la tarde he estado en casa. Hoy me voy a quedar por aquí hasta tarde.

Trotter mostraba buena predisposición a responder.

—Y durante su descanso, ¿alguien lo ha visto allí?

—No he coincidido con nadie.

Dupin rodeó despacio el menhir. Cuanto más rato y más de cerca lo miraba, más increíble le parecía. Daba a impresión de que iba

adquiriendo vida, a la vez que empezaba a revelar una figura. Era como si aumentara su tamaño en masa, en superficie. Crecía. Se convertía en un gigante viviente.

Dupin volvió a clavar la mirada en Trotter.

—Su vecino, el capitán Albert Zinc, ha sido secuestrado a primera hora de la tarde de hoy. El secuestrador pide un rescate de un millón de euros.

Por primera vez, Trotter dirigió toda su atención a Dupin. Su expresión era difícil de interpretar.

—La situación se está agravando.

—¿Qué quiere decir?

—Es solo una sensación. Son… acontecimientos violentos. —Tenía una mirada extraña y penetrante.

—En efecto, extraordinariamente violentos. ¿Cuándo vio usted a Patric Provost por última vez?

—Anteayer. Llegamos por casualidad a la aldea a la misma hora, en torno a las seis de la tarde.

—¿Habló con él?

—Nos saludamos de lejos. Nuestras casas están bastante separadas entre sí.

Trotter se volvió a inclinar sobre la cámara.

—Dígame, ¿cuándo vio por última vez al perro de Provost?

Dupin se atrevió entonces por fin a echar otro vistazo a Jean.

—Suelo oírlo por la noche, cuando me siento en el jardín. No le sabría decir. ¿Quizá anteanoche? Anoche no.

Dupin se sorprendió.

—¿No podría ser más atrás? ¿Tal vez hace una semana? ¿Diez días?

—El sábado pasado y este lunes estuve hasta bien entrada la noche en el pequeño jardín de detrás de casa. Entonces lo oí. Fue uno de esos dos días, creo.

Dupin acababa de dar una vuelta completa en torno al menhir. Se había percatado de algo sorprendente: en realidad, la piedra era rectangular, pero al rodearla los bordes se difuminaban. Ella sola se redondeaba.

—¿Está usted seguro?

—No estuve demasiado atento, claro. Yo… —Trasteó en la cámara —. Se le oye a menudo. Debe de oler alguna cosa y sale como una flecha hacia lo alto del prado. Hacia las ovejas.

—Y los días anteriores, ¿no salió un rato al jardín por la noche?

Trotter se quedó un momento en silencio.

—Sí, claro. Sí. Este bochorno comenzó la semana anterior, en efecto.

¡Qué curioso! Dupin cayó entonces en la cuenta: junto a los menhires, el calor resultaba menos sofocante.

—Así pues, ¿eso también podría haber sido hace más tiempo?

—Mmm. Puede que haga más tiempo. Pero, la verdad, no lo creo.

La conversación se estaba poniendo difícil.

—¿Tiene alguna idea sobre lo ocurrido? —Dupin inició una segunda vuelta alrededor del menhir—. ¿Sobre quién podría haber chantajeado a Provost y secuestrado al capitán?

—En absoluto. De hecho, casi no conozco a nadie de por aquí.

—¿Ha notado algo desde que vive aquí que le parezca extraño a la luz de lo ocurrido? ¿Alguna cosa?

—No. Solo llevo dos semanas aquí. Y hago una vida muy apartada. Tengo que terminar el libro a finales de septiembre.

Se dirigió hacia el trípode situado al otro lado del menhir. No miró a Dupin, que lo había seguido con atención.

—¿Cómo alquiló la casa de Islonk, la de Provost?

—Por casualidad. Un anuncio en el periódico. La casa está en bastante mal estado, pero es barata. Yo no tengo grandes exigencias. Por otra parte, en agosto solo quedaban dos casas libres en la isla.

Inició el mismo procedimiento que con la primera cámara: unos ajustes complejos.

—Se han vuelto a aproximar. En concreto: 1,7 centímetros. Y en un solo año.

—¿Cómo?

—Jean y Jeanne. Hace cincuenta años, cuando se midió por primera vez de forma exacta la distancia entre ellos, estaban a doscientos cuarenta y siete metros; ahora se encuentran a doscientos treinta y nueve metros y 15,7 centímetros. Llevo diez años midiendo esta

distancia con un dispositivo láser. La velocidad aumenta, prácticamente se precipitan el uno hacia el otro.

—¿Cómo dice?

—Cuando se toquen será el fin del mundo. La gente de aquí lo sabe desde tiempos inmemoriales.

Dupin contuvo el impulso de no preguntar más al respecto. En parte, porque sabía con certeza desde hacía tiempo que el mundo acabaría. A Claire le gustaba explicarlo: el sol ya había consumido la mitad de su energía, y en apenas mil millones de años toda la vida del planeta se extinguiría, ya que, antes de su fin, el sol aumentaría su tamaño.

—¡En cuanto se toquen! —advirtió de nuevo el experto.

—Bueno, aún nos queda algo de tiempo.

Dupin lo dijo sin la menor ironía.

—Jean era hijo de un bardo sagrado, el más poderoso que jamás haya existido. Jeanne era una pobre pastora. Las leyes espirituales prohibían una relación entre ellos, ya que un bardo debía permanecer dentro del círculo de lo numinoso. Pese a todo, se enamoraron, y cada noche se encontraban en secreto para entregarse a su amor. Así las cosas, el Consejo de los Druidas ordenó a las brujas de Borgroix que los convirtieran en piedras y que estuvieran alejadas entre sí. Por eso están aquí. Sin embargo, algunas noches de luna llena, un hada viene y, conmovida por el dolor de los amantes, los hace revivir por un breve instante, permitiendo que se acerquen un poco cada vez. Aunque sus intenciones son buenas, eso significa el fin.

Trotter había contado la leyenda sin el típico apasionamiento bretón. Pero aquella historia era una de las muchas fábulas fantásticas que abundaban en la Bretaña, tantas como estrellas en el firmamento.

Para entones, Dupin había terminado de dar la segunda vuelta alrededor del menhir. Se volvió hacia el hombre.

—Nadie puede corroborar su declaración, señor Trotter. Por desgracia, carece de coartada.

Acababa de darse cuenta. Era así. Y más grave aún, de hecho: los demás vecinos sí tenían una. La única un tanto endeble era la de la alcaldesa, porque nadie, excepto su marido, la podía confirmar.

—¿Está usted…?

El teléfono de Dupin interrumpió a Trotter.

Cosqueric.

—Discúlpeme. —Dupin dio unos pasos hacia el prado de hierba segada.

—¿Sí?

—Ya sabemos por qué Zinc ha ido a Le Skeul. Su mejor amigo vive allí. En realidad, cerca de allí. Un granjero. Es un lugar bastante apartado, solo hay una casa. Él y Zinc habían quedado, pero el capitán no ha aparecido. Cuando el amigo ha oído en la radio hablar de lo ocurrido ha llamado de inmediato.

—Tal vez deberíamos hablar con ese granjero.

—Lo conozco personalmente, comisario. Una persona íntegra. La mujer y los hijos también estaban en la casa, uno de seis años y el otro de ocho. Me pasaré por allí.

—De acuerdo, Cosqueric.

—Por cierto, acabamos de recibir el registro de llamadas de Zinc. Del fijo y del móvil. Ninguna llamada recibida ni efectuada esta tarde a la hora en cuestión. Ninguna llamada en todo el día. La última conexión fue anoche. Llamó a su amigo de Le Skeul para verse hoy.

—Eso significa que o el autor sabía que Zinc hoy tenía una cita en Le Skeul, o que lo ha seguido. En ese caso, muy probablemente desde el ferry.

—Exacto.

—Estoy hablando con el que estudia los menhires. ¡Hasta luego, Cosqueric!

—¡Hasta luego!

Trotter, que entretanto se estaba ocupando de la tercera cámara, no pareció reparar en el regreso de Dupin.

—¿Dónde estábamos? —retomó el comisario—. Ah, sí. Señor Trotter, ¿tiene usted dificultades económicas? Eso era lo que le quería preguntar.

Por un momento, el hombre levantó la cabeza.

—Dispongo de suficiente dinero.

Se inclinó de nuevo sobre la cámara.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que heredé.

—¿Un importe considerable?

—Eso es.

Parecía muy convincente.

—Y prácticamente no lo necesito. Tanto dinero. De hecho, apenas lo necesito.

—¿Visita usted Nantes de vez en cuando?

—No.

—¿En los últimos años?

—No —negó el hombre mientras se incorporaba—. Bueno, esto ya está. Ya he terminado aquí. Ahora tengo que ir con Jeanne.

Al instante, se puso en marcha y cruzó la carretera. Parecía como si fuera a dejarlo todo allí.

Dupin lo siguió.

—¿Tenía usted trato frecuente con Patric Provost?

—No. Solo hablamos un poco cuando llegué; él me entregó las llaves y me enseñó la casa. Eso fue todo. Yo no tenía ni idea de que estas tierras fueran suyas.

—¿Cómo dice?

—Este terreno. Los prados, el campo. El lugar donde están Jean y Jeanne.

—¿Era suyo?

Caminaban por un campo cultivado. Puerros. Puerros por todas partes. De pronto, volvió a sentir el calor.

—En efecto. Por ahí están sus ovejas. —Trotter hizo un gesto vago que, en rigor, no señalaba a ningún lugar concreto—. Hace un rato andaban por aquí, pastando en torno a Jeanne. Y no solo pastando. Hace años que escribo al ayuntamiento y a la alcaldesa. Hay que hacer algo por estos menhires. Se deben proteger. Como en Carnac. Por lo menos, que los turistas no puedan tocarlos. Todo el mundo quiere tocarlos. Es normal.

A Dupin ese hecho ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Así que sus menhires se encuentran en un terreno de Provost. Interesante.

—No son mis menhires.

—¿Y las ovejas de Provost pastan por aquí?

—Junto a Jeanne. Muy a menudo.

—¿Hace un momento andaba por la zona un pastor?

—Tenom.

—¿El señor Burlot y usted se conocen?

—Sí.

—¿Se conocen bien?

—No. Pero cuando está por aquí, de vez en cuando hablamos.

—Tenom Burlot acaba de estar por aquí —repitió Dupin muy despacio para sí mismo.

—Así es.

—¿Cuándo ha llegado?

—De hecho, solo ha pasado por aquí. Hará una media hora.

Dupin frunció el ceño. Puede que eso no significara nada. O tal vez sí. Ese caso le estaba volviendo loco, le hacía perder la cabeza, ya de por sí asada por el sol. La maquinaria de pensar no le funcionaba. Se le había estropeado a causa del calor. De pronto sintió un sudor frío y una inquietud casi insoportable. Volvió a tener una sensación de mareo. Y la cabeza empezó a dolerle de nuevo.

—¿Y dice usted que ha escrito a la señora Megret, la alcaldesa de Bangor, para que tomara medidas para proteger los menhires?

Dupin se lo había repetido más para sí mismo que para Trotter.

—Eso es.

Del campo de puerros habían pasado a adentrarse en un matorral denso y espinoso que les llegaba a la cintura. Sentía las púas a través de la tela de los vaqueros.

—¿Ella le respondió?

—Me dijo que era un terreno privado y que no se podía obligar al dueño a tomar esas medidas, pero que iba transmitir la sugerencia. En resumen, nada.

—¿Ve usted algún peligro inmediato para ambos menhires?

El propio Dupin se sorprendió de su pregunta.

—A largo plazo, desde luego. Lo cierto es que forman parte de la constelación sagrada de Carnac. Es más, constituyen su cabecera. Son

los que abren el campo de energía, desgarrándolo. Justo por encima de la línea de una fosa atlántica. Mi libro va a tratar sobre eso.

Algo en la voz de Trotter había cambiado. ¿O era solo la percepción de Dupin? Notó que el corazón se le aceleraba.

—¿Provost intentó disuadirle de algo? ¿De que llevara a cabo sus estudios aquí o de alguna otra cosa?

—¿Cómo lo iba a hacer? Por otra parte, esto no va de mí, va de los menhires. Es de ellos de los que hay que ocuparse.

Jeanne asomó. Habían llegado a un prado, sin segar, como salido de un libro ilustrado. Hierbas hasta la altura de la rodilla, flores silvestres. Dupin dudó y al fin se armó de valor para preguntar: —¿De qué van esas teorías sobre los menhires aquí y en Carnac?

El estudioso no se mostró sorprendido por la pregunta.

—Vistos desde el aire forman unas figuras geométricas. —Trotter hablaba de manera sensata y ponderada—. En concreto, unos triángulos exactos, siempre con la misma proporción de los lados, 5 por 12 por 13. Son de la enigmática época comprendida entre los años 4500 y 2300 antes de Cristo. Un tiempo en que los pescadores aún se hacían a la mar con embarcaciones de mimbre. Para erigir unas superficies tan extensas, precisas y elaboradas se requieren conocimientos superiores en matemáticas, así como técnicas de medición avanzadas. Y con eso queda todo dicho por mi parte. —Hizo una pausa breve—. Quienes sostienen la hipótesis de los antiguos astronautas consideran Carnac una obra de alienígenas.

No quedaba clara la opinión que eso le merecía a Trotter, pero Dupin prefirió no preguntar.

—La mayoría considera los alineamientos de piedras lugares religiosos destinados al culto mortuorio prehistórico de agricultores y pescadores que habitaban la orilla atlántica de Europa, como hoy en día lo hacemos nosotros, los celtas. Algunos creen que son las ruinas de un complejo de templos arcaicos. Otros ven en ellos los restos de una muralla que resguardaba a la población de peligros reales, y también de los derivados del culto y el ocultismo. E incluso de las criaturas que surgían de las profundidades insondables y oscuras del Atlántico.

Esas imágenes dramáticas contrastaban mucho con el porte tranquilo de Trotter.

—Los ancianos bretones de la región de Carnac —continuó el estudioso— cuentan además la historia de san Cornelio, que en el año 253 después de Cristo fue obligado en Roma a realizar un sacrificio a Marte, el dios de la guerra. Como cristiano creyente que era, se negó y huyó a la Bretaña. Lo persiguió un ejército romano por orden del emperador. Cornelio rogó a Dios que lo ayudara. Y Él convirtió a los soldados en piedras.

—¿Y cuál es su teoría? —Dupin, pese a todo, hizo la pregunta.

—Creo que más bien pensaban y sentían a partir de una concepción holística del hombre y la tierra, igual que los druidas. En definitiva, creían en el poder de la naturaleza y de la vida. Antes de que lo que hoy en día se conoce como entendimiento volviera ciego y sordo al ser humano. Aquí imperan unos campos de energía fabulosos. En esa época la gente era capaz de sentirlos, y señalizaron los campos de energía que desatan lo peor de las personas.

—¿Y que las llevan a cometer un asesinato?

—Purificaciones. Transiciones. Impulsos. Avances.

Eso era brutal.

—Aquí emergen energías tremendas, capaces de provocar cosas nunca vistas. Son energías universales, cósmicas. Decenas de miles de personas se sienten atraídas cada año hacia Carnac. Por cierto, hay que decir que los animales evitan ese sitio; allí no encontrará pájaros, ni siquiera insectos. Nada.

Entretanto, habían llegado junto a Jeanne. A su alrededor crecían hierbas altas de color intenso. También allí Trotter colocó tres trípodes con tres cámaras idénticas. Era extraño: vista de manera objetiva, Jeanne, cómo no, se parecía a su amante, Jean: era una piedra vertical surgida de la tierra. Se elevaba sobre un plano algo inclinado, alzándose un poco más puntiaguda y con un tamaño menor que Jean. Sin embargo, era la misma piedra; al menos, la misma piedra primigenia. Similares en grado de erosión y forma, iguales en su carácter orgánico. En cambio, su efecto era completamente distinto: Jean sobresalía; Jeanne se integraba en el paisaje. Jean era una señal

temeraria, destacaba en su entorno; Jeanne procuraba armonizar en él. De todos modos, también ella parecía mantener el calor alejado. Dupin incluso notó una brisa ligera.

—¿Siente la energía? —Por suerte, Trotter no esperó una respuesta —. Lo fundamental es que Jean y Jeanne son parte de un todo. —Se dirigió hacia la primera cámara—. Combinados con los menhires principales de Carnac, forman los mismos triángulos con las mismas proporciones de lados. —También esta vez se puso manos a la obra con el ajuste de las cámaras—. Aquí empieza el campo de energía. Aquí, en la isla. Con Jean y Jeanne. Son los que abren el espacio. Una nueva dimensión. Curvatura negativa.

De forma desconcertante, las frases de Trotter enlazaban con la idea fantástica de Le Ber cuando afirmaba que la isla vagaba por el espacio. Dupin sintió la imperiosa necesidad de poner fin a esa conversación: —Cuando conoció a Patric Provost, ¿le planteó su preocupación por Jean y Jeanne? ¿La necesidad de que debían protegerse?

—Entonces no sabía que era su terreno.

—Y él no sabía que usted había enviado esas cartas a la alcaldesa.

—No.

—De acuerdo, señor. Gracias por su ayuda.

Dupin miró la hora. Las ocho. Llegaría a tiempo. A donde fuera que había una mesa reservada. Se alegró. En ese momento volvía a sentirse mejor.

—Esta será una puesta de sol espectacular —musitó Trotter, mirando el cielo.

Dupin se caló aún más la gorra en la frente y se dio la vuelta para marcharse.

—Que tenga una buena tarde.

—Igualmente.

Dupin se dirigió hacia la carretera. Al poco vislumbró el naranja intenso de su vehículo. Con cada paso que lo alejaba de Jeanne, más calor sentía. Volvió su malestar, su desasosiego. Una sensación espantosa.

Nolwenn respondió de inmediato.

—*Bonsoir*, señor comisario, usted…

—Nolwenn, hágame un favor —Dupin tenía prisa—. Investigue a fondo a Manuel Trotter. A ver qué encuentra.

—¿Le interesa alguna cosa en concreto?

Nolwenn, como siempre, ya estaba centrada en el asunto.

—No —se interrumpió. Le costaba concentrarse—. Acabo de hablar con él. Ha mencionado una herencia cuantiosa. Tal vez…

Tuvo que frenar en seco; había tomado la curva con demasiada rapidez.

—¿Señor comisario?

—Ningún problema. Trotter ha hablado de una herencia, tal vez pueda encontrar algo al respecto. O algo que le relacione con Nantes.

Desde luego, lo de Nantes era más bien un tiro a ciegas, pero de momento no podían sino intentarlo todo.

La gorra había salido despedida de su cabeza y ahora yacía en el suelo del asiento del copiloto junto con la botella de agua.

—¿Cree que podría ser el autor? ¿En el pasado y ahora también?

—No lo sé.

La verdad.

—No se preocupe, le seguiremos de cerca. Desde luego, ¡qué descaro! Secuestrar a alguien delante de sus narices, señor comisario. Francamente…

Dupin no lo había interpretado de este modo. Era humillante que eso hubiera podido ocurrir; no habían vigilado lo suficiente.

—Pobrecito. Si el asesino hubiera recibido el dinero de Provost, tal vez no habría secuestrado a Zinc. ¿El hermano va a pagar?

—Desde luego.

—¿Eso es buena idea?

—No lo sé.

—Por cierto, pida *carré d'Agneau*, costillar de cordero salado, con guisantes frescos y menta.

Un cambio de tema desafortunado. Y, además, en el sentido hacia el que el cuerpo y la fantasía de Dupin se movían desde hacía horas. Y justo por eso resultaba insoportable. Por otra parte, por supuesto que comería cordero. Llevaban desde el mediodía hablando de las ovejas

de Belle-Île, no tenía opción.

Sin darse cuenta, volvió a pisar el acelerador a fondo.

—Le Ber me ha dicho dónde van a cenar. Primero, tartar de abadejo recién pescado, combinado con el celestial jamón de pata negra, o bien, como prefiera, la ensalada tibia de raya con verduras de la propia huerta. —Al menos, en eso podía elegir—. Tal vez…

—Le Ber ha escrito que el restaurante se encuentra justo en el puerto de Sauzon, por el lado oeste.

Dupin quería asegurarse.

—El Restaurant du Phare, exacto. Al final del muelle interior. No tiene pérdida. Las mesas están dispuestas en torno al pequeño faro. No hay un lugar más bello.

—Yo…

Dupin casi tuvo que frenar en seco, otra vez circulaba demasiado rápido. No se sentía bien. Tenía el azúcar por los suelos.

—Conduzca con cuidado, señor comisario.

El coche había dejado oír un chirrido intenso; no estaba pensado para ese estilo de conducción.

—Todo va bien, Nolwenn.

—Si usted lo dice….

Ahora tenía que desviarse hacia la derecha. El letrero de la carretera indicaba sauzon.

El camino descendía ligeramente, describiendo unas curvas suaves desde lo alto de la isla hasta la costa. Dupin lo veía todo como a través de un velo. A la derecha se topó con una ría prolongada que se adentraba en la tierra. A mano izquierda empezaba la pequeña ciudad.

—Bien, señor comisario, será mejor que se concentre en el camino. *Ken emberr*! Y *Debrit ervat*!

Esa expresión la conocía: ¡Buen provecho!

—Gracias. Hasta luego, Nolwenn.

Al momento ella había colgado. Con las curvas de aquella localidad y, sobre todo, con un sistema de dirección tan rígido, necesitaba tener las dos manos en el volante.

Tuvo suerte y encontró aparcamiento junto al muelle. Al cabo de unos minutos, Dupin se dirigía a la terraza del Restaurant du Phare.

—Aquí, jefe.

Dupin volvió la vista a un lado. Le Ber lo saludaba.

Le Menn, Labat, Cosqueric y él estaban sentados en la última mesa de la punta del muelle, que se extendía hacia el interior de la dársena del puerto, justo debajo del reluciente faro blanco de unos cinco o seis metros de altura. En la parte superior, el faro tenía una balaustrada verde de hierro forjado. La hermosa cúpula y los barrotes verticales en torno al cristal de trescientos sesenta grados eran del mismo color.

Dupin apenas había tomado asiento cuando llevó la mano hacia la cesta de pan, que ya había sido saqueada. Estaba aliviado por haber llegado hasta allí, por un momento dudó de lograrlo. Le pareció ver estrellas. Se comió sin más los dos primeros trozos de baguete; con el tercero por fin se tomó el tiempo para pensar en la mantequilla. *Beurre au Piment d'Espelette*. Mantequilla al pimiento de Espelette.

—Nosotros también nos hemos abalanzado sobre la baguete —comentó Le Ber en tono comprensivo.

Dupin miró a su alrededor para llamar a un camarero.

—Enseguida vendrá alguien, jefe.

—La verdad, eso espero —apuntó Labat, extrañamente inquieto. Tenía las pupilas dilatadas. También tendría el azúcar por los suelos.

—La búsqueda por la isla va según lo previsto, comisario —comenzó a decir el jefe de la gendarmería de la isla—. Hay controles de carretera en varios puntos estratégicos importantes, y tenemos cuatro equipos trabajando desde el noroeste y el sureste en dirección hacia el centro de la isla. Bangor y sus alrededores será el último lugar. Los agentes están hablando con el mayor número posible de habitantes.

—Una aguja en un pajar —comentó Le Menn con sequedad, pero sin sarcasmo.

—Hasta ahora no ha habido noticias de incidentes ni personas sospechosas en los puertos de la isla, ni en los de las dos islas vecinas —siguió diciendo el comandante—. Lo mismo puede decirse de los puertos cercanos en el continente. Pero, por supuesto, no podemos registrar todos los barcos en todas partes.

—¿Qué tal la entrevista con Manuel Trotter, jefe?

Dupin se metió en la boca el cuarto y último trozo de baguete que quedaba y se bebió un vaso de agua casi de un trago. Ya se sentía un poco más repuesto. Resumió la conversación con el experto en menhires en pocas palabras.

—Nolwenn seguirá investigándolo —dijo para finalizar; se quitó por un momento la gorra y se pasó la mano por la frente. Si alguien había confiado en que poco a poco el ambiente refrescaría, andaba muy equivocado.

—Bien, jefe. ¿Y qué hay de Jean y Jeanne? ¿Qué me dice?

—Han seguido aproximándose: 1,7 centímetros en solo un año.

—¿Cómo?

Le Ber palideció por completo, y eso que, de hecho, antes ya estaba algo pálido.

—1,7 centímetros. Medido con un láser.

—¿Trotter lo ha medido personalmente?

La frente de Le Ber formó unas arrugas profundas. Su voz estaba rota.

—Así es.

El inspector escrutó a Dupin:

—¿Sabe usted lo que significa eso?

Una mujer de unos treinta años y repleta de energía se acercó a la mesa:

—*Bonsoir*, aquí tienen los menús. ¿Querrán un aperitivo?

—Una copa de Quincy, por favor —pidió Dupin casi sin pensar.

—Para mí también —se unió Le Ber.

—Una cerveza grande. —A Cosqueric le brillaban los ojos.

—Lo mismo —se apuntó Le Menn.

—Otra para mí —dijo Labat en último lugar.

—Y un café. —Dupin puso fin a la comanda, no sin añadir, por precaución—: Antes de la cena.

—¡Por supuesto!

La mujer desapareció con una sonrisa amable. Era sin duda una de esas camareras a las que Dupin admiraba de corazón, capaz de recordar comandas completas. Al instante, el grupo de hambrientos se sumergió en la lectura de la carta. Durante un rato reinó un silencio

reverencial.

La camarera regresó con una gran bandeja y puso las bebidas en la mesa.

—*Et voilà*! En un momento volveré para tomar nota de la…

—Ya sabemos lo que tomaremos. —La voz de Labat dejó entrever cierto pánico.

—Bien, pues adelante.

Todas las miradas se dirigieron hacia Le Menn.

—Queso de cabra a la plancha con carne de cangrejo y pera; luego, aleta de raya con alcaparras, perejil y puré casero de patatas de Belle-Île. —Era difícil seguirle, recitaba la comanda a toda velocidad—. Y, de postre, el milhojas de frambuesas y pistachos.

En la expresión de sus cuatro colegas se reflejaba una aprobación eufórica. Si Le Menn empezaba así, nadie debía reprimirse. Esa era una de las maravillosas cualidades de Le Menn: comía raciones de consideración, aunque viéndola nadie lo diría. En palabras de Nolwenn, jamás la habían pillado con una ensalada furtiva. Pero aún no había terminado: —Antes, como aperitivo, me gustaría una ración de *bulots* y *bigorneaux*.

Caracoles de mar, los pequeños y los grandes. El comentario que siguió indicó el motivo de ello.

—Los traigo al instante.

—Que sea para todos, por favor. —Le Ber se apresuró a hacer suya la idea—. Tráiganos una ración grande para todos. Y también más de esta deliciosa baguete.

—¡Aquí alguien ha venido con hambre! —rio la camarera.

Una a una, fue tomando nota de las comandas, todas ellas indicadas a una velocidad similar. En un abrir y cerrar de ojos le llegó el turno a Dupin:

—Tartar de abadejo con jamón de pata negra; a continuación, cordero de la isla con guisantes y menta, y para acompañar el tinto de Languedoc. Pero antes traiga también una copa de vino blanco.

Se había bebido la primera copa en tres tragos, mientras los demás pedían. Tuvo una idea mejor:

—O tráiganos ya una botella.

—Y a mí, otra cerveza —se adelantó Cosqueric.

—Otra también para mí —se apuntó Le Menn.

—Perfecto.

La camarera se alejó con paso alegre.

El silencio impaciente solo se disipó cuando ella regresó con los *bulots* y los *bigorneaux*. Delicias infinitas con mayonesa de limón. Ese bocado ligero, la sensación de tener el mar en la boca. Una maravilla. Dupin notó que empezaba a relajarse, o quizá solo fuera efecto del vino frío en su estómago desesperadamente vacío; de todos modos, daba igual.

—Jefe, le aseguro que este es el lugar más hermoso de la isla.

Dupin miró a su alrededor. Unas hermosas mesas blancas, quince a lo sumo, no más, dispuestas de forma espaciosa al final del muelle con sillas cómodas y cojines de cuadros azules y blancos. Junto a su mesa descubrió un grupo de cuatro o cinco cajas grandes, rojas y azules, con redes de pesca verdosas y transparentes y unas boyas rosas que brillaban bajo el sol de la tarde. Era un lugar de trabajo; a menos de dos metros había un barco de pesca de bajura. El muelle estaba pavimentado con placas de pizarra; a los belliloises no se les podía reprochar que no aprovecharan lo bastante su pizarra. Desde todas las mesas se podía admirar el Atlántico. Era como estar en la cubierta de un barco. La pequeña ciudad de Sauzon era un enjambre abigarrado de pinceladas de colores. Igual que en Le Palais, las casas pulcras seguían el curso de la ría, y todo se encontraba junto al agua. Sauzon ganaría sin duda cualquier concurso para encontrar la ciudad portuaria más bella de Francia. Y eso sin ser demasiado pintoresca ni parecer demasiado arreglada.

—¿Qué se sabe de las finanzas de los vecinos de Provost? ¿De la alcaldesa? —Dupin se volvió hacia Cosqueric, que acababa de hacerse con el último *bulot*.

—Por lo visto, no hay cambios recientes en la situación económica de nadie, ni en una dirección ni en otra. Al menos, ninguna conocida por bancos o notarios.

—Sin embargo, es el factor determinante —constató Labat, que volvía a tener un aspecto más estable—. Es evidente que el motivo es

de carácter económico. El autor quiere dinero. Dinero rápido. Y mucho.

—Que quiera dinero no significa necesariamente que tenga problemas. Tal vez solo pretenda dar el golpe. Para por fin estar bien —objetó Le Menn.

—Tendencialmente, tiene que estar desesperado cuando, tras el fracaso del chantaje, se lanza ahora a un secuestro precipitado.

Aunque Labat lo había expresado de un modo innecesariamente complicado, ese era un buen punto.

—Y aquí está la siguiente ronda de bebidas. —La camarera llegó a la mesa y las distribuyó al instante—. Y la baguete.

El sol avanzaba poco a poco hacia el horizonte, aunque todavía le quedaba una buena distancia por recorrer. Cuanto más se hundía, más intensidad ganaban los colores. Ahora comenzaba la parte más maravillosa del día.

—Luego quiero regresar a Islonk —comunicó Dupin al grupo, sin dirigirse a nadie. Tenía el cuaderno abierto delante de él. Hasta ahora no había anotado gran cosa—. ¿Alguien sabe hasta cuándo está abierto el Goulou?

—En verano, hasta las once de la noche. El resto del año, hasta las nueve —respondió Cosqueric—. Es un secreto muy bien guardado. Ahí solo va la gente de la zona. Casi todos los pueblos tienen un bar así. A veces, los forasteros ni se percatan de que están ahí.

Dupin conocía esos bares pequeños. Parecían ser la sala de estar de sus propietarios, uno casi no se atrevía a entrar. Y dentro, el ambiente también era así: familiar, privado. Todo el mundo se conocía. Cuanto más remoto era el lugar, más confianza había. La gente pasaba allí reunida los otoños y los inviernos. Noche tras noche, con mucho vino, sidra, cerveza y lambig. O con whisky. Era una institución genuinamente bretona.

—Mañana es el día de *Servir-un-bon*, servirse uno bueno —apuntó Cosqueric con un tono casi de ensoñación.

Le Ber dibujó una gran sonrisa:

—Jefe, creo que eso usted no lo conoce.

—¿Qué es?

El comisario no tenía ni idea de qué se trataba.

—Es una costumbre que se remonta a la época en la que el café era algo todavía escaso y muy caro. Algunos acadianos con dinero importaban los granos de Saint-Malo.

Desde su último caso en aquella ciudad, Dupin sabía que los corsarios de Saint-Malo habían sido los primeros en traer el café a Europa.

—En esa época, la gente se reunía una vez a la semana con los amigos para tomar un café juntos, esto es, para «servirse uno bueno». Una tradición antiquísima. Todavía hoy se elabora del modo tradicional.

Dupin sintió una excitación inmensa. Aquello sonaba fantásticamente bien.

—¿Todo el día?

—A partir del mediodía. Abren a partir del mediodía.

La camarera se acercó para servir los aperitivos:

—¡Ya estoy de nuevo aquí! En la cocina han ido muy rápidos.

Por todas partes se oyeron profundos suspiros de alivio.

Dupin se centró al instante en la comida. El sabor de su jamón favorito se mezcló con el del abadejo. ¡Y a ello había que añadir el aceite, el limón, la flor de sal y la pimienta blanca! ¡La idea en sí era una auténtica sensación! Dupin dejó vagar la mirada por el puerto interior, por el puerto deportivo, por las docenas de pequeñas embarcaciones, veleros y lanchas a motor amarradas en boyas de colores que brincaban en el agua. Aunque el mar estaba tranquilo, también aquí las mareas creaban fuertes corrientes. La ubicación era excepcional. Al girar la cabeza se veía el puerto exterior, reservado a los barcos más grandes y, sobre todo, para los pescadores. También esa dársena, situada al final de la ría, estaba protegida por unos muros de muelle y delimitada por faros pequeños.

De repente, el móvil de Cosqueric interrumpió esa felicidad meditativa. Se levantó dejando oír un gruñido y se apartó unos pasos.

—Vale, sí. Ya veo… Sí… Siga así… Hasta luego. —Regresó a la mesa—. Por la parte occidental, ya han llegado a Samzun, Borduro y Bonor. Hasta ahora, nada a destacar. En las aldeas de por ahí nadie ha

notado nada sospechoso.

—Una aguja en un pajar… —repitió Le Menn.

El comandante de la brigada de la isla volvía a estar ocupado en su aperitivo.

—¿Alguien ha oído algo sobre ese perro, Louis?

Dupin dejó el tenedor en el plato después del último bocado.

Todos negaron con la cabeza.

—Fue la primera víctima. ¡Qué salvajada!

Labat era un gran amante de los perros; él y su esposa tenían dos galgos bien adiestrados que acompañaban siempre y a todas partes a la familia Labat, con los gemelos Anne y Conan.

Por desgracia, conforme Dupin iba recuperando fuerzas, más insatisfecho se sentía con la investigación. Un hombre había sido asesinado y otro había sido secuestrado y su vida corría un grave peligro; Dupin no se hacía ilusiones, conocía las estadísticas. La mayoría de las veces estas cosas no acababan bien. Costaba soportarlo: mientras ellos estaban ahí sentados, el capitán Albert Zinc permanecía retenido en algún lugar. Además, carecían de una pista válida de la que partir. En honor a la verdad, estaban completamente a oscuras.

—El capitán tiene coartada para esta mañana, ¿no? —Le Menn formuló esa pregunta como de pasada.

—Irrefutable —informó Cosqueric—. Estaba en el ferry a las seis y cuarto y desembarcó media hora después. Lo he comprobado todo. Es imposible que asesinara a Provost.

—Le Ber, ¿a qué distancia se encuentra su casa de aquí?

Dupin había soslayado la cuestión del alojamiento para la noche, pero en ese instante le vino a la cabeza.

—A diez minutos a pie. En dirección hacia la punta Des Poulains, donde la casa de Sarah Bernhardt.

—¿Y dónde toman café los estibadores y los pescadores de Sauzon a primera hora de la mañana?

—En Le Tilleul, en la plaza, frente a la iglesia.

Dupin tomó nota del dato para su café de la mañana. Tranquilo. A solas.

—¿Conoce a la señora Corbel? —preguntó Dupin volviéndose hacia

Cosqueric, que estaba sentado frente a él.

—No personalmente, pero es toda una institución en la isla. Casi tan excéntrica como la propia Sarah Bernhardt. Digamos que ella se tiene en gran estima.

—¿Quién financia el museo y sus actividades? ¿Y las de la señora Corbel?

—El dinero proviene de varias fuentes. De la isla, del Departamento, del Consejo de la Región… Pero también de donantes particulares. Sobre todo, mujeres. La señora Corbel conoce a varias actrices famosas. Está muy orgullosa de ello.

—Tengo previsto visitarla mañana a primera hora.

Dupin se lo había propuesto esa misma tarde, tras la breve conversación que había mantenido con ella en la terraza del Goulou.

—Para ella, el museo nunca tiene suficiente dinero. A fin de cuentas, gira en torno a la mayor estrella de todos los tiempos. Es una mujer que apunta siempre muy alto. Incluso pretende crear una escuela de interpretación teatral aquí.

—¿Qué hay del caso de Nantes, Labat? —Dupin se volvió hacia su segundo inspector—. ¿Hubo entonces también algún tipo de amenaza previa? ¿Como lo del perro de Provost?

—Ya habría informado de ello —respondió Labat de mala gana.

La camarera recogió los platos, que parecían sacados del lavavajillas.

—Deberíamos ponernos al día a fondo —exigió Labat. Era notoria su sensación de no estar bien informado—. Por ejemplo, señor comisario, aún no nos ha hablado de su vuelo con la alcaldesa.

Dupin tuvo que admitir que no era mala idea. Todos habían estado ocupados en asuntos diferentes. Aquello no podía sino ayudar, y también sería una especie de primer resumen de la situación. Eso a veces suscitaba ideas nuevas. El estado de las cosas, por insignificante que fuera. Además, por mucho que en la cocina siguieran dándose prisa, aún faltaba un buen rato para el postre y los cafés.

—De acuerdo —aceptó Dupin.

Dupin aparcó el Méhari en la cuneta poco antes de llegar a Islonk.

Decidió hacer a pie el último trecho. Después de la larga cena y el vino le sentaría bien. Le Ber y Le Menn ya se habían ido a casa del primero para hacer unas cuantas llamadas desde allí. Labat, con Cosqueric, se había unido al grupo de gendarmes que entretanto había llegado a Sauzon.

En realidad, de la reunión en el restaurante no había surgido nada que fuera significativamente novedoso. Aun así, había ido bien ponerlo todo en común.

También en Islonk el mundo estaba bañado por las tonalidades flameantes y enloquecidas de naranja que el sol había elegido aquella tarde para su ocaso. Era el magnífico espectáculo de colores que el estudioso de los menhires había vaticinado. El sol desplegaba el espectro completo de tonos y matices que la gente solía llamar naranja, pero que, en realidad, estaba formado por varias decenas de colores con entidad propia que iban del amarillo melón, el amarillo dalia, el azafrán, el amarillo narciso y el amarillo señal hasta el naranja pastel y el naranja luminoso que lucían en torno al sol. Y, además —eso también era de locos—, sin llegar nunca al rojo. Los tonos anaranjados seguían un orden estricto dispuestos en círculos concéntricos alrededor del sol, incrementándose el amarillo conforme aumentaba la distancia respecto a él. En cierto modo, los colores se iban relajando. Eran una composición artística; Dupin estaba seguro de haberla visto antes en algún cuadro de Monet. Y no solo el cielo era de color naranja, el mundo entero lo era. Todas las personas y todas las cosas. De un naranja apacible que nada tenía que ver con los colores de un incendio. Allí, en el pequeño valle de Islonk, en la bahía alargada de Vazen, el naranja se desplomaba sobre la hierba, los helechos y los musgos, sobre los líquenes, los acantilados y las rocas, sobre la arena de la bahía y sobre el mar absolutamente en calma. Una sinfonía naranja.

Solo entonces, con la puesta de sol, la temperatura se dignaba a aflojar un poco. Por fin. Era el final apropiado de un espléndido día de verano. A Dupin le encantaba el ambiente especial de esos anocheceres. Aunque durante el año no había muchos así, eran esos los que definían el verano. El comisario se pasaba el año suspirando

por esos atardeceres.

Sin embargo, no iba a poder disfrutar del final de ese día.

Byn y Margot Fidelin despedían a su último cliente cuando Dupin entró en el bar.

—¡Hasta la próxima!

El hombre fue hacia Dupin y pasó por su lado.

—Un amigo de su tierra, señor comisario —le saludó Margot Fidelin desde el bar—. De París. Ha llegado esta tarde. Vive en Kerguelen, en la casa de Monet. Lleva viniendo aquí todos los veranos desde hace treinta años.

Margot Fidelin no parecía sorprendida de volver a ver al comisario tan tarde: eran las diez y cuarto.

—¡Vamos allá! —Byn Fidelin sonrió satisfecho. Aquello tenía cierto aire conspirativo. Era como si dijera: «Ya sé por qué ha venido», o al menos eso es lo que Dupin se imaginó—. Ahora ya no hay excusa que valga.

A Dupin le gustaba la gente bonachona, tal vez por pura envidia, ya que él no lo era en absoluto. Sin embargo, Byn Fidelin tenía algo de oso. Un físico mullido e impresionante con el que él parecía sentirse muy a gusto. Tenía la mirada brillante de un niño. Se dirigió hacia el mostrador.

—Tome asiento ahí fuera, señor comisario. Están Agnès y Tenom. En estas circunstancias —Margot Fidelin vaciló—, es mejor permanecer juntos, no estar solos.

Dupin se dirigió al marido:

—¿Me podría servir otro café, por favor?

Ya se había tomado uno para acompañar el postre, una *crème brulée* de lavanda de la isla, pero sentía que aún podía tomarse otro.

Byn Fidelin asintió y empezó a trastear detrás de la barra.

—Acompáñeme.

Margot Fidelin salió por la puerta abierta. Dupin la siguió.

Y de nuevo penetró en otro mundo maravilloso.

Era la misma naturaleza, el mismo paisaje, pero con la terraza y los bancos dispuestos con un único fin, mirar y sumirse en la contemplación. Aquella panorámica impresionante tenía algo de

puesta en escena; era como si toda la escenografía estuviera al servicio de las fabulosas vistas.

Ya a primera hora de la tarde, Dupin había incorporado el Goulou a su lista sagrada de lugares favoritos, pero ese momento lo confirmó de forma definitiva. Por supuesto, habría preferido quedarse allí durante horas, sentado en uno de los bancos, solo o con Claire, mejor en silencio, acompañado de un vino y luego de un whisky, hasta bien entrada la noche, asistiendo a la disminución gradual de la luz. La transformación del mundo diurno en el nocturno, la solemne aparición de las estrellas. Habría disfrutado sobre todo de la brisa de la noche, infinitamente templada y suave, un elemento delicioso de por sí en el que uno se movía de manera completamente diferente. Pensó en ir alguna vez con Claire. ¡Pero cuántas veces se lo había dicho a sí mismo cuando descubría nuevos y grandes lugares sin que ello llegara a suceder! Desde hacía algún tiempo, su vida en común marchaba como por inercia, no sabía cómo expresarlo exactamente. En el último año, Claire había tenido que trabajar cada vez más, y a ello se le habían añadido además varios viajes de trabajo. Congresos, reuniones. Ella llevaba camino de convertirse en una autoridad internacional en su campo. Había recibido ya dos ofertas del extranjero: una de Bruselas y otra de Boston, donde había pasado unas semanas el año anterior. Y donde había trabado amistad con un tal Sam, que también era cardiólogo. Ambos mantenían el contacto de manera regular. Dupin no era celoso, ese no era en absoluto su modo de ser, pero tenía la impresión de que se veían con frecuencia. Se veían, se hablaban, se escribían. «En los congresos nos vemos todos, es un círculo cerrado», solía ser el comentario despreocupado de Claire. De todos modos, para ser sincero, Dupin sabía que aquello no tenía nada que ver con el trabajo de Claire. Era otra cosa. Tampoco se podía decir que estuvieran atravesando una crisis, eso sería una exageración. Aun así. Dupin creyó que el hecho de vivir juntos daría lugar automáticamente a algo nuevo, pero no había sido así. A veces tenía la sensación de que Claire esperaba algo que, sin embargo, no llegaba a formular en voz alta. Aunque tal vez solo fueran fantasías suyas. Tal vez, en realidad, fuera él que esperaba alguna cosa.

Agnès Griffon estaba apoyada en la pared de la casa. A su lado, en el banco, había uno de esos extravagantes vasos de whisky y un vaso de agua de cristal amarillo intenso, posiblemente uno de los que debía comprar para Claire. Tenom Burlot ocupaba el banco de la esquina, también con la misma combinación de vasos a su lado.

Margot Fidelin se sentó junto a Agnès Griffon.

—Todo esto resulta increíble. —Margot Fidelin adoptó una actitud pensativa—. Islonk, nuestra pequeña comunidad, convertida en escenario de un crimen. Víctima de un delito.

Dupin se acomodó en el banco de Burlot.

—¿Sospecha ya de alguien, señor comisario? ¿Algún indicio, por lo menos? —quiso saber Margot Fidelin.

—No.

Por desgracia, esa era la verdad. De momento.

—¿Cree usted que los de aquí estamos en peligro?

A primera hora de la tarde no había dado la impresión de estar asustada.

—Por ahora, parece que se trata de personas especialmente seleccionadas que disponen de una fortuna considerable, ya sea personal o familiar.

No le podía dar una respuesta que resultara del todo tranquilizadora.

—*Voilà*.

Byn Fidelin apareció ante Dupin con el café en una mano y un vaso de whisky en la otra. Había sido generoso al llenarlo.

—El whisky *Les Six Reines de Belle-Île* —dijo Byn Fidelin con un tono abnegadamente conspirativo—. Las seis reinas de Belle-Île. Muy ahumado, con brezo, retama y, a la vez, acaramelado y yodado. Condensa toda la isla.

Dupin era incapaz de resistirse.

—Mi intención es que se note el sabor del Atlántico. Aquí elaboramos whiskies con sabor a mar.

Byn Fidelin se sentó junto al comisario, también con un vaso en la mano.

—Aunque puede parecer inapropiado, creo que, pese a todo,

deberíamos brindar.

Margot Fidelin intentó sonreír; su cabello, tan rubio, lo parecía más en la penumbra, y sus rasgos asombrosamente juveniles destacaban más aún. Se había cambiado el vestido, ahora llevaba uno de color naranja apagado, a juego con la puesta de sol.

—Brindemos por el capitán, por Albert. Para que pronto vuelva a sentarse aquí con nosotros. Y por Patric. Por desagradable que fuera, es algo que no se le desea a nadie.

Alzó el vaso.

Todos la imitaron. Dupin, aunque con una leve vacilación, también.

Tomó un buen trago.

—Es fabuloso —admitió, dirigiéndose a Byn Fidelin tras un instante de silencio reverente. No exageraba.

Tomó otro sorbo.

En el silencio de la noche, Dupin reparó en un ruido estridente y agudo. Las cigarras, sin duda. Como en una noche al sur, en Cerdeña, en Córcega o en Creta.

—*Cask strength*, cincuenta y dos por ciento, una variedad de cebada muy antigua, poco productiva en realidad, pero, por otra parte, la mejor, cebada Golden Promise —musitó Byn Fidelin. Agitó el whisky en el vaso con parsimonia, como inmerso en su propio mundo—. De los hermanos celtas de Escocia. Allí aprendí yo. El secreto de la destilación del whisky es que existe más de un secreto. Y cada uno de ellos condiciona lo demás. El tipo de cebada, el agua, el alambique, la temperatura, el tiempo, la barrica, el tueste… Quiero producir whiskies rebeldes. Libres y sin ataduras, esa es la consigna.

La convicción poética de Byn Fidelin se fue extinguiendo con una solemnidad contenida.

—¿Alguno de ustedes conoce al hermano del señor Zinc? —Dupin se dirigió al grupo—. ¿Matthieu Zinc? Vive en Burdeos.

—Albert habla pocas veces de él. —Margot Fidelin fue la primera en responder—. Recuerdo que estuvo una vez aquí. Una noche intercambié unas palabras con él, nada más. Pero de eso hará al menos dos o tres años. —Suspiró—. Albert lo visita a veces en Burdeos. Una vez al año, creo. Es terrible. Todo esto es terrible.

—Yo nunca lo he visto —dijo Agnès Griffon.

Dupin aprovechó para tomarse el café.

—Yo tampoco —añadió Tenom Burlot.

—¿Se les ocurre alguien con quien el capitán pudiera tener un conflicto? ¿Tiene enemigos?

Todos negaron con la cabeza.

—Me han dicho que hace un rato ha hecho usted una visita al experto en menhires, señor Burlot. —El pastor no esperaba que Dupin se dirigiera a él.

—Es exagerado decir que le he hecho una visita. Lo he visto por casualidad al recoger un rebaño.

Tenom Burlot llevaba exactamente la misma ropa que por la mañana, como si acabara de llegar del trabajo. Con ese tiempo, Dupin se habría vuelto loco con esas botas altas negras de goma. La camiseta, verde y muy ancha, parecía estar más sucia que al mediodía.

—¿Han hablado?

—En realidad, solo nos hemos saludado.

—¿Qué quiere decir?

—He comentado algo sobre el calor. Y Marie le ha deseado las buenas noches. Es mi compañera de trabajo, la ha visto esta mañana.

Manuel Trotter no había mencionado que ella había estado allí.

Dupin se dirigió de nuevo a todos los presentes:

—¿Alguien de ustedes ha visto por casualidad al señor Trotter esta mañana cuando ha salido de casa?

—No.

De nuevo Margot Fidelin se encargó de responder.

—¿O tal vez esta tarde? Ha regresado aquí un rato.

—No —repitió la señora Fidelin.

—¿Saben de alguien de la isla que esté pasando por graves apuros económicos?

—¿Se refiere a algo en concreto? —quiso saber Agnès Griffon.

—No, lo que sea. Alguien que esté en un aprieto en este momento.

—La gente suele guardarse esas cosas para sí.

Margot Fidelin otra vez.

Dupin notó que *Les Six Reines de Belle-Île* empezaban a desplegar sus

efectos. Apuró el vaso, se levantó y se dirigió hasta el borde de la terraza. Se detuvo ante una adelfa de tamaño considerable. En el aire había una mezcla de olores intensa y embriagadora. Lavanda, tomillo, romero, salvia y orégano. El naranja había seguido oscureciéndose, sobre todo en la bahía, y poco a poco se iba diluyendo en la noche, pronto incluso al oeste. En ese instante, los detalles del mundo se difuminaban, y los contornos, las sombras y lo impreciso se imponían. Hasta que también ellos desaparecieran.

—¿A qué hora suelen acostarse?

Dupin se volvió hacia los cuatro.

—¿Quiere usted saber cuándo nos vamos a la cama? —preguntó Margot Fidelin con asombro, aunque sin acritud.

—Eso es. Por ejemplo, ¿usted?

—Como mi marido. Quiero decir, a la misma hora. Sobre las once y media de la noche. Siempre poco después de cerrar aquí.

—¿Y usted?

Dupin se volvió hacia señora Griffon.

—Antes. De hecho, nunca más allá de las diez y media.

—Yo antes incluso. A veces tengo que levantarme muy pronto —explicó el pastor.

—Y con este tiempo, con estas temperaturas, ¿duermen con las ventanas abiertas?

Dupin empezó a deambular de un lado a otro de la terraza. Tenía todas las miradas clavadas en él. Cayó entones en la cuenta de que aún llevaba la gorra puesta. Le daba igual.

—Sí. —Margot Fidelin tomó un sorbo de whisky—. Todo el año.

—¿Qué orientación tiene su dormitorio, señora?

—¡Qué preguntas tan divertidas hace usted, comisario! El mío da justo al lado de la terraza. —Señaló a lo largo de la casa—. En dirección a la bahía.

—¿Señora Griffon?

—De noche, en estos días de verano dejo la puerta del patio abatida. Mi dormitorio da directamente al jardín.

—¿Y usted, señor Burlot?

—Nunca duermo con la ventana cerrada. Por la noche, la tengo

siempre abierta de par en par.

—Ajá.

Dupin se giró y dio unos pasos por el prado en dirección hacia el barco azul. Desde aquel lado de la propiedad de los Fidelin se tenía una buena panorámica de la mitad posterior de la casa de Provost y del jardín rodeado por el muro de piedra. Dupin notó que la hierba estaba mojada; hacía poco que se había regado a conciencia.

Regresó a la terraza.

—En ese caso, seguro que por la noche todos oyen ladrar al perro de Provost. El señor Trotter dice que creyó oírlo anteanoche.

—No puede ser. —Margot Fidelin pareció reflexionar—. Como ya le hemos dicho, no lo hemos visto ni oído desde hace al menos una semana.

—Exacto —corroboró Agnès Griffon.

—Yo tampoco lo he oído.

Burlot negó con la cabeza.

—Entiendo.

Dupin se detuvo ante Byn Fidelin; parecía haberse fundido con el banco.

—He oído que mañana hay un café especial.

Dupin cambió de tema de manera radical. Esa noticia había desatado en él unas fantasías increíbles.

—Así es, señor comisario. *Un bon*.

—¿A qué hora será, exactamente?

—A las doce.

Dupin habría preferido acercarse a primera hora de la mañana. Daba la impresión de ser una especie de pócima mágica. Por supuesto, la de los galos.

—Bien, pues eso es todo por esta noche, *mesdames, messieurs*. Solo una última cosa, una formalidad. ¿Dónde estaban ustedes a primera hora de la tarde, entre las tres y las cinco?

—Aquí. ¿Dónde si no? Mi marido y yo hemos estado destilando.

—*Le Grand Dérangement*. El gran lío, el gran alboroto. Es el nombre del nuevo whisky, amaderado, turboso, especiado, para los anocheceres de otoño e invierno. Me parece que será especialmente

bueno.

Dicho eso, Byn Fidelin se levantó y desapareció sin más por la puerta del bar.

—Primero he estado con las ovejas en la playa Des Grands Sables. Donde usted nos ha visto hoy al mediodía. —Tenom Burlot fue el siguiente—. A última hora de la tarde he ido a los pastos cerca de Borderun, que se extienden desde el mar hasta los menhires; allí tenemos otra parte del rebaño. Y otro tercio en Locmaria.

—¿A qué hora ha llegado ahí?

—A las cinco de la tarde.

—¿Con su compañera?

—Ella ya estaba. A la una se acerca hasta aquí.

—¿Y después ha estado solo en la playa Des Grands Sables?

—A partir de la una, sí.

Así pues, Burlot carecía de coartada.

Dupin señaló a Agnès Griffon con un ademán de cabeza.

—Nosotros hemos volado juntos.

Lo cual, en verdad, era una coartada muy sólida.

—¿Qué opina del proyecto? ¿Y sobre el vuelo de hoy?

Dupin dio otro paso hacia la señora Griffon.

—Es un proyecto innovador. Y la colocación de los equipos es un paso importante.

El entusiasmo no era lo suyo.

—¿Tuvo usted que presentar su candidatura para dirigir este proyecto?

—Me tocó de forma automática como responsable del sistema de suministros de la isla. También me hago cargo del cable submarino que nos permite tener electricidad.

—Comprendo. Y además, por lo que tengo entendido, también es piloto.

—Sí. Me encanta volar. Pero ya no lo hago como antes. Quizá la última vez fue hace dos años.

Byn Fidelin regresó con una botella en la mano.

—Seguro que esto está prohibido. Es un intento de soborno —sonrió—, pero tómelo.

Le tendió la botella a Dupin.

—Tómese un vaso antes de acostarse. *Les Six Reines de Belle-Île* le procurarán un descanso profundo. Y unos sueños maravillosos. Se lo garantizo.

Dupin vaciló un instante. Pero solo un segundo. Con gesto decidido, sacó la cartera, tomó un billete de cincuenta euros y lo dejó sobre el banco.

—Así se hace.

La promesa de poder dormir resultaba demasiado tentadora. Su fe en las seis reinas era absoluta.

La residencia de Le Ber era una casa de piedra antigua y agradable del estilo característico de la isla. Y con una ubicación magnífica.

Estaban sentados fuera, en la terraza.

La vista era extraordinaria. Incluso entonces, cuando ya había oscurecido y la delicada luna creciente que se alzaba sobre el mar no podía hacer mucho al respecto. El jardín, silvestre y repleto de plantas, lindaba directamente con el mar; la casa estaba a menos de diez metros del agua. Pinos marinos, ejemplares poderosos y altos, dispuestos en grandes grupos. Una alameda diminuta. Y también palmeras, hibiscos, agaves, cactus y otras plantas exóticas. En comparación con Islonk, aquel era un mundo distinto, un mundo de perfecta suavidad. Desde ahí se podía reseguir la costa con la mirada hasta Sauzon, sumida bajo la luz animada de la iluminación nocturna. Aquella ciudad era una maravilla. Como toda la isla. Dupin entendía bien la pasión de Le Ber. Las luces verdes y rojas de los faros brillando en los muros de los muelles señalaban la vía segura para entrar a los dos puertos. Ese día, algunos barcos habían atracado también en el muro exterior del muelle para pasar la noche, y en sus cubiertas había gente alegre sentada en torno a las pequeñas mesas, disfrutando de la suave noche de verano tomando vino y lambig. Con luz de día y buena visibilidad, la vista sobre el mar debía de alcanzar hasta el continente, al menos en los días sin bruma marina.

Dupin se había instalado en una habitación pequeña y acogedora del primer piso, más bien un cubículo, pero solo para él y que, pese a

sus modestas dimensiones, tenía un lujo muy especial: una ventana con vistas al mar. La cama era asombrosamente estrecha, y el colchón presentaba un desgaste alarmante. Además, en aquel dormitorio, ya de por sí diminuto, se habían embutido un escritorio y una silla en miniatura, sobre la cual habían dejado la ropa de cama y una toalla. El baño, aquí las cosas empezaban a complicarse, era compartido. Con Labat, Le Ber y Le Menn. En la planta baja había un salón amplio, una cocina abierta, una despensa y un aseo.

Dupin les contó a los demás lo hablado en la terraza del Goulou de forma prolija para lo que era habitual en él. A continuación, Labat, Le Ber, Le Menn y Cosqueric le pusieron al día. Como no podía ser de otro modo, no había ocurrido nada nuevo desde la cena. Todas las brigadas policiales acababan de pasar el informe a Cosqueric, pero la situación era la misma. No habían hallado ninguna pista que pudiera relacionarse con el secuestro y posible escondite de Zinc. En Sauzon, Cosqueric había hablado con el dueño del estanco, varios propietarios de restaurantes, camareros y el capitán del puerto. Nada.

Aunque era cerca de medianoche, Dupin aún no estaba dispuesto a dar el día por terminado. Seguían careciendo de una pista sólida, aunque por unos instantes, mientras iba de un lado a otro por la terraza del Goulou, el comisario había sentido cierto desasosiego febril. Por supuesto, era incapaz de saber por qué, ni lo que se lo había provocado. A veces, por desgracia, solo a veces, esa desazón era una buena señal. Pero quizá fuera solo un efecto posterior del calor. O del whisky.

Sea como fuere, todas las personas relacionadas con Provost con las que habían hablado hasta el momento tenían un motivo para deshacerse de él. Y, por supuesto, todos agradecerían disponer de un millón de euros, aunque nadie parecía estar en apuros económicos. Con todo —ese era el argumento de Labat—, tenía que haber alguna situación extraordinaria para que alguien, tras el chantaje fallido a Provost, intentara de nuevo obtener la misma suma secuestrando a Zinc. Lo que complicaba el asunto era que no hacía falta que hubiera una relación personal entre el agresor y las dos víctimas. Bastaba con que el secuestrador supiera que se podía obtener mucho dinero de

ellas. No tenían demasiadas opciones, iban a tener que concentrarse en la entrega del dinero. Si es que se llegaba a ello. Era exasperante.

—¿Los de la científica han dicho algo? ¿Alguna pista en las cartas dirigidas a Provost? ¿O en el coche de Zinc?

—Por desgracia, no —gruñó Cosqueric, y tomó un sorbo. Dupin había sacado el whisky de Fidelin a la terraza y les había servido un poco a todos.

—¿Alguna cosa más sobre los acadianos, Le Ber? Dijo que haría algunas averiguaciones.

—Nada que me haya llamado la atención, jefe. He preguntado si la asociación tiene algo que ver con el proyecto *Smart Island*. Pero parece que es como dijo Monette Megret, lo apoyan, pero no de manera económica.

—¿Con quién ha hablado?

—Con varias personas, pero sobre todo con el tesorero, un primo del marido de mi hermana. Conoce bastante bien a todos los miembros.

Por el modo en que Le Ber lo dijo, a Dupin no le cupo la menor duda.

—¿Y a él no se le ocurre nadie capaz de ese tipo de acciones?

—Los acadianos están en todas partes, eso en sí ya llama la atención —reflexionó Le Menn.

Justo esa era la cuestión a la que Dupin no dejaba de darle vueltas.

—Provost y Zinc fueron o son miembros de varias asociaciones. Seguramente coinciden en varias, solo en la isla existen muchas.

Al parecer, Le Ber seguía sin terminar de aceptar las sospechas sobre los acadianos.

—De vez en cuando ha habido acusaciones de favoritismo entre miembros del círculo.

Le Ber estaba visiblemente incómodo afirmando aquello.

—¿Qué quiere decir?

Dupin era todo oídos.

—¿Corrupción? ¿Aceptación de beneficios? ¿Prácticas comerciales mafiosas? —Le Menn concretó sin reparos la pregunta de Dupin.

—Nunca se ha constatado ninguna infracción concreta —replicó Le

Ber.

—Una frase de manual entre mafiosos. —Labat se expresó en los mismos términos que Le Menn.

—Por supuesto, la mayoría de las familias de los acadianos se conocen bien —Cosqueric intentó adoptar un tono neutro—, y desde hace generaciones. Además, mantienen muchas relaciones sociales y económicas entre sí. Por ejemplo, el mayor constructor de la isla es acadiano. Yo diría que nueve de cada diez proyectos de construcción de la isla encargados por otros acadianos pasan por él.

—Eso es mafia —rezongó Labat—: múltiples relaciones sociales y económicas…

Dupin sabía lo que insinuaba, pero también lo que Cosqueric quería decir.

—¿Ha habido alguna vez acusaciones contra Patric Provost en ese sentido? ¿Aceptación de beneficios? ¿Manipulación?

—No. —Cosqueric respondió con rotundidad—. Pero se aprovechaba de forma brutal de su posición de poder y de monopolio. Tanto en la cría de ovejas como con sus propiedades y su patrimonio.

—De todos modos, quiero que ambos vuelvan a analizar esta cuestión —dijo Dupin zanjando el tema—. ¿Algo más?

—He hablado con los demás alcaldes de la isla. —El comandante de la isla se reclinó en su asiento; a estas alturas parecía agotado—. Los conozco bastante bien a todos. Quería saber lo que pensaban del caso. Por si se les ocurría algo.

—¿Y bien?

—Nada. Nada en absoluto.

—Yo…

El móvil de Dupin sonó.

Nolwenn.

Dupin se levantó y respondió la llamada. Salió al jardín y se encaminó hacia el mar.

—Bien, señor comisario. Como dicen los bretones: *Echu an devez*! Eso es todo por hoy. *Finie la journée*. Hay solo una cosa más que Nevou y yo acabamos de descubrir.

—¿De qué se trata?

—Ese Trotter forma parte de una asociación de científicos que planea construir un centro para el estudio de todas esas maravillas hechas de piedra. Están a punto de adquirir un edificio que albergue el centro. Unos chiflados, si me permite la opinión.

—¿Y?

—¡Adivine dónde lo van a construir!

Dupin constató en ese momento que estaba profundamente agotado.

—¡En Nantes!

El comisario había alcanzado ya el final del jardín. A partir de ahí, el camino descendía de forma pronunciada durante unos metros hasta una pequeña superficie plana rocosa, con una playa de arena muy bien escondida a la derecha.

—Interesante. —Dupin había preguntado a Trotter sobre Nantes—. ¿Cree usted que Trotter podría patrocinar ese centro? ¿Con su herencia?

—¿Solo le parece interesante? Estamos buscando desesperadamente vínculos con Nantes. Este es el primero que encontramos.

A Dupin le parecía un vínculo algo vago.

—¿Algo más sobre Trotter? Volveré a hablar con él.

—No hay nada más. Nevou y yo seguiremos buscando mañana, señor comisario.

—Muy bien, Nolwenn. Creo que vamos a dejarlo por hoy.

—¡Trate de dormir! ¡Pasado mañana tiene que estar completamente en forma!

Dupin necesitó un segundo. El aniversario de trabajo. En ese momento, la verdad, no estaba para eso…

—*Noz vat*.

—Lo mismo digo, Nolwenn. Buenas noches.

Al cabo de un instante, Dupin estaba de vuelta a la mesa.

—Me despido. —Dupin se esforzó por sonar amable—. Esa cafetería de Sauzon es Le Tilleul, ¿no?

Eso era importante.

—Eso es, jefe. El café allí es bueno. Si no le importa, le acompañaremos.

—Yo… vale. Sí.

En realidad, Dupin se había imaginado algo distinto.

—¿A las siete y media allí? —Le Ber se levantó también con intención de retirarse.

Dupin se dijo que iría un poco antes y así tendría algo de tiempo para sí mismo.

—A las siete y media. ¿Tiene un mapa de la isla, Le Ber?

El comisario llevaba todo el día intentando hacerse con uno.

—Claro, jefe. Se lo traigo.

—Buenas noches a todos. —Cosqueric se despidió—. Me marcho a casa.

—Buenas noches.

Tres minutos después, Dupin cerraba la puerta de su cuarto tras de sí. Al instante estaba tumbado en la cama con la ventana abierta de par en par para que la saludable brisa marina propia de esa noche de verano penetrara lo máximo posible en la estancia caldeada. Igual que el parpadeo de las estrellas que aparecían poco a poco y que ahora dominaban el firmamento. Desde la cama oyó también las cigarras. Y, de vez en cuando, un balido prolongado: las ovejas. El ambiente aún no había refrescado, más bien al contrario. Debían de estar a unos veinticinco grados por lo menos, tal vez más. Esa noche, la isla sin duda se había desplazado al trópico, con todos sus huéspedes permanentes y temporales.

Por precaución, Dupin puso el despertador a las seis y media. Poco antes de dormirse, la razón y la mente lo abandonaron y se impuso el recuerdo de la agradable sensación isleña que ya había sentido por la mañana, justo después de llegar. La idea de un reino propio, pequeño y maravilloso, que disponía de todo cuanto era preciso.

Y entonces, las seis reinas desplegaron toda su magia…

El segundo día

No era uno. Eran todos.

Lo acosaban, iban tras él. Menhires. Cientos de monstruos de piedra de varios metros de altura, repletos de vida, rápidos, ágiles. Con un único objetivo: acabar con él. Había cometido un crimen, no había creído en ellos. Y así era. Sus acusaciones estaban totalmente justificadas.

Lo tenían rodeado. Habían partido de todos los rincones de la isla y habían ido avanzando; él intentaba escapar, pero siempre aparecía uno. O una. Jeans o Jeannes. El círculo se estrechaba cada vez más. En un momento dejaron oír una especie de balido grave. Estremecedor. Una tortura en sí mismo.

No había escapatoria posible. Ni lucha. Ni trucos. Ni superpoderes. Solo podía ser aplastado. Un coro sobrenatural de voces se elevó, claramente audible: «Somos los acadianos, los acadianos, los acadianos…». Una repetición infinita. Le recorrió un escalofrío existencial. Al poco rato, sentía el frío y la dureza de la roca desnuda en los brazos con los que él se había envuelto para protegerse. El inevitable fin estaba al llegar cuando, de repente, surgió un zumbido esférico, cósmico incluso. Y he aquí que las piedras se detuvieron y callaron para retroceder y soltarlo de forma súbita. En un abrir y cerrar de ojos habían desaparecido, como desvanecidas en el aire. Solo quedó ese zumbido grave y peculiar cuyo volumen iba en aumento. Dupin se tapó los oídos con todas sus fuerzas, cada vez más desesperado.

Entonces se despertó.

Necesitó un momento para orientarse en los aspectos más básicos de la realidad. Y eso significaba, sobre todo, comprobar qué era ese zumbido. Seguía sonando. Y procedía de ese lado de la realidad. Era un barco, claramente. Un barco grande.

Aquel zumbido lo había despertado. Salvado.

Se incorporó y miró por la ventana. Todavía estaba oscuro, pero la noche ya no era profunda. Un amanecer vacilante se había empezado

a mostrar al este. En el horizonte. Un crepúsculo incipiente. La luz se empezaba a insinuar, una luz plateada que se iba apoderando cada vez más del cielo.

Dupin miró la hora. Las 6.17. Demasiado tarde para seguir durmiendo. Se ducharía y se marcharía. Y, tal y como había planeado, tendría un poco de tiempo para sí mismo.

A las siete menos cinco entraba en el Tilleul.

Hizo su pedido en la barra: dos cafés y dos cruasanes. Era una cafetería sencilla y agradable, con la fachada pintada de color azul cielo, una terraza en la plaza frente a la iglesia del pueblo y vistas a la bahía y al puerto. En la terraza aún no había nadie, solo en el interior vio sentadas a un par de personas; parecían estibadores. El lugar estaba desierto, la vida aún no había comenzado. Salvo por los ruidos procedentes del bar y los gritos de las gaviotas coquetas sobrevolando la dársena del puerto, el silencio era absoluto. Un silencio que solo se daba junto al mar, que engullía generosamente todo el ruido innecesario. A Dupin le gustaba ese ambiente especial de la madrugada, cuando el mundo empezaba a despertar.

—*Voilà*.

Un hombre joven de aspecto trasnochado, vestido con una camiseta blanca, le trajo los cafés y un plato con los dos cruasanes.

—Y los periódicos, señor. *Voilà*.

Al instante desapareció.

En la portada de *Le Télégramme* se veía una foto de Dupin en el puerto subiendo al Méhari naranja. Él no había visto a ningún fotógrafo. Increíble.

«El comisario de Concarneau investigando en Belle-Île», decía el titular. Algo era algo, antes siempre escribían: «El comisario de París…». Sobre una foto de Provost se leía: «Asesinado Patric Provost, el barón de las ovejas». Los periódicos habían entrado en la rotativa demasiado pronto para mencionar el caso de Albert Zinc; esa noticia se cubriría en la prensa digital, la televisión y la radio.

Dupin tenía que admitir que había perdido de vista la cuestión de la cría de ovejas. ¿Acaso deberían haber investigado más a fondo ese asunto? Pero ¿qué historia de ovejas podía explicar además el

secuestro de Zinc? Apartó los periódicos a la mesa de al lado y se tomó el primer café. Por fin. Luego sacó su cuaderno y el pequeño mapa de la isla, se los puso delante y se tomó el segundo café.

Amanecía de forma gradual, el día se tomaba su tiempo. Un azul grisáceo, intenso y rotundo se había adueñado del cielo al este y hacía desaparecer los últimos destellos de las estrellas; poco a poco el gris se iría apartando y permitiría la entrada en escena del azul. Pero solo cuando el sol empezara a mostrarse.

¿Cuáles eran las cuestiones más urgentes? ¿Las prioridades? ¿Con quién iba a encontrarse esa mañana? Ya el mero planteamiento de esas preguntas no auguraba nada bueno.

Anotó varios puntos:

Señora Corbel: ampliación del Museo Sarah Bernhardt, financiación.
Alcaldesa: menhires, Provost, la queja del estudioso de los menhires…
¿Louis, el perro?
¿El centro esotérico en Nantes? Hablar con Trotter.
Llamar al hermano de Zinc: ¿dinero, entrega?

Le hizo una señal al joven trasnochado.

—Otro, por favor —pidió señalando las tazas vacías.

Volvía a tener el bolígrafo en la mano cuando le sonó el móvil. Un número oculto. Aceptó de mala gana.

—¿Sí?

Un estruendo, un ruido de fondo. Luego, una voz de mujer:

—¿Señor comisario?

—Sí.

—Necesito hablar con usted. Ahora mismo.

Dupin se incorporó.

—¿Quién es usted?

La conexión era muy mala y no reconocía la voz. Todo indicaba que esa persona estaba circulando en coche a toda velocidad.

—Soy Agnès Griffon. —Era difícil entenderla—. Tenemos que vernos. Ahora mismo. —El ruido de fondo iba en aumento—. En la punta Des Poulains.

Dupin se levantó de un salto.

—¿Qué…?

—Se lo cuento enseguida. Nos encontraremos en el aparcamiento.

—¿Está siendo amenazada, señora Griffon? ¿La persigue alguien?

Se tragó el resto del desayuno a toda prisa, dejó un billete en la mesa y abandonó la terraza.

—Me parece que sí. Estaré ahí en un instante —añadió, y colgó.

Dupin llegó a su coche, se subió y arrancó. El Méhari avanzó a toda velocidad. En la D25 había varios indicadores de la punta Des Poulains. No estaba lejos. Unos cinco minutos, tal vez.

Pisó el acelerador.

¿Qué estaba ocurriendo ahí?

Había alcanzado ya la carretera que atravesaba la isla en diagonal. Aceleró al máximo y sacó el móvil.

—¿Le Ber?

El viento era intenso, Dupin tenía que hablar a gritos por teléfono.

—¿Jefe? Apenas le oigo.

—Agnès Griffon está en peligro. Quiere reunirse conmigo de inmediato. En la punta Des Poulains. Cree que alguien la persigue.

—Yo… —Una pausa breve, luego—: Entendido, jefe. Vamos de camino.

—Bien.

Prados, campos y árboles se deslizaban junto a Dupin a toda velocidad. El camino era absolutamente recto. Asomó una localidad. Deubord. Luego una señal, algo relacionado con Sarah Bernhardt. El extremo noroeste de la isla también parecía yermo y tosco.

Entonces apareció la señal que decía POINTE DES POULAINS. Un kilómetro más.

De nuevo apuró al máximo el vehículo.

Frenó en seco al ver ante él el aparcamiento de la punta. El coche derrapó y se oyó un chirrido ensordecedor. Le costó controlar el volante. El coche se detuvo atravesado en la calzada, pero al instante volvió a apretar el acelerador. Recorrió todo el aparcamiento buscando. Recordó que no sabía qué coche conducía Agnès Griffon.

—¿Señora Griffon? —empezó a gritar—. ¿Hola?

Volvió a gritar.

Nada.

No había ningún coche. No había nadie. Por lo menos, ahí no. Había un segundo sector del aparcamiento al otro lado de un seto espeso, así que dio un giro de ciento ochenta grados, volviendo a maltratar al vehículo. Alguna cosa hizo ruido y por fin se desprendió.

Tampoco allí había nada que ver.

Regresó otra vez a la salida a la carretera. Desde allí partía en dirección a la punta una carretera estrecha y en mal estado que tenía el acceso cerrado al tráfico público. Detrás de la señal de callejón sin salida, había otro indicador: PHARE DES POULAINS – 200 MÈTRES.

Recorrió un trecho, frenó bruscamente y miró a su alrededor. Luego dio marcha atrás y retrocedió a toda velocidad. Ella había dicho aparcamiento. Muy claro.

Esta vez dejó el coche al principio del aparcamiento y recorrió a pie un sendero polvoriento que partía de ahí y conducía también hacia la punta. El Atlántico quedaba a ambos lados, la isla allí era muy estrecha. Una costa rocosa salvaje y muy escabrosa, un caos de agua y rocas. Ninguna casa, nada, la soledad más completa.

Cogió el móvil y marcó el número de Griffon. No obtuvo respuesta.

Entretanto, en el este ya se había hecho de día y el oeste ya estaba iluminado; el sol acechaba justo bajo el horizonte, en breve recorrería su primer tramo y luego asomaría por completo.

¿Qué podía hacer?

—Maldita sea.

¿Dónde estaba Agnès Griffon?

¿Acaso debía regresar a la carretera? ¿Y si todavía no había llegado? Pero eso no podía ser, ella misma había dicho que estaba a punto de llegar. ¿Había tal vez alguna carretera secundaria? Le parecía haber visto una al menos. Sin asfaltar.

Se apresuró a volver al coche.

Con el anterior frenazo el mapa había salido disparado al suelo frente al asiento del copiloto, igual que todo lo demás, la gorra y la botella de agua. Si la vista no lo engañaba, había dos caminos diminutos que partían desde allí. ¿Eran transitables? Imposible

saberlo. Uno iba en dirección norte. El otro, hacia el sur. Este último parecía acabar en medio de un campo, a cierta distancia, antes de llegar al último pueblo. El caminito que llevaba hacia el norte discurría junto al mar hasta el final del cabo. Hasta casi llegar al faro.

Tenía que hacer algo.

El motor aulló de forma espectacular, las ruedas patinaron. Enfiló con el coche hacia el cabo, atravesando un último promontorio de forma alargada. A la izquierda había un camino de grava. Debía de ser el acceso a la casa de Sarah Bernhardt, lo había visto en el mapa. Volvió a frenar. La casa, con forma de pequeño fuerte, era claramente visible.

Nada. Ningún coche. Tampoco vio a Agnès Griffon.

Siguió avanzando con el coche, pero solo pudo recorrer un trecho corto, ya que entonces el sendero desapareció. Tras dibujar una estrecha curva descendente se convirtió en arena, en concreto en una bahía doble, de una belleza casi irreal, con el mar de color turquesa acariciándola por ambos lados, sin nada en medio más que una playa blanca y brillante y algunas rocas.

Para entonces el sol ya había asomado, aún muy suave, e iluminaba el mar, la arena y las rocas. Al final del promontorio había un islote. En el punto más alto se erguía orgulloso el faro Des Poulains.

Dupin se detuvo en la arena. Salió a toda prisa del coche y miró a su alrededor.

—Maldita sea.

¿Dónde estaba ella?

Entonces oyó el ruido de un motor.

Tenía que tratarse de un coche circulando a una velocidad excesiva por la carretera. Todavía no lo podía ver; eso solo sería posible en cuanto el vehículo doblara la curva que conducía a la playa. De pronto, se oyeron chirridos de neumáticos y un ruido metálico. El coche había frenado en el último momento y con fuerza. Aunque seguramente había estado a punto de volcar al tomar la curva estrecha, al final lo había conseguido.

Entonces lo vio. Era una furgoneta de color verde rana, el coche del equipo. Con Le Ber y los demás. Le Ber al volante. Se detuvo justo

delante del parachoques del coche de Dupin.

Labat y Le Menn se bajaron al instante con las pistolas desenfundadas; Le Ber solo un momento después, con la pistola también dispuesta.

—¿Dónde está, jefe? ¿Qué ocurre?

—No lo sé. No la he visto.

—Lleva un Kadjar rojo oscuro. El pequeño SUV de Renault. Con ese vehículo puede ir a cualquier parte. Pero nosotros tampoco lo hemos visto. No hemos visto a nadie. Acabamos de cruzar el aparcamiento.

—¿Seguro que le indicó el aparcamiento? —quiso saber Le Menn.

—Absolutamente.

—Entonces la han interceptado antes de llegar —concluyó Labat.

—¡Mierda!

Dupin golpeó el capó de su coche con el puño.

—O tal vez la perseguían y ha seguido avanzando. —La voz de Le Ber vibraba. Dirigió la mirada hacia el faro, y a continuación hacia un lugar situado al final de la playa—. Para esconderse.

Dupin adivinó lo que Le Ber le estaba intentando decir con la mirada. Resultaba difícil de distinguir, pero mirando con atención se vislumbraba un camino de grava que transcurría justo al lado de la costa y que parecía conducir al faro.

Le Ber echó a correr hacia la playa. Luego se detuvo bruscamente.

—¡Huellas de neumáticos! ¡Huellas recientes! ¡Aquí! ¡Muy claras!

Eso no era todo.

—Y aquí hay otras. Un segundo vehículo.

Regresó a la furgoneta a toda prisa. En cuestión de segundos estaban todos otra vez en sus vehículos. Dupin fue el primero en arrancar el motor. Se precipitó por la arena y llegó al camino. Los neumáticos volvieron a patinar. Dupin se sintió como el día anterior en el barco: unos baches, profundos y grandes, levantaban las ruedas y luego las dejaban caer con dureza. Los ejes no podrían soportar eso mucho tiempo más.

El camino constaba de varias curvas cerradas y luego se dirigía directamente al faro dibujando un gran arco. Pero, de nuevo, ahí no había ni nada ni nadie. Ningún Kadjar rojo, ni ningún otro coche.

Dupin se detuvo frente a la entrada del faro y se apeó del vehículo. Instantes después, la furgoneta también alcanzaba el faro, pero no redujo la velocidad, pasó junto a él sin miramientos por el prado seco y dio la vuelta al faro. Al momento desapareció del campo de visión de Dupin.

¿Qué estaba haciendo Le Ber?

Dupin salió corriendo y también rodeó el faro.

Antes de ver algo, oyó al inspector.

—¡Jefe! ¡Aquí! ¡Acérquese! ¡El coche!

El Kadjar rojo oscuro estaba justo detrás de la casa del faro, con la portezuela del conductor abierta.

No había ni rastro de Agnès Griffon.

—Seguramente pretendía esconderse aquí.

Le Ber había tenido una gran idea.

—En el coche no hay nada, ni en el maletero.

Labat estaba de pie junto a la parte posterior del vehículo.

—Hemos intentado llamarla varias veces, también hace un momento. No contesta —exclamó Le Ber—. Cosqueric viene hacia aquí.

—La casa del faro está cerrada, no puede estar ahí. Hay que buscar por los alrededores.

Le Menn se dirigió hacia el saliente de roca puntiagudo que se prolongaba unos cuatro o cinco metros sobre el agua desde el faro en dirección oeste. Como una mano arrugada con dedos de formas extrañas. Grietas profundas, salientes, nichos de piedra, incluso una pequeña depresión cubierta de arbustos que llegaban a la cintura. Escondites ideales. La crecida de las aguas anunciaba la llegada de la pleamar.

—¿Hola? ¿Señora Griffon?

Le Menn era capaz de imprimir a su voz un volumen impresionante.

Labat sumó la suya:

—¿Señora Griffon? ¡Aquí la policía! ¡No hay nada que temer! ¿Hola?

Se dirigió hacia el lado sur. Sin necesidad de coordinarse, Le Ber y Dupin también se pusieron en marcha y comenzaron a gritar con

fuerza.

Entretanto, el sol había superado la línea del horizonte y desplegaba una potencia impresionante, como si quisiera ayudarles en su búsqueda emitiendo una luz especialmente intensa.

Dupin recorrió un trecho al borde de la planicie rocosa y decidió descender. Unos tres metros más abajo se veía un tramo de arena. Tal vez las rocas se prolongaban un poco. Iban a tener que buscar en todos los escondites posibles.

—¿Hola? ¿Señora Griffon? ¿Está usted ahí?

Tenía que ir con cuidado, la pendiente era muy empinada y podía perder el equilibrio, sobre todo a partir del nivel que solía alcanzar la marea. Por doquier había líquenes sobre los que por la noche se había formado una película finísima y resbaladiza. Dupin casi había llegado al punto arenoso cuando escuchó los gritos de Le Menn. Tenía que estar bastante lejos.

—¡Aquí…! ¡Ma… Gri… on …tá… aquí!

Apenas se la entendía. Pero era suficiente.

Le Menn la había encontrado.

Dupin volvió a encaramarse a toda prisa a la planicie, no sin resbalar peligrosamente en una ocasión y rasgándose los pantalones a la altura de la rodilla. Para ser exactos, pantalones y rodilla.

—¡Aquí! Está aquí.

Ahora la oía mejor, pero todavía no la veía. En todo caso, distinguía la procedencia de los gritos.

Dupin se precipitó hacia allí.

Labat se le unió.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Poco después, el comisario y el inspector alcanzaron la punta occidental más destacada de la isla; a juzgar por los últimos gritos, debían de estar muy cerca.

—¿Le Menn? ¿Dónde está usted?

—Aquí abajo.

A la izquierda, las rocas brillantes se precipitaban de forma abrupta hacia el mar; abajo vieron un saliente situado al nivel del agua. Dupin y Labat descendieron el uno tras el otro. Solo al llegar abajo vieron a

Le Menn. También ella llevaba los vaqueros rotos, y sobre la cara le caían unos largos mechones que se le habían desprendido de la coleta.

—Allí…

La agente se volvió hacia un lado, hacia la pared de roca empinada.

Agnès Griffon.

Yacía atravesada encima de una roca escarpada.

—No hay pulso. No respira —resumió Le Menn—. Muerta. Estrangulada. Como Provost.

Se veía a simple vista. Heridas en el cuello, cara desfigurada y deforme. Expresión de agonía. Así era esa muerte: un sufrimiento inimaginable que se prolongaba durante minutos.

Los brazos y las piernas le colgaban inertes, reforzando de este modo la espantosa impresión. Dupin no tenía duda alguna del diagnóstico de Le Menn, pero se inclinó un instante sobre la señora Griffon, acercó el oído a su boca y le tomó el pulso. Luego sacó el móvil. Al momento localizó el número de teléfono que necesitaba.

Cosqueric.

—¿Diga?

—Al habla Dupin. —Tenían que actuar con rapidez, proceder con audacia—. ¿Dónde se encuentra usted?

Dupin oía ruidos de motor.

—Me dirijo a donde están ustedes.

—¿Dónde exactamente?

—Justo antes de llegar al aparcamiento, nosotros…

—¡Deténgase! La señora Griffon está muerta, estrangulada. El autor ha debido de perseguirla con su vehículo. Acaba de ocurrir. No puede haber escapado por la D25, me lo habría encontrado.

El comisario oyó el estruendo ensordecedor de un frenazo en seco.

—Acordone de inmediato el cabo, Cosqueric. Debe de haber tomado algún camino secundario desde aquí o desde de la punta.

—Me encargaré de ello.

Cosqueric colgó al instante.

Le Menn se acercó a Dupin con el teléfono en la mano.

—A Le Ber se le ha ocurrido el camino de huida que puede haber tomado el asesino. Se marcha de inmediato.

Le Ber también conocía la zona a la perfección, cómo no.

—Se coordinará con Cosqueric.

—De acuerdo.

Labat, mientras tanto, también hablaba por teléfono.

—Sí, exacto. ¡El forense! ¡Y una ambulancia! ¡Al faro de la punta Des Poulains! ¡Enseguida! ¡Ya mismo!

Una orden escueta con la que puso fin a la conversación.

Dupin anduvo un tramo sobre las rocas junto al agua y solo se detuvo cuando le fue imposible avanzar más. Necesitaba un momento a solas. Permaneció un rato inmóvil. Su mirada vagó sin rumbo por el mar, que estaba misteriosamente oscuro a pesar de que el sol ya brillaba con fuerza. Durante unos segundos, Dupin se perdió en sus pensamientos.

¿Qué estaba ocurriendo allí? En esa isla paradisiaca. Fuera lo que fuese, cada vez resultaba más misterioso. Y, también, más brutal.

¿Por qué Agnès Griffon? ¿La exmujer de Provost? Aunque sobre el papel ella seguía casada con él. ¿Qué relación guardaba eso con los acontecimientos anteriores, con el chantaje y el asesinato de Provost? ¿Y con el secuestro de Zinc? ¿Qué historia se escondía detrás de todo aquello? ¿O acaso había varias?

Dupin sintió crecer la rabia en su interior.

Sacó el móvil.

Nolwenn respondió al instante.

—Le Ber me acaba de informar, señor comisario. ¡Esto es el colmo! Y encima en Belle-Île. En un lugar así uno espera encontrar felicidad acadiana, no asesinatos.

—Necesitamos saber cuanto antes con quién ha hablado por teléfono Agnès Griffon en las últimas horas.

—Por supuesto.

—Y averigüe también quién es su abogado. Por el tema del divorcio. Pregúntele si había algo que ella no nos hubiera contado.

—Enseguida. Si no me equivoco, ahora la legítima que le correspondía tras la muerte de Provost también irá al proyecto de energía eólica, siempre y cuando ella no tenga herederos.

—¡Maldita sea!

Nolwenn tenía razón. Era evidente.

—Hablaré con Cosqueric y con la alcaldesa, hemos de aclarar cuanto antes el asunto de la herencia. ¿No le parece demasiado obvio? De nuevo, la señora Megret y su proyecto saldrán beneficiados.

Tenía mucha razón. Resultaba muy obvio.

—Otra cosa, Nolwenn. Necesitamos ver con urgencia los vuelos de ayer y anteayer. Todos los despegues y aterrizajes de la isla.

Era algo que deberían haber hecho ya.

—¡Señor comisario! —exclamó con una más que clara indignación —. Lo comprobamos ayer mismo. ¿No se lo ha dicho nadie?

—No. ¿Y bien?

—Hay un aeropuerto deportivo en Clohars-Carnoët. Ese sería el más cercano a Doëlan. Tras pensarlo detenidamente, Cosqueric, Le Ber y yo lo descartamos. Habría sido muy incómodo y arriesgado para el autor del crimen.

—¿En qué sentido?

—Habría necesitado un vehículo para ir del aeropuerto a Doëlan; no hay conexiones en autobús. Y coger un taxi habría llamado la atención.

—La señora Megret es capaz de aterrizar con su aparato en cualquier camino de tierra.

—A oscuras es demasiado peligroso, y durante el día, demasiado llamativo.

—Mmm. ¿Y qué hay del secuestro? En ese caso, sería bastante concebible.

—Tenemos la lista de todos los vuelos registrados. Ninguno se puede tomar en consideración. La señora Megret y la señora Griffon han volado esos días, pero con usted.

—Averigüe si algún otro vecino tiene licencia de piloto. ¿Tal vez el estudioso de los menhires?

—De acuerdo.

—Por otra parte, podría ser que algunos vuelos no se registraran.

Dupin no aflojaba.

—Es altamente improbable. Le pedí al director del aeroclub que

vigilara.

El comisario se quedó callado. Pero no estaba satisfecho.

A continuación, Nolwenn colgó.

Dupin regresó con los demás.

—¿Alguna noticia de Le Ber o Cosqueric?

—Hasta ahora, ninguna.

—Necesitamos saber dónde están en este momento la alcaldesa y todos los demás vecinos, o, en su caso, dónde han estado entre las siete de la mañana y ahora mismo. Yo me encargaré de Tenom Burlot y de la alcaldesa; Le Menn, usted, de los Fidelin, y Labat, investigue a la señora Corbel. Ah, y dígale que pronto pasaré por su casa.

—¿Y qué hay de Trotter, el de los menhires? —insistió Le Menn.

—Encárguese usted. Pregúntele también por ese centro de Nantes… Mire, no, déjelo; ya me encargaré yo más tarde.

Un segundo después, todos tenían el móvil pegado a la oreja.

—¿Diga?

La voz de la alcaldesa. Alerta, segura de sí misma, dueña de la situación.

—Aquí el comisario Dupin. ¿Dónde se encuentra en este momento, señora? —Se apretó el teléfono al oído para intentar captar ruidos de fondo.

—Buenos días, comisario. Estoy en casa. Ya conoce usted mi rutina matu…

—¿Tiene teléfono fijo?

—02 97 67 12 56.

—¿La puedo llamar ahí?

—Por supuesto. Pero ¿tendría usted la bondad de decirme por qué? —preguntó con un tono descaradamente sarcástico.

—¿Está su marido?

—Hoy ha cogido el primer ferry al continente, a las siete menos cuarto de la mañana.

—¿Puede demostrar que ha estado en casa desde las siete hasta ahora mismo?

—Me temo que no. —Su voz era firme.

—¿Salió en avión anteanoche, o a primera hora de ayer?

—Comisario, usted mismo sabe la hora a la que volamos a las boyas.

—Por favor, responda a mi pregunta.

—¿Anteanoche y ayer a primera hora?

—Exacto.

—Tampoco. ¿Qué le hace pensar tal cosa?

—¿Segura?

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo fue la última vez que voló desde Belle-Île? Sin contar nuestro vuelo juntos.

—El fin de semana, el domingo. Un vuelo privado. Por placer. Si no tengo compromisos, los domingos siempre salgo a volar. Soy miembro del aeroclub. No hay nada que me relaje tanto, yo…

—Agnès Griffon, su prima, ha sido asesinada. Hace muy poco.

—¿Cómo dice? —Un espanto absoluto, fingido o real, se reflejó en su voz—. ¿Agnès? ¿Asesinada?

Apenas la entendía por el tono tan grave y apagado que había adquirido su voz.

—En efecto. Estrangulada. Como Patric Provost. No hace ni una hora.

Dupin había empezado a deambular de un lado a otro por encima del saliente.

La alcaldesa guardó silencio unos instantes. Dupin también calló. Si no tenía nada que ver con todo ese asunto, el asesinato de su prima no podía ser más que una conmoción tremenda para ella.

—No es posible.

A Dupin le pareció oír un sollozo.

—¿Quién lo ha hecho?

—Aún no lo sabemos.

—Usted…

Monette Megret se vino abajo.

—Por favor, acepte mi más sentido pésame, señora.

—¿De verdad…? ¿Cómo se le puede haber pasado a usted por la cabeza que la he matado? —espetó ella entonces con un desconcierto lleno de rabia—. ¿A mi propia prima? ¿De veras? ¿A ella y a Patric

Provost?

—Yo solo hago mi trabajo, señora.

—¡Pues yo diría que más bien lo descuida! —La agresividad ahora era total—. Y si encima se dedica a pensar esas tonterías, resulta imperdonable.

El dolor verdadero que la dominaba hasta ese momento se convirtió entonces en auténtica rabia. Dupin no podría cambiar eso, pero tampoco se podía permitir ninguna consideración.

—¿Sabe usted en quién recaerá la herencia de su prima?

—En su hermana, supongo —respondió al instante—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿La hermana también vive en la isla?

—No. En Cornualles. Es mucho mayor.

—Gracias, señora Megret —se despidió Dupin, invadido por una súbita sensación de apremio—. Seguramente volveremos a hablar y a vernos muy pronto. Hasta luego.

—Yo… *Au revoir*, comisario.

Dupin colgó.

Los pensamientos se apresuraban. Ahora había mucho que hacer. Y, como siempre, le encantaría poder hacerlo todo a la vez. Pero antes tenía que efectuar la segunda llamada. Al instante volvía a tener el teléfono en la oreja.

—¿Sí?

—¿Tenom Burlot?

Dupin no había reconocido esa voz.

—No soy él, pero este es su teléfono.

Era una voz de mujer.

—Soy el comisario Dupin. ¿Con quién hablo?

—Con Marie. Marie Boucher. Nos vimos ayer.

La compañera de Burlot, la pastora que había visto con el rebaño de Provost en la playa Des Grands Sables.

—¿Está el señor Burlot?

—Ha salido a comprar baguetes. En Le Palais.

—¿Está usted en su casa? ¿En Islonk?

Labat y Le Menn ya habían terminado sus llamadas y habían

regresado junto al cuerpo de Agnès Griffon.

—Sí.

Eso también era nuevo; tal y como Dupin interpretaba la situación, Tenom Burlot y Marie Boucher eran pareja. Burlot no lo había dicho, ni lo había dado a entender. Pero eso, claro, no era ningún delito.

—¿Usted y el señor Burlot tienen una relación?

—Sí, se podría decir que sí.

—¿A qué hora ha salido él de casa?

—Mmm. La verdad es que me acabo de despertar. Pero siempre lo noto cuando se levanta. Debería de ser un poco más de las siete, creo. Sobre las… —No terminó la frase—. ¡Ah! ¡Aquí está! Tenom está entrando por la puerta. ¿Quiere hablar con él?

—Sí, por favor.

—Es el comisario —le oyó decir Dupin—. Quiere hablar contigo.

Una breve pausa, y luego:

—¿Señor comisario?

—¿De dónde viene, señor Burlot?

—He ido a la panadería. Donde siempre. En Le Palais.

Esa voz de una amabilidad casi hiriente. No parecía estar enterado del asesinato de Agnès Griffon. O tal vez solo lo disimulaba. Dupin no quiso decirle nada de momento. Si el pastor era inocente, sería macabro. Pero no había otro modo.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Yvonne. Como ayer. La dueña de la panadería.

—¿A qué hora ha salido?

—Sobre las siete y cuarto. ¿Por qué?

Su compañera y él no habían tenido ocasión de ponerse de acuerdo, era una buena comprobación. Por lo tanto, él había estado ausente unos sesenta minutos.

—¿Por qué ha vuelto tan tarde?

—Me he tomado un café con Margot. Lo hacemos de vez en cuando por la mañana.

—¿Viene de allí?

—Así es.

—¿Ha vuelto a comprar baguetes para los vecinos?

Un punto importante.

—En efecto.

—¿Y se las ha llevado en persona? ¿A los Fidelin y a la señora Corbel?

A estas alturas, solo quedaban esos.

—Exacto. Por eso he estado en casa de Margot. Agnès no estaba. De hecho, ella también me había pedido una.

—Entonces ¿acaba de ver usted a la señora Corbel?

—Sí. Primero he ido a su casa. Y luego he seguido. Por la mañana no es muy habladora.

—¿Cuándo ha estado en casa de ella?

—¿Por qué pregunta todo esto?

—Contésteme.

—Creo que sobre las ocho menos veinte. Más o menos.

—¿Y luego ha ido inmediatamente a casa de Margot Fidelin?

—Eso es.

—¿No antes de las ocho menos cuarto?

—No.

—¿Y luego ha pasado una media hora con Margot Fidelin?

—En el banco.

—¿Ha visto usted al señor Fidelin?

—Sí, un instante.

—¿Al llegar o al marcharse?

—Al llegar.

Dupin hizo una pausa. Se oía una sirena que se aproximaba cada vez más. La ambulancia. U otros coches patrulla. Si todo aquello era cierto, y era algo que se podía comprobar con facilidad, Tenom Burlot tenía una coartada irrefutable. Y no solo él. También los Fidelin y la señora Corbel. Era imposible que el asesino hubiera estado de vuelta antes de las ocho.

—De acuerdo, señor Burlot. Tengo malas noticias. —Dupin decidió ser escueto—. Agnès Griffon acaba de ser asesinada.

La reacción tardó un rato en llegar.

—¿Cómo dice?

—Su vecina ha sido asesinada. Estrangulada. Hace unos cuarenta y

cinco minutos.

Esta vez Burlot aún tardó más en reaccionar.

—No me lo creo. Tengo que sentarme.

—Hágalo.

—Eso es espantoso… —Enmudeció.

—Sí, es espantoso. Muchas gracias por sus respuestas. —Dupin sabía lo que necesitaba saber—. Me pondré en contacto con usted. *Au revoir*.

—*Au revoir* —se despidió Burlot muy apesadumbrado.

—¿Qué hay de Manuel Trotter? ¿Dónde estaba?

Dupin, Labat y Le Menn se habían vuelto a reunir junto al faro. Un médico de la isla y un gendarme se hicieron cargo del cuerpo hasta la llegada del forense. A fin de cuentas, ya tenían la información más importante para la investigación: la hora y la causa de la muerte. Si en el cadáver había pistas sobre el autor de ese asesinato, solo se sabría tras el examen en el laboratorio.

Le Menn acababa de hablar con Trotter.

—Dice que estaba con los menhires desde antes incluso del amanecer. Ha salido a las seis y media de la mañana y no se ha encontrado a nadie.

Por supuesto que no. Por otra parte, aquello cuadraba con lo que le había contado ayer sobre su proyecto de investigación. Sin embargo, Trotter no tenía coartada. Y desde Jean y Jeanne a la punta Des Poulains en coche había menos de cinco minutos. Tres, si uno se lo proponía.

—Acaso él…

El teléfono de Dupin sonó.

Le Ber.

—Huellas recientes de neumáticos, jefe. En uno de los senderos al norte de la D25, que discurre paralelo a la punta. Podrían ser del vehículo del agresor.

Por fin, un pequeño éxito. Hasta el momento, el asesino había actuado de una forma tan discreta que se podría pensar que era un fantasma.

—¿Está usted seguro?

—Bastante. Las hemos descubierto en un breve tramo de arena del camino. Recientes.

Le Ber era bueno para esas cosas, un rastreador celta.

—¿Se puede inferir algo de las huellas? ¿Ancho del neumático? ¿Modelo?

Dupin empezó a dar vueltas en torno al faro.

—No.

—¿Hace falta un todoterreno para el camino? ¿Tracción a las cuatro ruedas?

—No necesariamente, aunque es preferible. De todos modos, esto demuestra una cosa —resumió Le Ber—: el autor o autores son de la isla. Ese camino se separa de la carretera justo antes de la playa. Donde estábamos antes tiene la apariencia de un sendero de arena, pero un poco más adelante se ensancha. Solo alguien de la zona sabe que se puede circular en coche por él.

De hecho, Dupin no lo había visto.

—Que la científica examine todo el camino.

—Hecho, jefe.

—Buen trabajo, Le Ber.

Dupin colgó de inmediato.

—Ahora, a por nuestra admiradora de la Bernhardt. Labat —dijo el comisario tras informar brevemente de la conversación telefónica con Le Ber—, ¿ha hablado con la señora Corbel?

—Tendencialmente, una conversación desagradable.

Dupin no lo dudaba. Desagradable para ambas partes. Seguro.

—Según ella, ha estado en casa entre las siete y las ocho y cuarto. A las nueve tiene una reunión en el museo. Al parecer, asistirán las cuatro alcaldesas y el alcalde de la isla. Se ha levantado a las siete menos cuarto; a eso de las ocho menos cuarto, Tenom Burlot se ha pasado por su casa y…

—… le ha llevado su baguete —acabó de decir Dupin.

—Exacto. Usted lo sabe todo.

Labat lanzó una mirada de desaprobación a Dupin, que se volvió hacia Le Menn.

—En torno a las ocho menos cuarto, Burlot dice que se ha pasado

por casa de los Fidelin y que ha tomado un café con Margot Fidelin en la terraza. Hasta las ocho y cuarto más o menos. También les ha llevado las baguetes.

—Coincide con la información de la señora Fidelin —asintió Le Menn.

—¿Ha hablado también con Byn Fidelin?

—Él estaba en la destilería desde las siete. Debe de haber estado destilando toda la noche. Hasta las cuatro.

—Entiendo.

Dupin iba tomando notas de todo lo mejor que podía estando de pie. Era importante.

—Tengo que llamar a la hermana de Agnès Griffon.

No le quedaba más remedio. Ella tenía derecho a saber cuanto antes lo que le había ocurrido a su hermana.

—Y piense también en su pareja —le recordó Le Menn—, el hombre de Vannes.

Dupin lo había olvidado por completo.

—Lo haré.

—Por cierto, Nolwenn ha intentado localizarle —le informó Labat.

—Dígale que me pondré en contacto con ella en diez minutos. O quince. Si tiene algo urgente que decirme, interrúmpame durante la llamada.

—Como quiera.

Al instante tenía el móvil en la mano.

Dupin anduvo hacia la pequeña hondonada. Era increíble cómo entre rocas peladas e inhóspitas surgían de pronto áreas vegetales de espesura selvática, con unas plantas similares a los helechos y que eran más altas que Dupin. Era un verde muy intenso que contrastaba con los tonos turquesa, cada vez más extensos, de la laguna, y con su deslumbrante arena blanca bajo el azul pastel del cielo. Aquel era uno de los lugares más bellos que Dupin había visto en la Bretaña. Sin ninguna duda. Aunque no tuviera tiempo para admirarlo.

El sol ya llevaba recorrido un buen trecho desde el horizonte. Ahora se comenzaba a sentir lo que se había propuesto para ese día: regalar a la Bretaña otro sofocante día de verano. A esa hora, Dupin ya

necesitaba la gorra.

Habían sido dos llamadas telefónicas difíciles.

La hermana de Agnès Griffon se encontraba en una carnicería de St. Ives. Dupin se había ofrecido a llamarla más tarde, pero ella, por supuesto, exigió saber de inmediato, con voz alarmada, por qué un comisario francés de Belle-Île la llamaba a Cornualles. Aunque las hermanas no se veían a menudo, se tenían mucho aprecio. Dupin percibió el impacto que la noticia causaba en la mujer. Luego le preguntó por el testamento. Había sido redactado diez años atrás. Ella sabía que la había nombrado única heredera. Tenía una copia. No tenía noticia de que se hubiera producido ningún cambio, por ejemplo, a favor de la nueva pareja de Agnès Griffon.

Dupin había bajado hasta la playa por el camino hacia el faro que antes había recorrido en coche. En esta ocasión reparó en que desde allí se podía ver el fuerte de Sarah Bernhardt. Desde ahí llamó a Michel Gac, la pareja de Agnès Griffon.

Gac se había desmoronado. Se encontraba en París en viaje de negocios y, según informó con voz especialmente animada cuando Dupin lo llamó, estaba en el hotel y acababa de salir de la ducha. La llamada duró más que la de la hermana de Griffon. Él no dejaba de preguntar por el motivo. Ese catastrófico «¿por qué?». No sabía de ningún conflicto que ella hubiera podido tener con alguien. Excepto los que tuvo con Provost, que fueron graves.

Mientras hablaba con Gac, Dupin había seguido caminando sin un rumbo concreto. Tras colgar, tuvo ganas de tomar un whisky doble de *Les Six Reines de la Belle-Île*.

De nuevo se llevó el teléfono a la oreja.

Era urgente hablar con Nolwenn.

—¡Señor comisario! Tenemos nueva información. Tengo la lista de llamadas del móvil de Agnès Griffon. Ni una sola esta mañana, excepto la que le ha hecho a usted a las 7.16. Le envío el listado. A primera vista, no hay nada sospechoso. Unas cuantas llamadas a su pareja en los últimos días; dos a los Fidelin. Las demás, a compañeros y compañeras de trabajo.

Nevou y Nolwenn habían sido rápidas.

Dupin llegó a la entrada del fuerte de Sarah Bernhardt.

—El abogado de la señora Griffon es de Vannes de toda la vida. He hablado con él por teléfono. No se le ocurre nada destacable que comentar. Afirma que las discusiones con el abogado de Provost fueron duras, pero, y cito, «no hostiles». Provost era de una tacañería enfermiza. Nada que nos sorprenda. Por cierto, él sabía en qué notario había depositado el testamento la señora Griffon. Lo conseguiré en breve. Extraoficialmente.

—Ya sé lo que dice. —Dupin se corrigió—. Bueno, lo que se supone que dice. Lo lega todo a su hermana en Cornualles, acabo de hablar con ella por teléfono. La alcaldesa, su prima, me ha hablado de la hermana…

Dupin oyó entonces un coche detrás de él. Miró alrededor y lo reconoció de inmediato. Un todoterreno Citroën de color verde oscuro.

—Ya está aquí.

—¿Quién?

—Monette Megret. Esta mañana tiene una cita con la señora Corbel y las demás alcaldesas y alcaldes de la isla. Aquí, en el museo.

—Me figuro que está usted paseando, señor comisario.

Nolwenn conocía demasiado bien a Dupin. De hecho, él temía tener que escuchar otra historia de Sarah Bernhardt. Pero eso no ocurrió.

—Esta mañana hay mucho alboroto en la punta Des Poulains.

En efecto.

—La alcaldesa no parece especialmente afectada por el asesinato de su prima. Pero, en fin, las reuniones de negocios tienen prioridad.

La alcaldesa había pasado junto a él a toda velocidad con su coche, agitando y levantando piedrecitas aquí y allá. O no lo había reconocido, cosa muy improbable, o había decidido ignorarle, lo cual era ridículo. Dupin miró la hora. Las 8.49. La reunión empezaba en once minutos. La alcaldesa era muy puntual.

—Prosigo, señor comisario. Ya sabe lo más importante: ahora, la hermana de Agnès Griffon recibirá la legítima que habría heredado de Provost. Una buena cantidad. Por lo tanto, ese dinero no se destinará al proyecto *Smart Island*. En cuanto al título de piloto: aparte de

Monette Megret y Agnès Griffon, no lo tiene nadie más. Tampoco el tipo de los menhires. ¿Alguna novedad por su parte?

Dupin la puso al día lo mejor que pudo.

Se produjo una breve pausa.

—¿Ha oído usted la historia de Aligaga?

Aquello sonaba sospechosamente a Sarah Bernhardt.

—Así es como ella llamaba a su caimán. Aligaga. En serio. Bien, pues, ¿sabe cómo murió? El diagnóstico oficial del médico de la isla fue ¡sobredosis de champán! En fin, señor comisario, *ken emberr*.

—*Ken emberr* —suspiró él.

Era un edificio peculiar, colosalmente sencillo. El fuerte —rectangular, alargado, de techo plano— parecía un único e inmenso ladrillo que alguien hubiera colocado en medio del paisaje. El revoque pintado con un tono amarillento se había desmoronado en varios puntos, dejando al descubierto las piedras toscas de color claro con las que se había construido esa instalación militar. Tampoco era muy alto, seis metros como mucho. Unas troneras se alternaban en la parte superior cada pocos metros con un voladizo. Las ventanas, seguramente añadidas a esos muros macizos por la estrella mundial, desentonaban por completo con el estilo y el carácter del edificio, que no resultaba acogedor. Por otra parte, pese a ser una fortaleza, sus dimensiones eran bastante modestas. Costaba imaginar que la isla hubiera podido ser defendida desde ahí.

El camino de acceso al fuerte conducía directamente a la entrada. La señora Megret había estacionado al final del todo. Tal vez para dejar sitio a los demás coches, los cuales aún no habían llegado. En cambio, había un coche aparcado a la derecha del fuerte, en un prado seco. Un Citroën DS. Un modelo raro. El coche favorito de Dupin. En concreto, un DS descapotable, aún más raro. Rojo. Y en perfecto estado. Aunque hasta ahora no lo había visto en Islonk, estaba seguro de que aquel era el vehículo de la señora Corbel. ¿Quién más se permitiría una extravagancia como esa?

¿Y si las dos mujeres tenían algo que tratar de antemano? Dupin decidió hacerles una visita sorpresa.

Por el lado sur, donde estaba la entrada, el fuerte casi llegaba al borde de una romántica bahía íntima de una belleza impresionante. Unas rocas de formas extrañas se erguían abruptamente desde el mar, evocando los paisajes de Monet, aunque estos en miniatura. La entrada tenía un aire militar; la gran puerta principal era de color gris marengo y estaba abierta.

—¿Señora Corbel? ¿Señora Megret? ¿Hola?

Dupin habló fuerte, alto y claro.

Ninguna respuesta.

Entró. Una luz tenue le dio la bienvenida. En el interior hacía más frío, estaba casi helado. Sus pasos resonaron sobre el suelo de piedra. El fuerte era un edificio curioso, incluso por dentro: con el tiempo, a las bóvedas desnudas se les habían ido añadiendo paredes de madera; había un vestíbulo, una cocina, un salón, un dormitorio… Todas las estancias estaban completamente amuebladas, al parecer, tal como eran en vida de la Bernhardt. Una escalera de madera parecía conducir al tejado. La casa carecía de segundo piso.

—¿Señora Corbel? ¿Señora Megret? ¡Soy el comisario Dupin!

Silencio total.

Siguió avanzando.

Llegó entonces a un salón enorme. Había una mesa larga, con mantelería blanca y vajilla del mismo color, copas de cristal, jarra de agua, un magnífico candelabro de varios brazos, ocho sillas altas de madera oscura. Junto a las paredes de madera, a derecha e izquierda, armarios antiguos y artísticamente decorados. La mesa se encontraba en la prolongación de un ventanal panorámico que, casi a ras de suelo, ofrecía una fabulosa vista de la laguna, la isla y el faro. Todo parecía sobreexpuesto. Los ojos de Dupin ya se habían acostumbrado a esa estancia sombría.

No faltaba nada. Era como si Sarah Bernhardt todavía viviera allí, como si la casa siguiera habitada. Como si estuviera todo dispuesto para una divertida velada con sus ilustres amistades: pintores, bohemios, actores, personajes de la realeza. Se intuía incluso a los fox terrier correteando en torno a la mesa, la boa retorciéndose alrededor de las sillas, el león trotando por el pasillo.

Era fascinante y espeluznante al mismo tiempo.

Dupin volvió a dar voces.

Por fin oyó algo. Al final del pasillo. Sonidos, el chirrido desagradable de una puerta, y entonces:

—¿Hola? —Una voz de mujer—. Estamos aquí atrás. ¡Aquí!

La señora Corbel salió al pasillo para recibirlo. Esta vez había elegido un vestido de un rojo intenso, con volantes en las mangas, que encajaba a la perfección con el ambiente del lugar. En los pies, unas elegantes bailarinas negras.

—La alcaldesa y yo tenemos cosas que hacer, señor.

—Supongo que están de duelo por su vecina, la señora Griffon.

—Lo estamos. Desde luego. —Dirigió una expresión despectiva hacia Dupin—. Pero en otro momento.

Él se mantuvo impasible.

—Pensaba que había una reunión con todos los alcaldes de la isla.

Ella levantó la barbilla:

—Y así es. Pero a última hora la hemos retrasado hasta las nueve y cuarto.

—Supongo que el museo pertenece al municipio de Sauzon, y no al de Bangor.

Al parecer, Monette Megret no tenía intención de aparecer.

—No es una cuestión del municipio.

—¿Y de qué se trata entonces?

Ella le dirigió la misma mirada despectiva de antes.

—¿No tiene usted un asesinato que resolver? Dos asesinatos. ¡Un asunto muy desagradable!

Indignación extrema.

—Eso hago, señora. Así pues, ¿qué es este asunto que tienen que tratar ahora aquí?

—La ayuda de los acadianos a la ampliación prevista del museo.

La alcaldesa había aparecido como salida de la nada. Parecía afectada. Todo el dinamismo y la energía que irradiaba el día anterior habían abandonado su rostro y su compostura. ¿Acaso estaba fingiendo? De ser así, resultaba muy convincente.

—¿Los acadianos?

—Recuerde que soy su presidenta.

Megret intentaba adoptar una actitud resuelta, cuidada.

—¿De verdad vamos a tratar de todo esto con el comisario? —La señora Corbel se dirigió a la alcaldesa.

—No tenemos nada que ocultar.

Corbel hizo un gesto teatral.

—¡Bobadas!

Luego giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta al final del pasillo. La señora Megret la siguió mientras hablaba: —Como le he dicho, los acadianos apoyamos a las instituciones importantes de la isla —dijo casi de manera mecánica—, sobre todo, el patrimonio cultural. No solo mediante aportaciones procedentes de las arcas de la asociación, sino también con campañas de recaudación de fondos dirigidas a particulares. Evidentemente, Sarah Bernhardt es muy importante para nosotros. Estamos sopesando la posibilidad de participar en la construcción del nuevo edificio. Hace tiempo que nos lo planteamos —añadió.

—¿De qué importe hablamos?

Dupin se acercó mucho a ella.

—De unos cincuenta mil euros.

Se pasó la mano por el pelo. Lo acababa de entender.

—Pues claro. Ahora la ampliación es posible. Todos los inmuebles y propiedades de Provost serán vendidos, y todo el dinero se destinará al proyecto *Smart Island*. —Le había costado caer en la cuenta—. Supongo que el municipio tiene el derecho de tanteo sobre el prado de Provost de aquí al lado, y que, lejos de poner trabas al nuevo edificio del museo, lo fomentará. Así pues, desde ayer no hay nada que se interponga en el proyecto.

Y eso era aplicable también a muchas otras iniciativas de otros belliloises cuyas ideas y planes Provost había bloqueado. Se preguntó si tal vez no habían prestado suficiente atención a este aspecto en la investigación. ¿Quiénes se beneficiaban de la muerte de Provost y en qué medida? Pero, en ese caso, ¿cómo entender el chantaje y el secuestro? Y sobre todo: ¿por qué había tenido que morir Agnès Griffon? Con el asesinato de Provost bastaba.

—Así es —confirmó la señora Corbel con tono teatral—, y no intentaré siquiera disimular lo feliz que eso me hace. ¡Ni tampoco, que no pienso perder ni un segundo en poner en marcha el proyecto!

Aplaudió de forma afectada.

La señora Megret añadió con tono serio:

—Es justo así, señor comisario. El municipio de Sauzon se convertirá sin duda en el nuevo propietario de los terrenos situados aquí, encima del fuerte, donde se realizará la ampliación del museo. Todo como es debido y de manera legal. Por el interés público. Ayer por la tarde, el alcalde ya comunicó su voluntad de comprarnos el terreno del proyecto *Smart Island*.

Entretanto habían entrado en una pequeña habitación alargada con una ventana diminuta que al parecer hacía las veces de despacho. También allí todos los muebles eran de época: una mesa estrecha, estanterías antiguas, un secreter bajo la ventana con un ordenador encima.

—Ustedes dos no pierden el tiempo. ¿Acaso el nuevo edificio es el tema de la reunión con los alcaldes?

Sobre la mesa colgaba una fotografía de gran formato en blanco y negro. Sarah Bernhardt miraba a la cámara con una pose teatral y coqueta. Llevaba un vestido blanco de manga larga con un sombrero muy elegante, también blanco. Junto a ella había una cómoda repleta de flores, útiles de maquillaje y varias muñecas de porcelana. Casi en el mismo borde de la imagen, había dos mujeres extraordinariamente parecidas a la Bernhardt y con un atuendo semejante.

La señora Corbel reparó en la mirada de Dupin.

—El mundo entero la adoraba, todos la querían. ¡Y ella se entregó al mundo! Pero de vez en cuando necesitaba su descanso, así que contrataba a unas jóvenes que se le parecían, las vestía como ella y hacía que pasearan por la isla. —Hizo una breve pausa y retomó la pregunta de Dupin—. La reunión de hoy está programada desde hace tiempo. La convoqué yo misma. —Empezó a acalorarse—. Gira en torno a una serie de puntos sobre cómo promocionar Belle-Île como la isla de Sarah Bernhardt. Por ejemplo, estoy considerando la posibilidad de celebrar aquí una semana internacional del teatro.

Sobre todo, seminarios de interpretación dirigidos por auténticas estrellas. Recorridos multimedia por la isla siguiendo los pasos de Sarah Bernhardt. Pero —admitió con magnanimidad—, por supuesto, los acontecimientos actuales han puesto en el orden del día la cuestión de cómo avanzar en la construcción del nuevo edificio.

El móvil de Dupin les interrumpió.

Le Ber.

Salió al pasillo.

—¿Sí?

Entró en la estancia más próxima.

—¿Dónde está, jefe? Lo estamos buscando.

—Con la señora Corbel. La señora Megret también está presente; va a celebrarse una reunión de los alcaldes de la isla que tratará sobre la ampliación del museo en el terreno de Provost. Todo indica que este pasará a manos del municipio de Sauzon, lo que significa luz verde para el proyecto.

—Fabuloso.

Una cosa estaba clara: Le Ber estaba a favor de la expansión.

—Bueno, las consecuencias son extraordinarias, jefe. El ayuntamiento de Bangor comprará el terreno de Jean y Jeanne y hará algo por los menhires, tal y como reclama Trotter. La destilería de whisky se ampliará, y Margot Fidelin tendrá su estudio de cerámica. Si Zinc es liberado y todo va bien, podrá remodelar su casa. Tenom Burlot posiblemente podrá comprar la granja de ovejas, y quizá también algunos terrenos, al menos el que está detrás de la playa Des Grands Sables. Y si la señora Griffon no hubiera sido asesinada, en breve sería una mujer libre y con una posición acomodada.

Dupin se detuvo. Desde luego, así presentadas, las consecuencias eran impresionantes.

—¿Ha hablado ya con la hermana y con la pareja de Agnès Griffon, jefe?

—Sí.

Dupin le informó brevemente.

Ahora se encontraba en el dormitorio de la estrella mundial, donde había una cama enorme. Madera maciza de color casi negro, decorada

con un sinfín de tallas; estructura inferior de forma abombada y un cabecero alto y ornamentado. De hecho, la propia cama parecía una fortaleza sombría. Frente a la cama, como en una película de terror, había una Sarah Bernhardt en tamaño natural. Una figura de cera que habría complacido a la mismísima madame Tussaud y que lucía el mismo vestido que llevaba en la fotografía, lo que resultaba particularmente espeluznante.

Le Ber continuó con su informe:

—El cadáver de la señora Griffon va camino del laboratorio en un barco de la policía. Y el personal de la científica está examinando el coche, la escena del crimen, la ruta de escape y las huellas de los neumáticos. Sobre la lista de llamadas, seguro que ya ha hablado con Nolwenn.

—¿Alguna otra cosa, Le Ber?

—Dos colegas han ido a casa de la señora Griffon. Sobre todo, para ver si encontraban alguna carta de amenaza o de chantaje. Tal vez a alguien se le ocurrió que ahora la señora Griffon era rica y que merecía la pena sacarle algo.

Eso tenía su lógica.

—¿Y bien?

—Hasta ahora no han encontrado nada.

—De acuerdo.

Dupin se frotó la sien. Era importante no perder de vista el secuestro de Zinc, sobre todo tras el asesinato de la señora Griffon.

—¿Le esperamos, jefe? La escena del crimen está acordonada. Si no, yo dejaría dos gendarmes aquí apostados y volvería a casa un momento. Hemos salido a toda prisa y solo voy vestido para salir del paso —reconoció, algo incómodo.

—De acuerdo. Nos encontraremos en el Goulou en tres cuartos de hora.

—No abren hasta el mediodía, jefe.

—Maldita sea. —Se le había olvidado por completo—. En ese caso, donde cenamos anoche.

Daba igual dónde, necesitaba desesperadamente un café.

—De acuerdo. Hasta luego, jefe.

—Hasta luego.

Dupin regresó a la habitación del final del pasillo. Las dos mujeres estaban sentadas y conversaban en voz baja.

La señora Corbel levantó la cabeza con expresión severa.

—Si nos pudiera dejar hablar sin molestarnos unos minutos más, señor comisario. Bastante desafortunado fue que…

—Su vecina ha sido asesinada en un lugar que desde aquí está al alcance de la vista.

Dupin se había detenido frente a la pequeña ventana. Era espeluznante: desde ahí se veía el faro y la parte de la isla donde había ocurrido todo.

—Eso es tremendo. —La alcaldesa tenía la mirada extrañamente perdida y la voz rota—. Pero ahora nuestra labor no debe detenerse. A fin de cuentas, se trata de Sarah Bernhardt. Lleva mucho tiempo esperando el nuevo edificio —añadió muy indignada—. Así que… ahora…

—¿Hola? ¿Señora Corbel? Ya estamos aquí.

En el vestíbulo se oyó una voz masculina.

—¡Vaya por Dios! —La señora Corbel increpó a Dupin—. Ahora están todos aquí y no hemos podido hablar de casi nada.

Chasqueó la lengua y se levantó.

—Monette, luego tendrás que quedarte un poco más.

La alcaldesa asintió distraída.

—Y ahora, señor comisario, si nos disculpa. —La señora Corbel avanzó dejando plantado al comisario—. Ya ve lo necesaria que es la ampliación. Aquí ni siquiera nos podemos reunir. Tenemos que hacerlo al aire libre. Por lo menos tenemos el Sarahtorium a nuestra disposición. —Se volvió hacia Dupin—. ¡Seguro que no sabe qué es, señor! Era su terraza privada, un lugar de intimidad a la sombra de la casa. Allí invitaba a las mentes más destacadas para conversar y tomar café a primera hora de la tarde. Allí, y solo allí, se abandonaba a sí misma.

La señora Corbel salió a toda prisa de la estancia. La alcaldesa la siguió.

—Está usted invitado a visitar el museo, siempre y cuando no

perturbe nuestra reunión —oyó que le decía desde el vestíbulo.

Dupin aguardó un instante. Le estremecía la perspectiva de coincidir con el grupo de alcaldes deseosos de saber cómo avanzaban las investigaciones; sin duda le expresarían de forma elocuente lo perjudiciales que eran los asesinatos durante la temporada alta.

Dupin se alegró de la media hora que había ganado antes de la reunión para ponerse al día. Se dispuso a dar un paseo. Necesitaba reflexionar. Por primera vez, en esa extraña fortaleza le había sobrevenido la sensación de que estaba pasando algo por alto. Aquello le era familiar, le provocaba una fuerte desazón, una especie de impotencia, sobre todo porque era algo muy vago. Ni siquiera sabía qué la había desencadenado: si la conversación con las dos mujeres, la llamada telefónica con Le Ber, algo de la casa, o tal vez un pensamiento completamente distinto. A veces, el detonante en sí resultaba ser un indicio, una pista. Pero antes tenía que saber qué había sido.

Quizá no estuviera pasando nada por alto; a fin de cuentas, la inquietud febril de la noche anterior en la terraza del Goulou no había aportado nada. Con todo, le vendría bien tener una revelación. Si la observación y la razón eran incapaces de dar sus frutos, ¿intervendría su subconsciente? Ahora se enfrentaban a dos asesinatos, un chantaje y un secuestro. La magnitud del caso era enorme. Los dos primeros crímenes habían tenido una motivación claramente económica, pero todo indicaba que en el caso de la muerte de Agnès Griffon no era así.

Dupin abandonó el fuerte y tomó un sendero escabroso y de una belleza impresionante en dirección al mar para llegar a la ruta de senderismo que rodeaba la isla. A lo largo de ella asomaba por encima de las aguas un número inmenso de rocas de formas extrañas y cubiertas de líquenes. Por su imponente tamaño, algunas le hicieron pensar en los menhires y, por lo tanto, en su espantoso sueño. El azul del cielo se había intensificado. Y la temperatura también. No corría la menor brisa. Y tenía la gorra en el coche.

—¡Maldita sea!

Se detuvo. No se veía un alma a su alrededor.

¿Qué estaba ocurriendo ahí?

En el horizonte, a lo lejos, le pareció ver tierra. Montañas. Se orientó. Sí, estaba claro: estaba mirando en dirección oeste. Y por ahí no había tierra. No hasta Terranova. Pero cuanto más centraba la mirada, más claro lo veía. No eran nubes, ni tampoco niebla, seguro. Sacudió la cabeza. Las montañas no desaparecieron. Al contrario, cada vez eran más claras. Debía de tratarse de una de esas ilusiones ópticas que el mar creaba al interactuar con las condiciones atmosféricas y meteorológicas. Claire se lo había explicado una vez, para ella ni siquiera las leyes ópticas eran un misterio. ¿Y si todo era efecto de una insolación?

El sonido penetrante de su móvil le sobresaltó.

Le Ber. De nuevo.

—¿Sí?

—Noticias, jefe.

—¿Sí?

—He seguido indagando sobre el asunto de los acadianos. —Dupin percibió una especie de contrariedad en la voz de Le Ber—. La cuestión del amiguismo. Es decir…

—Le Ber, hable.

—Pues bien, los acadianos participan en la mayoría de los contratos del proyecto *Smart Island*. No en la construcción de los aerogeneradores en sí, sino en casi todo lo demás. Por ejemplo, todas las obras en la isla las realiza el mayor contratista de aquí. Sin embargo, todo eso está sometido a un control riguroso por parte de la administración de Rennes, sobre todo porque la región aporta sumas enormes de dinero. En este caso se aplican unas normas muy estrictas.

—¿Y bien? ¿Provost estaba involucrado en algo? ¿O Zinc?

—No hay ningún indicio de tal cosa, no.

—¿La señora Griffon?

—No.

—¿La alcaldesa?

—Tampoco.

—Entonces siga investigando, Le Ber.

Tal vez dieran con algo. En cualquier caso, el tema era interesante.

—Eso hacemos, jefe. Nevou está en ello.

—Bien, Le Ber. Ahora nos vemos.

Dupin colgó. Tenía que regresar al coche. Miró al mar con cautela, en dirección oeste. Pero ahí ya no se veía nada: ni tierra, ni montañas. Solo el horizonte con su delicada línea de color azul ultramar.

De nuevo ese sonido enervante del teléfono.

El comandante de la isla.

—¿Sí?

—¡Es Zinc! Está en la isla de Houat. Ha logrado liberarse y llegar hasta una casa. Está herido, pero bien.

—¿El capitán?

Dupin se quedó quieto, como paralizado por un rayo. Antes de que Cosqueric pudiera proseguir, Dupin siguió preguntando:

—¿Ha dicho algo? ¿Ha visto a su secuestrador?

—Acabamos de recibir la llamada de un señor de París que tiene una casa en la isla con su mujer. Zinc apareció de pronto en su jardín. El hombre llamó a emergencias.

—¿Cómo llegamos a Houat?

Dupin echó a andar a toda prisa.

—Con Goulch. Tiene la embarcación amarrada en Le Palais. Lo llamo. Hasta Houat son quince minutos.

Dupin sabía lo que eso significaba. Quince minutos a toda velocidad. Daba lo mismo.

—Ya hemos avisado al médico de allí —añadió rápidamente Cosqueric.

—Nos encontraremos en el puerto. ¿Tiene el número de teléfono de ese señor de París?

—Se lo envío ahora mismo, comisario.

—Y llame al hermano de Zinc. Debería saberlo de inmediato.

—Ahora mismo.

Dupin colgó.

Al cabo de unos minutos llegó a su coche. Vio de soslayo que había perdido el tubo de escape; eso habría provocado el ruido metálico de antes.

El mensaje de texto de Cosqueric ya le había llegado, lo había leído

mientras se dirigía al coche. Dupin marcó el número con la mano izquierda mientras con la derecha giraba la llave de contacto. Se apretó con fuerza el teléfono contra la oreja: sabía que el viento sería intenso durante la marcha.

—¿Diga?

Una voz masculina y contenida.

—Al habla el comisario Georges Dupin. Dirijo la investigación del secuestro de Albert Zinc, que ahora mismo está en su casa, ¿es eso correcto?

Habló casi sin aliento.

—Así es, señor comisario. Está a salvo.

—¿Está en condiciones de hablar?

—Se le ve muy débil y afectado, tiene un fuerte hematoma en la parte superior de la nuca y una herida abierta, aunque ya no sangra. Está tumbado en el sofá. El médico está al llegar.

A Dupin le costaba dominar el coche, que daba bandazos sobre la arena.

—Pero ¿está consciente?

—Sí. Me parece que está deshidratado. Mi esposa y yo le hemos dado algo de beber.

—¿Ha dicho algo sobre su secuestrador?

—No. Hasta ahora solo ha farfullado unas pocas palabras. Ha dicho que había estado retenido en un cobertizo. Al este de aquí, según parece. Solo ha señalado en esa dirección.

—¿Alguna otra herida?

—Las marcas ensangrentadas en las muñecas, de las ataduras, supongo. Quizá también en los pies.

Dupin, que entretanto ya había llegado a la D25, pisó el acelerador a fondo.

—En unos veinte minutos estaremos en su casa, señor.

—Su compañero ya sabe dónde vivimos, en lo alto de una pequeña bahía, fácilmente accesible en barco.

A una velocidad de más de cien kilómetros por hora, a Dupin le estaba costando comprender lo que le decía. Claro que tampoco ayudaba el hecho de que, al no disponer del tubo de escape, el coche

resultaba bastante más ruidoso.

—Hasta luego.

—Hasta luego, comisario.

Dupin arrojó el móvil sobre el asiento del copiloto.

Con el frenazo en seco al llegar al cruce a la izquierda de Le Palais, el aparato salió despedido, como siempre, al suelo del acompañante, donde ya estaban la gorra, el mapa y la botella de agua.

La Bir partió de Le Palais con un gran estruendo de motores. Lo hizo exactamente desde el lugar en el muelle donde habían atracado el día anterior por la mañana. De aquello parecía haber pasado una eternidad. En un caso siempre ocurría lo mismo: el tiempo perdía toda dimensión y estructura habitual. Se estiraba, se contraía de repente, se condensaba, se detenía y luego salía a toda velocidad. Hacía lo que le venía en gana. A veces, uno tenía la impresión de que algo acababa de ocurrir, y luego era como si hiciera semanas de ello, o solo fuera un producto de la imaginación. Anomalías temporales. Dupin tenía la impresión de que en Belle-Île estas eran todavía más pronunciadas que en otros sitios. Le Ber ya se lo había advertido.

Sabía lo que iba a ocurrir a continuación. La lancha rápida se desplazaría a «velocidad moderada» hasta llegar al último muelle de la instalación portuaria, y luego Goulch llevaría los motores al máximo. Como el día anterior. Su único consuelo era que hoy solo duraría quince minutos.

Al poco rato, Le Ber y él se precipitaban a toda prisa sobre las aguas azules y plateadas del mar. Le Menn y Labat se quedaron en Belle-Île con Labat al mando.

Pasaron a toda velocidad junto a la isla y la dejaron atrás, empequeñeciéndose cada vez más mientras que, a su destino, la isla de Houat, le ocurría exactamente lo contrario: empezó a vislumbrarse y luego fue haciéndose cada vez mayor. Con todo, incluso al cabo de un cuarto de hora la isla seguía sin poder definirse como grande. Era más bien un bonito pedazo de tierra en medio del mar. A su derecha, había otro incluso más pequeño: Hoëdic.

Igual que el día anterior, Dupin permaneció de pie en la popa.

Agarrándose con fuerza a la barandilla y mirando en la dirección de la marcha. Al menos ese día podía ver el horizonte, y no como el primer trayecto, en el que todo estaba sumido en la niebla. Se había jurado a sí mismo ser valiente, pero aquello era más fuerte que él. De nuevo, el mareo lo venció. Sentía las rodillas flojas. Le Ber se reunió con él, un ritual para distraer al comisario. Para estar a su lado.

—¿Y bien, jefe?

—Todo va bien, Le Ber.

Tenía la frente perlada de sudor, aunque esta vez no era por el calor. Se sujetaba con fuerza la gorra de Tahití.

—¿Qué le parece Belle-Île, en general?

Dupin permaneció en silencio. De todos modos, no hacía falta que respondiera, el propio Le Ber se encargaría de ello.

—La isla tiene todo lo necesario. Si de repente nos aislaran del mundo, sería un buen lugar para vivir: el mejor pescado, el mejor marisco, las mejores verduras, una carne fabulosa, cordero en abundancia, un queso maravilloso, whisky, miel de abejas negras, buenos restaurantes…

Aquella lista daba cuenta de la idea que tenía Le Ber de la tierra de Jauja. Dupin estaba de acuerdo en todo. Excepto por la falta de plantaciones y tostaderos de café. Y de vides.

—Sí, es bonito —logró articular mientras se aferraba a la barandilla.

—Por cierto, acabo de hablar por teléfono con Cosqueric. El barco de la policía de Quiberon llegará poco después de nosotros. Explorarán la zona al este de la casa de la pareja de París, donde debe de estar el cobertizo en el que Zinc estuvo retenido. Cosqueric dice que por ahí solo hay unos pocos. De hecho, oficialmente él y su brigada también son responsables de Houat.

—Bien.

Eso era todo lo que Dupin era capaz de articular.

—En Houat solo hay un pueblo diminuto con un pequeño puerto, que es donde atraca el ferry. Pero también tiene la que tal vez sea la playa más bonita de toda la Bretaña.

Dupin había oído hablar de ella.

—Se trata de una laguna enorme en forma de media luna, de casi

dos kilómetros de arena blanca, la más fina y brillante, que forma una lengua que se adentra en unas aguas muy poco profundas. Con todos los tonos de azul y turquesa que pueda desear, jefe, incluso más. Va adquiriendo profundidad muy poco a poco. Un Caribe perfecto.

Al parecer, iban a pasar entre Houat y Hoëdic.

—Sabe lo que significan Houat y Hoëdic, ¿verdad? —El inspector no esperó su respuesta—. «Pato y patitos». Es por su forma. Pero, en realidad —añadió con la cabeza ladeada—, son más bien charranes. Por cierto, a los delfines les encanta este mar. Y últimamente también a los peces exóticos. Hace tres semanas en esta zona alguien pescó un pez globo, una especie tropical. De treinta centímetros de largo. El agua estaba a veintitrés grados, lo cual es realmente tropical para los estándares bretones, claro. —Le Ber frunció el ceño—. Es altamente venenoso. Tetrodotoxina, una potente neurotoxina. Mata en el acto.

Aunque Dupin se lo había propuesto hacía tiempo, aún no se había iniciado en la pesca, por lo que, en su caso, el peligro de pescar sin querer un pez globo no era muy elevado.

—Es terrible. —Le Ber se encogió de hombros—. Lo del cambio climático.

En ese momento se encontraban justo entre las dos islas. La Bir viró con fuerza hacia el lado izquierdo. Una media luna brillante y cegadora apareció a la vista.

—*Voilà*, la playa de Trea'ch. Y ahí está el pequeño puerto.

Al instante lo habían pasado.

Entonces, de repente la motora redujo la velocidad, la proa se hundió en el agua y Dupin estuvo a punto de perder el equilibrio. Se golpeó con fuerza contra la borda, pero no le importó; ese frenazo significaba que aquel tormento iba a terminar muy pronto. Intentó inspirar y espirar profundamente.

—¿Sabe, jefe? —El tono de voz Le Ber había cambiado, ahora era casi melancólico—. ¿Sabe por qué impresiona tanto estar en una isla?

Diversas razones impedían que Dupin estuviera en condiciones de responder.

—Porque nos despierta la conciencia profunda de que vivimos en islas. De que la humanidad no ha vivido más que en islas desde

siempre. Somos criaturas insulares. Más de dos tercios de la superficie de nuestro planeta es agua; incluso el continente más grande es, en realidad, una isla. —Dupin no tenía ánimos para intervenir, y Le Ber siguió—. ¿Y sabe usted de dónde proviene toda esa agua? ¡Directamente del espacio, jefe! ¡De los cometas y los asteroides, los pedazos de materia con los que se formó la Tierra! El agua ha estado aquí desde el principio; ya en su origen, el nuestro era un planeta de agua, aunque, ciertamente, aún no era líquida…

—Le Ber…

—¡Allí!

Dupin dio un respingo.

Le Ber señaló hacia una bahía de arena que ocupaba esa parte de la isla. Justo por encima de la playa, erigida de forma artística sobre las rocas, se veía una casa. Tenía una terraza inmensa en medio de un jardín exótico en el que sobresalían algunas palmeras y otros árboles en general poco comunes en la isla.

Se aproximaron rápidamente a la bahía; luego se produjo una violenta sacudida y el barco se detuvo de inmediato.

También entonces Dupin adivinó lo que iba a ocurrir.

El bote auxiliar.

Instantes después, una fueraborda los llevó a la orilla, justo hasta la arena. De nuevo, ni un asomo de olas.

Unos escalones excavados en la piedra ascendían por la ladera empinada formando unas estrechas líneas ondulantes. Un auténtico desafío para las rodillas, todavía flojas, de Dupin. No tuvo tiempo para maravillarse ante aquel paisaje increíble, un verde oasis celestial, el Jardín del Edén.

—¿Hola? ¡Pasen por aquí!

Alguien los llamó.

Un sendero estrecho discurría entre la vegetación exuberante.

—¡Aquí! —repitió la voz.

Tres escalones más y se encontraron en la terraza. Vista desde abajo parecía grande, pero en realidad era aún mayor, de unos sesenta o setenta metros cuadrados, calculó Dupin. Maderos desgastados. Un parapeto de plexiglás hasta medio cuerpo brindaba una espléndida

vista sobre el mar.

—El capitán sigue tumbado en el sofá. Acompáñenme.

Dupin reconoció esa voz, la del señor de París. Se encontraba junto a la puerta de la terraza. Parecía bien entrado en los sesenta, pelo cano desgreñado, algo bronceado.

—Se encuentra algo mejor. Ha vuelto a beber un poco.

El hombre entró en la casa. Le siguieron Dupin, Le Ber y dos de los agentes del equipo de Goulch. La sala que se abría ante ellos era enorme. Los muebles y el suelo eran de madera clara, lo que creaba un ambiente marino. Colores atlánticos, acentos atlánticos.

El capitán yacía en un gran sofá. Su aspecto era el que se podía imaginar como propio de un capitán de barco, y no solo por el uniforme azul marino, que estaba en un estado deplorable. Alto, imponente, delgado, pelo oscuro, sienes plateadas, rasgos angulosos que, incluso en esa situación lamentable, seguían irradiando autoridad y fortaleza. El uniforme estaba sucio en muchos puntos. Además, tenía manchado el lado izquierdo de la cara. En conjunto, su imagen era desgarradora.

De pie junto al sofá había una mujer rubia y un hombre enjuto con gafas redondas.

—Mi esposa y el doctor Malou, el médico.

Dupin saludó con un ademán amable de cabeza y se dirigió de inmediato hacia el sofá.

—*Bonjour*, señor Zinc.

El capitán abrió los ojos.

—Soy el comisario Dupin, ¿cómo se encuentra?

En lugar de responder, Albert Zinc hizo el ademán de querer incorporarse, lo que parecía requerir un esfuerzo considerable de su parte.

—Es mejor que siga tumbado, señor —intervino el médico de la isla.

—No, no.

Lo logró. En pocos instantes estaba sentado, a medias al menos, con la espalda y la cabeza reclinadas; tenía el rostro contrito, debía de estar muy dolorido. En la parte alta de la nuca se vislumbraba el borde de un hematoma oscuro, además de una herida superficial en la

piel y sangre seca.

—Ahora mismo me ocuparé de la herida. —El médico se había percatado de la mirada de Dupin—. El capitán Zinc ha tenido suerte, ese golpe en la nuca podría haber acabado de forma muy distinta.

—No es para tanto —protestó Zinc, aunque con voz débil.

—No puedo más que aconsejarle que sea prudente, capitán. —El médico frunció el ceño—. Aunque las lesiones no pongan en peligro su vida, ha sufrido un buen golpe. Además, está bastante débil y deshidratado, y en estado de shock.

—Serán solo unas pocas preguntas, señor Zinc. —Dupin se detuvo justo delante del capitán—. No tengo más remedio.

—Sí. —El capitán recuperó la compostura—. Por supuesto.

—¿Pudo ver a su captor?

Zinc cerró los ojos y se concentró.

—Era un hombre. Alto. —Hablaba de forma entrecortada, pero con claridad—. Más de uno ochenta. —Hizo una larga pausa y Dupin sacó su cuaderno—. Vaqueros, sudadera oscura, antifaz negro, como un pasamontañas. —Su mirada era furiosa, como si la rabia naciera de su interior. Dupin le entendía bien. La ira le dio nuevas fuerzas y las frases se volvieron más fluidas—: Por lo tanto, por desgracia, no le pude ver la cara. Llevaba zapatillas deportivas oscuras. —Se sentó un poco más erguido—. Solo lo vi cuando ya estábamos aquí, en Houat. Cuando recuperé la consciencia. Y solo una vez, muy brevemente. Mientras me arrastraba hasta el cobertizo. Me había puesto en la cabeza un saco o algo. De lino grueso. Una vez, por un momento, se deslizó.

Dupin había ido tomando nota.

—¿Está seguro de estos detalles? —El capitán asintió y Dupin siguió preguntando—: ¿No tiene duda de que era un hombre? ¿No podría ser una mujer alta?

—No. Era un hombre. También por la voz.

—¿A qué distancia lo vio?

—Tres o cuatro metros.

—¿Un hombre solo?

—Sí.

—¿Cómo ocurrió el secuestro?

Zinc volvió a hacer acopio de todas sus fuerzas:

—Iba de camino a ver a un amigo. Cerca de Le Skeul. De pronto, me encontré un coche en medio de la carretera. Un Clio. Con las puertas abiertas. Fue…

—¿De qué color era el Clio? —preguntó Le Ber.

—Azul oscuro. No se veía a nadie. Me paré para mirar dentro del coche. Al hacerlo, me dio un golpe por la espalda. —Se señaló la nuca, o más bien el cogote, con la mano derecha—. No sé con qué. Perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, me encontré atado en un barco. Debió de esconderse detrás del coche. En esa zona no hay árboles ni arbustos.

—¿Habló con usted? ¿En el barco o más tarde? —quiso saber Le Ber.

—Unas pocas palabras.

—¿La voz le resultó familiar?

—No.

Eso, en sí, no significaba nada necesariamente, podría haber disimulado la voz.

—¿Qué le dijo?

—Que estaba secuestrado y que debía obedecer o me mataría. Le pregunté qué quería.

—¿Y?

—Dinero, me dijo. —La declaración estaba afectando visiblemente a Zinc—. Pero que no me preocupara, que lo arreglaría con mi hermano. Él…

Zinc se estremeció, pero de pronto se irguió casi por completo en su asiento.

—Mi hermano, ¿está bien?

—Muy bien —le tranquilizó Dupin—. Estaba dispuesto a pagar de inmediato. Un millón de euros. Ya le hemos informado de su liberación.

—Un millón… —repitió mecánicamente Zinc.

—¿Sabría decirnos dónde está el cobertizo? —quiso saber Le Ber.

Zinc hizo una vaga señal hacia el este con la mano izquierda.

—En esa dirección. No tengo ni idea. Me he ido sin más. Se veía el mar.

—¿Cuánto tiempo ha estado andado hasta llegar aquí?

—No lo sé muy bien. Veinte minutos, tal vez más. Estaba bastante aturdido.

—¿Le llevaron directamente del barco al cobertizo?

—Sí.

—¿Y luego? ¿Él se quedó en el cobertizo?

—Después no supe más de él. Creo que se fue enseguida.

Dupin había empezado a deambular de un lado a otro frente al sofá.

—¿Cómo le ató? —Le Ber se centró en esa cuestión—. ¿Y cómo logró liberarse?

—Con un cordón grueso de paquetería. —Zinc mostró las manos extendiéndolas; se podían apreciar cortes profundos en las muñecas, que presentaban puntos escoriados y varios parecían estar ya inflamados—. Pero no fue muy hábil.

Había adoptado un tono audaz. De nuevo Dupin entendió muy bien al capitán.

—Empecé a tirar hasta que noté que se aflojaba el nudo. Me ha llevado mucho tiempo.

—¿El cobertizo no estaba cerrado?

—He derribado la puerta desde dentro, con mis últimas fuerzas. Era un viejo cobertizo de madera.

Había cierto orgullo en su cara.

—Un metro ochenta, dice. Y claramente un hombre. —Dupin se detuvo otra vez delante de Zinc. El capitán tenía los ojos entrecerrados, como si lo cegara una luz intensa, y hablaba con voz apretada.

—Eso es.

—Una última cosa, señor Zinc. —Dupin se pasó los dedos por el pelo—. ¿Ha visto u oído al perro de Patric Provost en los últimos días?

Zinc dibujó una expresión de asombro mayúsculo.

—¿El perro?

—Eso es. Louis.

—No lo sé. Déjeme pensar. —Hizo una pausa, y luego—: No, hace

tiempo que no.

—Vale. No tiene importancia.

Dupin se giró y sacó el móvil.

Era el momento de actuar.

Salió a la terraza y se acercó hasta el parapeto.

—¿Labat?

—Señor com…

—Atienda, Labat. Va a pedir a dos de los sospechosos que vayan de inmediato a la gendarmería. Y si no acuden por propia voluntad, amenáceles con una detención preventiva. Por graves sospechas y riesgo de fuga. Que Cosqueric y Le Menn estén presentes.

—Por supuesto, señor comisario. ¿Y a quién arresto de manera preventiva?

Labat estaba en su elemento.

—A Manuel Trotter y Tenom Burlot.

Por poco que Zinc pudiera decir sobre su secuestrador, ellos eran los únicos hombres de Islonk que encajaban con la descripción indicada. Byn Fidelin, no. Al parecer, en Belle-Île apenas había hombres de más de un metro ochenta.

—¿El estudioso de los menhires y el pastor?

Una pregunta extraña.

—Primero pídales que le acompañen, Labat. Si no, adopte un método más expeditivo. —Escuchó una especie de gruñido a modo de respuesta—. Espéreme con ellos en la gendarmería. Me pondré en camino de inmediato. —De nuevo Dupin fue presa de una sensación de mareo—. Estaré allí en veinte minutos.

—De acuerdo.

—Hasta ahora, Labat.

Dupin regresó a la casa y se quedó parado bajo la puerta que daba a la terraza.

—Inspector Le Ber. —Le hizo una señal.

Le Ber entendió de inmediato y salió a la terraza.

—Será un instante.

Se acercaron al parapeto.

—Quédese aquí de momento y organice la localización del

cobertizo. Luego encárguese de buscar pistas. Yo regreso a Belle-Île.

Le explicó brevemente lo que había hablado con Labat.

—De acuerdo, jefe.

—Me despediré en un segundo.

Tres minutos después, un apresurado comisario subía a la lancha fueraborda. Otros tres minutos más tarde, los motores de la Bir se ponían en marcha.

El suplicio volvió a empezar.

Y sin Le Ber. Llamaría a Nolwenn.

Dupin inspiró profundamente, se aferró a la barandilla y apretó los dientes.

La comisaría de la gendarmería, conocida como *Brigade territoriale autonome du Palais*, se encontraba en el centro de Le Palais, en uno de los hermosos edificios situados en el muelle Bonelle. Desde las ventanas del primer y el segundo piso se podía contemplar el ajetreo del puerto. Lo mismo ocurría desde el despacho de Cosqueric, también en el segundo piso: una sala acogedora, suelo de tablones de madera áspera que crujía al paso, una mesa de madera simple con cuatro sillas y un escritorio junto a la ventana. De las paredes blancas colgaban mapas de Belle-Île, así como cartas náuticas, y tampoco faltaban las estanterías con los obligados montones de expedientes apilados.

Dupin se encaminó directamente a la mesa a la que estaban sentados los dos hombres. Trotter y Burlot. Ante ellos estaban el comandante Cosqueric y el inspector Labat; Le Menn se había quedado en Islonk por prudencia. Había dos gendarmes apostados ante la puerta. Cosqueric era precavido.

Dupin se limitó a saludarlos con un breve ademán de cabeza. Empezó sin rodeos y con la mirada firmemente clavada en Burlot y Trotter: —Caballeros, el capitán Zinc ha logrado escapar.

El comisario hizo una pausa.

—¿En serio? Eso es fantástico —dijo Burlot. A Dupin le pareció percibir una expresión de profundo alivio.

—Sí, es bueno oír eso. Aunque yo solo lo conozca de vista. —El experto en menhires se pasó el pelo por detrás de las orejas.

Dupin dio una vuelta a la mesa con paso tranquilo, sin apartar la vista de ellos.

—Estaba retenido en la isla de Houat. Pero lo más importante es que por un instante pudo ver a su secuestrador.

Los hombres lo miraban fijamente, fascinados. Era difícil interpretar sus rostros; no percibía miedo ni inquietud en ninguno. Pero eso no significaba nada. Fuera quien fuese el secuestrador, era alguien astuto.

Dupin se lanzó a la piscina:

—Y fue uno de ustedes.

Burlot fue el primero en reaccionar, con ese tono amable que Dupin conocía bien a esas alturas.

—Como sabe, yo había salido con las ovejas, y tengo una testigo.

—Su novia.

Lo cual relativizaba bastante el valor de su testimonio.

—Señor Burlot —Cosqueric miró fijamente al pastor—, un millón de euros haría realidad al momento su más ferviente deseo: tener una granja de ovejas propia. Incluso podría utilizarlo para comprar la explotación de Provost. Ya nada se opondría a ello.

Dicho así, sonaba casi perfecto.

—Pero no he hecho tal cosa. No secuestré a Zinc. —De repente, parecía desesperado—. Ni tampoco chantajeé ni maté a Provost. Ni a Agnès. No habría podido. Ya sabe que tanto ayer como hoy, cuando se cometieron los crímenes, estaba en la panadería de Le Palais.

El problema era que Burlot tenía razón. No podía ser él.

—Podría haberse asociado con otra persona.

—No. —La desesperación iba en aumento—. No lo hice. Además, ¿por qué iba yo a matar a Agnès Griffon? Era una amiga. Ella…

Se interrumpió de un modo extraño. Parecía muy afectado.

—Tal vez le descubrió —intervino Labat—. Puede que viera u oyera algo por casualidad, que hubiera estado en el lugar y el momento equivocados.

Visto así, no le hacía falta ningún otro motivo para matarla.

—Yo no he hecho nada.

—En cuanto a usted… —Dupin se volvió bruscamente hacia Trotter e inició otra vuelta en torno a la mesa—. Usted también podría

haberlo hecho. No tiene coartada para ninguna de las horas en que se cometieron los crímenes. Ni tampoco una amiga que confirme su presencia en otro sitio.

Ni tampoco, por desgracia, ningún motivo aparente. Y si era verdad que había heredado una buena suma, quedaba descartado que anduviese corto de dinero.

—Estuve con los menhires, tal y como le dije. Y en casa, en Islonk.

—Lo cierto es que el capitán Zinc vio a un hombre. De un metro ochenta más o menos —repitió Dupin con la mirada clavada en ambos —. Eso descarta a Byn Fidelin. Y desde el asesinato de Agnès Griffon —Dupin echó la cabeza hacia atrás y siguió hablando con tono tranquilo—, creo que es imposible que se trate de un extraño, de un desconocido cualquiera.

De hecho, antes tampoco había considerado de veras esa posibilidad.

—Así pues, ¿qué hacemos? —Dupin se dirigió tanto a los dos hombres como a sí mismo. Ambos tenían la mirada clavada en el comisario—. Tal vez debería curarme en salud y pedir para los dos la prisión preventiva.

—Pero ¿por qué? —Burlot tenía los ojos abiertos de par en par.

Dupin terminó de dar la vuelta. Decidió empezar una tercera.

—Tal vez tiene algo que ver con los menhires, señor Trotter — intervino Labat, apuntando a un aspecto que, Dupin debía reconocerlo, era inesperado—. Con algún descubrimiento espectacular. Con Carnac. Con la relación que usted sospecha de aquel yacimiento con los dos menhires de aquí.

Esa explicación resultaba absolutamente enigmática, incluso para alguien como Le Ber.

—¿Por qué iba yo a chantajear y asesinar por ello a gente que ni siquiera conozco?

Por supuesto, en el caso de Trotter podía haber una conexión desconocida hasta el momento.

—Usted declaró que no tenía relación alguna con Nantes, señor Trotter. —Dupin todavía tenía ese punto pendiente en su lista—. Pero hemos comprobado que pertenece a una asociación que planea

construir un centro de estudio sobre monumentos megalíticos justo allí, en Nantes. Por lo tanto, estuvo en esa ciudad. Suponemos que incluso es un patrocinador de ese centro.

Manuel Trotter sonrió, un gesto que en absoluto parecía forzado. Y Dupin descubrió una expresión en su rostro que no había visto hasta entonces: la brutalidad.

—Todo esto no son más que vaguedades. Solo he estado una vez en Nantes.

—Por lo tanto, mintió. Y…

El teléfono de Dupin interrumpió el interrogatorio.

Le Ber.

Dupin respondió de inmediato.

—¿Sí?

Salió al pasillo, fuera del despacho de Cosqueric.

—Hemos localizado el cobertizo, jefe. A un kilómetro más o menos de la casa de la pareja parisina. Sobre una cala rocosa e inaccesible. Un cobertizo en desuso desde hace tiempo, de tres por dos, cerrado con un candado que todavía está intacto. En cambio, las bisagras de la puerta han sido arrancadas de la madera vieja. Todo encaja. He hecho una foto y se la he mostrado al capitán. Es el cobertizo donde ha estado retenido.

—Muy bien. Que los de la científica lo examinen todo a fondo.

—Están en camino.

—¿Cómo está Zinc?

—Un poco mejor.

—¿El médico lo ha examinado con detenimiento?

—Sí. No hay novedad.

—¿Dónde están las cuerdas con las que ataron a Zinc?

—En el cobertizo. ¿Cómo va con Trotter y Burlot?

—No hay avances.

Dupin lo puso al día. Se dio cuenta de que el empuje adquirido se había esfumado. No había modo de atrapar a Burlot y Trotter. ¿Cómo hacerlo? Lo que tenían era insuficiente. Volvió a sentir una cierta desazón; algo estaba ocurriendo en algún rincón inaccesible de su cerebro. Era como si estuviera a punto de asociar una cosa con otra.

Pero ¿qué? Era de locos.

—Regrese a Belle-Île, Le Ber.

—El capitán Zinc quiere volver a su casa a toda costa, jefe. Es comprensible.

—Lléveselo con usted. Hasta luego.

—*Ken emberr*, jefe.

Dupin colgó y regresó de inmediato al despacho de Cosqueric.

—¿Alguna cosa más sobre los menhires?

Dupin miró a Labat.

—No.

—¿Sobre ese centro?

—No.

Por fin, se volvió hacia Burlot y Trotter.

—¿Tienen ustedes algo que ver con el proyecto *Smart Island*?

Esta vez fue Trotter quien empezó a hablar:

—He leído acerca de ese proyecto, pero, claro está, no tengo nada que ver con él. ¿Por qué debería?

—¿Y usted, señor Burlot?

—No.

—¿Les beneficia de alguna manera?

—No, en absoluto. Nuestra explotación de ovejas no tiene ninguna relación con ese proyecto. Aunque, por supuesto, me parece importante.

—Está bien. Gracias por venir, señores.

—Pero, señor comisario… —Labat a duras penas podía disimular su decepción; contaba con una intensificación de la presión, con detenciones preventivas—. Usted había…

—Está bien así, Labat.

Manuel Trotter ya se había puesto de pie. Tenom Burlot parecía aún un poco inseguro.

—Debemos pedirles a los dos que no abandonen la isla bajo ninguna circunstancia —añadió Dupin—. Ni siquiera para salir a pescar ni cosas por el estilo. Hemos localizado el cobertizo donde el señor Zinc estuvo retenido. Vamos a ver si allí encontramos pistas sobre el culpable.

Burlot se detuvo un momento con un gesto extraño y luego, igual que Trotter, se dirigió hacia la puerta que Dupin había dejado abierta. Cosqueric, Labat y Dupin se quedaron solos.

El comisario fue hacia la ventana y puso a sus colegas al corriente de la información proporcionada por Le Ber.

—¿No deberíamos ponerlos a ambos bajo vigilancia? —Cosqueric se colocó junto a Dupin—. ¿Trotter y Burlot?

Dupin también había pensado en eso.

—Nosotros… —Se pasó una mano por el pelo—. Vale. Sí. Que los vigilen.

El comisario no tenía del todo claro cómo se podía vigilar con discreción en esa pequeña isla, pero merecía la pena intentarlo.

—El laboratorio de Quimper ya ha emitido su informe. No hay rastros de lucha en el cuerpo de la señora Griffon. Ni hematomas, ni piel bajo las uñas, ni nada parecido.

Dupin se limitó a asentir. Tener una pista habría sido demasiado bonito.

Miró la hora.

—Debo irme.

Al mediodía, en el Goulou se servía el *bon*.

Tal vez esa fuera la poción mágica que los acercaría a la solución.

Dupin rara vez llegaba puntual, pero esta vez sí.

Eran las doce. En punto.

La ceremonia tenía lugar en la destilería, un lugar alquímico de por sí. Byn Fidelin se encargaba del ritual. Sobre una estrecha cocina de gas, situada en el rincón más alejado de la sala, había una jarra de latón con aspecto de haberse empleado para ese procedimiento sagrado durante al menos cien años.

—Es el modo más antiguo de hacer café.

Byn Fidelin, muy concentrado, no apartaba la vista de la jarra.

Hasta el momento, Dupin era el único cliente. Fidelin había puesto en la jarra grandes cantidades de polvo de café fresco y molido muy fino. ¡Polvo de café! Dupin nunca lo había oído antes, y a sus oídos sonaba como «polvo de estrellas». «Molido a mano, como tiene que

ser». Al decir aquello, Fidelin había señalado un molinillo de café de madera como el que Dupin recordaba de su infancia. A continuación, había añadido agua. Luego había empezado a calentar la mezcla, removiéndola con una cuchara muy larga de acero inoxidable.

—Nada de madera. Eso le daría unas notas de sabor completamente erróneas.

Sonaba como si fuera un saber exquisito. Dupin adoraba el verdadero *savoir-faire*. En él se concentraba la cultura de la humanidad. En especial, la de la Bretaña.

—Lo fundamental es, por supuesto, el propio café. La variedad, el origen, el tueste. Para el *bon*, debe ser fuerte, de sabor intenso, aromático. ¡Y, a la vez, aterciopelado! Solo utilizamos variedades de Etiopía, Yemen o Brasil. Y agua pura de manantial de la isla.

A todas luces, una poción mágica celta.

—Hay que calentar la mezcla, pero sin que llegue a hervir. Debe estar siempre justo por debajo del punto de ebullición. —Unas instrucciones serias—. Y remover continuamente, con una sola cosa en la mente: lograr el mayor despliegue de aromas.

Una exigencia que Dupin cumpliría de buen grado. Tanto más porque ya se estaban desplegando con gran intensidad.

—Se… —Byn Fidelin no acabó la frase. De pronto parecía cambiado. Aquello resultó casi inquietante—. Agnès. Ha muerto. Y yo… yo aquí haciéndome un *bon*. ¿Es posible? ¿Podemos? A ella… —vaciló—, a ella le encantaba el *bon*. A veces venía expresamente del trabajo a la hora de almorzar. Solo por este café. —Una larga pausa—. Margot dice que precisamente por eso hoy debemos hacerlo también.

Byn Fidelin no esperaba respuesta; hablaba para sí mismo.

—Tomaremos un auténtico *bon* en recuerdo de Agnès.

Por un único y breve instante, levantó la cabeza y miró al comisario. Dupin vio tristeza en sus ojos redondos y oscuros.

—Por lo menos, Albert está a punto de llegar. Y con vida. —Su voz entonces sonó más animada.

Dupin iba a decírselo, pero Tenom Burlot ya los había llamado a todos.

—Por lo menos eso —repitió Dupin de forma algo mecánica.

—¡Hay que remover el café y dejar que se deposite! —Byn Fidelin se dedicó de nuevo a su ceremonia y avivó el fuego. Luego lanzó una advertencia apremiante—: Primero, dejar que casi hierva. Pero ni acelerarlo demasiado, ni dejar que llegue a la ebullición. Hay que dar tiempo a los aromas. —Y otra advertencia aún más apremiante—: Ahora ¡no remover bajo ninguna circunstancia! ¡Fuera la cuchara!

La apartó con un gesto ostensible.

Los aromas ocupaban toda la estancia. Unas fragancias extraordinarias que colocaron a Dupin al borde de la locura a pesar de que, por el momento, solo se habían desplegado por el aire y no aún en su paladar, mezclándose además con los aromas propios de esa sala, ya de por sí intensos: los del whisky. Esa combinación era algo increíble.

—Removerlo ahora arruinaría la espuma del café, y eso es lo más delicado. Observe.

Aquello era magia: ante ellos fue cobrando cuerpo una espuma aireada de aspecto delicioso. Cada vez más.

—Justo antes de que rompa a hervir —prosiguió Byn Fidelin, sincronizando sus actos y sus palabras a la perfección— se aparta del fuego. —Necesitó las dos manos para hacerlo—. Luego se deja enfriar un poco el elixir. Esta operación se repite dos veces.

Volvió a poner la jarra en el fuego.

Dupin estaba fascinado.

—El objetivo es obtener la máxima cantidad posible de espuma. ¡La consistencia es todo! —Alzó la barbilla—. Se bebe muy caliente.

Dupin estaba dispuesto. Le daba igual lo caliente que estuviera esa delicia.

—Antes hay que tomar un vaso de agua fría para preparar el paladar.

El agua no era muy del gusto de Dupin, pero si volvía el café más agradable…

—El método se corresponde a grandes rasgos con el del café moka. Los corsarios lo trajeron a Europa. A Saint-Malo. Nosotros, los bretones, fuimos los primeros en tomarlo.

Dupin ya lo sabía.

—Sin embargo, al café moka se le añaden azúcar y especias, y nosotros no lo hacemos.

Fidelin tomó la jarra y se encaminó hacia la puerta del bar.

—Se bebe en una taza pequeña y aplanada. Similar a las empleadas para la sidra. Margot las hace.

El oficio de Margot Fidelin, la cerámica. Dupin lo había olvidado. Y la ampliación que sin duda sería inminente.

Entraron en el bar.

Hacía apenas un momento se encontraba casi vacío. Ahora todas las mesas estaban ocupadas. Dupin calculó que se habían congregado allí unas quince personas. Todas, claro está, amantes del *bon*.

Unas miradas ansiosas siguieron a Byn Fidelin, que llevaba la jarra ante él con expresión solemne, como si fuera una procesión. Se oyeron «Ah» y «Oh» apagados. El dueño del bar saludaba con ademanes de cabeza. Parecía conocerlos a todos.

Fidelin se detuvo justo delante del mostrador sobre el cual había varias tazas pequeñas y planas de colores terrosos.

—Las finas partículas en suspensión proporcionan al café una textura espesa. Beban solo tres cuartos de la taza, y dejen el resto. A continuación, leeremos el futuro en el poso del café. —Aquel último anuncio parecía tan natural como las instrucciones anteriores—. Basta con volcar la taza sobre un platillo para que se revele como un libro abierto.

Sirvió una de las tazas con solemnidad.

—*Et voilà*! —Byn Fidelin sonreía. El ritual había llegado a su fin—: *Servir un bon*.

Las palabras mágicas finales.

Dupin cogió la taza con reverencia. Se sentía un poco como si estuviera recibiendo la primera comunión. Esperaba que sucediera algo fantástico.

—¡Comisario!

Dupin reconoció la voz. Estuvo a punto de gritar «¡No!».

Le Menn entró a toda prisa en el bar. Se detuvo y miró desconcertada a la gente congregada.

—Tengo que hablar con usted de inmediato, comisario.

Dicho eso, se dio la vuelta.

Dupin dejó la taza de mala gana.

—Vuelvo enseguida —dijo al grupo, y salió del bar con todos los ojos clavados en él.

Le Menn lo esperaba en la puerta.

—¿Qué es…?

—El perro —le interrumpió Le Menn—. El perro de Provost, Louis. Está muerto, flotando en el mar. En la bahía de al lado.

—¿Cómo?

—En la playa de Donnant. A pocos minutos de aquí. Unos veraneantes lo han encontrado, la corriente lo había arrastrado hacia la playa. Vamos de camino hacia allí.

Dupin vio la furgoneta de color verde rana ante la casa; dentro estaban Labat y Cosqueric.

—¿Cómo sabemos que es el perro de Provost?

—En su despacho había dos fotografías de él. Labat les hizo una foto.

Dupin recordó las imágenes.

—Voy con ustedes —rezongó—. Quiero decir, nos encontraremos allí.

Volvió a entrar en el bar con el ceño fruncido.

—Necesitaré veinte minutos —le dijo a Byn Fidelin, que estaba ocupado sirviendo—. Luego me lo beberé —aclaró Dupin para más seguridad.

Aliviado, vio que su taza seguía en el mostrador.

—Prepararé otro, así se lo tomará recién hecho. No se preocupe.

Algo más tranquilo, Dupin se puso en marcha.

El perro estaba tumbado sobre la arena fina y seca.

Los dos gendarmes que habían llegado poco antes que ellos lo habían sacado del agua. Tenía el pelaje largo y espeso, de tonos blanco y marrón, pegado al cuerpo. Era un perro grande. La cabeza, fina y estrecha, algo que a Dupin le gustaba mucho de los collies, estaba ladeada de un modo extraño. Tal vez tuviera el cuello roto.

—No lleva mucho tiempo en el mar. —Labat parecía

tremendamente malhumorado.

Tenía razón, eso era extraño. Al verlo, Dupin había tenido la impresión de que había algo raro, pero no sabía qué. Se agachó y examinó al animal de cerca.

—¿Qué opina, Le Menn?

La mujer policía se arrodilló a su lado.

—No sé cuánto tiempo pero, desde luego, no una semana.

—No hay duda —corroboró Cosqueric, que estaba junto a Labat—. Será mejor que lo llevemos al laboratorio cuanto antes. Así sabremos pronto cuándo y cómo murió.

—Puede que llevase un tiempo muerto, pero el secuestrador lo arrojó al mar hace poco.

Labat se encogió de hombros.

Dupin se incorporó.

Luego se encaminó hacia el mar, que había retrocedido mucho por la bajamar. Solo se detuvo al llegar a la línea de agua. Hasta entonces, en cada bahía, en cada playa de la isla, Dupin siempre se había dicho: no es posible más belleza. Esta vez ocurrió igual. La marea baja había revelado un gigantesco paisaje arenoso, con varias ensenadas grandes y afloramientos rocosos. La arena, con sus destellos rosados, las dunas, la hierba de las dunas, con ese tono verde y plateado que tanto le gustaba a Dupin, y extensos surcos de agua, auténticos océanos en miniatura que la marea había dejado atrás. Las rocas presentaban una inclinación suave, y en sus cimas redondeadas crecía la hierba corta formando unas manchas verdes brillantes. Y también había líquenes, de todos los colores. Dupin permaneció inmóvil unos minutos. Profundamente sumido en sus pensamientos. Las manos en los bolsillos. Eso del perro era extraño. Daba la sensación de que no llevaba mucho tiempo flotando en el mar y, además, no hacía demasiado que había muerto.

De repente, regresó sobre sus pasos.

—Vuelvo al Goulou —anunció el comisario al llegar junto al pequeño grupo.

—Le acompañamos —respondió Labat con ganas—. Le Ber también vendrá pronto. Es preciso que nos reunamos para valorar la situación.

Uno de los gendarmes había sacado de su coche una lona grande y pesada de plástico. La extendió junto al perro, lo arrastró encima y, ayudado por un colega, lo envolvió.

—Bien, pues, ¡nos vemos allí!

Dupin caminó por la arena hasta llegar al aparcamiento.

Cinco minutos después, entraba por segunda vez ese mediodía en el bar, que seguía lleno de gente. Buscó en vano a Byn Fidelin. Uno de los clientes le hizo una señal. En la sala de al lado. Era la esperanza de Dupin. Fidelin estaba preparando la segunda jarra de café.

—Vaya, ya está usted de vuelta —le saludó el dueño del local—. Llega justo a tiempo.

Unos vapores celestiales impregnaban la sala.

—¿Sabía que el olor del café se compone de unos mil aromas diferentes? El vino solo tiene cuatrocientos.

Dupin no lo sabía o, para ser más exactos: lo había sabido siempre. A fin de cuentas, por algún buen motivo era adicto.

—Fíjese en el aroma a avellanas caramelizadas, chocolate negro, ceniza, bayas oscuras muy maduras. Y… ¡a jazmín!

Dupin creía a Fidelin a pies juntillas, por descabellado que pareciera todo lo que decía.

—¡Tome! —Fidelin le entregó una taza y se la sirvió con cuidado—. Aquí lo tiene por fin, el elixir divino. Y ahora, a disfrutarlo.

Fidelin pasó por delante de él y entró en el bar con la jarra.

Dupin se quedó pensando un momento.

Entonces cruzó la puerta estrecha que había junto a los barriles y salió directamente al jardín. Ese paisaje y el café, por unos breves momentos sería perfecto.

Dupin estaba de pie junto a las grandes macetas de flores y ante el barco de madera pintado de azul claro. El mar de la bahía parecía haberse encaprichado de los tonos turquesas, como si quisiera probárselos todos. Empezaba siendo cristalino, delicado y tímido, pero cuanto más profundo era el mar, más oscuros eran sus matices. A mano izquierda la vista iba algo más allá de la casa, hasta la terraza con sombrillas desplegadas de color amarillo intenso. El calor persistía

abrasador, opresivo, insoportable; parecía incluso más intenso que el día anterior.

Dupin tenía la taza en la mano. Por fin ahora lo podría probar.

Entonces sonó su móvil.

Dupin estuvo a punto de no contestar.

Pero era Le Ber.

—¿Qué hay?

—Hemos llegado a Le Palais. Labat ya nos ha puesto al día. ¡Qué cosa más rara eso del perro! Zinc y yo nos dirigimos a Islonk acompañados de dos gendarmes. El capitán ya está mejor, jefe.

—¿Alguna otra cosa, Le Ber?

El inspector hizo una pausa.

—Tenemos una nueva información sobre los acadianos. Al parecer, existe una especie de círculo interno, un pequeño grupo de seis personas, que se reúnen por separado y practican política insular. De manera informal, por supuesto. Además de la alcaldesa, Margot Fidelin también es integrante de ese grupo.

Dupin era todo oídos.

—¿Qué quiere decir con «política insular»? ¿En qué consiste exactamente?

—Bueno, toman decisiones preliminares. En qué asuntos implicarse, en cuáles no. Es posible que también se aseguren de que, en lo posible, los negocios queden entre ellos.

—Sea más concreto, Le Ber.

—No tengo nada más concreto.

—¿Albert Zinc es uno de esos seis miembros?

Llegados a ese punto, los acadianos parecían una logia secreta.

—No. Además del contratista de obras, también hay un médico, un notario y dos propietarios de hoteles, todos ellos gente adinerada.

—¿Alguna relación con el proyecto *Smart Island*?

—Como ya se dijo, el contratista saldrá beneficiado. En el caso de los demás no se puede decir lo mismo.

—¿De dónde ha obtenido esa información?

—De mi vecino. Es más difícil de lo que creía, son todos uña y carne.

—¿Algo más, Le Ber?

—No.

—Que Nevou y Nolwenn investiguen a esos seis. Hasta pronto, Le Ber.

El comisario colgó.

Había visto por el rabillo del ojo que Margot Fidelin había salido a la terraza y contemplaba la bahía. Tenía un aspecto afligido, apagado.

No había reparado en Dupin.

Aprovechó la oportunidad y dio un primer sorbo del *bon*.

Nunca había probado nada parecido. Tan delicioso. Un destilado. Café puro, pero de una intensidad distinta, reducido a su esencia. Si empezaba a contar, llegaría sin duda a los mil aromas.

—¡Oh, señor comisario! —Dupin volvió a la realidad.

Se apresuró a tomar un segundo sorbo.

Margot Fidelin se acercó a él.

—Pura dicha, ¿verdad?

Dupin asintió. No solo el sabor era fantástico, sino también el efecto que producía. Lo había notado al instante, con el primer sorbo.

—Uno de los secretos son las tazas planas. ¡Permiten que se despliegue todo el aroma!

Sonrió. Aun así, parecía afectada.

Dupin tomó otro sorbo. El delicado perfume de la lavanda, que crecía en forma de arbustos enormes en las macetas, se mezcló con las fragancias del café. Tuvo la sensación de que las flores estaban algo más mustias que el día anterior.

La miró fijamente.

—Bueno, ahora sin duda va a poder ampliar su fábrica de vidrio y cerámica, señora Fidelin.

—¡Oh, sí!

—Seguramente intentarán comprar la casa también…

—Eso haremos.

—De pronto, todos los sueños se hacen realidad.

Era tal y como Le Ber había dicho.

—Llevábamos esperando bastante tiempo. —Una frase teñida de una gravedad plomiza—. Pero que se tuviera que llegar a esto… —Se

interrumpió. Luego recobró la compostura—. No me hago a la idea de lo de Agnès. No lo entiendo. Me parece terrible. Es…

De nuevo se interrumpió.

—Así es, señora, es terrible.

Dupin apuró el último sorbo. De buena gana lo habría retrasado aún más. De pronto, se encontró diciendo:

—No riega las plantas desde hace días, ¿verdad?

Le había venido una cosa a la cabeza. Como surgida de la nada.

Margot Fidelin lo miró visiblemente desconcertada.

—Me refiero a aquí, al jardín. Las macetas, la lavanda, las hierbas aromáticas, el césped de esta zona. Toda la parte trasera de la casa.

Dupin pasó entre las grandes lavandas dirigiéndose hacia el barco de color azul celeste que, igual que hacían todos los propietarios de barcos de la Bretaña, tenían sobre un remolque.

—No. Claro que no. Desde la semana pasada. Con este calor de locos no se permite regar. El agua se ha vuelto escasa en la isla.

Dupin llegó al barco.

Le interesaba ver el césped de delante.

Se puso en cuclillas y pasó la mano por la hierba.

Seco. El césped estaba completamente seco.

Repitió el mismo gesto en distintos puntos. Rodeó el barco. También examinó el trozo de césped que había hasta la entrada del jardín, al final del terreno. Seco.

—¿Qué está usted haciendo?

La señora Fidelin lo había ido siguiendo.

—¿Cuándo fue la última vez que utilizaron el barco?

—¿El barco? Mmm. El fin de semana. El domingo por la mañana, a primera hora. Mi marido salió a pescar. Lo bajamos al agua aquí abajo, en la bahía. Justo aquí delante.

Señaló hacia el dedo de arena.

—¿Ningún otro día desde el domingo?

—No.

Dupin sacó su cuaderno a toda prisa. Lo hojeó.

¡Exacto! Lo recordaba bien. Horas. Era una cuestión de horas. Y de un césped mojado. Algo que, por supuesto, no había consignado en el

cuaderno. Pero, de todos modos, él se acordaba.

—Enseguida vuelvo, señora Fidelin. Disculpe. —Dio unos pasos hacia la bahía. Después retrocedió de nuevo—. Quiero que no abandonen Islonk, señora. Ni usted ni su marido. Deberán permanecer en su casa.

—Pero, señor comisario… —Ella reaccionó con una mezcla de indignación y preocupación—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué?

—Estaré de vuelta en un momento.

Al instante, Dupin se dirigió hacia el final del jardín. Se encaramó con agilidad por el viejo murete de piedra, que le llegaba a medio cuerpo y rodeaba la propiedad.

Al momento tenía el teléfono móvil pegado a la oreja.

—¡Jefe!

—¿Dónde está usted, Le Ber?

—Acabo de llegar a Islonk. Voy a acompañar a Zinc a su casa. Tiene que acostarse y beber mucho. Él…

—Labat, Cosqueric, Le Menn y los Fidelin. Los quiero a todos en el Goulou. Reúnalos. Y pida al resto de los clientes que se vayan. ¡En cinco minutos! No. Espere…

Necesitaba un poco más de tiempo para pensar.

—¿Jefe?

—Mejor que sean quince minutos.

—De acuerdo, jefe.

Le Ber sabía que era inútil hacer preguntas a Dupin en situaciones críticas. Y aquella realmente parecía serlo.

Dupin alcanzó la playa y siguió caminando en dirección hacia el mar. Ajeno al paisaje. Ajeno a cualquier otra cosa. Sus pensamientos corrían desenfrenados.

Dupin había subido a la planicie hasta llegar a las fantásticas rocas de Monet, un lugar en el que ya había estado el día anterior. Los pies le habían llevado prácticamente solos, movido por una especie de sonambulismo. Su cerebro iba a toda velocidad, una sensación fabulosa. Se sentía satisfecho, y eso en él era muy raro. Tenía que ser obra de aquel café milagroso. La poción mágica. La situación había

cambiado. Ahora tenía una pista. Por primera vez en este caso. Aunque, por supuesto, aún faltaba la conclusión definitiva. Iba a actuar. Luego ya se vería. A veces no había otro remedio.

Byn Fidelin estaba junto al mostrador cuando Dupin entró en el Goulou por tercera vez ese día. Un saludo con la cabeza tranquilo y amistoso. La jarra mágica ante él. Ni rastro de los colegas, ni tampoco de la señora Fidelin. El comisario atravesó la sala y salió a la terraza. Le Ber, Labat, Le Menn y Cosqueric estaban sentados muy juntos en el banco, con la espalda apoyada en la pared de la casa. Margot Fidelin estaba sola en el otro banco. Todos sostenían una taza plana.

—¿Podría decirme qué ocurre, señor comisario?

El tono de la señora Fidelin era muy decidido, pero no agresivo.

—Entremos.

Sin decir nada más, Dupin regresó al bar. Los demás lo siguieron. Al llegar al centro de la sala se detuvo.

—Siéntese, señora Fidelin. Se lo explicaré todo.

Dupin hablaba con tono tranquilo.

La señora Fidelin miró con inquietud a su marido, pero la expresión de él seguía siendo distendida. Ella eligió la primera mesa; el grupo de policías se sentó en la contigua.

Dupin se dirigió a Byn Fidelin.

—Caballero, si puede sentarse junto a su esposa…

Quería tenerlos a los dos a la vista.

Byn Fidelin se sentó junto a ella sin rechistar.

Dupin aguardó.

Se hizo un silencio extraño.

Luego el comisario lo rompió. Se dirigió hacia los Fidelin con paso tranquilo:

—Su barco fue el que ayer llevó al capitán Zinc a la isla de Houat. Me gustaría saber quién lo pilotaba.

El rostro de Margot Fidelin reflejaba un claro horror, mientras que Byn Fidelin mantenía la misma expresión paciente de siempre.

—Pero ¿qué dice, señor comisario? —Margot Fidelin se esforzaba por parecer calmada—. ¿Qué le hace pensar eso? Es ridículo.

—Anoche, cuando me pasé por aquí a las diez y media, el césped en

torno al barco estaba mojado. Empapado. —Una pausa—. Sin embargo, no ha regado. Usted misma me lo ha dicho. No riega desde la semana pasada.

Dejó que las palabras calaran en ellos.

—Cuando los barcos se llevan a tierra, gotean durante horas.

Después de diez años viviendo en la Bretaña, sabía estas cosas. En todas partes se veían botes auxiliares en los muelles en torno a los cuales se formaban durante horas grandes charcos de agua, incluso bajo el sol abrasador. El líquido rezumaba por las ranuras, apenas visibles; era asombrosa la cantidad de agua de mar que quedaba en un barco incluso tras llevar un buen rato en tierra.

—Señora Fidelin, dijo usted que no habían usado el barco desde el domingo. Pero estuvo en el agua. Eso es seguro. Más concretamente ayer. Ayer por la tarde.

Entonces, en los ojos de la señora Fidelin asomó la desesperación.

Dupin miró a Byn Fidelin.

—¿Qué motor fueraborda usa su barco? ¿Qué potencia tiene el motor?

—Sesenta caballos. —La respuesta fue rotunda.

Dupin no era un experto, pero era una potencia considerable. Sabía que sesenta caballos daban a un barco de ese tamaño una velocidad nada desdeñable.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar en barco a la isla de Houat?

El comisario se dio cuenta entonces de que aún llevaba la gorra. Se la dejó puesta.

—Tres cuartos de hora.

Byn Fidelin parecía estar como siempre, en paz consigo mismo, a gusto.

—¿Le Ber? ¿Qué le parece?

—Es correcto, jefe.

—Por lo tanto, toda la operación —un trayecto de aquí a Le Skeul, la ida desde ahí con Houat con el capitán Zinc, el encierro en el cobertizo y el viaje de vuelta— habría durado unas dos horas y media. Tal vez, tres. La llamada al hermano de Zinc se realizó a las 16.52.

—¿Qué pretende decir con todo esto, señor comisario? —El tono de

la señora Fidelin era ahora claramente agresivo; la desesperación y el horror se habían desvanecido—. ¿Que mi marido y yo secuestramos al capitán? ¿Que chantajeamos y asesinamos a Provost? ¿Que matamos a Agnès? ¿Nosotros?

Una mirada fría y penetrante.

—Es posible. Todavía no lo sé.

Una respuesta sincera.

—Sabe que ayer y hoy por la mañana estábamos aquí. Hay testigos.

Ese era el problema.

Y había otro: además de la persona que había llevado a Zinc a la isla de Houat en barco, tenía que haber una segunda persona, de otro modo era imposible: la que había secuestrado a Zinc. Alguien que había ido en coche hasta Le Skeul, lo había interceptado allí y lo había dejado inconsciente. Por supuesto, los Fidelin se podrían haber dividido: uno habría podido coger el barco y el otro el coche, pero ninguno de los dos medía un metro ochenta, que era la estatura del secuestrador según había declarado Zinc. El agresor del coche no podía ser ni Byn ni Margot Fidelin. Pero, por otra parte, Dupin estaba seguro de que su barco era el que se había utilizado para el secuestro. Desde la cala de enfrente. Apostaría cualquier cosa. Lo que fuera.

—Piénsenlo bien, señores —intervino Labat—. ¿Quién puede corroborar su paradero ayer entre las tres y la siete de la tarde? Si no se les ocurre nadie, la situación pinta mal para ustedes.

Dupin empezó a ir de un lado a otro de la sala:

—Quiero que Tenom Burlot y Manuel Trotter se unan a nuestra conversación.

Cosqueric se levantó.

—Sé por los compañeros que ambos se encuentran aquí, en la aldea.

Le Menn también se puso de pie:

—Vaya a buscar a Trotter. Yo traeré a Burlot.

Ambos se pusieron en marcha.

La señora Fidelin se removió inquieta en su silla.

—Sigo sin entender qué pretende, señor comisario, pero yo ahora mismo tengo cosas que hacer. A las dos y media tengo una cita en mi taller. Faltan diez minutos.

—Su cita va a tener que esperar. Todo va a tener que esperar. —Dupin miró a Le Ber—. Asegúrese de que la científica examine a fondo el barco. Hasta entonces, que nadie se acerque a él. Coloque a alguien ahí para vigilar.

—Entendido, jefe. —Le Ber ya tenía el teléfono en la mano.

Dupin se dirigió a la puerta que daba a la terraza.

—¡Vuelvo enseguida! —gritó, dejando a Labat con los Fidelin.

El experto en menhires y el pastor estaban sentados a la mesa contigua a la de los Fidelin.

—Es la segunda vez que… —empezó a decir Manuel Trotter.

—El perro. —Dupin le interrumpió sin inmutarse para luego quedarse callado. Se colocó de forma brusca delante de las mesas de los Fidelin y de los dos hombres—. El perro de Provost, Louis. En los últimos días estuvo por aquí. —Miró al investigador—. El señor Trotter lo oyó ladrar de noche. Pues bien, su cadáver acaba de ser hallado en el mar, en la bahía de Donnant. Fue arrojado al agua hace muy poco tiempo. — Dupin los miraba de uno en uno. Sin prisa, con una lentitud casi exasperante—. Por lo tanto, no es cierto, como se ha afirmado —dijo sin precisar a quién se refería— que el perro llevara desaparecido más de una semana.

Todos habían declarado lo mismo. Todos los vecinos. Excepto Trotter.

—Eso es una memez. —La señora Fidelin sacudió la cabeza con desdén—. Hace mucho que no lo vemos. Ni lo oímos. Ninguno de nosotros.

—El señor Trotter lo oyó el sábado pasado, puede que el lunes también.

—Yo… —Trotter parecía abrumado—. No lo sé exactamente. Usted mismo me hizo dudar. Tal vez fuera antes.

—¡Ya ve! —corroboró la señora Fidelin.

—Ahora también sabemos cómo los secuestradores se llevaron a Albert Zinc a la isla de Houat. —Dupin se dirigió hacia Trotter y Burlot—. Con el barco de los Fidelin. Uno de los secuestradores lo raptó en Le Skeul y el otro se lo llevó desde allí en barco hasta Houat.

Dupin cada vez lo veía más claro. Seguía notando el café, se sentía agitado de un modo maravilloso.

—La persona que llevó a Zinc a Houat probablemente sea la misma que fue a Le Skeul en barco. El otro se marchó con el coche con el que había venido. Así pues, el hombre al que Zinc vio un instante en la isla de Houat era el mismo hombre del barco.

Dupin trataba de reconstruir los hechos paso a paso para su audiencia, pero también, sobre todo, para sí mismo. Sentía que estaba muy cerca.

—Un hombre de un metro ochenta de altura.

—Eso ya lo hemos hablado en la gendarmería —comentó Trotter sin dejarse impresionar.

—Yo no fui —se oyó la voz amable del pastor—. Como he dicho antes, yo no cometí ninguno de esos delitos.

Dupin se apartó bruscamente de los dos.

—Cosqueric, ¿ha hablado en persona con Yvonne, la mujer de la panadería donde el señor Burlot compró las baguetes ayer y esta mañana?

—En efecto. Tenom Burlot estuvo ahí, sin duda. A la hora que él dice.

—¿Cuántas baguetes ha comprado? ¿Ayer? ¿Hoy?

—No lo sé. —Cosqueric se encogió de hombros.

Dupin miró al pastor.

—Cuatro. —Burlot lo miraba desconcertado—. Ya le dije a quién le traje cada una. Hoy, cuatro. Ayer… —Lo pensó un momento—. Ayer, tres.

Dupin comenzó a dar vueltas arriba y abajo por el bar. Las piezas que formaban el rompecabezas de esa realidad tan trágicamente confusa seguían sin acabar de encajar. Las distintas coartadas se lo impedían. Lo bloqueaban todo. Pero al menos había juntado ya algunas: el barco, el perro, el hombre alto y la posible secuencia de movimientos. Eso le permitía formarse una idea de cada una de las versiones de lo ocurrido, aunque todavía no las podía combinar para que formaran una historia. Estaba dando vueltas en círculo.

—Y esas tres baguetes de ayer, las…

Dupin se sintió aturdido. En realidad, había tenido una idea. Una idea monstruosa, de vértigo. Estrictamente hablando, se trataba de una sola palabra. Le resonaba en la cabeza como un martillo.

Al momento salió corriendo a toda prisa.

Fuera del bar. A su coche. Dejándolos a todos desconcertados. El comisario se sentó en su Méhari, arrancó el motor y pisó el acelerador. Levantó piedrecitas a su alrededor. Al girar, vio salir del bar a Le Menn y a Labat, dio un volantazo y frenó bruscamente.

—¡Traigan a la señora Corbel! Aquí, al Goulou. De inmediato. Da igual lo que esté haciendo. Diga lo que diga.

—Pero nosotros… —intentó objetar Labat.

—¡Tráiganla aquí!

Dicho eso, el motor rugió de nuevo.

Mientras conducía con una mano, el comisario cogió el teléfono con la otra.

Una curva muy pronunciada a la izquierda. Aguardó y luego marcó el número.

—Señor com…

Era evidente que había reconocido el número.

—Debo hablar con usted, señora alcaldesa. En el Goulou. Digamos, en treinta minutos.

—Lo lamento, pero eso es imposible…

—En el Goulou. En treinta minutos.

—Imposible.

—¡Hasta entonces, señora Megret!

Dupin colgó. El tiempo de discutir se había terminado.

Atravesó Le Petit Cosquet. Al llegar al final del pueblo pisó el acelerador al máximo y tomó la D25 hacia Le Palais. Llegó a la estrecha ensenada en cuyo final estaba el puerto. No fue hasta entonces cuando se dio cuenta de que no conocía la dirección exacta. De todos modos, se dijo, la encontraría. Sabía el nombre. En las localidades pequeñas había indicadores para estos establecimientos. Circuló por el muelle Gambetta. Decenas de barcos a ambos lados, uno junto al otro, unos veleros bonitos. En la orilla izquierda, la colina con

la enorme fortaleza elevándose por encima de todo.

LE FOURNIL. Ahí estaba. La panadería.

De nuevo a la derecha. Y otra vez a la derecha.

ROUTE DE BANGOR. La carretera de Bangor.

Al poco rato la vio. Aparcó justo delante del establecimiento y saltó del coche.

Jueves por la tarde, las tres, hora de playa. Dupin era el único cliente. Tras del mostrador había apoyada una mujer mayor de aspecto cansado.

—¿Señora Yvonne?

—Es mi jefa.

—¿Por casualidad está aquí?

—¿La llamo?

—Sería muy amable por su parte.

La mujer desapareció sin decir palabra y apareció otra de unos cuarenta años, flequillo corto, sonrisa cálida, ojos brillantes.

—*Bonjour*, señor. ¿Quería usted verme? ¿En qué puedo…?

Miró a Dupin y soltó una risa.

—¿No será usted el comisario de Tahití? Vi una foto suya en *Le Télégramme*. Con esa gorra tan elegante. Y el coche naranja.

Como siempre, se había olvidado de quitársela.

—Espero que pueda ayudarme, señora.

Su mirada se posó en unos pastelillos de chocolate que había en el expositor.

—¡Vaya, vaya! ¡Parece que le gusta el chocolate! ¿Ha oído hablar de Thomas, el famoso chocolatero de la isla? Un auténtico genio que lleva elaborando sus creaciones en Le Palais desde 2001.

Ella se acercó al otro extremo del mostrador. Allí la vitrina estaba repleta de chocolate. Unos trozos de corte irregular de todas las variedades.

—Ayer, a primera hora de la mañana, Tenom Burlot vino a comprar aquí. Fue sobre las siete y media. Lo atendió usted. Es el pastor de Islonk.

—Le conozco. Y sí, lo atendí yo. Kir me lo preguntó ayer. Kir Cosqueric. Puedo dar fe de que Tenom estuvo aquí, sí. Y la hora

también. Todo es cierto.

De pronto, cogió un trozo de chocolate y se lo tendió a Dupin.

—Pruébelo. Ochenta y cuatro por ciento de cacao y, aun así, increíblemente cremoso.

—¿Qué compró?

—Baguetes.

—¿Solo baguetes?

—Solo baguetes.

—¿Cuántas?

Ella insistía tendiéndole el trozo de chocolate. Dupin lo cogió, consciente de que no iba a poder evitar probarlo.

—¿Quiere saber cuántas baguetes compró?

—Exacto.

—¿Y se supone que esto ayudará a resolver los asesinatos?

—Señora, yo…

—A veces compra solo una o dos; a veces tres, cuatro. O más. Varía mucho.

—Solo me interesan las de ayer y las de hoy.

—Mmm.

Ella apretó los labios y enarcó las cejas.

—Por mucho que me esfuerce, no puedo decirle más. A esa hora el ajetreo es infernal. A veces la cola es de quince metros.

Así es como se reconocen las buenas panaderías.

—Vamos, pruébelo de una vez.

Dupin se metió la pieza en la boca para evitar más discusiones.

—Es excelente. —Masticó—. Fantástico. De verdad.

Lo decía en serio. No eran mil sabores, pero sí los suficientes como para entusiasmarse.

Dupin buscó la caja registradora con los ojos. La panadera le siguió la mirada.

—Es un sistema muy anticuado. Suma importes hasta el cierre. Y emite tíquets para los clientes.

Dupin sabía lo que eran esos pequeños tíquets. Por regla general, cada pocos días los bolsillos de los vaqueros se le solían llenar de ellos.

—Pero registra cada uno de los importes y la hora, ¿no es así?

—Oh sí, pero de todos los dependientes. En temporada alta, hasta las diez somos tres personas detrás del mostrador. ¿Sabe usted a cuánta gente puede llegar a atender cada dependiente en cinco minutos?

El comisario era consciente de eso.

—¿Cómo podríamos rastrearlo?

La panadera se encontraba ahora tras una vitrina de galletas.

—También debería probar esto. Galletas bretonas tradicionales, *La Bien Nommée*, son de la isla.

—Las conozco —dijo Dupin. Y así era; de vez en cuando Le Ber traía a la oficina—. Son absolutamente fantásticas.

—¡Ah, sí! —asintió ella—. El inspector Le Ber es de los suyos. Claro.

—Exacto. ¿De verdad no recuerda cuántas baguetes compró el señor Burlot? ¿Una? ¿Varias?

—Hace poco hubo un día en que compró seis baguetes. Pero no recuerdo cuándo. Tal vez fuera el domingo. —Ladeó la cabeza, parecía muy concentrada—. Pero un día solo compró una.

Así no llegarían a ningún sitio.

—Burlot dice que hoy ha comprado cuatro, y ayer tres.

—Mmm. Podría ser, por supuesto.

Pero ella no parecía convencida.

Era inútil. Dupin desistió. Sin embargo, ese dato podía tener una importancia decisiva.

—¿Y ha probado ya la *crème de caramel au beurre salé*?

Ella tomó un frasco de cristal que había junto a las latas de galletas.

Una ocurrencia fabulosa que solo podían tener los bretones: crema de caramelo con mantequilla salada.

—Por supuesto, y es estupenda. Le anotaré mi número de teléfono. Tal vez luego se le ocurra algo.

—Ya veo que usted es un optimista.

La señora Yvonne se dio la vuelta, tomó un bloc de notas y un lápiz y los dejó junto a la caja para Dupin.

—Gracias, señora. *Au revoir*.

—Ha sido un placer.

Ella parecía no perder nunca su buen humor.

Instantes después Dupin estaba en la calle. Se sentía decepcionado. Se subió al coche y se caló bien la gorra. Dio un manotazo contra el volante. «¡Maldita sea!». Eso habría podido ser clave. Es más: no veía otra posibilidad. Ni una sola. Era para volverse loco. Giró la llave de contacto. El motor estuvo a punto de sofocar el timbre del móvil.

Un número desconocido.

Descolgó de mala gana.

—¿Señor comisario?

No reconoció la voz de inmediato.

—Al habla.

—Aquí Yvonne.

—¿Sí?

—De la panadería.

Entonces la reconoció. Por teléfono su voz era muy distinta.

—Aún estoy delante de su panadería.

Había algo absurdo en la situación.

—Se me ha ocurrido una cosa.

—¿Sí?

Dupin se incorporó en su asiento. Volvió a apagar el motor.

—Nolwenn compró ayer once baguetes. Tiene a sus hijos en casa.

—¿Nolwenn?

—Nolwenn, la farmacéutica. Sus tres hijos están aquí, con los nietos. Tiene una casa…

—¿Y bien?

—Me he acordado de que Tenom Burlot iba justo detrás de Nolwenn. Once baguetes de golpe es algo que puedo encontrar en la lista de importes de la caja registradora. —Una pausa, Dupin oyó un crujido—. Lo estoy comprobando ahora mismo.

Dupin comprendió. Guardó silencio. Y aguardó.

Tuvo que esperar un rato.

—¡Aquí está! ¡Qué buena soy! Once baguetes, tipo *traditions*. A las 7.33. Y luego, 7.34. Eso cuadra.

—¿Y bien?

—Dos.

—¿Dos?

—Dos baguetes. Ninguna más. Espere, miraré los otros importes; como le he dicho, ayer por la mañana éramos tres. Antes de las siete y media no pudo ser… —Parecía estar pensando en voz alta—. Aquí. Otro importe a las 7.34. ¡Qué rabia! Y otro a las 7.35.

Dupin permaneció en silencio.

—Mmm. Vamos a ver. El otro importe de la caja registradora a las 7.34 son ¡cuatro baguetes!

Eso acabaría como antes: sin resultados concluyentes.

—Pero este —siguió con cierto tono triunfal— también tenía dos napolitanas de chocolate y cuatro cruasanes. No es él.

Una pausa.

—En cuanto al importe de las 7.35, fue por una sola baguete. También una del tipo *tradition*. En cualquier caso, aunque este fuera el tíquet de Tenom Burlot, él ayer compró una o dos baguetes. No más. Seguro. Yo diría que dos. Pero, la verdad, no lo sé.

—¡Fantástico!

Era increíble.

—Eso me basta, señora Yvonne. Es fantástico.

En efecto, eso era suficiente. Ya tenía lo que necesitaba.

—Creo que acaba usted de resolver el caso. Hágame un favor y guarde bien la lista de importes de la caja registradora. Me volveré a poner en contacto con usted. Hasta pronto.

—De acuerdo, señor comisario.

Parecía muy satisfecha.

Dupin volvió a girar la llave de contacto.

En su rostro asomó una sonrisa.

Ya estaba.

Acababa de alcanzar la imponente puerta de entrada al municipio de Le Palais cuando su móvil volvió a sonar.

Nolwenn.

Resultaba complicado conducir el Méhari, que carecía de dirección asistida, con una sola mano.

—¿Diga?

—El amable jefe del aeroclub me acaba de llamar. Supongo que sabe que la señora Megret está a punto de despegar.

—¿Cómo?

—Monette Megret está a punto de emprender un vuelo. A la isla de Ré. Al menos, eso es lo que dijo al registrarlo.

Dupin sintió cómo la ira le invadía.

—¿Cuándo exactamente?

—En los próximos minutos. Ya está en el aparato.

—Estamos en contacto, Nolwenn.

—Entonces, *chañs vat*, buena suerte, señor comisario.

Dupin, furioso, pisó el acelerador. No estaba lejos. De nuevo, el coche atravesó ese mosaico de paisajes veraniegos a toda velocidad. Un par de veces vio y oyó ovejas. Como siempre, no ponderó bien el frenazo al cruzar la D25. Y como siempre, todo salió despedido al suelo del asiento del copiloto.

Tres minutos después estaba camino del aeropuerto.

Cuando llegó a la zona vio una avioneta blanca, más pequeña que la del día anterior. Estaba entrando en la pista de despegue. Dupin no se lo pensó dos veces. Se colocó frente a la valla de malla metálica y volvió a acelerar. La valla se dobló como una cerilla. Aun así, provocó un fuerte estrépito. Había algo bajo el coche que no había sonado nada bien. Dupin condujo decidido hacia la pista de despegue. Al llegar más o menos al centro, frenó en seco.

Monette Megret accionó el motor del aparato y empezó a acelerar. Rápidamente fue ganando velocidad. Sin embargo, el recorrido no iba a ser suficiente para alcanzar la velocidad necesaria.

Dupin no movió el Méhari del sitio.

La alcaldesa desaceleró en el último momento. Se detuvo justo delante de Dupin. Muy cerca.

El comisario estaba a punto de saltar con la pistola en alto cuando oyó que le sonaba el móvil. Lo recogió del suelo del coche con una mano.

Le Ber.

Del todo inoportuno.

—Me pilla en muy mal momento, Le Ber, yo…

—Es Corbel. Pretende abandonar la isla. Ya está en el ferry. El capitán del Vindilis ha llamado a Cosqueric. Aunque no estaba bajo vigilancia, Cosqueric había dado instrucciones a la compañía de ferris para que avisaran si alguno de los sospechosos pretendía abandonar la isla.

—Bien hecho.

De repente, todo el mundo parecía querer salir corriendo.

Dupin no podía perder la calma.

—Que la lleven al Goulou de inmediato.

—De acuerdo, jefe.

—Y que el capitán también acuda, Le Ber.

—No creo que Zinc esté en condiciones de… —El inspector no terminó su objeción—. Entendido.

La situación estaba alcanzando el punto crítico de un modo caótico… para gran satisfacción de Dupin.

Saltó a toda prisa de su vehículo. La señora Megret seguía sentada a los mandos de la avioneta mirándole con cara de enfado y sin hacer el menor ademán de salir. Dupin se acercó a la puerta de la cabina. La alcaldesa reflexionó un momento y luego abrió la puerta con tanta fuerza que por poco lo alcanza.

Lo miró fijamente.

—¿Qué significa esto, señor comisario?

—Baje del aparato, señora Megret. Usted viene conmigo.

—Si no despeja la pista, llamaré de inmediato a mi abogado.

—Abandone la avioneta, señora.

—Tengo una reunión urgente en la isla de Ré. Están interesados en nuestro concepto de *Smart Island*. Me esperan el alcalde y toda una delegación.

—Pues van a esperar en vano.

—Además, no tolero que me apunte con el arma.

Se mostró indecisa un instante y luego respiró profundamente.

—No puedo abandonar aquí sin más la avioneta.

—Por supuesto que puede.

Ella puso los ojos en blanco, inspiró de nuevo de forma teatral, cogió el bolso y bajó.

—Esto tendrá graves consecuencias, comisario —musitó con rabia.

—Sí, yo también lo creo.

Dupin se dirigió al coche. Señaló con un gesto el asiento del copiloto. Ella ya tenía el teléfono móvil contra la oreja.

—¿Señor Pascal? Aquí Monette Megret… Por desgracia, tengo un problema muy desagradable y necesito la ayuda inmediata de un abogado.

Dupin arrancó el motor.

Estaban todos reunidos.

La aldea entera de Islonk, que en veinticuatro horas había perdido dos vecinos. Todo Islonk, y la alcaldesa. La señora Corbel había sido la última en llegar. Lo hizo acompañada de dos gendarmes y refunfuñando con voz estridente. Los dos hombres, Trotter y Burlot, estaban sentados en una mesa; la alcaldesa y la señora Corbel, en otra y, por último, los Fidelin y Albert Zinc, en una que había cerca de la entrada. El capitán llevaba un collarín y tenía las dos muñecas vendadas. Se había cambiado de ropa y vestía unos pantalones chinos de color azul oscuro, un polo a juego y unos mocasines cómodos. Su expresión, sin embargo, seguía siendo débil y apagada.

—No tardaré mucho, señor —le había dicho Dupin a modo de saludo.

En cuanto la perorata de la señora Corbel y los comentarios mordaces de la señora Megret se fueron aplacando, el ambiente se volvió extrañamente silencioso. Solo Dupin había intercambiado algunas palabras con sus colegas a media voz. No tenía prisa. Ya no. La tensión en la sala se podía palpar. Eso era justo lo que pretendía.

—Muy bien, empecemos.

El comisario se situó en el centro del bar. Tenía las manos en los bolsillos. Estaba muy tranquilo.

—No ha sido fácil. Aunque al final está claro.

Esperó.

Luego bajó la voz y habló con una marcada lentitud.

—Todos. No uno. Todos.

Eso era difícil de comprender.

—Todos ustedes. Han sido todos.

Caras de incredulidad.

—Excepto el señor Trotter. Él es inocente.

Pasó un tiempo antes de que alguien dijera algo. Fue, cómo no, la señora Corbel.

—Si pretende tomarnos el pelo, está usted fracasando de manera estrepitosa. ¿Con quién cree que está hablando? Ya he llamado a mi abogado. Está de camino. ¿Y sabe qué? —Se puso de pie—. Yo me marcho. Esto es privación de libertad.

Dicho y hecho, se encaminó hacia la puerta. Dupin no se movió del sitio. Vio que Labat estaba preparado. Dupin le hizo una señal, negó con la cabeza.

—Queda usted arrestada de forma provisional, señora. Como todos ustedes, por cierto.

—¡No puede hacer eso!

La señora Corbel se detuvo.

—Esto es una infamia, comisario —reaccionó la alcaldesa—. Mi abogado también llegará en breve.

Dupin no prestó más atención a esas señoras.

Se dirigió sin prisa hacia el pastor.

—Señor Burlot, usted afirma que ayer por la mañana compró tres baguetes.

—Eso hice.

—No es así. Solo fueron dos, señor, dos barras. Ni una más. —Dupin empezó a deambular de un lado a otro entre las mesas, clavando su mirada en cada uno de los allí congregados. Hizo una larga pausa—. Esto significa que, a lo sumo, solo hubo un vecino que recibió una baguete suya. Como mucho. En ningún caso, como usted afirma, dos vecinos.

Se detuvo entonces frente a los Fidelin.

—Sin embargo, usted —dijo dirigiéndose a Margot Fidelin— y la señora Corbel afirmaron que Tenom Burlot les había traído una baguete. Por lo tanto, mintieron. —Dupin cruzó los brazos sobre el pecho—. Lo más importante es que no solo mintió uno de ustedes, sino, por fuerza, los cuatro. Nadie cayó en ninguna contradicción, y

eso solo puede significar una cosa: que se habían puesto de acuerdo.

Dupin dejó que las palabras calaran.

—De repente necesitaron disponer de una coartada sólida. Y procuraron dársela entre ustedes con posterioridad. —De nuevo comenzó a pasearse entre las mesas—. Lo mismo ocurrió con el perro. Todos ustedes, excepto el señor Trotter, afirmaron de forma unánime que no lo habían oído ni visto desde hacía más de una semana. También se pusieron de acuerdo en esa mentira.

Se detuvo frente a Tenom Burlot y lo miró.

—Acabo de estar en la panadería. La señora Yvonne conserva todos los tíquets de la caja registradora de ayer por la mañana. Demuestran lo que compró y lo que no.

—Debe de haber un error. Tal vez lo tecleó mal. —Aquella voz amable de pronto se había convertido en una voz ahogada, a todas luces en contra de su voluntad.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa? —Margot Fidelin echó la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué motivo? —Había empequeñecido la mirada y parecía otra—. ¿Por qué íbamos a chantajear a Provost, secuestrar a Albert y asesinar a Agnès? ¿Y quién? ¿Qué quiere decir usted con «todos»?

Dupin esperó un momento antes de responder.

—No hubo chantaje, señora. Ni tampoco secuestro. Solo dos asesinatos. —Siguió deambulando entre las mesas—. En principio se trataba de Patric Provost. Tenía que desaparecer. Querían hacerlo desaparecer. El plan era que uno de ustedes lo matara en su barco en Doëlan y lo arrojara al mar. Sabían que cada año hacía esa salida. Las condiciones eran perfectas. —Dupin seguía hablando muy despacio—. Sabían también que llegaría la pleamar. Todos conocen la enorme fuerza de la corriente cuando el Atlántico se retira de una ría. La idea era que la corriente se llevara para siempre el cuerpo del señor Provost aguas adentro. De este modo, anoche él no hubiera regresado y tal vez esta mañana ustedes, como vecinos preocupados, se habrían dado cuenta y habrían dado parte a la policía. Se localizaría su embarcación y veinticuatro horas después de su desaparición se iniciaría una búsqueda a gran escala. En vano, por supuesto. La

búsqueda se suspendería al cabo de unos días. Como siempre. Todo habría quedado en un trágico accidente. Cosas que pasan. Algo que aquí, en la Bretaña, no es nada raro. La gente se cae por la borda. El mar los arrastra. Desaparecen y resultan ilocalizables.

Dupin se detuvo ante la señora Corbel, que permanecía inmóvil en su sitio. Tenía la expresión petrificada. Lo miraba llena de desprecio, incluso odio.

Él prosiguió, impasible.

—Su plan era simple, pero perfecto. Un asunto no muy complicado. —Dirigió una sonrisa a la maestra jubilada—. Pero, por desgracia, salió mal. Provost, incluso muerto, hizo lo que siempre hacía: les arruinó sus planes y sus sueños. Su cadáver quedó atrapado en una boya y fue localizado. —Una vez más, Dupin se quedó quieto en medio de la sala—. En cuanto se enteraron, tuvieron que actuar de inmediato. Era preciso inventarse una historia a toda velocidad. No tenían mucho tiempo. En una o dos horas, la policía aparecería por aquí. Tenían que crear una maniobra de distracción, sugerir otros motivos. Y lo hicieron. Dinero, criminales misteriosos. Alguien se acordó de ese chantaje de Nantes. Era el ejemplo perfecto. Así pues, escribieron los mensajes. Y además, se les ocurrió lo del perro. Eso haría la historia aún más creíble y, sobre todo, establecía un supuesto hecho: que el chantaje se había producido semanas atrás. Todo eso habría funcionado a la perfección de no ser por el señor Trotter, al que Provost le había alquilado la casa. Provost, de nuevo, les chafó los planes. Entonces alguien mató al perro. Ayer mismo. Y lo arrojó al mar.

Dupin hizo una pausa.

—Yo… —Manuel Trotter se levantó—. Me parece que me puedo marchar, ¿verdad?

—En efecto —asintió Dupin con gesto ausente.

El experto en menhires fue directo hacia la puerta. Las palabras de Trotter rompieron el hechizo al que todos llevaban un rato sometidos. La señora Corbel se dirigió a Dupin: —Todo esto es una impertinencia inaudita y le va a costar muy caro.

—¡Tiene razón! ¡Es inaudito!

Margot Fidelin también se levantó. Los cuatro policías se pusieron de pie al momento. Labat el primero, que se acercó a la señora Fidelin. Ella lo miró con incredulidad. La señora Corbel se encaró con Dupin como si fuera a abofetearle. Él estaba preparado. Eso no le impresionaba.

El comisario se volvió hacia el capitán, que parecía ensimismado y en ese tiempo no había abierto la boca.

—Como he dicho, tampoco hubo secuestro. —Se detuvo delante de Zinc—. Fue un montaje pensado para desorientarnos y conducirnos a una pista falsa. —Bajó la cabeza un instante y luego la volvió a levantar para dedicarle a Zinc una mirada de indiferencia—. También este era un plan casi perfecto. Le ataron, tenía que parecer real, incluso le propinaron un buen golpe con la intención de impresionarnos. Luego le llevaron a la isla, donde se suponía que usted, tal y como ocurrió, se liberaría y podría arrojar sospechas sobre alguien. Concretamente, sobre Manuel Trotter. Un hombre de más de un metro ochenta de altura.

Albert Zinc parpadeó, parecía querer decir algo. Pero lo dejó. Se había rendido. Era lamentable.

—El señor Burlot tenía una buena coartada con la panadería. El señor Trotter, en cambio, no tenía ninguna. Ustedes sabían que Manuel Trotter no era el asesino y, por lo tanto, seguro que al final nosotros no encontraríamos ningún indicio, ni siquiera sospechas vagas. De este modo, también esa pista acabaría cayendo en saco roto. Contaban con ello.

Al menos así era como se lo imaginaba Dupin, que no lo sabía todo, ni mucho menos; en concreto, aún no sabía quién era el autor de los asesinatos.

—Sospecho que Agnès Griffon se arrepintió y quiso desentenderse del asunto. Puede que pensase acudir a la policía. Y por eso tuvo que morir. Seguro que ustedes me lo acabarán diciendo.

—¡De eso, nada! —El tono de Corbel era abiertamente agresivo—. Está usted delirando, comisario. ¡El calor no le sienta bien!

—En algún momento habríamos terminado considerando la muerte de Agnès Griffon como un daño colateral, que era justo con lo que

ustedes contaban.

Resultaba siniestramente impresionante la precisión con la que los habían manipulado.

—Habríamos sospechado que ella sabía algo que no debía, y que simplemente se había encontrado en el lugar equivocado en el momento equivocado. —Dupin se encaminó hacia Byn Fidelin—. Supongo que usted fue quien llevó a Zinc hasta la isla de Houat en barco. —La expresión de Fidelin era difícil de interpretar—. Respóndame.

—¡Deje en paz a mi marido!

Margot Fidelin se inclinó hacia delante, intentando protegerlo.

Byn Fidelin permaneció callado.

Dupin se apoyó en el mostrador.

—Debió de ser en uno de esos atardeceres de aquí, en el Goulou. Quizá durante los largos meses de otoño e invierno. Durante las tormentas. Cuando nadie viene a la isla y ustedes están meses solos.

El comisario recordó la imagen de Le Ber sobre las muchas islas dentro de la isla. Sobre las aldeas que formaban su propio mundo diminuto.

—Quizá fue durante una noche de tormenta violenta en la que todos estaban reunidos aquí. Con un whisky. Y quizá, como siempre, se contaron historias. Las suyas. Sus proyectos, sus planes, sus ideas, sus sueños… Historias de cómo podría ser su vida, lo felices que podrían ser, las cosas que podrían hacer si… exacto, si Provost no se lo impidiera. Si no destruyera sus anhelos. Por pura malicia. Y quizá entonces se dijeron, de pronto: ¿y si desapareciera? —Dupin los fue escrutando uno a uno—. Al principio solo fue una fantasía, un entretenimiento mental. Macabro, pero comprensible. Provost realmente lo boicoteaba todo. Hay personas que solo encuentran sentido a su vida complicando la de los demás; tal vez era eso lo que le pasaba a Provost. Hay gente así. Y uno se pregunta: ¿qué pasaría si él, o ella, no existiera? —Sus palabras resonaron graves en la sala—. Al principio fue solo hablar por hablar. Algo dicho en el calor del momento. Tal vez ese día se produjo una nueva frustración.

De nuevo Dupin miró a su alrededor.

Se dirigió hacia Margot Fidelin:

—Tal vez le había prohibido de forma definitiva la ampliación de su taller, poniendo punto y final a su sueño. O tal vez le dijo a usted —se volvió hacia Burlot— que jamás sería el encargado de su granja… y que tampoco tendría ninguna oportunidad si se ponía por su cuenta porque estaba dispuesto a impedírselo. —Ahora se centró en la señora Corbel—: Tal como afirmó, usted no veía el momento de que muriera. Esto facilitaría de inmediato las gestiones para el nuevo edificio del museo, ya que los demás estaban de acuerdo con sus planes. Y lo mismo se podría decir de Agnès Griffon. De pronto, ya no habría marido, ni agotadoras negociaciones con los abogados, ni humillaciones, ni apertura de viejas cicatrices, ni juicio. Y, en cualquier caso, estaba la legítima de la herencia. Todos tenían un motivo. —Dupin regresó a Zinc—. Aunque en su caso no fuera una cuestión tan importante como la de los otros. Pero, aun así…

Dupin tampoco esperó ninguna reacción del capitán y se dirigió a la alcaldesa, que había permanecido sorprendentemente callada.

—En cuanto a usted, señora, ya sabía que le había tocado la lotería. Pero necesitaba el dinero ahora, no dentro de diez años. Era ahora o nunca. Era su oportunidad. La ocasión de destacar no solo en la Bretaña, sino en toda Francia y Europa. ¡La primera isla verde del continente! Por delante de todo el mundo. Habría podido iniciar una carrera muy diferente. En la política, en los negocios.

—No pienso hacer ningún comentario al respecto.

La señora Corbel parecía querer acercarse a la puerta de nuevo:

—¿En qué basa usted esa historia ridícula? ¿En una baguete que no se compró? Tenom compra baguetes para todos tan a menudo que podemos habernos equivocado de día. Estábamos alterados, en shock. Un vecino había sido asesinado. ¿O prefiere fiarse de un estudioso de los menhires chalado que no se acuerda de cuándo oyó al perro? Por cierto: ¿y si el pobre animal permaneció encerrado una semana y fue asesinado ayer? El mismo día que Provost. En cuanto fue evidente que él no iba a pagar el chantaje. ¿Sabe qué, señor comisario? ¿Sabe lo que haremos? Nos vamos. ¡Y ahora, intente detenernos!

Se encaminó con paso decidido hacia la salida.

Dupin estaba lejos de ponerse nervioso. Aunque era cierto que, por el momento, aún no podía aportar nada tangible. La hierba mojada, el perro, las baguetes. Todo eso no era suficiente. La señora Corbel lo había expuesto con claridad: todos se limitarían a afirmar que él se había inventado una historia de novela que, aunque lo hacía cuadrar todo y hacía plausible un gran entramado diabólico, solo era eso, una ficción.

—Micheline tiene razón. —Margot Fidelin se levantó de golpe—. Ahora nos vamos a…

—No tiene razón. —Byn Fidelin interrumpió a su mujer—. Miente. —Se levantó muy despacio—. Todos hemos mentido. —Inclinó la cabeza. Luego se acercó a Dupin—: Y usted —se enfrentó a la mirada del comisario— tiene razón. En casi todo. —Irguió por completo el cuerpo—. Fuimos nosotros. Lo hicimos juntos. Lo planeamos juntos en una noche de invierno. No hubo tormenta, pero sí mucha lluvia. Llovió tres semanas enteras sin parar. —Dio otro paso hacia Dupin—. Sí, al principio era una especie de pasatiempo, una fantasía. Nosotros…

—¡Byn! —Un grito casi histérico—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué estás haciendo?

Margot Fidelin salió disparada hacia él. Labat fue más rápido. Al instante se colocó junto a ella, la agarró del brazo y la sujetó con fuerza.

Byn Fidelin prosiguió, imperturbable.

—Pero unos días después volvió a salir el tema. Si Patric no estuviera aquí… Se volvió una obsesión. No hablábamos de otra cosa. Un día bromeamos con echar a suertes quién lo haría.

Margot Fidelin comenzó a sollozar. El efecto era dramático.

—Incluso entonces fingimos que solo era una broma. —Byn Fidelin tenía la mirada perdida, resultaba espeluznante—. Yo… saqué la pajita más corta. —De repente, bajó la mirada—. Llegó un momento en que aquello llegó a resultar de lo más normal. Un propósito. Un plan. Margot lo impulsaba. Ella y Micheline. —Eso no era una acusación, ni una denuncia. Solo constataba unos hechos. Su voz adquirió una cadencia monocorde, pero no lastimera—. Yo… no me

opuse. No recuerdo cuándo el asunto se convirtió en algo serio. Pero en algún momento fue así. Nunca lo acordamos de forma oficial, nos limitamos a hablar de cómo hacerlo. Una noche, Margot tuvo la ocurrencia de aprovechar el cumpleaños del tío de Patric. Parecía perfecto. Ni siquiera tendría que ocurrir en la isla, sino en el continente. Y, por supuesto, creímos que su cadáver nunca aparecería.

Se interrumpió.

Cosqueric se levantó y se aproximó al señor Fidelin.

—Agnès… no lo soportaba. —Aunque le costaba más hablar, daba la impresión de querer explicarlo todo—. Después de que… ocurriera. Después de que yo lo hiciera. De repente, anoche, aquí, en el bar, dijo que debíamos entregarnos. Que ella no podía vivir con eso. Estaba al límite. —Era evidente que Fidelin estaba haciendo uso de todas sus fuerzas para seguir hablando—. Dijo que pensaba acudir a la policía. Llegó un momento en que se vino abajo por completo. Margot intentó calmarla. Le sirvió un par de whiskies. Y un valium. Le dijo que descansara un poco y que hoy ya veríamos. Acompañó a Agnès a la cama. Margot no confiaba en ella. —Se volvió como a cámara lenta hacia su mujer, que tenía el rostro desfigurado por la ira, el desprecio y la desesperación—. Y entonces, al ver que Agnès salía de casa a primera hora de la mañana, la ha seguido.

—Entiendo.

El tono de Dupin destilaba una frialdad implacable.

Ahí estaba, la terrible historia al completo.

—Yo nunca creí que lo llegarían a hacer de verdad. —La señora Corbel sacudió la cabeza, negando con vehemencia—. Creí que solo era un juego, nada más. Una pequeña fantasía malévola que todos tenemos de vez en cuando. Quien lo niegue, miente.

—¡Basta ya, Micheline! ¡No puedo seguir oyendo eso! —El capitán, su voz clara y serena—. ¡Cállate de una vez!

La gran admiradora de la Bernhardt le dirigió una mirada de espanto, pero guardó silencio.

La alcaldesa cogió su bolso.

—Ahora que tratamos la cuestión de quién estuvo implicado de forma activa en estos crímenes y no solo en su imaginación, señor

comisario, ya me puedo marchar. Porque, como he dicho, yo no tuve nada que ver. Nada en absoluto. —Se puso de pie—. Mi vuelo espera.

Se encaminó hacia la puerta, sin más. Al instante, Le Menn se colocó a su lado.

—Tiene razón. —De nuevo, Albert Zinc—. Monette no tiene nada que ver. Nada en absoluto.

Le Menn miró a Dupin sin saber qué hacer. Tras una breve vacilación, el comisario asintió. En ese punto se había equivocado. Creyó que ella estaba involucrada. Pero no tenía motivos para dudar de las palabras de Zinc, a quien además nadie había contradicho.

—Tendrá noticias de mi abogado, señor comisario. —La alcaldesa llegó junto a la puerta, pero se detuvo de nuevo—. Es increíble. Toda esta historia.

Dupin no sabría decir si hablaba en serio o si solo era una pose.

—Este es un capítulo oscuro en la historia de Bangor. ¡Toda una aldea implicada en un asesinato!

Un instante después se había marchado.

Dupin ya tenía suficiente. No quería seguir. No podía soportarlo más.

Se sentía asqueado. Una sensación que había ido asomando poco a poco y que luego se había intensificado. Brotaba de lo más profundo de su ser. Ahora ya conocían la verdad. Sabían todo cuanto necesitaban saber por el momento y, sin duda, acabarían por averiguar todos los detalles que faltaban. Aunque solo fuera porque a partir de ahora los vecinos se destrozarían entre sí y lo contarían todo para exonerarse.

Dupin se volvió hacia sus colegas:

—Llévenselos. A todos.

—Entendido, jefe.

—Me gustaría hacer notar que yo…

—Ya basta, señora.

Dupin interrumpió a la señora Corbel. No quería oír nada más. Tenía que salir de allí. Desapareció por la puerta de la terraza. Luego atravesó el jardín, se encaramó al murete de piedra y se dirigió hacia esa planicie magnífica. Hacia los peñascos de Monet.

Dupin anduvo mucho rato bajo el calor abrasador e intenso de las primeras horas de la tarde. Más tiempo del que había previsto. Necesitaba moverse, no podía aguantar ni un segundo más. El teléfono sonó un par de veces. No contestó, ni siquiera se molestó en ver quién era. En efecto, en cierto modo estaba al borde de sus fuerzas, pero también había algo más. Era difícil de describir. Estaba agotado. Hecho polvo.

Con todo, había una llamada que debía hacer. Ya era hora.

—¿Nolwenn?

—¡Señor comisario! ¡Por fin se pone! —Un reproche—. Y permítame que se lo diga, *chapeau*!

Un elogio.

Eso era raro en Nolwenn.

—Ha resuelto el caso a tiempo. ¡La fiesta no peligra! ¡Bravo!

Por supuesto, eso era lo que le importaba.

—Era de esperar… ¡Islonk!

Dupin no tenía ni idea de a qué se refería.

—Islonk, ¡el abismo! ¿Qué le pasa a su bretón, señor comisario? Pero, bueno, tiene usted otras cosas en la cabeza.

Bonito eufemismo.

—Le Ber ya me ha puesto al día. Una historia especialmente abominable.

Desde luego.

—¡Hay que ver con lo de *Saludin un amezeg*, ya sabe, saludar a un vecino amistosamente! En este caso viene de perlas ese antiguo dicho bretón que dice «La oveja sucia se frota en las otras».

Era cierto.

—En fin, señor comisario, ya va siendo hora de regresar a casa. Se acabó.

Dupin tenía que concentrarse.

—Mi coche sigue en Islonk. Y… tengo algo que hacer en Le Palais.

—Usted solo deje el Méhari aparcado en el muelle. Con las llaves en la guantera. He hablado con la empresa de alquiler de coches.

—Vale.

—Así pues, hasta mañana por la mañana. ¡El gran día! *Ken emberr*!

—*Ken emberr*, Nolwenn.

Dupin se metió el móvil en el bolsillo.

En cuanto llegó a la planicie, tuvo de nuevo la impresión de ver tierra. Al sur, donde de hecho no la podía haber; como ya le había ocurrido el día anterior y esa misma mañana. Esta vez vislumbró una costa con acantilados de intenso color verde y de un tamaño incomparablemente mayor que aquellos sobre los que se encontraba. Le recordaron los acantilados de Moher, en el lejano y fantástico oeste de Irlanda, donde había estado en una ocasión hacía muchos años. No llevaba la gorra, seguía en el coche. El sol le daba en la cabeza sin piedad. Debía de ser por eso. ¿O sería otra vez una de esas sofisticadas ilusiones ópticas? Durante una fracción de segundo, le sobrevino una vaga sensación de aturdimiento. La acompañó un ruido extraño, como el del zoom de una cámara. Al momento, los acantilados irlandeses desaparecieron y el horizonte volvió a estar despejado.

Dupin emprendió el camino de regreso.

La aldea parecía desierta.

No se veía un alma, ni un coche. Solo su Méhari. La imagen era triste, ni siquiera el intenso color naranja cambiaba nada. Islonk parecía un pueblo abandonado. Fantasmal. La puerta del Goulou estaba abierta, algo que se ajustaba muy bien con la puesta en escena. Aquel sitio se había convertido en el escenario de una gran atrocidad. Dos vecinos habían muerto, y cinco habían sido detenidos y pronto estarían en prisión. Con condenas largas, aunque de distinta duración. Ninguno se libraría de aquello. Islonk, el abismo.

Independientemente del significado de su nombre, aquello era, en realidad, el cielo en la tierra. La aldea, el Goulou, toda la zona. De hecho, toda la isla. Era un pedazo grandioso de naturaleza, un pequeño gran paraíso deslizándose mágicamente por el espacio. Sí, era muy posible que Belle-Île fuera la diadema de la reina de las hadas flotando en el mar.

—¡Hola, jefe!

Dupin dio un respingo.

Le Ber. Salía del Goulou.

—Le esperaba. Los cinco ya están en la gendarmería, con Cosqueric. Un barco los llevará directamente al continente y luego en coche a Vannes.

Dupin asintió.

—Un caso de locos, jefe, de los que hacen que uno dude de la humanidad.

Eso Dupin lo hacía con bastante frecuencia.

—Goulch nos está esperando en el muelle.

Dupin se dirigió al coche. No tenía ganas de hablar.

El inspector cerró la puerta del Goulou.

Diez minutos después se apearon del Méhari. Aparcaron ante una antigua nave para barcos de forma alargada que tenía una gran fachada acristalada, un escaparate enorme. Al lado, un letrero de color morado con letras blancas. FLUÏD. Dupin no lo había olvidado. Se alegró. Claire se habría desilusionado.

En el escaparate, artísticamente dispuestos, se podían admirar los cien vasos de cien colores distintos. Dupin compró los que Claire le había dicho. Y además se hizo con una pequeña y extraña roca de cristal, parecida a una de las agujas de piedra de Monet. O, según cómo, a un menhir.

Al rato, cargado con dos bolsas moradas, se encontraron en el muelle Bonelle, en el mismo sitio en el que el día anterior había comenzado la aventura. Como siempre, en el puerto reinaba un alegre bullicio. Dupin, con la piel quemada por el sol, sin afeitar, con la gorra en la cabeza y las bolsas en la mano, parecía un turista.

El comandante de la brigada de la isla había acudido a despedirlos. Le tendió la mano a Dupin:

—Que tenga un buen viaje a casa. Ha sido un placer, señor comisario.

—Igualmente, comandante.

Así era. Cosqueric le caía bien.

—Le llamaré a última hora de la tarde para ponerle al corriente de los avances.

—De acuerdo.

Un asentimiento totalmente opuesto a su sentir. Pero, claro, así tenía que ser.

—Por desgracia, ahora toca el papeleo.

Dupin sabía muy bien lo que quería decir el comandante.

—Por cierto, se la puede quedar. De recuerdo.

Cosqueric se dio un par de golpecitos en la cabeza con el dedo. Dupin necesitó un momento para comprender. ¡La gorra!

—Gracias.

Se sintió un poco cohibido. Cosqueric sonrió.

—No siempre es fácil mantener a raya a los periodistas —dijo señalando el muelle. Dupin vio a dos hombres pertrechados con cámaras profesionales—. Y, de todos modos, es imposible escapar a esos teleobjetivos.

Aquella debía de ser más o menos la perspectiva desde la que ayer se tomó la fotografía de su llegada, y dejaba claro cuál sería la foto con la que los periódicos abrirían su portada al día siguiente. Sin embargo, también en ese sentido Cosqueric había hecho un excelente trabajo.

—Pues nada, nos vamos.

Dupin se subió a la Bir.

Le Ber ya estaba a bordo, apostado junto a la caseta del capitán, cerca de Labat y Le Menn. Acto seguido, los hombres de Goulch soltaron los cabos. Los motores arrancaron, la Bir viró y salió de aquel pequeño puerto de cuento. Dupin estaba demasiado agotado para preocuparse por la travesía. Cosqueric se despidió con la mano. El comisario le devolvió el gesto. Acarició con la mirada el estrambótico coche naranja que había dejado aparcado en el muelle. También a él le había tomado afecto.

Luego se quitó la gorra. Si no, saldría volando.

El tercer día

Eran las seis y media.

Dupin apenas había podido dormir. Había sido un caso duro, muy perturbador.

Claire había tenido el turno de noche, así que pasó a solas la tarde anterior, cuando llegó. Ni siquiera tuvo ánimos para ir al Amiral. Se conformó con asaltar la nevera, donde encontró un trozo de queso, un poco de mantequilla salada y un tomate. Y la botella de Languedoc que había abierto unos días antes.

Temiendo que aquella no sería una noche tranquila, retrasó la hora de acostarse hasta que ya no pudo más. Contempló el cielo en la terraza, perdido en el infinito mar de estrellas que titilaban con intensidad. Pudo ver la Vía Láctea, esa difusa y misteriosa banda de luces. Intentó pensar en Claire y en sí mismo, pero, por supuesto, en su estado, aquella idea fue absurda. Una cosa sí tenía clara: nada había cambiado para él, sus sentimientos eran los mismos. Haría cualquier cosa por ella. Lo que fuera. ¿Tal vez debería hacer algo? Sí, lo haría. Haría algo.

Se había levantado hacía diez minutos y se había preparado un café. A continuación, se puso el bañador y bajó a la playa. La noche apenas había refrescado el ambiente. La luz al este bastaba para ver el mundo, su playa. Prácticamente frente a su casa. Una playa pequeña, pero con una maravillosa arena blanca y fina, y unos colores fabulosos que empezarían a centellear en el transcurso del día.

Dupin se sentía inquieto.

¿Dónde estaba su amiga?

No veía a la foca por ningún sitio.

Se zambulló. Era maravilloso. Refrescante. Por fin. Esto era lo que había anhelado todo el tiempo bajo el calor sofocante de la isla. El agua clara también le despejaba la mente. De pronto, todo era distinto, el mundo parecía diferente. Debería haber ido a nadar anoche.

Pero ¿dónde estaba ella?

Dupin nadó aguas adentro, al lugar donde solía ir. Recorrió a crol los últimos metros hasta la boya.

Entonces, de pronto, la vio. Justo delante de él. La cabeza puntiaguda, el hocico, los largos bigotes blancos a ambos lados y los brillantes ojos oscuros.

Una sonrisa apareció en la cara de Dupin. Una sonrisa de felicidad.

El Ty Mad era una joya.

Dupin había descubierto el hotel y su restaurante por casualidad hacía unos años. Había ido a parar allí durante un caso. Era una joya muy discreta escondida en un enjambre de callejones estrechos e intrincados de Tréboul, en la zona donde antaño vivían los pescadores.

No podía ser más hermoso. La luz sensacional de la bahía de Douarnenez, el extraordinario ambiente, alegre y desenfadado. Allí, Matisse, Max Jacob y otros pintores, escritores, músicos y bohemios habían disfrutado plenamente del encanto del verano bretón.

En lugar del polo azul oscuro, Dupin se había puesto una camisa de ese color. No había renunciado, en cambio, a los vaqueros. Claire llevaba un vestido hasta las rodillas, sin mangas, también azul —un tono entre azul cobalto y azul noche perlado— que combinaba maravillosamente con sus ojos azul claro y su pelo rubio normando. Tenía un aspecto impresionante, como siempre.

La celebración empezó con un aperitivo en el jardín. En un bosquecillo de bambúes de intenso color verde en el que se intercalaban pequeñas islas de grava blanca con sillas cómodas y mesitas de madera. Luego entrarían al restaurante, situado en el invernadero del edificio y con vistas sobre la bahía de Douarnenez, que, según se decía, era la más bella de Francia y en cuyo fondo marino estaba la ciudad dorada de Ys, la Atlántida celta.

Armelle, la dueña del Ty Mad —por tradición, Douarnenez estaba en manos de mujeres fuertes— se había empleado a fondo para la velada: Didier Lecuisinier, su legendario cocinero, se había devanado los sesos para elaborar el menú sorpresa. Para la bienvenida se sirvió el *Suzes Ty Mad*, una bebida estival de la casa, muy fría y refrescante, así como un Muscadet también muy frío. (Durante las últimas

semanas, en la comisaría se había hecho una cata a conciencia). Todo ello acompañado de ostras de la isla de Sein con una emulsión de algas —Dupin perdía la cabeza por ellas—, caballa ahumada con blinis de trigo sarraceno bretón y un chutney de algas con vinagre de sidra y manzanas confitadas, así como la gran especialidad local: sardinas recién pescadas marinadas con limón y aceite de oliva.

Los olores de esas delicias flotaban por el jardín, envolviéndolo y mezclándose con los de las hierbas aromáticas y las plantas. Se levantó una brisa ligera, la primera en semanas.

—Bueno, señor comisario… —Nolwenn dio un golpecito en la copa con el tenedor. Estaba en el centro de una de las islas de grava, con unos cuarenta invitados a su alrededor—. Como decimos los bretones, donde hay elogios, hay mentiras. Por lo tanto, dejaremos a un lado los elogios.

Por lo menos, no había peligro de que la velada se volviera sentimental.

—Pero sí hay que decir algunas palabras, señor comisario —siguió Nolwenn, que dirigió una mirada severa a Dupin—. Es mejor que no nos detengamos en sus inicios bretones. Fueron exasperantes. —Nada de adulación—. Pero en la Bretaña sabemos que hay buenos caballos de todos los colores y buenas personas en todos los países. No nos dimos por vencidos con usted. Así pues, nos concentraremos en aspectos esenciales. De hecho, en una ocasión como esta solo importa una cosa. —A la oradora había que reconocerle un mérito: en unos instantes, había creado la máxima expectación—: En estos diez años, ¿se ha convertido usted en un auténtico bretón o no? —Hizo una pausa más larga—. Como sabe, ser bretón auténtico no es cuestión de nacimiento, fe u origen; no damos importancia a la sangre ni a esas tonterías. No. Es mucho más simple y, a la vez, mucho más difícil: ser bretón es una cuestión de actitud, de talante, de filosofía. Respecto a la vida, al mundo, a las personas y a todo lo creado. —Por un instante, el tono de Nolwenn se volvió enérgico, pero recuperó la compostura —. Por supuesto, no existe una lista oficial de cualidades para marcarlas punto por punto, pero sí es posible mencionar algunos de los requisitos para ser un bretón verdadero.

Así que era cierto: la lista de Nolwenn existía.

—Voy a repasarlos —añadió, y acto seguido tenía varios papeles en la mano. Dupin tuvo un mal presentimiento—. Una imaginación portentosa: ¡desde luego, de eso usted tiene en abundancia! Combinada con un realismo pragmático y determinación. Obstinación implacable con instantes de malhumor y trato imposible: en su caso no hay problema. Afán inquebrantable de libertad, naturaleza rebelde, disidente por principios y, por lo tanto, problemas insuperables con las autoridades: es usted la viva encarnación de estas cualidades, hay que reconocérselo sin envidia. Marcada pasión por la comida y la bebida, acompañada de una aversión instintiva al agua: nota máxima. —Nolwenn seguía muy seria—. A continuación, claro está, entusiasmo desmesurado por la Bretaña, así como conciencia de que es el principio y el fin de todas las cosas: en honor a la verdad, señor comisario, en este punto está mejorando. —Dupin lo sabía: era una desventaja dolorosa—. Además, incapacidad psíquica y física para sentir la lluvia, es decir, para notar siquiera que uno está mojado: aquí ha adquirido usted auténtica maestría; nota máxima. La complacencia bretona inagotable en el arte de narrar historias: por desgracia, este requisito es tremendamente importante para la calificación general y aquí no podemos darle ni un solo punto.

¿Había un sistema de puntos, una clasificación general? A Dupin le pareció que todo aquello estaba tomando un giro peculiar.

—Franqueza y tolerancia radicales, todo el mundo puede ser tan cerril como quiera o, mejor dicho, como pueda. La obstinación es un imperativo bretón, tics y manías hasta la extravagancia: en su caso, tiene todos los puntos. Amor por la música celta. —La expresión de Nolwenn se ensombreció—. ¡En este aspecto voy a tener que leerle la cartilla!

A Dupin le hubiera gustado protestar, pero ella tenía razón.

—Bueno, y para terminar, unos cuantos requisitos básicos.

¿Acaso los anteriores no eran básicos?

—Un extraordinario amor a la vida que, precisamente por su gran amplitud, siempre tiene presente la existencia de Ankou, la muerte. —Una pequeña pausa dramática y, a continuación—: Lo ha demostrado

de forma impresionante.

Dupin no sabía muy bien lo que Nolwenn había querido decir con eso. De todos modos, parecía que le subía la puntuación.

—Reconocimiento respetuoso del más allá, la comprensión de que entre el cielo y la tierra hay más de lo que nuestra mente es capaz de captar: ¡ni de lejos! —Nolwenn enarcó las cejas con severidad—. ¡Bien! Estos son solo algunos puntos de la esencia bretona. Originalmente elaboramos una lista de sesenta y siete requisitos y luego la acortamos. —Contuvo el aliento un instante—. En resumen: en el curso de nuestra evaluación hemos llegado al siguiente resultado.

Le Ber tomó entonces la voz cantante; era evidente que lo habían acordado.

—En concreto, le otorgamos… ¡un bien alto!

—¡Una nota excelente para un parisino que solo lleva diez años viviendo en la Bretaña!

Nolwenn comenzó a aplaudir con fuerza. Por su expresión, lo hacía de corazón. Le Ber se le unió y al momento los demás invitados se sumaron al aplauso.

Dupin no pensaba darle vueltas al sistema de puntuación, sería inútil; además, a juzgar por las reacciones de los demás, ese parecía ser un resultado aceptable. Una sonrisa se dibujó en su cara.

—Y ahora, lo más importante de la velada —dijo Nolwenn con entusiasmo—: el menú. Cedo la palabra a Armelle.

La dueña del restaurante pasó a enumerar los manjares de forma solemne y ceremoniosa:

—Como entrante tenemos los mejores moluscos del Atlántico: abulones de la isla de Sein, con pequeñas crepes de trigo sarraceno y hierbas silvestres. A continuación, abadejo en costra de algas, seguido de un cordero rosa de las marismas con pimiento de Espelette, que, aunque no es de Belle-Île, Georges, también está delicioso.

Entre los invitados se produjo una agitación de agrado.

—Luego, el queso: un Tome du Ménez-Hom, bretón. Y el menú terminará con una *omelette bretonne*, una tortilla dulce flambeada con lambig.

Todo aquello sonaba divino.

—Acompañaremos la cena con un Sancerre blanco y un tinto Côtes de Provence, Domaine Château Léoube —concluyó Armelle.

Por supuesto. Y en cantidad. Todos los invitados pasarían la noche en el Ty Mad, Claire y Dupin en el tercer piso, el superior, con vistas a la bahía.

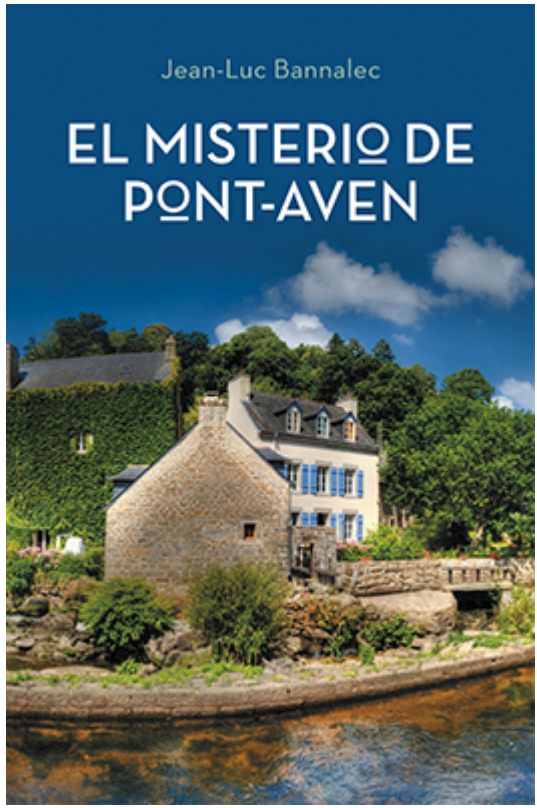
—*Bon appétit* para todos.

Con un gesto, Armelle les invitó a pasar al restaurante.

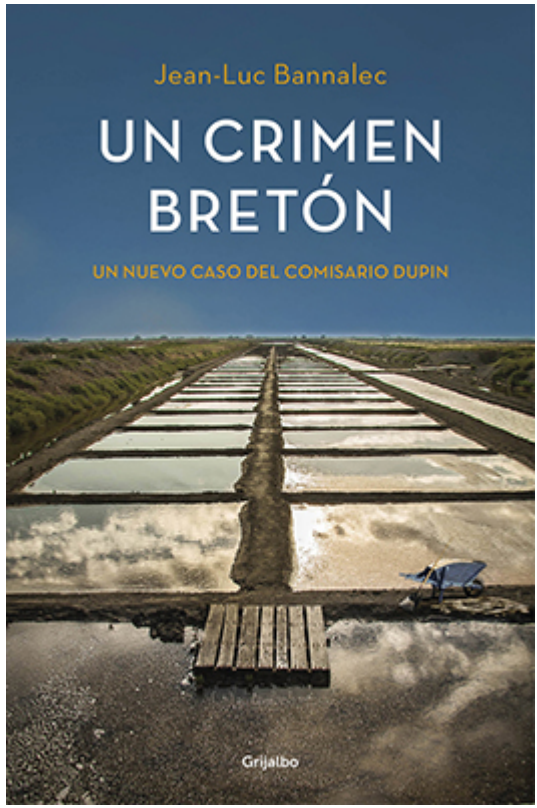
El jardín estaba bañado por la mágica luz del sol del atardecer. Nolwenn se acercó a Dupin, alzó la copa y le dirigió una mirada conspiradora:

—Como decimos los bretones: ¡A vivir!

10 AÑOS CON EL COMISARIO DUPIN
La serie policíaca nº 1 en Alemania



Jean-Luc Bannalec
MUERTE EN LAS ISLAS
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo


Jean-Luc Bannalec
UN CRIMEN BRETÓN
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
UN CADÁVER EN PORT DU BÉLON
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
EL SECRETO DE ÎLE-DE-SEIN
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
DESAPARICIÓN EN TRÉGASTEL
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
EL CASO DEL CASTILLO DE COMPER
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
ASESINATO EN CONCARNEAU
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
LOS CRÍMENES DE SAINT-MALO
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

Jean-Luc Bannalec
DOS MUERTES EN BELLE-ÎLE
UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN
Grijalbo

El comisario Dupin tiene poco más de veinticuatro horas para resolver un nuevo caso antes de asistir a la fiesta que Nolwenn y sus compañeros han organizado para celebrar sus diez años en la Bretaña.

Mientras la Bretaña vive uno de los meses de agosto más calurosos de su historia, aparece un cadáver sujeto a una boya cerca de Concarneau. Se trata del cuerpo de Patric Provost, un adinerado y despótico empresario de Belle-Île, propietario de tierras, inmuebles e incluso de una explotación de ovejas. Dupin y sus ayudantes averiguan que excepto una, todas las casas de Islonk, una diminuta aldea situada al suroeste de la isla, pertenecían al muerto. No tardan en descubrir también que la exmujer de Provost, de la que llevaba veinte años separado aunque no divorciado, y la alcaldesa, embarcada en un ambicioso proyecto de energía verde que dotaría de independencia energética al lugar, son las principales beneficiarias de la herencia. Justo entonces tiene lugar un secuestro y aparece otro cadáver.

Jean-Luc Bannalec es el seudónimo con el que el autor, que reparte su tiempo entre el sur del Finisterre y Alemania, ha querido firmar su serie del comisario Dupin. Las novelas se han convertido en un auténtico éxito en Alemania, donde lleva vendidos más de 5.000.000 de ejemplares e incluso se han adaptado para la televisión.

En 2016, Jean-Luc Bannalec recibió el título de «Mecenas de la Bretaña».

Título original: *Bretonische Idylle*

Primera edición: octubre de 2022

© 2021, Jean-Luc Bannalec
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2022, Marta Mabres Vicens, por la traducción
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial Ilustración de portada: © Alamy
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6176-0

Compuesto en www.acatia.es
Facebook: penguinebooks
Twitter: penguincrimen
Instagram: grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Dos muertes en Belle-Île

El primer día

El segundo día

El tercer día

10 años con el comisario Dupin

Sobre este libro

Sobre Jen-Luc Bannalec

Créditos